



LA GUERRA DE LAS PALABRAS

Llegando al corazón
de tus luchas en la comunicación.

PAUL DAVID TRIPP

Material de estudio EFC Antioquía
Noviembre 2020

Índice

Capítulo 1: Dios Habla	3
Algo personal: Autoevaluación en la comunicación.....	9
Capítulo 2: Satanás Habla.....	11
Algo Personal: Un tiempo de confesión	19
Capítulo 3: La palabra hecha Carne.....	20
Algo personal: Cristo y tus palabras.....	29
Capítulo 4: Palabras idólatras	30
Algo personal: Llegando al corazón de los problemas de la comunicación	37
Capítulo 5: ¡Él es el Rey!.....	38
Algo personal: La batalla por el control	47
Capítulo 6: Siguiendo al rey por todas las razones equivocadas	48
Algo personal: Llegando al corazón de tus palabras	57
Capítulo 7: Hablando por el Rey	58
Algo personal: Hablando como un embajador.....	67
Capítulo 8: Llegando al destino	68
Algo personal: Reconstruyendo el dique	74
Capítulo 9: Ciudadanos necesitados de su ayuda	75
Algo personal: Examina tu estilo de confrontación	86
Capítulo 10: En la misión del Rey	88
Algo personal: La misión de quién: ¿del rey o la tuya?	97
Capítulo 11: Lo primero es lo primero.....	98
Algo personal: Tomando tiempo para examinar tu corazón	109
Capítulo 12: Ganando la guerra de las palabras.....	110
Algo personal: Estrategias de guerra	121
Capítulo 13: Escogiendo tus palabras.....	122
Algo personal: Una evaluación final	135

CAPÍTULO UNO

DIOS HABLA

“y los bendijo Dios y les dijo . . .” (Gen 1:28)

No importa donde vivas, no importa qué hagas cada día, hay una cosa que haces todo el día. Hablas. Hablas, desde el inicial “¿Ya es hora de levantarse?” hasta el final “Buenas Noches, me voy a dormir”. Hablas en la recámara, baño, pasillo, y cocina, en el automóvil, la tienda, la fábrica, y la sala de juntas. Hablas con tu esposa, hijos, amigos, familia, vecinos y compañeros de trabajo. Esto es lo que hacen los seres humanos, casi sin interrupción y, a menudo, sin pensar en cuán importante es esto para la vida humana. La habilidad para comunicarse es una de las cosas que nos separan del resto de la creación. Somos personas y hablamos. Necesitamos reconocer cuán “verbales” son nuestras vidas en realidad.

La palabra misma no parece llevar todo el peso. “Hablar”, parece tan normal, tan ordinario, tan sin importancia, tan inofensivo. No obstante sólo hay unas cuantas cosas que son más importantes. Y debajo de la normalidad de ello existe una gran lucha, una guerra de palabras que batallamos cada día. Aquí hay algunas maneras comunes en las que hablamos acerca de nuestra lucha con las palabras.

“¡Nunca pensé cuando salíamos que él me hablaría de la manera en que ahora lo hace!”

“¡No puedo creer lo que escucho cuando mi hijo me habla!”

“Ella me colgó el teléfono justo a la mitad de una oración”.

“Mis padres nunca hablan conmigo a menos de que esté en problemas”.

“Sólo me habla amablemente cuando quiere algo”.

“Habla tanto que es difícil conversar”.

“No me siento cómodo con la manera en que ella habla de otras personas”.

“Parece que nunca tenemos tiempo suficiente para hablar”.

“El habló por un tiempo largo, pero no tenía ni idea de lo que estaba tratando de decir”.

“¿Por qué parece que siempre terminamos discutiendo?”

“¿Qué pasó? Parecíamos estar tan cerca pero ahora con trabajo cruzamos algunas palabras”.

“Siento como que paso todo el tiempo interrumpiendo las discusiones de mis hijos”.

“Sí, me pidió perdón, pero estoy teniendo mucho trabajo en dejar ir la herida. Lo que me dijo fue muy cruel”.

“Deseo que nuestra familia pudiera pasar todo un día sin que alguien gritara”.

“No se para que pierdo mi tiempo hablando. La situación no parece mejorar ni un poquito”.

“Nunca podremos llegar al fondo de las cosas si todos siguen hablando a la vez”.

“Ella siempre tiene que tener la última palabra”

“El me habla tan dulcemente cuando estamos en público”

“Algunas veces pienso que sería mejor si dejáramos de hablar totalmente”

Todas estas cosas me las han dicho familias que he aconsejado. Tomadas en conjunto capturan la lucha con las palabras que todos tenemos. ¿Quién entre nosotros no ha sido herido por las palabras de otro? ¿Quién no se ha lamentado por algo que dijo?

¿Quién no ha tenido que ser arbitro en una discusión? ¿Quién no quiere hablar seriamente con un ser querido, pero parece no haber tiempo? ¿Quién entre nosotros puede decir, “mis palabras *siempre* son apropiadas a la situación y *siempre* son dichas con amabilidad”?

Este mundo de palabras (el mundo que existe detrás de la tranquilidad y amabilidad pública que todos somos capaces de mostrar) es de lo que trata este libro. Si eres capaz de decir, “No tengo problemas con mis palabras”, entonces no necesitas seguir leyendo. Pero si reconoces, como yo, que todavía existe una guerra de palabras en tu vida, si todavía hay evidencia de una lucha con la comunicación apropiada y amorosa, si todavía hay dónde crecer en el mundo de las palabras, entonces este libro es para ti.

El propósito de este libro no sólo es mantener la norma sublime que Dios ha establecido para nosotros para luego recordarnos cuán lejos estamos de llenar la medida. La mayoría de nosotros estamos dolorosamente conscientes de la distancia que existe entre donde estamos y donde Dios quiere que estemos. No, este libro tiene el propósito de ser un libro de esperanza. Es un libro acerca de cambio, cambio que es posible por la persona y la obra del Señor Jesucristo. ¡Jesús es la *Palabra* quien es la única esperanza para *nuestras* palabras! Sólo en él encontramos victoria en nuestra propia guerra de palabras.

He escrito este libro porque estoy convencido de que no entendemos cuán radicalmente el evangelio puede cambiar la manera en la entendemos y resolvemos nuestros problemas de comunicación. ¡No necesitamos estar desanimados! No necesitamos vivir “atorados”, y no tenemos que entregarnos al cinismo que es una tentación fuerte en este mundo difícil y caído.

Este libro es un libro de esperanza porque está enraizado en cuatro principios transformadores:

- Dios tiene un plan maravilloso para nuestras palabras que sobrepasa todo plan que pudiéramos hacer por nuestra cuenta.
- El pecado ha alterado radicalmente el programa para nuestras palabras, resultando en tanto dolor, confusión y caos.
- En Jesucristo encontramos la gracia que provee todo lo que necesitamos para hablar como Dios quiere que hablemos.
- La Biblia nos enseña llana y simplemente cómo ir de donde estamos a donde Dios quiere que estemos.

En cada capítulo de este libro consideraremos el plan de Dios, nuestro pecado, su gracia y el mapa de la Escritura. Mi oración es que esto te llevará a una nueva consciencia del diseño de Dios para sus hijos, un nuevo entendimiento de tu lucha personal contra el pecado, una dependencia renovada en la gracia abundante de Dios, y una sabiduría práctica bíblica que resulte en un hablar que honre más a Dios y beneficie más a la gente.

Nuestro Hablar: El Mundo Real

Conducimos a través de Filadelfia en silencio. Por fin, teníamos una noche para nosotros, no obstante, conducíamos sin que ninguno de los dos dijera algo. Se suponía que no debía ser así. El silencio era ensordecedor y parecía durar por horas, aunque sólo eran unos cuantos minutos. En nuestras cabezas los dos estábamos revisando la filmación de lo que había ocurrido previamente, alimentando nuestro dolor y reafirmando nuestra inocencia. Afortunadamente, no pasó mucho tiempo antes de que el silencio se

interrumpiera, el perdón fue solicitado y concedido, y una vez más estábamos gozando en vez de estarnos simplemente tolerándonos.

Todo había comenzado tan inocentemente y tan típicamente. Ambos estábamos al final de un largo viernes y al final de una larga semana. Ambos teníamos nuestros propios planes para la noche, y nuestro propio conjunto de expectativas de la otra persona. Ambos estábamos más demandantes que serviciales, y así rápidamente herimos cuando el otro rechazó nuestras ideas para la noche. Finalmente, ambos hablamos de nuestras heridas. Acusamos en vez de escuchar, criticamos en vez de examinarnos nosotros mismos. Cada uno se alejó del otro y nos refugiarnos en nuestro capullo de dolor y enojo.

Puedes estar pensando, *Paul, ¿Qué manera tan deprimente de empezar un libro que supuestamente debe estar lleno de esperanza!* Pero este encuentro mundano en una noche notable en la familia Tripp captura todo de lo que se trata este libro. Este libro es acerca del plan maravilloso de Dios para nuestras palabras, el cual nos protege del dolor y la presión de tales momentos. Es acerca de nuestro pecado, que dirige mal y distorsiona nuestras palabras de tal manera que están más relacionadas con los deseos de uno mismo que con el amor a los demás. Este libro es acerca de la gracia asombrosa del Señor que nos llama de nuevo al propósito de Dios; gracia que rescata, restaura, perdona y libera. Y este libro simplemente es acerca de los pasos bíblicos del arrepentimiento y el cambio. Es acerca de un glorioso Señor que está dispuesto y es capaz de tomar nuestros mundos problemáticos de palabras y transformarlos en lugares donde el amor es la motivación y la paz es el resultado. Dios está obrando, tomando gente que instintivamente habla de sí misma y la transforma en gente que habla efectivamente de él.

Aquella noche, mi esposa Luella y yo, por un momento nos habíamos salido de su plan, pero hemos aprendido que su gracia es suficiente, que su fuerza se perfecciona en nuestra debilidad (2 Cor. 12:9). Hemos visto que sí hay salida. En medio del fracaso total personal, podemos, por su fortaleza, ganar la guerra de las palabras. De esto trata este libro.

Las Palabras tienen valor

Las palabras son poderosas, importantes, significativas. Fueron hechas para ser así. Cuando hablemos, debemos hacerlo con la consciencia de que Dios ha dado importancia a nuestras palabras. Él ha ordenado que ellas sean importantes. Las palabras fueron importantes en la Creación y en la Caída. Son importantes para la redención. Dios ha dado valor a las palabras.

Él tiene un diseño para nuestra comunicación, un plan y propósito específicos para el habla del cuerpo de Cristo. Espero establecer un fundamento bíblico sólido para entender la comunicación partiendo en donde por primera vez escuchamos palabras habladas, luego continuaré con la Caída para ver la parte que tuvieron las palabras en este evento alterador, y finalmente consideremos las palabras desde el punto de vista de la redención. Todas las palabras del mundo están relacionadas con estos eventos. El entendimiento de esto nos orientará hacia la importancia de nuestras palabras, la razón por la que luchamos tanto con ellas, y el diseño de Dios para las palabras de su pueblo.

La mayoría de los libros de comunicación se enfocan en las técnicas y las habilidades sin reconocer que nuestra lucha con las palabras va mucho más profundo. La guerra de las palabras tiene su raíz en el huerto del Edén. A medida que entiendas como esos momentos forjaron nuestro mundo de palabras, comenzarás a entender tu propia lucha con ellas, y la salida que Dios ha provisto. Este libro dará una mirada honesta al problema para que pueda ofrecerte cambio que sea más que temporal y cosmético. Si entiendes la raíz de tu problema, puedes experimentar cambio duradero.

¡Dios Habla!

En realidad no puedes entender la importancia de la palabras hasta que te das cuenta que las primeras palabras que escucharon los oídos humanos no fueron las palabras de otros ser humano, sino las palabras de Dios. El valor de cada pieza de comunicación humana está enraizada en el hecho de que *Dios* habla. En medio de las imágenes y sonidos del mundo recién creado se escuchó la voz de Dios, hablando palabras de lenguaje humano a Adán y Eva. Cuando Dios escogió revelarse de esa manera, elevó el habla a un lugar de altísima importancia como su vehículo principal de verdad. A través de las palabras, llegaríamos a conocer las verdades más importantes que pueden ser conocidas – las verdades que revelan la existencia y gloria de Dios, verdades que dan vida. Al intentar entender el mundo del habla humano, es vital que lo entendamos desde la perspectiva de Génesis 1 – el único tiempo en la historia humana en el que no hubo guerra de palabras.

En Génesis 1, el mundo de comunicación era un mundo de paz, verdad y vida. Las palabras nunca eran utilizadas como armas. La verdad nunca era usada para demoler. Las palabras eran dichas siempre en amor y la comunicación humana nunca rompió los lazos de paz.

Este es un mundo que puede enseñarnos mucho acerca de la comunicación. Primero, *Dios revela su ser, su plan y su propósito en palabras*. Inmediatamente después de crear a Adán y a Eva, Dios les habló. Fue su decisión el revelárseles, definir su voluntad, y dar una identidad a Adán y Eva por medio de lenguaje humano. Todos sus otros medios de autorevelación fueron explicados y definidos por este medio central.

Dios, el soberano Creador y Señor, le habló a Adán y a Eva en palabras que pudieran entender. Permite que te envuelva lo maravilloso que es esto. El Infinito y Todopoderoso se hace así mismo conocible y entendible a través de lenguaje humano. Desde el momento de la creación, Dios no está distante y aislado. No está escondido en silencio. Se acerca y usa palabras para revelarse y explicar todas las cosas. Dios no es sólo un Dios que *obra*, él es un Dios que *habla* a su pueblo – poderosamente, ampliamente, consistentemente, totalmente y claramente. Cada fase de su obra está marcada con sus palabras. No deja a su pueblo sin un testimonio.

La comunicación de Dios está diseñada amorosamente para dirigirse a la necesidad del momento en palabras sencillas que pueden ser entendidas. Antes de obrar, Dios revela lo que está a punto de hacer; al estar trabajando, él habla de lo que está haciendo; y cuando ha terminado, interpreta lo que ha hecho. Es un Dios que puede ser conocido porque es un Dios que habla. La Escritura lo presenta como el modelo de toda comunicación.

A través de sus palabras Dios define su carácter, su voluntad, su plan y propósito, y su verdad. Las palabras tales como *roca, sol, fortaleza, escudo, pastor, padre, juez, cordero, puerta, amo, agua, y pan* explican quién es él y qué hace. Estamos tan familiarizados con estas palabras que tendemos a olvidar su importancia. Pero estas son las palabras por las cuáles hemos venido a conocer al Rey de reyes y Señor de señores. No puedes comprender la comunicación humana si no comienzas aquí, con la gloria de Dios y su gracia admirable al revelarse a nosotros en términos que podemos entender, no obstante que alteran radicalmente nuestra perspectiva de todo lo que existe.

No existe otro ejemplo mejor que las palabras de Isaías 40:9-31

Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sion; levanta fuertemente tu voz, anunciadora de Jerusalén; levántala, no temas; dí a las ciudades de Judá: ¡Ved aquí al Dios vuestro!

He aquí que Jehová el Señor vendrá con poder, y su brazo señoreará; he aquí que su recompensa viene con él, y su paga delante de su rostro.

Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas.

¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados? ¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? A quién pidió consejo para ser avisado?

¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?

He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas; he aquí que hace desaparecer las islas como polvo. Ni el Líbano bastará para el fuego, ni todos sus animales para el sacrificio. Como nada son todas las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es.

¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis? El artífice prepara la imagen de talla, el platero le extiende el oro y le funde cadenas de plata. El pobre escoge, para ofrecerle, madera que no se apolille; se busca un maestro sabio, que le haga una imagen de talla que no se mueva. ¿No sabéis? ¿No habéis oído? ¿Nunca os lo han dicho desde el principio? ¿No habéis sido enseñados desde que la tierra se fundó?

El está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; él extiende los cielos como una cortina, los despliega como una tienda para morar. El convierte en nada a los poderosos, y a los que gobiernan la tierra hace como cosa vana. Como si nunca hubieran sido plantados, como si nunca hubieran sido sembrados, como si nunca su tronco hubiera tenido raíz en la tierra; tan pronto como sopla en ellos se secan, y el torbellino los lleva como hojarasca.

¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo.

Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio.

¿Por qué dices, oh Jacob, y hablas tú, Israel: Mi camino está escondido de Jehová, y de mi Dios pasó mi juicio?

No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance.

El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán.

Aquí tenemos el lenguaje humano en su mejor momento, funcionando como la ventana a través de la cual vemos a Dios.

Las palabras de Dios no sólo lo definen a él, sino también definen a su creación. Le dan identidad, significado y propósito a todo lo que Dios ha creado. Nos conocemos a *nosotros* mismos únicamente cuando escuchamos las palabras que Él ha dicho acerca de nosotros. Dios nos dice quiénes somos, define lo que debemos hacer y la manera como debemos hacerlo. Ninguna de estas cosas podríamos descubrirlas por nuestra cuenta. La única esperanza para Adán y Eva era que Dios les hablara, dándoles identidad y propósito, y dándole significado al mundo en el que habían sido puestos.

Las palabras de Dios establecen los límites y dan libertad. Sus palabras crean vida y traen muerte. Dios creó el habla y sus primeras palabras demostraron su importancia. Las palabras no son baratas. Las palabras revelan, definen, explican y dan forma.

La Gente Habla

Al estar considerando la comunicación desde el punto de vista de la creación, también necesitamos notar que *Adán y Eva hablan*. Quizá este punto parece tan obvio

para ser mencionado, pero no debemos pasar inadvertida su importancia. La habilidad de Adán y Eva para comunicarse con palabras los hicieron únicos en toda la creación. Podían tomar sus pensamientos, deseos y emociones y compartirlos el uno con el otro. Eran semejantes a Dios; ¡podían hablar! Al darles esta habilidad, Dios estaba estableciendo la forma de sus vidas.

No hay nada en lo que dependamos más que en nuestra habilidad de dar y recibir comunicación. Hablamos en una quieta conversación tomando un café, en una conversación ansiosa en un aeropuerto saturado, al explicar porqué llegamos tarde o no terminamos una tarea del trabajo. La gente habla al enseñar a sus hijos o al intervenir en una discusión, en un tardado debate en el congreso o en una discusión intensa con un amigo. La gente habla en una noche quieta, en palabras de un desafío atlético, en palabras románticas de amor, en palabras de corrección, regaño, enojo e irritación. La gente habla en el taloneo confuso de una estación de tren en la India, con voces de niños yendo a casa a la salida de la escuela en Soweto.

Las palabras dirigen nuestra existencia y nuestras relaciones. Moldean nuestras observaciones y definen nuestras experiencias. Llegamos a conocer realmente a los demás a través de la conversación. Deseamos estar solos cuando hemos escuchado demasiadas palabras y nos sentimos solos cuando ha pasado ya algún tiempo desde que alguien habló con nosotros.

Al crearnos con la habilidad de hablar, Dios no sólo nos apartó del resto de la creación, sino que ha determinado la naturaleza de nuestras vidas y relaciones. ¿Quieres aprender? Escucha y Habla. ¿Quieres tener una relación? Escucha y Habla. ¿Quieres conseguir un trabajo? Escucha y Habla. ¿Quieres adorar? Escucha y Habla. ¿Quieres educar a tus hijos? Escucha y Habla. ¿Quieres contribuir con el Cuerpo de Cristo? Escucha y Habla. La gente se comunica; es la naturaleza de nuestra existencia. Las palabras afectan todas las demás cosas que hacemos como seres humanos. Dios creó nuestro hablar y le dio su valor.

En Génesis 1 existía la simplicidad y la belleza del mundo de la comunicación humana. No existía la lucha de la comunicación, no había guerra de palabras. Todo lo que se decía reflejaba la gloria de Dios. No habían discusiones y mentiras, no habían palabras de odio, ni respuestas impacientes e irritadas. No había gritos, maldiciones o condenaciones. No habían palabras dichas en orgullo, engaño, manipulación o egoísmo. Sólo habían palabras verdaderas, dichas amable y amorosamente, y así no había la necesidad de un libro como este acerca de la comunicación. Todo palabra cubría la norma del ejemplo y diseño de Dios.

Tristemente, el mundo de Génesis 1 hace mucho que se fue. El don maravilloso de la comunicación se ha convertido en la fuente de tanto pecado y sufrimiento. Muy a menudo, los seres humanos hablan e ignoran el diseño de Dios, destruyendo lo que él ha hecho. Al mirar con asombro Génesis 1, necesitamos mirar hacia adelante al día cuando la guerra de las palabras se terminará, cuando estemos con Dios y seamos como él, hablando por siempre sólo como él ha diseñado.

Las Palabras Interpretan

Hay una cosa más que podemos aprender acerca de las palabras en Génesis 1. *Las palabras definen, explican e interpretan.* Aunque Adán y Eva eran perfectos viviendo en un mundo perfecto en una relación perfecta con Dios, todavía necesitaban que Dios les hablase. Su mundo necesitaba ser definido. Necesitaban entenderse a sí mismos y entender la vida. Todo necesitaba ser interpretado, y en esto Adán y Eva eran dependientes de Dios. No podían entender las cosas por su cuenta. Cualquier cosa que

descubrieran acerca del mundo y de sus vidas necesitaba ser explicado y definido por las palabras de Dios. Las palabras interpretan. La comunicación humana, como la de Dios, se trata de organizar, interpretar y explicar el mundo a nuestro alrededor.

De las explicaciones locuaces que salen de la boca de los niños (“Mamá, yo se cómo funcionan los globos) hasta las preguntas inquisitivas de los adolescentes (“¿Por qué es tan importante que me mantenga célibe hasta el matrimonio?”) pasando por las preguntas de frustración de los adultos (“¿Por qué parece que aunque trabajo constantemente, nunca hay suficiente dinero?”), la gente usa palabras para comunicar el significado que le dan a las cosas.

Los niños pequeños extenúan a sus padres con miles de “Porqués” a la semana debido a que quieren entender su mundo. Los adolescentes pasan horas sinfín al teléfono discutiendo los eventos del día con sus amigos. El anciano se sienta en el parque con su amigo mirando al pasado y maravillándose en voz alta de lo que un día fue. Hablamos porque queremos conocer; para conocer, debemos hablar. El habla no es barata porque la interpretación no es barata. La manera como interpretamos la vida determinará cómo responderemos a ella.

Génesis 1 y nuestras Palabras

¿Qué cosas debemos considerar con respecto a nuestra comunicación en Génesis 1? Primero, nuestras palabras pertenecen al Señor. El es el Dios que habla. La maravilla, la importancia, la gloria de la comunicación humana tiene sus raíces en *su* gloria y *su* decisión de hablar con nosotros y permitirnos hablar con él y con otros. Dios ha abierto para nosotros las puertas de la verdad, usando las palabras como la llave. La única razón por la que entendemos alguna cosa es porque él ha hablado. Las palabras pertenecen a Dios, pero nos las ha prestado para que podamos conocerle y seamos usados por él.

Esto significa que las palabras no nos pertenecen. Cada palabra que digamos debe ser de acuerdo con su norma y su diseño. Nuestras palabras deben ser el eco del Dios que habla y reflejar su gloria. Cuando perdemos de vista esto, nuestras palabras pierden su única protección en contra de la dificultad. El habla fue creada por Dios para *sus* propósitos. Nuestras palabras pertenecen a él.

Algo Personal: Autoevaluación en la comunicación

A continuación, se presentan algunos frutos de la conversación piadosa (ver Gálatas 5:22-23). Evalúate al comenzar este libro.

1. ¿Tu conversación con otros te dirige a la resolución bíblica de problemas?
2. ¿Tiene tu conversación una postura “estamos juntos” o “yo en contra de él/ella/ellos”?
3. ¿Animan tus palabras a los demás a ser honestos acerca de sus pensamientos o sentimientos?
4. Cuando hablas con otros ¿eres accesible y abierto o defensivo y autoprotector?
5. ¿Es tu comunicación saludable en las relaciones principales de tu vida?
 - Padres - hijos
 - Esposo – esposa
 - Familiares
 - Relaciones entre hermanos
 - Patrón – empleado
 - Amigo – amigo
 - Cuerpo de Cristo

- Prójimo – prójimo
- 6. ¿Motiva a la fe y el crecimiento espiritual tu conversación a los que te rodean?
- 7. ¿Hablas con los demás para desarrollar relaciones con ellos, o sólo hablas para resolver problemas durante los tiempos de dificultad?
- 8. ¿Hablas palabras humildes y honestas de confesión cuando pecas y palabras de perdón sincero cuando otros pecan en tu contra?
- 9. ¿Reflejan tus palabras una disposición para servir a otros o una demanda de que los otros te sirvan?
- 10. Al enfrentar las luchas con las palabras, ¿lo haces reconociendo el evangelio – el perdón de Dios, su gracia habilitadora, y la obra santificadora del Espíritu Santo?

Te animo a empezar la lectura de este libro con un autoexamen honesto. Confiesa tus pecados a Dios y a otros, y comprométete a operar un cambio a medida que lees.

CAPÍTULO DOS

SATANAS HABLA

“He aquí la serpiente . . .dijo a la mujer . . .” (Gen 3:1)

Todo comenzó como un gran día. El clima era maravilloso como esperábamos que fuera, y habíamos tenido un buen desayuno familiar juntos. Ya estaba disfrutando lo que traería ese día. Partiríamos como en dos horas para realizar la actividad que habíamos planeado, así que, entre tanto, estaba leyendo. Pero Mi hija adolescente y mi hijo menor parecían estar hablando en un volumen más allá de lo usual. Estaba escuchando como escalaba el tono siendo cada momento más alto y más irritado. Me senté allí acumulando vapor con mi libro en mano, pero me rehusaba a intervenir. Razonaba, *No tengo porque lidiar con esto hoy. Hoy es mi día libre.* Inclusive me asombraba de por qué mi esposa no hacía algo. ¿No estaba escuchando acaso que algo estaba pasando?

Mi hijo corrió hacia el baño con mi hija persiguiéndole. Comenzaron a jalonear la puerta por ambos lados, y fue entonces que llegué al final de mi paciencia. Me puse de pie, no con un propósito paterno piadoso, sino con un corazón lleno de enojo y autocompasión. ¿No sabían acaso cómo era mi vida? ¿No sabían cuán duro trabajaba por ellos? ¿No se daban cuenta de cuán importante era ese día para mí? ¿No podían ver que estaba tratando de leer? ¿No podían darse cuenta que este era el tipo de cosa que arruina un día como ese? Mi hija era la mayor, ¿Por qué no le puso un alto a esto? ¿Por qué tenía que ser tan terca?

En ese espíritu me puse de pie y marché hacia la escena. Primero vi a mi hija. Le dije que me sentía personalmente agraviado, que estaba estropeando *mi* día, y que ni parecía importarle. Le dije el consabido discurso de “Yo hago todo por ustedes, y esto es lo que recibo”. “¿Cuándo terminarán de madurar?” Mis palabras fueron acusadoras y duras, nacidas más de un amor hacia mí que por un amor hacia ella. No fueron dichas para lograr lo que Dios quería en ese momento, sino lo que yo quería. Mi hija se mantenía diciendo (mientras yo hablaba y hablaba), “Pero papá, es que no entiendes”. Pero no estaba allí para entender. Estaba allí para ventilar mi irritación.

Salí de su cuarto y me dejé caer enojado sobre el sofá para continuar leyendo, pero no me podía concentrar. Mi consciencia estaba afectada por la manera en que había manejado las cosas. No importaba cuán duro traté de justificarme, no podía dejar el peso de mi culpa, que pronto se convirtió en remordimiento. *¿Cuándo lograré hacer las cosas bien? ¿Cómo puedo saber lo que se y no obstante caer en este tipo de comunicación?* Clamé en oración por perdón y auxilio. Fue para mí uno de esos momentos en los que dices “Miserable hombre de mí”. Terminé de orar y fui al cuarto de mi hija para solicitar su perdón.

El Paraíso Perdido

Si somos todos honestos, sabemos que ya no vivimos en el mundo maravilloso de Génesis 1, en el que cada palabra dicha estaba en consistencia con la norma y diseño de Dios. Sin duda esta es la razón por la que estás leyendo este libro. Ciertamente es lo que me movió a escribirlo. En el Jardín del Edén, no había pecado de palabras. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué se convirtió la comunicación sencilla en una ocasión para el pecado y la lucha? ¿Por qué nos es tan difícil hablar como Dios diseñó?

Al tratar de desarrollar un entendimiento bíblico de la comunicación, desafortunadamente no podemos detenernos con Génesis 1. Aunque todavía es cierto que Dios habla y que todo lo que *nosotros* decimos está enraizado en sus palabras hacia nosotros, había otro hablante en el jardín. Su llegada comenzó la gran guerra de palabras que ahora peleamos diariamente.

Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?

Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.

Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.

Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales.

Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto.

Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú? Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí. Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses? Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí.

Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho? Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí. (Génesis 3:1-13)

La voz de la Serpiente llegó al mundo perfecto del Huerto. Por primera vez, la posición, la autoridad y las mismas palabras de Dios habían sido desafiadas. Por primera vez, se hablaron palabras que no eran consistentes con la norma y diseño de Dios. Satanás habló, y con sus palabras el mundo sencillo de la comunicación humana se convirtió en un área confusa de pecado y lucha. Todos nuestros problemas con la conversación tiene sus raíces aquí, en este momento de cambio dramático en el Huerto. Aquí hay muchos “Principios” generadores de problemas en el mundo de la comunicación.

Cambio Dramático, Problema duradero

Por primera vez *la autoridad de Dios es desafiada*. Hasta este momento, no había en la tierra desafíos verbales a la autoridad de Dios. El mundo que Dios había hecho existían en completa sumisión a su autoridad y voluntad. Adán y Eva habían vivido obedientemente su identidad como criaturas de Dios, los portadores de Su imagen y los administradores residentes de la tierra. Todas sus reacciones hacia Dios y la conversación entre ellos se llevaba a cabo con sumisión inquebrantable a Dios. Lo que tuvo lugar en el momento en que habló la Serpiente es dramático e inaudito. ¡Se hablaron palabras que desafiaban la autoridad de Dios! El mundo ya no sería el mismo.

Imagínate lo que serían nuestras vidas si todas nuestras palabras fueran dichas en perfecta sumisión a Dios. ¡Cuánto menos complicadas serían nuestras vidas! Muchos de

los problemas que experimentamos cuando hablamos con los demás emergen del hecho de que hemos usurpado la autoridad de Dios: Decimos lo que queremos decir, cuándo y cómo lo queremos decir. Hablamos como si nosotros estuviéramos a cargo y como si tuviéramos el derecho de usar las palabras para procurar *nuestros* propósitos, y para lograr lo que *nos* haría felices. Hablamos como si fuéramos Dios en vez de ser sus criaturas, llamados a someternos a su autoridad en cada palabra ociosa que decimos. El problema con la manera en la que hablé a mi hija es que entré a su cuarto como si yo fuera Dios, en vez de ser un hombre bajo la autoridad de Dios que tiene el deseo de ver Su voluntad hecha en mi vida y la de mi hija.

Muchas Voces, Muchas Interpretaciones

En ese momento en el Huerto también vemos por primera vez una *interpretación de la vida diferente a la de Dios*. Reconozcamos lo que Satanás está haciendo aquí. Está tomando el mismo conjunto de hechos que Dios había interpretado para Adán y Eva y le está dando un giro radicalmente diferente. Si su interpretación era creída, los oyentes ya no pensarían que era bueno, correcto o necesario obedecer a Dios. De hecho, uno podría decir que si la interpretación de la Serpiente era correcta, sería hasta una tontería continuar obedeciendo a Dios. Nunca antes en la tierra había habido una interpretación opuesta a la de Dios. Todo lo que Adán y Eva entendían acerca de su mundo estaba basado en la interpretación que Dios les había dado.

Hoy vivimos en un mundo confuso de muchas interpretaciones. La mayoría de ellas no reconocen la autoridad de Dios u operan sin ningún deseo de ver la vida en una manera que sea consistente con su Palabra. Esto remarca un punto extremadamente importante: tú y yo no respondemos a la gente o a las circunstancias de nuestras vidas con base en los *hechos o datos*. Nuestras respuestas están basadas en la manera como *interpretamos* esos *datos*. Cuando fui a hablar con mi hija, no estaba respondiendo simplemente a lo que estaba pasando, sino a la interpretación que yo había hecho de ello. Mi interpretación, desafortunadamente, era egoísta y soberbia. Estaba viendo el mal comportamiento de mis hijos desde el punto de vista de todo lo que yo quería y todo lo que yo había hecho. Ni siquiera considere la perspectiva de Dios en esa situación. Cuando por fin lo hice sentí el peso de mi culpa y tuve remordimiento.

Muchos de nuestros problemas con las palabras se resolverían si simplemente hiciéramos una pausa y nos preguntáramos cómo evaluaría y respondería Dios a esta situación. Simplemente dejamos que nuestros pensamientos corran sin desafiarlos. Pero si nuestra interpretación de los eventos está equivocada, nuestras palabras no serán correctas.

Este es un principio que no queremos pasar por alto: *los problemas con las palabras a menudo son problemas de interpretación*. No decimos lo correcto porque no creemos lo correcto. Esto es lo que ocurrió en el Huerto. Se abrió una caja de Pandora cuando Adán y Eva, por primera vez, escucharon y creyeron una interpretación que no era consistente con la de Dios. La voz de Satanás fue la primera de miles de voces que vendrían a desafiar lo que Dios ha dicho.

Cuando un padre airado se pone enfrente de su hijo adolescente y le dice, “¡No me importa qué es lo que tenga que hacer, así sea lo último que yo haga, pero voy a hacer que me respetes!”, está hablando palabras que están en oposición a las palabras de Dios hacia él como padre. Cuando una esposa le dice a su marido, “En todas mis otras relaciones estoy bien, pero tú me pones tan enojada”, sus palabras reflejan una interpretación de su propio enojo que está en oposición a lo que dice Dios. Cuando un trabajador dice, “Si no le hubieran dado el trabajo a ella, no estaría tan amargado”, su

problema no es sólo con sus palabras, sino con las actitudes detrás de ellas. En cada ejemplo, lo que está mal no es sólo el vocabulario y el tono de la voz, sino la manera de ver la vida que no corresponde con lo que Dios dice que es correcto y verdadero. Como veremos en Génesis 3, el problema de las palabras es un problema de interpretación.

Escuchando Mentiras

Cuando la Serpiente habla en el Huerto, hay otro problema. Por primera vez, se *dice una mentira*. Hasta ese momento, cada conversación era perfectamente y completamente verdadera. La palabra de Dios era totalmente confiable, y la vida podía ser edificada sobre ella. Las palabras que Adán y Eva se decían el uno al otro eran confiables porque eran consistentes con las palabras de Dios. Pero aquí, asombrosamente, la Serpiente miente con toda la intención para lograr sus propósitos. No se equivocó u olvidó lo que era verdadero. No es ignorante o carente de entendimiento. La Serpiente *sabe* que lo que dice no es verdadero. ¡Es por eso que lo dice! No quiere que Adán y Eva vivan en la luz de la verdad o en obediencia a Dios. Está buscando venderles una mentira y trata que esa mentira se escuche como algo posible.

Nuevamente, este es un momento de cambio dramático. La buena comunicación piadosa siempre depende de la verdad. Las mentiras, falsedades y engaños siempre la destruyen. Las mentiras no sólo distorsionan los datos, sino también destruyen la confianza necesaria para que la gente hable unos con otros. Cada palabra que decimos está enraizada en la verdad o en una mentira. La mayor parte de nuestros problemas de comunicación vienen porque engañamos, distorsionamos y manipulamos con nuestras palabras. Le damos a los datos una nueva forma que nos da la ventaja. Repetimos los eventos en nuestra mente, a menudo hasta el punto de convencernos nosotros mismos que nuestra perspectiva es verdadera. Cuando entré al cuarto de mi hija esa mañana, estaba totalmente convencido de que estaba en lo correcto en lo que estaba a punto de hacer. Pero había adoptado una mentira.

Acusaciones y Culpa

Las palabras de la Serpiente trajeron otra cosa al Huerto: por primera vez, *la gente habló en contra los unos de los otros*. Hasta este punto no habían habido palabras críticas, condenatorias o airadas. No habían acusaciones, menosprecios, cosas echadas en cara. Las relaciones de Adán y Eva estaban libres de esto porque todavía estaban libres de pecado. Pero después de comer el fruto, vemos un cambio dramático no sólo en su relación con Dios, sino también en la relación del uno con el otro. Cuando Dios le pregunta a Adán acerca de haber comido del fruto prohibido, Adán con rapidez acusa a Eva. El no se para junto a ella ni la protege. No actúa como intercesor o defensor, suplicando por ella a Dios. En vez de esto, se separa de ella, la apunta con el dedo y esencialmente dice, “Culpala a ella Dios, ella es quien me metió en este lío”.

¡Cuánto de nuestra comunicación consiste en culpar a otros! “Tú me haces enojar tanto” “Si no hubieras _____, entonces yo no hubiera tenido que _____”. “Nunca fui de esta manera antes de conocerte”. “Cuando haces todo, simplemente no puede controlarme”. “Nunca estuve así de tensa antes de tener hijos”. “Si no fueras tan buena cocinera, no tendría este problema de sobrepeso”.

¿Quién de nosotros no es tentado a acusar y culpar cuando el calor de la responsabilidad es puesta sobre nosotros? En tiempos de dificultad, a menudo estamos más listos a evaluar la culpa que a buscar soluciones. Con dificultad pasa un día en el que el culpar a otros no esté en nuestros labios u oídos.

Pero hay otra dimensión en este problema. Por primera vez, *se dicen palabras de acusación en contra de Dios*. Cuando Adán es interrogado por Dios después de haber comido el fruto, él apunto el dedo no sólo hacia Eva, sino también hacia Dios. Adán dice, “Dios, si no me hubieras dado a esta mujer, nada de esto hubiera pasado. Dios es tu culpa; tú la creaste y mira lo que me ha hecho” Al igual que Adán, cuando culpamos por nuestros problemas a la gente o las situaciones, por debajo de la superficie también estamos haciendo acusaciones en contra de Dios.

Cuando un esposo dice, “¡Mi esposa me hace enojar tanto!”, su dedo está apuntando no sólo hacia su esposa sino hacia Dios, quien ordenó la relación. Una persona que dice, “Sería más activo en el ministerio de mi Iglesia si no tuviera que trabajar tan duro para sobrevivir”, está diciendo esencialmente, “Dios, es tu culpa. Si me proveyeras de un mejor trabajo, te pudiera servir de la manera como deseo realmente.” Un padre que dice, “Yo era más relajado y paciente antes de tener hijos”, realmente está culpando a Dios la carga paterna que encuentra abrumadora. Después de la Caída, el Dios que debe ser amado, obedecido y servido vino a ser el chivo expiatorio de los pecados de su pueblo. En mucha de nuestra conversación hoy en día escuchamos las mismas acusaciones sutiles en contra de Dios.

Las palabras que desafían la autoridad de Dios, las mentiras, las falsas interpretaciones de la vida, las acusaciones y culpa en contra de Dios y el hombre, todo tuvo su origen en este momento dramático de cambio. Satanás habla, y al actuar Adán y Eva de acuerdo con sus palabras, el mundo de las palabras se convierte en un mundo de problemas. Ya no sencillamente reflejamos la imagen de Dios con nuestras palabras; también reflejamos la imagen de la Serpiente. Ya no hablamos consistentemente a la medida de la norma de Dios; a menudo bajamos a la medida de la Serpiente. Ya no son nuestras palabras un fiel retrato del diseño de Dios; muy a menudo son un retrato del engaño de Satanás. La conversación ya no es ni fácil ni segura. En vez de esto, vivimos en un mundo donde las mentiras manipulan, las palabras airadas hieren, las falsedades destruyen, el escarnio daña, la condenación derriba, y las palabras irrespetuosas desafían las autoridades que Dios ha establecido.

¿Quién de nosotros no se ha lamentado por cosas que dijo como padre, esposo, amigo, vecino o trabajador? ¿Quién de nosotros no anhela traer de vuelta nuestras palabras (como borrar el cassette) para que ya no existan en la memoria? ¿Quién de nosotros no ha tenido que ir repetidamente a nuestros hijos, cónyuge o amigos para pedir perdón por las cosas que dijimos o por la manera en que las dijimos?

Un mal que no puede ser refrenado

Santiago captura este mundo de problema usando palabras dramáticas. Nos alerta de la cantidad e importancia del daño que puede ser hecho a través de nuestras palabras

He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo. Mirad también las naves; aunque tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere. Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno.

Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal.

Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce. (Santiago 3:3-12)

Para Santiago, la lengua es un “mundo de maldad”, “contamina todo el cuerpo”, e “inflama la rueda de la creación”. Dice que es un freno, un timón, un pequeño fuego y una bestia indomable. Con nuestras palabras, reflejamos a nuestro Creador y Señor, o reflejamos a la Serpiente, Satanás. Nuestras palabras edifican y dan vida o derriban y destruyen. Son importantes.

La Guerra de las Palabras

Los Proverbios también describen la guerra de las palabras que es parte de la vida en el mundo caído. Aquí hay algunos pasajes representativos:

La discreción te guardará; Te preservará la inteligencia, Para librarte del mal camino, De los hombres que hablan perversidades, (2:12)

Serás librado de la mujer extraña, De la ajena que halaga con sus palabras (2:16)

Te has enlazado con las palabras de tu boca, Y has quedado preso en los dichos de tus labios.

Haz esto ahora, hijo mío, y líbrate, Ya que has caído en la mano de tu prójimo; Vé, humíllate, y asegúrate de tu amigo. (6:2-3)

Seis cosas aborrece Jehová, Y aun siete abomina su alma:

Los ojos altivos, la lengua mentirosa, Las manos derramadoras de sangre inocente, El corazón que maquina pensamientos inicuos, Los pies presurosos para correr al mal, El testigo falso que habla mentiras, Y el que siembra discordia entre hermanos. (6:16-19)

Lo rindió con la suavidad de sus muchas palabras, Le obligó con la zalamería de sus labios. (7:21)

En las muchas palabras no falta pecado; Mas el que refrena sus labios es prudente. (10:19)

Las palabras de los impíos son asechanzas para derramar sangre; Mas la boca de los rectos los libraré. (12:6)

El que habla verdad declara justicia; Mas el testigo mentiroso, engaño.

Hay hombres cuyas palabras son como golpes de espada; Mas la lengua de los sabios es medicina.

El labio veraz permanecerá para siempre; Mas la lengua mentirosa sólo por un momento. (12:17-19)

El hombre perverso levanta contienda, Y el chismoso aparta a los mejores amigos. (16:28)

El malo está atento al labio inicuo; Y el mentiroso escucha la lengua detractora. (17:4)

No conviene al necio la altilocuencia; ¡Cuánto menos al príncipe el labio mentiroso! (17:7)

El que comienza la discordia es como quien suelta las aguas; Deja, pues, la contienda, antes que se enrede. (17:14)

El que ama la disputa, ama la transgresión; Y el que abre demasiado la puerta busca su ruina. (17:19)

No toma placer el necio en la inteligencia, Sino en que su corazón se descubra. (18:2)

Las palabras del chismoso son como bocados suaves, Y penetran hasta las entrañas. (18:8)

¡La muerte y la vida están en poder de la lengua, Y el que la ama comerá de sus frutos. (18:21)

El testigo perverso se burlará del juicio, Y la boca de los impíos encubrirá la iniquidad. Preparados están juicios para los escarnecedores, Y azotes para las espaldas de los necios. (18:28-29).

Mejor es vivir en un rincón del terrado Que con mujer rencillosa en casa espaciosa. (21:9)

Echa fuera al escarnecedor, y saldrá la contienda, Y cesará el pleito y la afrenta. (22:10)

Trata tu causa con tu compañero, Y no descubras el secreto a otro, No sea que te deshonne el que lo oyere, Y tu infamia no pueda repararse. (25:9-10)

Sin leña se apaga el fuego, Y donde no hay chismoso, cesa la contienda. El carbón para brasas, y la leña para el fuego; Y el hombre rencilloso para encender contienda. (26:20-21)

Gotería continua en tiempo de lluvia Y la mujer rencillosa, son semejantes; Pretender contenerla es como refrenar el viento, O sujetar el aceite en la mano derecha. (27:15-16)

El que reprende al hombre, hallará después mayor gracia Que el que lisonjea con la lengua. (28:23)

El hombre que lisonjea a su prójimo, Red tiende delante de sus pasos. (29:5)

Los hombres escarnecedores ponen la ciudad en llamas; Mas los sabios apartan la ira. (29:8)

¿Has visto hombre ligero en sus palabras? Más esperanza hay del necio que de él. (29:20)

Esta es una lista representativa de pasajes, sin embargo el libro de Proverbios describe incisivamente el “Mundo de Maldad” que es la lengua. Este mundo se describe en cada libro de la Escritura. Necesitamos humildemente confesar que tenemos problemas con nuestras palabras. Las palabras de Santiago y Proverbios nos describen. No hemos hablado de una manera que se refleje la norma y el diseño de Dios. A menudo hemos descendido a la norma del Padre de mentiras, aquel que engaña, divide y destruye, Satanás mismo.

Hemos tendido trampas con nuestras bocas. Hemos seducido con nuestras palabras. Nuestra conversación ha destilado disensión. Hemos dicho demasiado y hablado a la ligera. Nuestras palabras han sido atrevidas. Nos hemos entregado al chisme y en nuestra ira nuestras palabras han sido maliciosas. Hemos sido querellosos. A veces, nos hemos deleitado en emitir nuestras propias opiniones. Nos hemos entregado al humor burlesco. Hemos traicionado la confianza de otros con nuestras palabras.

Génesis 3 y Nuestras Palabras

¿Qué debemos notar en cuanto a la comunicación en Génesis 3? Debemos comenzar humildemente a reconocer que nuestras palabras tienen sus raíces no sólo en las palabras del Señor (Génesis 1), sino también en las palabras de la Serpiente (Génesis 3). Con esta admisión, confesamos que nuestra lucha en la comunicación no es primariamente una lucha de técnicas, sino una lucha del corazón. Nuestra guerra de palabras no es contra otras personas; es una batalla interna. ¿Hablaemos de una manera que refleje al Señor, el Gran Orador, o a la Serpiente, el Gran Engañador? ¿Quién controlará nuestros corazones y nuestras palabras?

La guerra de las palabras presentada en Génesis 1 y 3 se describe a través del resto de la Escritura. La peleamos diariamente en nuestras propias vidas. Nuestras palabras ahora dividen, engañan y destruyen. Son un mundo de maldad, causando un mundo de problema. Las palabras no son baratas. Su costo es muy alto.

¿Cómo trataremos este problema? Cada uno de nosotros necesita decir, “Señor, estos pasajes me ponen al descubierto. Admito que no siempre he reconocido que mis palabras te pertenecen. No me he comunicado fielmente de acuerdo con tu ejemplo y plan. He tomado mis palabras como propias, para ser usadas para mis propios propósitos. He escuchado al Gran Engañador y muchas veces y de muchas maneras he hablado más como él que como tú. Te pido perdón y suplico tu ayuda. Yo sé que sólo tu eres capaz de domar mi lengua. Te ofrezco mis palabras de nuevo a ti, que pueda hablar a la altura de tu norma y de acuerdo con tu diseño”.

Y al confesar, necesitamos abrazar la gloriosa promesa del evangelio capturada por Pablo en 2 Corintios 12:9: “Bástete mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad”. En ninguna parte nuestra debilidad se revéla más dramáticamente que en nuestra lucha con las palabras. Pero no debemos desesperarnos. Cristo ha venido. ¡Ha vivido, muerto y resucitado por nosotros! En él encontramos no sólo el perdón, sino también la liberación de los pecados del corazón que conducen a los pecados de la lengua. En nuestra mayor debilidad, nuestros corazones pueden ser llenos de gozo al reflejar la grandeza de la provisión de Cristo. En él nuestras palabras encuentran su esperanza.

Algo Personal: Un tiempo de confesión

Evalúa el mundo de tus palabras. ¿Hay lugares donde tus palabras han seguido más la pauta del enemigo que la del Señor? Toma tiempo para considerar, orar y confesar. Confiesa a Dios y a la gente con la que vives y trabajas.

1. ¿Hay lugares donde tus palabras desafían la autoridad de Dios? (buscando tomar control equivocado, hablando palabras de condenación, castigando a los demás con palabras, menoscabando la autoridad de los líderes establecidos por Dios, quejándose y murmurando acerca de las situaciones que Dios ha ordenado en tu vida, etc.)
2. ¿Revelan tus palabras lugares donde has adoptado una interpretación de la vida diferente a la del Señor (como la revela en la Escritura)? En otras palabras, ¿Revela tu hablar un punto de vista de la vida consistentemente bíblico que anima a otros a ver la vida de la misma manera? (Ejemplo: Brotes de ira durante un embotellamiento de tráfico en vez de usar el tiempo para una conversación profunda con tu esposa e hijos).
3. ¿Ha sido tu comunicación infectada con la mentira de Satanás de que las cosas que necesitas para la vida pueden ser encontradas fuera de Cristo? Ejemplos:
 - “Tengo que ganar esta discusión”
 - “Tengo que tener su amor, apreciación y respeto”
 - “Tengo que lograr que admita que . . ., aunque sea lo último que haga en esta vida”
 - “Esta es la manera en que debe ser hecho”.
 - “No puedo vivir sin . . .”
 - “Tengo el derecho de buscar mi felicidad”

Recuerda, Cristo no sólo perdona, también libera. No sólo libera, también restaura. No sólo restaura, también reconcilia.

CAPÍTULO TRES

LA PALABRA HECHA CARNE

“El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Juan 1.14)

He estado casado por más de un cuarto de siglo. Dios me ha dado una esposa piadosa que tiene más virtudes que yo. Luella y yo gozamos de una relación maravillosa en muchas maneras. Ambos crecimos en familias cristianas donde se nos enseñó la verdad desde la infancia. Ambos vinimos a Cristo desde niños y fuimos educados en una Universidad Cristiana. Hemos pasado nuestras vidas en el ministerio y hemos tenido la bendición de tener buena enseñanza bíblica. Hemos trabajado duro para seguir el diseño de Cristo para nuestro matrimonio.

Pasamos tiempo juntos semanalmente fuera de casa para hablar de los asuntos que necesitan ser discutidos. Hemos tratado a través de los años de tener un tiempo devocional familiar diario. Sin embargo, al estar preparando este libro, reconocí que a pesar de todo esto, no estamos libres de problemas en nuestra comunicación. No quiero decir que nos estamos gritando y levantando la voz. No siempre estamos molestos y ahorcándonos el uno al otro. Pero no tenemos que mirar muy lejos hacia atrás para encontrar pecado en nuestro hablar. Puede haber sido una palabra dicha con hostilidad y sin pensar, una palabra de irritación, una acusación rápida, un comentario egoísta o demandante, un “te lo dije” cuando se necesitaban palabras de consuelo y ánimo. Pudo haber sido una respuesta impaciente, un comentario lleno de soberbia o autocompasión, o una situación donde los pecados pasados fueron resucitados por un momento.

Aun con toda la enseñanza de la Escritura que hemos recibido, con todo nuestro compromiso personal y esfuerzo práctico, con todas nuestras súplicas por perdón y oraciones para pedir ayuda, como pareja todavía tenemos problemas cuando hablamos. ¡Así de grande es nuestra necesidad! ¡Así de profundo es nuestro problema!

Nuestra Tendencia a Olvidar

Cuando voy a una librería cristiana, algunas veces me pregunto si hemos olvidado cuál es nuestro problema real. ¿Realmente pensamos que vamos a resolver los problemas de comunicación con pensamientos humanos y técnicas sofisticadas? ¿Hemos olvidado que los problemas de comunicación revelan problemas mucho más profundos y fundamentales? Si no atacamos estos asuntos más profundos, nunca resolveremos nuestros problemas de comunicación diarios. Si el conocimiento y la habilidad fuera todo lo que se necesita, Luella y yo hubiéramos resuelto los problemas con nuestra comunicación desde hace mucho. Pero necesitamos algo más profundo que la técnica, habilidad y conocimiento. Cada día esta necesidad profunda es revelada cuando se comunica nuestra familia.

Recientemente observé a mis hijos discutir entre ellos. Esto no era nada nuevo; tienen dos años de diferencia y han tenido muchas discusiones. De hecho, esta discusión particular es una que habían tenido muchas veces con anterioridad. No obstante, en esta ocasión habían captado mi atención. Sus palabras estaban cargadas de acusaciones. Su tono era de enojo. Ninguno se detenía a escuchar a medida que el repicar de las palabras escalaba y el volumen aumentaba. No pasó mucho tiempo antes de que abandonaran el asunto de discusión y comenzaran a sacar heridas del pasado. Ambos hablaban llenos de dolor, frustración, enojo, impaciencia y celos. No estaban hablando para resolver el

problema o escuchando para comprender. Sus palabras eran simplemente armas en una guerra. Cada uno quería silenciar al otro y ganarle. Sus oraciones estaban llenas de “tú siempre” y “tú nunca”. Ambos estaban parados allí, envueltos en sus togas de autojusticia, sintiéndose bastante justificados para acusar al otro. Y aunque se mantuvieron ventilando, ambos comunicaban la creencia de que estaban perdiendo su tiempo. Estaban seguros de que el otro nunca los entendería.

Al estar escuchando, dos pensamientos se apoderaron de mí. El primero era que yo no quería tener que lidiar con esta “guerra” tan temprano en la mañana. Pero el segundo pensamiento era más teológico y más cautivante. Me di cuenta de que nunca había enseñado a mis hijos cómo discutir y pelear. Nunca les había enseñado cómo herirse el uno al otro con sus palabras. Nunca les había dado una plática sobre cómo escoger el momento correcto para recordar los errores de una persona. Nunca había buscado impartirles las habilidades para acusar y condenar. No obstante, mis hijos actuaban con confianza y habilidad. Tenían un talento natural de usar palabras para que hicieran exactamente lo que deseaban sus corazones airados.

Al comenzar a intervenir, mi corazón se llenó de tristeza. Podía detener la discusión, pero no podía cambiar lo que realmente necesitaba ser cambiado. Además, estaba totalmente consciente de que lo que necesitaba ser cambiado en ellos también necesitaba ser cambiado dentro de mí. En nuestro hogar raras veces pasa una hora (ni se diga un día) sin que haya algún tipo de conflicto. (Y, aunque Ud. no lo crea, tenemos una familia a quien le está yendo bastante bien). ¡Cuán profunda es nuestra necesidad! Esa mañana le hablé a mis hijos entre lágrimas porque esta vez estaba más acongojado por la gravedad de nuestra necesidad espiritual que por mi frustración de tener que resolver otra querella.

Quizá te estás preguntando si mis hijos se beneficiarían si aprendieran mejores técnicas de comunicación o un mejor sentido de ubicación y contexto. Sin duda sí se beneficiarían, pero la guerra de palabras esa mañana iba mucho más profundo que eso. Se revelaban necesidades espirituales profundas que no serían aliviadas por unos cuantos principios de la buena comunicación.

La Venida de la Palabra

¿Cómo Dios, el Gran Orador, se dirige a nuestra necesidad en esta área? Él no demanda que lleguemos a su norma en nuestra propia fuerza. No, él envía a su Hijo, el Verbo o la Palabra, para encarnarse, para vivir como un hombre y para ser el mensaje más glorioso para nosotros *El Verbo se hizo carne*. Escucha las palabras de Juan.

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios.

Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.

En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella . .

En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.

Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios

nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.” (Juan 1:1-5, 10-14, 16-18)

Piensa en esto. El Dios que creó el habla, y habló y el mundo existió, el Dios que usó palabras humanas para revelarse a su pueblo a través de las edades, viene a este mundo como el Verbo (Palabra), a la gente que lo había abandonado. Él no es uno que habla la verdad, él es la verdad, y sólo en él hay esperanza para nosotros. Sólo en el Verbo encontramos esperanza para ganar la guerra de las palabras y hablar otra vez de acuerdo con el ejemplo y diseño de nuestro Creador. El Verbo se hizo carne porque no había otra manera de componer lo que se había roto en nosotros.

El hecho de que el Verbo vino en la carne nos dice algo muy importante acerca de nuestro hablar: Nuestro problema no es fundamentalmente uno de ignorancia o ineptitud. Recuerda las palabras de Santiago: “Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal” (Santiago 3:7-8). El punto de Santiago es que nuestros problemas de comunicación no pueden ser resueltos por medios humanos normales. No resolverán el problema los cambios de lugar, situación, educación, entrenamiento, ejercicio o naturaleza de la relación. ¡La lengua es indomable humanamente! Es un mal poderoso e indomable que nos deja a todos desconcertados.

La Guerra detrás de la Guerra de las Palabras

Existe una observación fundamental bíblica que necesitamos hacer en este punto: *El Verbo no hubiera venido a nuestro mundo si nuestra lucha fuera primariamente una lucha de carne y sangre.* El problema con nuestras palabras es uno intensamente espiritual, un problema del corazón humano. Quizá eres una esposa que está muy lastimada por la manera como tu esposo se comunica contigo. O tal vez eres un adolescente y es difícil no sentirte condenado por la manera en la que te hablan tus padres. Quizá eres un esposo que está amargado por la falta de respeto que te tiene tu familia. Cada uno de nosotros ha sido herido personalmente por las palabras de otros, y cada uno de nosotros ha dicho palabras que han herido a otros. Debido a esto, es importante reconocer que la guerra de las palabras realmente es el fruto de una guerra más grande y más fundamental. Esta guerra es la guerra de guerras; es de lo que se trata la vida. Pablo se refiere a esta guerra en Efesios 6:12 cuando dice, “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”.

En Efesios 4 Pablo habla mucho acerca de las palabras en el cuerpo de Cristo. Nos llama a ser completamente humildes y gentiles, a ser pacientes soportándonos en amor, a esforzarnos para mantener la unidad del Espíritu a través del vínculo de la paz”, a hablar la verdad en amor, a quitarnos la falsedad y hablar verdad con nuestro prójimo. El dice, no pequen en su enojo, No se ponga el sol cuando aun están enojados. Nos insta a que ninguna palabra ociosa salga de nuestra boca, sino sólo la que sea para la edificación de los demás. No llama a desechar la amargura, la ira y el enojo, gritería y escarnio, al igual que toda forma de malicia, a ser amables y compasivos unos con otros, y a perdonarnos tal y como Cristo nos perdonó. En Efesios 5 y 6 Pablo aplica estos principios a la iglesia, el hogar y el mundo de afuera.

No puedes leer lo que dice Pablo sin quedar impresionado con la profundidad y la amplitud de los mandamientos. Quizá estás pensando mientras lees, *Pablo, tienes que estar bromeando.* ¿Conversación completamente humilde y gentil en nuestro hogar?

¡Imposible! ¿Una comunicación libre de todo enojo y malicia? ¡Ese sería un gran día! No obstante, esto es a lo que Pablo nos está llamando. Y estos mandamientos tienen la intención de ayudarnos.

Tú dices, “no me ayudan – sólo me desaniman”. Pero tal vez ese es el punto. Cuando te enfrentas a la norma alta de Dios para nuestras palabras y ves cuán lejos estás de ella, eres llevado a reconocer dos cosas que son el foco de este capítulo. Primero, tú y yo somos enfrentados inmediatamente con el hecho de que tenemos problemas graves en nuestra comunicación que son mucho más fundamentales que la habilidad, la técnica y el vocabulario. El segundo hecho fluye del primero: Puesto que nuestra necesidad va a mayor profundidad que la técnica, necesitamos más que un curso de entrenamiento o un nuevo conjunto de habilidades. Necesitamos el rescate que sólo puede proveer Jesús, la Palabra Viva y nuestro Redentor.

Así que, cuando han fallado nuestros mejores esfuerzos para ganar la guerra de las palabras, encontramos la más grande esperanza de todo el mundo. Pero no está en nosotros o en nuestro potencial. Está en el Verbo y su presencia, poder y promesas. Puesto que Jesús ha venido a vivir, morir y ser resucitado por nosotros, existe la esperanza de que podamos hablar como Dios ha diseñado.

La Vida es una Guerra

A la luz de eso, las palabras de Pablo en Efesios 6:12 no podrían ser más prácticas. Cuando Pablo escribe acerca de la guerra espiritual al final de su carta, no está cambiando de tema; está resumiendo todo lo que ha dicho antes (incluyendo todo lo que dijo acerca de la comunicación). Pablo tiene un celo para que nos demos cuenta de que *la vida es una guerra*, no contra otra gente, sino con las *fuerzas espirituales de maldad en los lugares celestes*. Esto es lo que se ha manifestado en el hogar, la iglesia, el centro laboral y la comunidad. Esta guerra es lo que hace difíciles cada uno de estos foros. No estamos peleando sólo para llevarnos bien los unos con los otros. Mucho más importante, ¡estamos peleando para vencer las estratagemas del Diablo en nuestra contra!

La vida es una guerra. Un conflicto dramático está desarrollándose entre las fuerzas del Gran Orador y el Gran Engañador. Mientras Dios está buscando enraizarnos con mayor profundidad en su vida, su paz, y su verdad, Satanás busca arrancarnos por medio de esquemas engañosos, mentiras con apariencia de verdad, y trampas crueles. Como todas las guerras, esta guerra es por el control. Esta es una guerra por nuestros corazones. Y si esta guerra espiritual no se estuviera desarrollando, no existiría la guerra de las palabras.

Esto amplía nuestro entendimiento del evangelio, de porqué fue necesario que Jesús viniera. Jesús, la palabra viviente, vino como Revelación y Redentor para que tuviéramos lo que necesitamos para mantenernos firmes en medio del conflicto. En nosotros mismos, no somos contrincantes para estas “fuerzas espirituales de maldad en los lugares celestes”. Así que Cristo no sólo vino como el Verbo, sino como el Segundo Adán. El primer Adán nos representaba a todos, y cuando él enfrentó a Satanás, creyó a sus mentiras, sucumbió a sus trampas, y cayó en pecado. Cristo tuvo que venir como el Segundo Adán, de nuevo como nuestro representante para enfrentar a Satanás. Así pues, antes de su ministerio público, Cristo enfrenó a su enemigo. Tres veces fue tentado con las mismas mentiras y engaños viejos. Tres veces derrotó a Satanás, demostrando su poder sobre las fuerzas del mal y logrando una gran victoria para nosotros (ver Mateo 4.1-11; 12:22-29; Rom. 5:12-21).

A través de su obra, Cristo nos da poder y nos equipa para la batalla así que cuando el día malo llegue, seamos capaces de estar firmes, no permitiendo que algo nos

aleje de la vida a la cual él nos ha llamado. Esta vida incluye hablar de una manera que sea digna del evangelio. La victoria que Jesús ganó para nosotros nos habilita para vivir en paz con él y unos con otros.

Esto nos da una perspectiva completamente diferente de las peleas por quién entra primero al baño o quién comió el resto del cereal favorito de la familia. El problema de estos momentos va más allá de los asuntos superficiales de mucha gente, de algunos baños y de demasiadas cajas vacías de cereal. *Nosotros* somos lo que está mal en cada situación. *Nosotros* somos el elemento común en todos nuestros problemas de comunicación. Y es vitalmente importante que ni minimicemos el problema (diciendo que estos momentos no son importantes) ni nos volvamos cínicos (diciendo que no hay esperanza real de cambio). Estos momentos pequeños sí importan, pues son donde vivimos todos los días. No obstante, hay esperanza de cambio substancial porque Jesucristo, el Verbo, el Redentor, nos ha dado todo los recursos que necesitamos para hablar como debemos hablar.

El Recurso Correcto para la Lucha

¿Qué nos ha dado el Verbo para que podamos hablar de acuerdo con la norma y diseño de Dios? En una oración breve en Efesios (1:15-23), Pablo dice cuatro palabras dinámicas para capturar los recursos que son nuestros por la obra redentora de Cristo.

La primera palabra es *esperanza*. En el Verbo encontramos esperanza para nuestras palabras. Esta esperanza no es un deseo ilusorio o una expectativa infundada. ¡No! la esperanza bíblica no es nada menos que *una expectativa confiada de un resultado garantizado*. En él podemos ganar la guerra de las palabras. No tenemos que conformarnos con una comunicación amarga, airada, destructiva y divisoria. Podemos tener estándares altos y metas elevadas, no por lo que somos, sino porque lo que él ha hecho. Así que nos rehusamos a aceptar el status quo, a permitir que el cinismo invasor de la desesperanza cause que renunciemos al enfrentar la lucha. ¡No! vivimos y hablamos con fe y valor, creyendo que algo mejor puede ser logrado debido a lo que él ha hecho.

Como esposa, no puedes permitirte creer que nunca mejorará tu comunicación matrimonial. En el Verbo hay esperanza. Como esposo, no puedes entregarte a la ira y a las palabras que ésta te dicta. Hay esperanza. Como amigo, no puedes rehusarte a hablar en el momento que estás herido, creyendo que no importa. Hay esperanza. Como padre, debes creer que puedes ministrar a tus hijos aun en medio de tu propio dolor y frustración porque la Palabra ha venido y, con él, la esperanza. Pregúntate, ¿fluye mi comunicación de mi confianza en la obra proveedora del Verbo?

¿Cuál es nuestra esperanza de que podamos hablar en una manera piadosa cuando un adolescente rebelde se nos resiste? ¿Cuál es nuestra esperanza de hablar como Dios ha diseñado con un esposo distante, una esposa critica, un amigo cristiano amargado, o un vecino contencioso? ¿Dónde encontraremos la fuerza para hablar correctamente a un jefe duro, demandante e ingrato, o a un niño egoísta y quejumbroso? ¿Qué esperanza tenemos de tener una comunicación saludable cuando entramos a una conversación difícil estando cansados y desanimados? ¿Qué haremos cuando luchamos contra nuestra propia amargura, cuando estamos molestos o luchando por querer que se hagan las cosas como nosotros queremos? ¿Qué nos ayudará cuando nos sentimos acusados falsamente, no apreciados, inadvertidos o dados por sentado? ¿Cuál es nuestra esperanza de hablar en una manera que promueva la obra de Dios en vez de los deseos de nuestra naturaleza pecaminosa? Nuestra sola esperanza es la Palabra. Su obra a

nuestro favor totalmente altera la manera en la que podemos responder a la lucha de las palabras.

Tú sabes como funciona. La mayoría de nuestra comunicación diaria no está organizada ni viene en un libreto. Constantemente encontramos momentos que no eran parte de nuestra agenda para el día.

Digamos que mi hijo viene un jueves a las 10:30 PM y me dice, “Papá, tengo que entregar mañana un proyecto en mi clase de Ciencia y necesito algunas cosas”. ¡Ten en cuenta que él sabía de este proyecto desde hace varias semanas! Tratando de guardar la cordura, le pregunto qué necesita. Tentativamente dice, “Bueno, necesito una tabla”. Pienso, “Eso no está tan mal, podemos tomar esa tabla que tenemos en la bodega”. Le pregunto, “¿Algo más?” Me dice, “bien, necesito unos marcadores”. Puedo sentir que se eleva mi nivel de irritación, pero pienso que, probablemente, podemos poner agua en alguno de los marcadores secos para que sirvan para un proyecto más. De nuevo le pregunto, “¿Algo más?” Y con un murmullo temeroso dice, “Doce pollitos”. ¡No puedo creer lo que estoy oyendo!” Siento que mi cara se pone roja. “Por supuesto, simplemente corro a las tiendas de pollos de 24 horas y escojo una docena recién brotada”.

La guerra inicia en un abrir y cerrar de ojos – no entre mi hijo y yo, sino dentro de mi corazón. Estoy enojado y frustrado. Estoy cansado del campo minado de las dificultades inesperadas. Tengo una fuerte inclinación de manejar la situación golpeándolo con palabras. Quiero decirle cuán tonto es y que está loco si cree que lo voy a ayudar. Quiero decirle que en mi tiempo nunca dejé los proyectos para el último momento. Hay muchas cosas que quiero decir, y en ese momento, más me vale tener una esperanza que me habilite para mantenerme en contra de todo lo que quiero hacer tan intensamente.

Si la guerra ruge en nuestros corazones en estos momentos pequeños y cotidianos, ¡cuanto más se presentará en momentos de problemas matrimoniales, desilusión paterna, y fracaso decepcionante en el cuerpo de Cristo! Muchos de estos momentos no pueden evitarse, pero los enfrentarás en una manera radicalmente diferente si crees que hay esperanza debido a la obra del Verbo. Las siguientes tres palabras que usa Pablo describen esa esperanza.

Todo lo que Necesitamos

La segunda palabra que Pablo usa en Efesios 1:15-23 para capturar los beneficios presentes de la obra del Verbo es *riquezas*. Pablo dice que existen “riquezas gloriosas en Cristo”. ¿De qué está hablando aquí? Pedro captura esto bien cuando dice que “Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder”. (2 Pedro 1:3). No se trata de mucho, no es más que la mayoría, sino *todo* lo que necesitamos. Considera estas palabras. El verbo en el pasaje (han sido) está en el tiempo perfecto, el cual indica una acción en el pasado que tiene resultados que continúan aun en el futuro. Esto significa que Cristo ha puesto en mi almacén todo lo que necesito. Te preguntarás “¿Para hacer qué?”. Pedro dice, todo lo que pertenece “a la vida y a la piedad”. No sólo me ha sido dado lo que necesito para la vida eterna, sino todo lo que necesito para vivir una vida piadosa desde el momento que soy salvo hasta el momento que Dios me lleve al hogar para estar con él.

Permite que el poder de estas palabras te penetren. El Señor nunca te pondrá en una situación sin darte todo lo que necesitas para hacer lo que te está llamando a hacer.

Digamos que eres una esposa, que estás en una conversación muy difícil con tu esposo. Existen riquezas en tu almacén para este momento. Quizá eres un trabajador luchando con un jefe muy crítico. Todo lo que necesitas para hablar en una manera piadosa ya te ha sido dado. Padre, estás enfrentando otro día con un adolescente rebelde

e irrespetuoso. Te han sido dadas todas las riquezas que necesitas para moverte más allá de tu herida y enojo y para funcionar como un instrumento del Señor. El Verbo ha venido y en sus manos hay riquezas gloriosas. ¡Su provisión es lo único que domará a la lengua humana!

La tercera cosa que la lista de recursos de Pablo es el *poder*. Pablo lo dice así: “la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos” (Efesios 1.19). Debido a la obra del Verbo, tenemos poder para vencer la guerra que vitaliza nuestras luchas con las palabras. No tenemos problemas de comunicación simplemente porque carecemos de técnica o vocabulario. Nuestro problema es impotencia. Nuestro problema es inhabilidad. Por eso es que Santiago hace la pregunta retórica, ¿quién puede dominar la lengua? La mejor respuesta bíblica a esa pregunta es, ¡Nadie de este lado del mundo! Pero Cristo ha venido, demostrando su poder en su ministerio, ejerciendo su poder sobre el mal en la cruz, y bendiciendo a su pueblo con poder en la persona del Espíritu Santo que habita en nosotros. Pablo dice que Dios, que puede hacer mucho, mucho más de lo que podemos pedir o imaginar, *está obrando* por su poder dentro de nosotros (ver Efesios 3:20).

Considera esto por un momento. Dios no nos ha promulgado una serie de directrices grandes y sofisticadas y luego se sienta para ver si vamos a obedecerlas. No, él entiende que nuestro pecado nos deja impotentes, y que sin él no sabremos lo que necesitamos saber y no podremos hacer lo que necesitamos hacer. Así que ha entrado a nuestro interior por medio de su Espíritu. ¡Su poder inconcebible está *dentro* de nosotros! Y no sólo está adentro, sino que ¡está obrando! Pablo dice que hemos recibido poder que puede ser comparado sólo con el poder por el cual Cristo fue resucitado de los muertos.

Esto cambia todo. El Verbo nos ha hecho su habitación para que podamos hablar como él ha diseñado. En él lo imposible se vuelve posible. La guerra se vuelve ganable. La lengua se vuelve domable, ya no más un instrumento del mal, sino una productora del bien.

Lo que hace que este libro sea diferente a otros libros de comunicación no es la vasta sabiduría y experiencia del autor. Sólo es una cosa: el evangelio. Éste cambia radicalmente la manera en que entendemos y peleamos la guerra de las palabras que forma parte de la lucha humana.

El evangelio nos previene de un modelo de comunicación que sea *de fuerza independiente* que asume que nuestro problema puede ser resuelto con los entendimientos y habilidades correctas. El evangelio nos fuerza a ver nuestra habilidad. El evangelio también nos previene de tener un modelo de comunicación de *debilidad e inhabilidad* que nos cause ver las metas de Dios y decir, “¡Si tan sólo yo pudiera!” En Cristo adoptamos tanto la inhabilidad como la habilidad. El Verbo viene para llenarnos con su poder precisamente porque somos tan débiles. Pero en Cristo, nosotros que no podíamos estar firmes, ahora podemos serlo.

Aplica esto a tu mundo de palabras. El poder ha sido dado. Reside contigo por el Espíritu y alcanza el punto de tus debilidades más profundas en la comunicación. Esposa, es una negación del evangelio ver a tu esposo y decirte, “¿Para qué preocuparse? Nunca va a cambiar”. Esposo, es una negación del evangelio ponerte a la defensiva cuando tu esposa trata de hablar contigo acerca del pecado en tus palabras. Padres, niegan el evangelio cuando permiten que su comunicación con sus hijos sea gobernada por emociones y deseos sin control. Debido a que el Verbo ha venido y nos ha dado su poder, podemos dar un paso adelante con valor, creyendo que podemos ganar un nuevo territorio en nuestro mundo de las palabras.

Debido a la presencia residente del Espíritu de Dios, hay esperanza de que la lengua puede hacer el bien que Dios ha ordenado. Ninguno puede decir que somos demasiado débiles (“Si tan sólo tuviera más fe” o “Si tan sólo tuviera más valor” o “Si pudiera pensar en las cosas correctas para decirlas”). Ninguno de nosotros puede culpar a nuestras personalidades (“Es que soy extrovertido” o “Es que soy demasiado tímido” o “Lo siento, es que funciono mejor de mañana”). Ninguno puede culpar a su pasado (“Nunca tuve un buen ejemplo de comunicación”, o “Siempre me enseñaron a responder la ofensa” o “Mis padres nunca nos enseñaron”). Ninguno puede culpar a la gente a su alrededor (“Si tuviera hijos que fueran más obedientes” o “Si mi esposo fuera más amoroso y afectivo, entonces podría . . .” o “Si mi esposa no me estuviera criticando todo el tiempo” o “Si mi jefe apreciara un poco más lo que hago todos los día para él “). Ninguno puede culpar a nuestra situación presente (“Si tan sólo tuviera más tiempo” o “Si mi trabajo no fuera tan demandante”).

Es cierto, estamos viviendo con pecadores, nuestros horarios están llenos, muchos de nosotros crecimos en ambientes negativos, y se nos han dado personalidades diferentes que nos ayudan y perjudican de varias maneras. Pero este es el punto: Dios nos ha dado su Espíritu, no a pesar de, sino *debido* a estas realidades. El Espíritu Santo fue dado para que podamos hacer la voluntad de Dios aun siendo pecadores en un mundo caído; para que su vida y fortaleza abrumen todos los efectos de nuestro propio pecado y el pecado de otros en nuestra contra; ¡para que podamos realmente hacer la voluntad de Dios! Su poder no está distante e inactivo; ¡está *obrando* dentro de nosotros! Podemos hablar de acuerdo con la medida de la norma y diseño de Dios porque él vive dentro de nosotros con poder activo y grandioso.

El gobierno personal redentor

La palabra final que resume los recursos que nos han sido dados en Cristo es gobernar. Pablo dice que Cristo es “cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es su cuerpo” (Efesios 1:22-23). No hay alguna situación que podamos encontrar que no esté gobernada por Cristo. Nuestras vidas no están fuera de control. Cristo cuidadosamente las administra para nuestro beneficio y su gloria.

Esta idea del señorío y gobierno de Cristo se dirige directamente al lugar en nuestra comunicación donde a menudo nos metemos en más problemas. A menudo nuestras palabras revelan un intento de controlar las cosas para nuestro bienestar. Nos movemos por un sentimiento personal de lo que queremos o pensamos que sería bueno, y así hablamos de una manera que se garantice que lo obtendremos. Defendemos, acusamos, echamos la culpa, manipulamos, racionalizamos, argumentamos, adulamos, alegamos, suplicamos, o amenazamos con tal de controlar a una persona o una situación.

Algunas veces lo hacemos por temor. Realmente se siente como si nuestras vidas estuvieran girando sin control. Parece como si la gente a nuestros alrededor se interpusiera en el camino a lo que es mejor. Parece correcto tomar el control. Si no lo hacemos, entonces ¿qué pasará? Pero las palabras derivadas del temor olvidan una de las promesas más preciosas del evangelio: que Cristo ahora mismo, en este momento, está rigiendo sobre todas las cosas para nuestro beneficio particular como sus hijos. Tal vez no siempre pueda ver su mano y no siempre reconozco el bien que está haciendo, pero, de todas maneras, él está activo y rigiendo todo. La comunicación que intenta encontrar seguridad personal tomando el control se olvida de una de las provisiones más dulces del Verbo, el control de Dios sobre todas las cosas para su hijos.

Otra manera de decir esto es que nuestras palabras a menudo revelan que no estamos confiando en el Señor sino más bien estamos intentando ser Dios mismo.

Estamos intentando hacer con nuestras palabras lo que sólo él puede hacer. Cuando lo hacemos, fallamos, hiriéndonos a nosotros mismos y a aquellos a nuestro alrededor.

Por ejemplo, un padre no debe estar tan temeroso de lo pasará con su hijo hasta el punto que trate de hacer con palabras lo que sólo Dios puede lograr por su gracia: “Haré que me respetes, aunque sea lo último que haga” (amenaza). “Piensa en todo el esfuerzo al trabajar, piensa en todo el dinero que hemos gastado, piensa en todo el tiempo que hemos invertido . . . ¿Esta es la manera como me lo agradeces?” (Culpa). “¿Recuerdas ese carro que me pediste para tu cumpleaños? Si haces _____ . . . no sabes, puede ser que te encuentres agarrando las llaves” (manipulación).- En cada ejemplo el orador está tratando de voltear el corazón del hijo con algún tipo de herramienta verbal.

Pero los intentos verbales de obtener el control no siempre fluyen del temor. A menudo fluyen del orgullo. Como pecadores tendemos a ser egoístas. Tendemos a luchar con el contentamiento y de entrar a cada situación cargados con nuestros propios deseos.

Cuando me levanto en la mañana, frecuentemente la primera persona en la que pienso es en mí mismo. Ya estoy repleto de mis propios deseos, ensayando en mi mente lo que quiero que sea el día. Cuando me siento en mi oficina y el teléfono suena, pienso a menudo, ¿Y ahora qué? Temeroso de que alguien va a interferir con mis planes. En la noche cuando estoy conduciendo rumbo a casa, frecuentemente me descubro soñando acerca de lo que quiero que pase esa noche, preguntándome qué desastres otros habrán traído a casa que destruirán mi sueño. Nuestras palabras a menudo revelan cuán enfocados estamos en nosotros mismos y cuán decididos estamos en obtener lo que queremos de los demás.

“¿Es que acaso no puedo tener una noche en paz?” grita el padre a su hijo cuando le pide su ayuda en un proyecto que durará toda la noche. “¡No pienso que realmente me ames!” dice la esposa a su esposo cuando él está saliendo apresuradamente, ya estando retrasado y ahora, enojado y frustrado también. Sus palabras están enfocadas en ella misma, en el momento inapropiado e indiferentes a las necesidades de su marido. “¡Si no viviera aquí, la mitad de mi problema estaría resuelto!” gruñe el adolescente que ha sido confrontado por su mala actitud. Dirigido por lo que él quiere, le devuelve el golpe a sus padres que parecen estar siempre interponiéndose en el camino.

El evangelio también se refiere a esta lucha. Cristo nos llama a una agenda que es más elevada que nuestros propios placeres. Cristo rige todo para nosotros, pero su reinado no ha sido establecido para que seamos felices. Somos llamados a someternos a Cristo para que seamos santos y nuestra santidad traiga gloria a él.

El Verbo ha venido y ha traído a nosotros un control glorioso, total, fiel y redentor. Nuestras palabras deben fluir del descanso que hemos encontrado en su reino.

Los recursos de Cristo son nuestra única esperanza de que nuestras palabras serán habladas de acuerdo con su norma y diseño. En el Verbo encontramos esperanza cuando todo parece estar sin esperanza, encontramos riquezas cuando nos sentimos pobres, poder cuando vemos nuestras debilidades, y su reinado cuando todo a nuestro alrededor parece estar fuera de control.

El Evangelio y Nuestras Palabras

La conversación saludable del cuerpo de Cristo en el hogar, la iglesia o el trabajo está enraizada en las gloriosas realidades del evangelio. El Verbo ha venido y trajo con él todo lo que necesitamos para vivir una vida de hablar piadoso. Debido a que ha venido, podemos tener esperanza de que nuestras palabras seguirán la pauta del Gran Orador en vez de la del Gran Engañador. Ha venido a librarnos de los daños horribles de la Caída, en la cual el don maravilloso de la comunicación se convirtió en un terrible mundo de

problemas. Cristo ha venido a dominar lo que el hombre nunca podrá dominar. El ha venido a usar para su propósito lo que parece inservible. Ha venido para darnos gloriosas riquezas y poder incomparable para que nuestras lenguas puedan ser usadas como sus instrumentos de justicia. Nuestro mundo de palabras no tiene que ser un mundo de problemas por esta razón confiable: el Verbo ha venido.

Algo Personal: Cristo y tus Palabras

Examina tu comunicación con otros esta semana. ¿Fue edificada sobre el cimiento sólido que Cristo ha establecido para nosotros? Por ejemplo:

1. ¿Admites humildemente tu inhabilidad y buscas la ayuda del Señor antes de momentos importantes de comunicación?
2. ¿En tus relaciones primarias, estás buscando lograr con palabras lo que sólo el Señor puede hacer por su gracia y poder?
3. ¿Caes en desesperanza de tal forma que renuncias a hablar cuando tus palabras se necesitan o te entregas a pautas de conversación pecaminosa?
4. ¿Estás dispuesto a admitir tus debilidades de comunicación, reconocer los temas recurrentes, confesar a Dios y aquellos a quienes has ofendido, y comprometerte con nuevas pautas de conversación? (todo esto se basa en abrazar las promesas de Cristo de que su fuerza se perfecciona en nuestra debilidad).
5. ¿Eres capaz de considerar humildemente lo que otros te señalan como pecado en tus palabras? O ¿niegas, racionalizas, echas culpa o te revuelcas en tu fracaso?
6. ¿Agradeces diariamente al Señor por su provisión, y por la esperanza que da de que puedes hablar en una manera que bendiga a otros y le glorifique?

Lee Efesios 1:15-23. Pide al Señor que abra tus ojos a los beneficios gloriosos de la obra de Cristo y a la esperanza que esto ofrece para tus palabras. Pídele que te muestre donde se necesita el cambio y da el paso de fe. Finalmente, descansa en la realidad de lo que Juan dice acerca del Verbo: "Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia." (Juan 1:16) y cree que su caudal inagotable de gracia puede cambiar radicalmente tu mundo de palabras.

CAPÍTULO CUATRO

PALABRAS IDÓLATRAS

“De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?” (Santiago 4:1-2).

Imaginemos que es una mañana entre semana y estoy sentado en mi oficina pensando en mi esposa amorosa. Me doy cuenta de cuánta bendición he recibido al estar casado con una mujer como ella por muchos años. Reflexiono en el hecho de que le pedí que se case conmigo cuando yo tenía diecisiete años. Me doy cuenta de que en aquel entonces no tenía la madurez para tomar tal decisión tan seria y que mi matrimonio hoy es un testimonio del amor y la gracia del Señor.

Al estar en mi oficina, también pienso acerca de cuán difícil es para Luella y para mí tener tiempo para nosotros dos. Tenemos cuatro niños viviendo todavía en casa: dos hijos que van a la universidad en nuestra ciudad, una hija en la preparatoria y un hijo en la primaria. No es necesario decir que no hay mucha calma en nuestra casa. Ya hace mucho tiempo que pasaron aquellos días cuando acostábamos a los niños y pasábamos tiempo juntos. De hecho, mis hijos a menudo me despiertan cuando estoy dormitando con el periódico y me preguntan por qué no voy a la cama. Como solía hacer mi padre, instintivamente declaro que no estoy durmiendo. Pero recientemente, mi hijo me respondió que supo que estaba durmiendo ¡por la saliva que estaba en el periódico!

De cualquier manera, al estar pensando en Luella, estando agradecido a Dios por ella y lamentándome de las presiones de la vida familiar que nos mantienen alejados, decidí sorprenderla esa noche invitándola a cenar fuera esa noche en el restaurante de su elección. Estoy emocionado por la idea y sencillamente sé que ella también lo estará. Cuando llega mi hora de almuerzo, voy al centro comercial para comprar su perfume favorito como una expresión de mi amor hacia ella.

Conforme va pasando la tarde, estoy cada vez más emocionado por la idea de salir con mi esposa. Sueño despierto acerca de cómo será la noche. En mi mente la veo de esta manera: Conduzco hasta la casa, salto las escalinatas, abro de par en par la puerta principal, y encuentro a Luella esperando por mí. Ella dice, “¡Paul, por fin llegaste! Te he estado esperando. Cómo anhelo cada tarde tu llegada”. (¡Ya puedes notar de quién es esta fantasía!) Le respondo, “He estado pensando todo el día en cuanto te amo, y cuánta bendición tengo de que seas mi esposa. Y tengo una gran idea. Vamos a cenar fuera nosotros dos – tú escoges el restaurante”. Ella responde, “La mayoría de las mujeres amarían el estar casadas con un hombre como este”. “Oh, y tengo otra sorpresa”, le digo y saco el perfume de mi bolsillo. “Te compré tu perfume favorito”. Ella responde “Bendición sobre bendición, esto es más de lo que puedo anhelar”. “Voy a subir para alistarme. No puedo pensar en algo que quisiera hacer más que salir contigo”. La tarde vuela mientras en mi mente se repite una y otra vez la sorpresa para mi esposa.

Ahora imaginémonos que ya se terminó el trabajo y que voy rumbo a casa. Para entonces ya estoy totalmente cautivo por la idea de salir con Luella. Estoy totalmente persuadido de que también ella pensará que la idea es maravillosa. Estoy cantando en mi camino a casa, sin recordar los semáforos que pasé o las vueltas que di. Estaciono enfrente de la casa, subo las escalinatas y abro la puerta . . . pero nadie está allí. De todas maneras mi entusiasmo no reduce.

Entro al comedor donde escucho voces provenientes de la cocina. No son voces felices. En la cocina encuentro a Luella parada entre nuestros dos hijos mayores, siendo el referí de una discusión. No puedo contener mi emoción y no espero a que se detenga la acción. Simplemente digo, “¡Luella, tengo una gran idea!” Nadie siquiera ha notado que estoy allí. Vuelvo a dar mi anuncio y esta vez Luella responde: “¿Dijiste algo?” “Sí” digo emocionado, “He estado pensando todo el día y tengo una gran idea. Por qué no salimos a cenar hoy nosotros dos solos. Tú escoges el restaurante y yo haré las reservaciones mientras te alistas.”

Me mira por un momento y luego responde con un suspiro. Esta no es una señal positiva. Le digo, intentando de nuevo, “Quizá no me entendiste”. “Quiero llevarte a tu restaurante favorito para tener una noche especial solos tú y yo. Luella vuelve a suspirar (¡No parece estar yendo bien la cosa!) y luego vuelve hablar. “¿Tienes idea de cómo ha sido mi día? Me siento como el negociador solitario en medio de la Tercera Guerra Mundial. Estoy totalmente exhausta, física y mentalmente. El sólo pensar que me tengo que vestir y salir a un restaurante elegante no me parece para nada atractivo. Aprecio que pienses en mí y que me ames, pero tengo una mejor idea. ¿Por qué no tomas el dinero que ibas a usar y llevas a los niños a cenar pizza o algo así? Tú puedes pasar un rato con los niños y yo tomaré un largo y caliente baño y luego me iré temprano a la cama”.

Difícilmente puedo creer lo que estoy escuchando. Le respondo, “Dios te ha bendecido con un esposo que te ama, un esposo que piensa en ti, y que realmente quiere estar contigo, y ¿así es como respondes? Por supuesto, la idea del baño caliente es grandiosa para ti, pero ¿qué hay de mí? ¿Sabes que pasa con las bendiciones que Dios da cuando no les das un uso apropiado? ¿Sabes cuántas mujeres quisieran estar casadas con un hombre como yo? Nunca tendremos una relación como Dios quiere ¡si no estamos comprometidos ambos a trabajar en ella! Parece que sólo tenemos un cosa en común: Yo interesado en ti, y *tú* estás interesada en ti. Claro, me llevaré a los niños si eso es lo que quieres. Tomaremos nuestro tiempo. ¡Quizá vayamos a comprar pizza en Ohio!” (vivimos en Filadelfia). Disfruta y remójate hasta que te arrugues – y por cierto, pon esto en el agua”, le digo y saco la botella de perfume. “Pero más te vale que pienses en nuestra relación y cuán comprometida estás con ella en verdad”.

Esta situación inventada (afortunadamente) es demasiado familiar para muchos de nosotros. ¿Qué fue lo que fallo? ¿Cómo es que una idea nacida de la gratitud a Dios y amor por mi esposa pueda terminar en tal enojo y acusación? ¿Cómo la persona que era el foco de mi amor y apreciación se convirtió en el blanco de tal ira? ¿Qué desembocó este flujo de culpa, manipulación, soberbia y acusación? Es fácil ver que aquí el problema no sólo se trata de técnicas de comunicación. No tuve ningún problema para hacerme escuchar y en usar palabras para manifestar mis ideas. Algo mucho más profundo está ocurriendo aquí. Permítanme decirlo en una frase y luego explicarlo. El problema con mis palabras es que son *palabras idólatras*. Muchos de nuestros problemas de comunicación ocurren porque estamos diciendo palabras idólatras.

Raíz y Fruto

Para comprender lo que quiero decir, veamos dos pasajes, comenzando con las palabras de Cristo en Lucas 6:43-45:

“No es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto. Porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca”.

Jesús usa una metáfora con la que estamos bien familiarizados, un árbol. Existe una conexión orgánica entre las raíces de un árbol y el fruto que produce. Lo mismo ocurre con nuestras palabras. Son el fruto de los asuntos de raíz que se encuentran en nuestros corazones. Los problemas con las palabras siempre están relacionados con los problemas del corazón. Es por eso que no resolveremos nuestros problemas de comunicación solamente tratando con nuestras palabras, de igual manera como no resolveremos un problema de producción de una planta tratando sólo con el fruto. Si una planta no está produciendo fruto, entonces existe un problema con el sistema mismo de la planta, que va directo a sus raíces.

La metáfora tan brillante de Jesús revela que nuestras palabras son moldeadas y controladas por los pensamientos y motivos de nuestro propio corazón. Es muy tentador el culpar a otros (“Ella me hace enojar tanto” o “Él me saca de mis casillas”) o culpar a la situación a nuestros alrededor (“Simplemente no tuve tiempo suficiente para discutirlo con calma” o “Con cuatro hijos en la casa hablando al mismo tiempo, no funcionan las respuestas suaves”). Cristo dice que las personas de una persona vienen “de la abundancia del corazón”. En la historia inicial de este capítulo, era tentador culpar a Luella por mi egoísmo, enojo y palabras lastimeras. Quería decir me enojé porque ella estaba siendo egoísta, pero Cristo diría que no. Luella no causó mis palabras. Ella fue sencillamente la ocasión, el gatillo, para que mi corazón se expresara. Mis palabras revelaron los verdaderos deseos de *mi* corazón.

Si es que vamos a entender nuestros problemas con las palabras, debemos comenzar con el corazón. Nuestras lenguas son un mal incontrolable *porque* “engañoso es el corazón más que todas las cosas y perverso, ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9). Los problemas con las palabras *revelan* los problemas del corazón. La gente y las situaciones que nos rodean no nos *hacen* decir lo que decimos; son sólo la *ocasión* para que nuestros corazones se revelen en palabras.

Sue y Jim ilustraron este problema mientras se miraban enfurecidos el uno al otro en mi oficina. Intervine de nuevo para tomar control de la conversación que había ido de un recuento sencillo de la semana a un ir y venir de acusaciones. Esto parecía ocurrir cada vez que intentábamos hablar. ¿Tenían problemas serios de comunicación? ¡Sí! ¿Hay muchos principios bíblicos que se relacionen con la manera en la que se hablan entre sí? ¡Por supuesto! Pero su inhabilidad para tener una conversación sana, amorosa, prudente y de edificación mutua, revelaba poderosamente la raíz de su problema. Hasta que no enfrentaran lo que estaba pasando en sus corazones, no permanecerían dentro de los límites divinos para la comunicación.

Recuerdo vívidamente el día cuando Sue le dijo a Tim, “Por años te he culpado de nuestra inhabilidad para hablar. Me he quejado con mis amigas acerca de lo duro que eres. Pero Dios me ha mostrado esta semana que estado por años amargada en tu contra. He llevado un registro de tus errores y he mirado con ojos críticos todo lo que has hecho. Hoy he comprendido que mientras continúe odiándote en mi corazón, no podré amarte con mi boca”. Este entendimiento dado por Dios dirigió también a Jim a confesar pecados similares de su propio corazón. Y en su confesión mutua, Jim y Sue establecieron el cimiento para un cambio duradero en su comunicación.

El problema con las palabras que le dije a mi esposa en la historia del principio fue que eran palabras idólatras. Revelaban el verdadero amor que dominaba mi corazón, y no era Luella – ¡era yo mismo! Un corazón idólatra producirá palabras idólatras.

Deseos Gobernantes

¿Qué es un deseo gobernante? Santiago 4 nos enseña más:

“¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites.

¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente? Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.

Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante del Señor, y él os exaltará.” (1-10).

Cuando Santiago pregunta por qué hablamos palabras de pleito, o por qué somos mejores promoviendo la guerra que la paz, no responde a su pregunta de esta manera: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? *¿No vienen de su falta de habilidad en resolver conflictos? Ustedes quieren evitar los conflictos, pero no han aprendido las estrategias y técnicas para ser exitosos en ello*”. No, Santiago se dirige en una dirección radicalmente diferente. Nos dirige a examinar los deseos de *nuestros propios corazones*. Lo que digo está directamente relacionado con lo que quiero. Mis palabras son los medios que uso para obtener lo que es importante para mí.

Consideremos de nuevo las palabras específicas de este pasaje, Santiago dice, “¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis”. De acuerdo con Santiago, los pleitos son causados por nuestros deseos batallando en nuestros corazones. Ahora, necesitamos ser cuidados con esto. Santiago no está diciendo que *desear* esté mal. Cuando dejemos de desear, ya estaremos muertos. Siempre desearemos algo. También notemos que Santiago no dice que el problema sean los deseos *malos*, esto es, que estamos deseando cosas que son malas en sí mismas.

Recuerda la historia de mi deseo de pasar tiempo con mi esposa. El problema no fue que lo deseara. Ese deseo era natural, bueno y saludable. Tampoco el problema fue que tuviera cierto tipo de deseo malvado hacia mi esposa. El deseo original de estar con ella nació de una apreciación honesta por ella y de una gratitud a Dios. Santiago no está diciendo que está mal desear o que el problema es que estamos deseando cosas malas. Entonces, ¿Cuál es el problema?

La respuesta la encontramos en este frase importante: vienen “de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros”. Hay una guerra en nuestros corazones, una guerra por el control. Santiago está diciendo que cuando cierto conjunto de deseos batalla por territorio en nuestros corazones, esto afectará la manera en la que tratamos con la gente que nos rodea. Lo que sea que domina nuestros corazones, controlará nuestras palabras. De hecho, puedes argumentar que si cierto deseo controla mi corazón, sólo hay dos maneras en las que puedo responderte. Si me ayudas a obtener lo que quiero, lo disfrutaré y te apreciaré. Pero si me estorbas en mi deseo, experimentaré (y probablemente expresaré) enojo cuando estés a mi alrededor. Quiero algo, pero por ti no lo puedo obtener, ¡así que reñiré y pelearé!

En nuestra historia me pasó algo importante durante el día. Un buen deseo de pasar tiempo con mi esposa combatió en mi corazón *hasta que tomó el control*. Los deseos personales batallan por la autoridad que *sólo Dios* debe ejercer sobre mi corazón. Cuando Dios ya no gobernaba funcionalmente mi corazón, el deseo adoptó un nuevo

carácter. Para cuando llegué a la casa, el deseo el deseo que me motivaba ya no era una expresión amor hacia Luella y de adoración a Dios. No, se había convertido en una expresión de amor a mí mismo. Ya no estaba buscando un manera de servir a Luella, de comunicar mi amor y apreciación hacia ella. En vez de esto, quería poseerla para mi propio placer. El problema es que no vi que el deseo original se había transformado en algo muy diferente.

De hecho, si hubiera estado motivado por amor a Luella, hubiera tenido una oportunidad maravillosa de expresar ese amor dándole una noche tranquila de relajamiento. Y hubiera tenido una oportunidad maravillosa de servir a Dios al enseñar a mis hijos con el ejemplo, a buscar maneras de amar a su prójimo como sí mismos. Pero ya no estaba buscando expresar mi amor y apreciación por Luella. La quería para mí y no le hubiera permitido decir no. El deseo se había convertido en una demanda. En ese momento reemplazó efectivamente a Dios como el controlador de mi corazón. Esto es llamado un “ídolo” en la Escritura. La idolatría ocurre cuando mi corazón es controlado o gobernado por cualquier cosa que no sea Dios.

Esto nos ocurre más de lo que pensamos. El deseo de tener éxito en el trabajo se convierte en una demanda de apreciación hacia el jefe. El deseo de tener suficiente dinero para pagar los cuentas se transforma en una codicia por las riquezas. El deseo de ser un buen padre se convierte en un deseo de tener hijos que mejoren mi reputación. El deseo de una amistad se convierte en la demanda de ser aceptado y el enojo si no lo soy. Lo que una vez fue un deseo saludable *toma el control*, y cuando esto ocurre, el deseo que originalmente me motivó se convierte en algo muy diferente. En vez de ser motivado por una amor a Dios y a mi prójimo, soy motivado por una búsqueda de lo que me traerá placer, y me enojo con cualquiera que me estorbe.

La Elevación del Deseo

Un corazón idólatra producirá palabras idólatras, palabras que sirvan al ídolo que te tiene atrapado. Es difícil para nosotros retener nuestros deseos laxamente. En cambio, los deseos tienden a asirnos. Nuestros deseos tienden a ser elevados a una posición en la que nunca deben estar. Esto es lo que pasa: Un *deseo* batalla por el control hasta que se convierte en una *demanda*. La *demanda* luego es expresada (y usualmente experimentada) como una *necesidad*. (“Necesito sexo”. “Necesito respeto”). Mi sentido de *necesidad* eleva mi *expectación*. Cuando la expectativa no es satisfecha me lleva a la *decepción*. La *decepción* lleva hacia algún tipo de *castigo*. “Codiciáis, y no tenéis; combatís y lucháis”. Por eso cuando Santiago dice, “¡Oh almas adúlteras!”, no está cambiando de tema. Está diciendo algo muy importante. El adulterio tiene lugar cuando le doy a alguien más el amor que le prometí a una persona. El adulterio espiritual ocurre cuando le doy a algo o a alguien más, el amor que pertenece sólo a Dios. Santiago está diciendo que *el conflicto humano está enraizado en el adulterio espiritual*. Esto es lo que ocurrió en mi corazón al estar planeando la noche. ¡Este es un pensamiento trascendente! No resolveremos nuestros problemas con las palabras airadas hasta que humildemente atendamos el adulterio y la idolatría de nuestros corazones.

Santiago, ha elevado la temperatura aquí. Quizá no nos parece confortante, pero al hacerlo nos muestra la única solución que *realmente* va al corazón del problema. La promesa del evangelio va a mayor profundidad que nuevas técnicas y estrategias. Su objetivo es algo más que una bonanza temporal en la tormenta de las palabras. El evangelio sostiene la promesa de nada menos que un corazón nuevo, uno que ya no es esclavo de las pasiones y deseos de la naturaleza pecaminosa. Así es que para Jim y Sue, para Paul y Luella, hay esperanza de cambio real y duradero.

¿Cómo comienza este cambio? Necesitamos recordar las palabras de Santiago, “Someteos, pues, a Dios”. El cambio comienza al nivel del corazón. Debemos renunciar a los ídolos que han reemplazado a Dios y regresar nuestros corazones a él, para que nuestras palabras reflejen un corazón gobernado sólo por Dios. Para Santiago este cambio es visto en dos niveles. Debemos “lavar nuestras manos”, es decir, debe haber cambio en nuestro comportamiento. Las palabras que decimos, la manera en la que las decimos y cuándo las decimos debe ser cambiado donde sea necesario, pero esto no es suficiente. Santiago también dice, “Purificad vuestros corazones”. El cambio debe incluir también nuestros pensamientos y motivos. Necesitamos cambiar tanto en el contenido como la forma de nuestro hablar, como en lo que controla efectivamente nuestros corazones.

El Gran Intercambio

Para cuando llegué a la cocina en mi tarde imaginaria, ya había ocurrido un intercambio importante. Sin darme cuenta, había intercambiado la gratitud a Dios y el amor por mi esposa, por una adoración del yo y una demanda de que mi esposa me sirviera. Entré al cuarto no estando dispuesto a vivir sin mi esposa esa noche. Ya no tenía un deseo que honra a Dios, sino una demanda que había crecido para ser sentida como una necesidad. Esperaba totalmente que Luella apoyara mi idea y corriera arriba para alistarse. Al enfrentar su desacuerdo, inmediatamente me enoje con ella e hice todo lo que pude para accediera a mis deseos. La persona que había sido el objeto de mis afectos ahora era el foco de mi ira. Ella no causó mi ira – ésta fluyo de mis propios deseos idólatras. De nuevo, esos deseos no eran malos intrínsecamente. Pero cuando llegaron a ser los deseos que me gobernaban, reemplazaron a Dios como el gobernador de mi corazón. Aunque mis palabras fueron egoístas, airadas y manipuladoras, el problema más serio fue que eran idólatras.

Romanos 1 nos aclara este asunto: “cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén” (v.25).

La palabra operativa de este palabra es “*cambiaron*”. Esto es lo que se trata fundamentalmente el pecado. En el corazón de todo pecador hay una tendencia a intercambiar la adoración y servicio al Creador por una adoración y servicio a la criatura. Todos los seres humanos somos adoradores; el asunto sólo es qué o a quién adoraremos. La idolatría le da a la adoración que pertenece a Dios a algún aspecto de la creación. Puede ser un anhelo por el amor, respeto, apreciación o aplauso humano. Puede ser cierta persona, posición, estado económico o situación en la vida. No hay un límite para las cosas creadas que puede reemplazar a Dios como el objeto de nuestra adoración.

Hay una migración constante en el corazón de cada pecador que lo aleja de la adoración y el servicio a Dios hacia la adoración y el servicio de algún aspecto de la creación. Puede ser una migración que ha durado toda la vida – es decir, un tema de la idolatría del corazón puede caracterizar toda la vida de una persona – o puede ser más espontánea y de corta duración, como en la historia que hemos estado considerando. En este caso, un deseo toma el control por una cuantas horas, pero aun hace estragos.

Poniendo la Comunicación en el Cajón Correcto

Lo que estamos considerando es el punto básico en la guerra de las palabras. La Escritura nos dice que si queremos ver cambio duradero en nuestra comunicación, debemos comenzar desde adentro. Solamente al lidiar con la idolatría de nuestros

corazones, nos libreremos de hablar palabras idólatras. Como dijimos en el primer capítulo, Dios es el Señor y el Creador del lenguaje humano. Todas nuestras palabras deben ser habladas de acuerdo con su propósito y para su gloria. Hacer algo menor que esto es idolatría.

Una pieza final de la sabiduría bíblica nos ayudará aquí. Los fariseos trataron de enredar a Cristo preguntándole cuál era el más grande mandamiento. Su respuesta es uno de los pasajes más significativos de la Escritura (ver Mateo 22:37-40). Cristo dice que puedes resumir toda la enseñanza de la Escritura en dos áreas: amor hacia Dios y amor hacia la gente, y dice otra cosa importante. Aquí hay un *orden* de importancia: el amor a Dios es fundamento de todo lo demás. Si no amas a Dios por sobre todo lo demás, no amarás a tu prójimo como a ti mismo. Cualquier falta de amor hacia el prójimo, ya sea en palabra o acción, refleja alguna deficiencia en nuestro amor a Dios (ver 1 Juan 4:5-21). Por esto es que Santiago dice que el conflicto humano está enraizado en el adulterio espiritual.

Las declaraciones de Jesús se dirigen a uno de los errores principales que la Iglesia tiende a cometer cuando trata con el tema de la comunicación. Cristo dice que hay dos cajones en el archivero de Dios: El cajón uno tiene el título “Amor a Dios” y el cajón dos tiene el título “Amor al Prójimo”. Todo lo que la Escritura enseña puede ser archivado en uno de estos cajones. Nuestro error ha sido tratar los asuntos de comunicación como si fueran exclusivamente un asunto del cajón dos. Cuando tratamos los problemas de comunicación en el matrimonio, la familia, la educación de los hijos, amistades, comunidad y el cuerpo de Cristo, a menudo nos dirigimos hacia los principios y mandatos bíblicos que hablan del tópico sin examinar los pasajes que hablan del corazón detrás de los principios. Al hacer esto, descuidamos los asuntos del corazón que deben ser atendidos si es que queremos obedecer estos pasajes. Las palabras que se dicen de acuerdo con la norma y el diseño de Dios siempre comienzan con un corazón que ama a Dios por encima de todo lo demás, y por lo tanto desea hablar de una manera amorosa a su prójimo.

La comunicación es un asunto tanto del cajón uno como del dos. Nunca seremos capaces de hablar entre nosotros como Dios nos está llamando si no tratamos con lo que realmente amamos, con lo que realmente gobierna nuestros corazones. Dios nos ha llamado a hablar. Debemos comenzar con el corazón porque, como dijo Cristo en Lucas 6, de la abundancia del corazón habla nuestra boca. Como Santiago dijo, peleamos debido a los deseos que han tomado el control. Nuestras palabras son una de las formas en las que buscamos ganar, mantener y guardar lo que es verdaderamente importante para nosotros, lo que realmente queremos y lo que realmente es nuestro motivo de vivir. Si las palabras idólatras se han de convertir en palabras que honren a Dios, debemos comenzar examinando humildemente nuestros corazones. ¿A qué o a quién estamos sirviendo en verdad?

¿Cómo te sientes al leer esto? Quizá estás pensando. *Fabuloso, Paul, ¡comencé con un problema y ahora tengo dos! Nunca considere estas palabras pleitistas y airadas como algo en contra de Dios. ¡Esto es verdaderamente desalentador!* Pero no te desanimes. Dios nunca revela nuestros corazones para desanimarnos. La convicción de pecado es unas de las maneras más profundas en las que nos muestra su amor para nosotros. El está comprometido a completar su obra en nosotros. No permitirá que vivamos con corazones que están esclavizados. El obra en cada situación para que conozcamos la libertad que su muerte compró para nosotros. Por eso no sólo expone el fruto de nuestro pecado (palabras incorrectas), sino también la raíz de nuestro pecado (los ídolos del corazón). La convicción de nuestros corazones es una señal de que somos sus

hijos amados y queridos, que no sólo han sido perdonados de sus pecados, sino también están en el proceso de ser liberados de ellos.

¡No te desanimes! Tu redentor ha venido. El está batallando a tu favor en cada situación, en cada relación, para que puedas la guerra de las palabras.

Algo Personal: Llegando al corazón de los problemas de comunicación

¿De qué maneras tiendes a culpar a las cosas fuera de ti de tus problemas de comunicación? (En este mundo caído siempre hay maneras suficientes para echar la culpa a otro).

1. ¿Tiendes a culpar de tu comunicación negativa a las situaciones?

- El tráfico
- El Horario
- Las finanzas
- El Clima
- El Vehículo
- El trabajo
- La familia
- Los familiares

2. ¿Tiendes a culpar a otras personas?

- Esposa
- Esposo
- Hijos
- Padres
- Jefe
- Compañeros de Trabajo
- Cuerpo de Cristo

3. ¿Tiendes a culpar a Dios? “Si tan sólo tuviera . . .”

- más dinero
- una esposa comprensiva
- una mejor educación
- una pastor/iglesia más comprensivo
- Hijos más obedientes
- Unos familiares más amorosos y comprensivos
- Mejores vecinos
- Un jefe más razonable

Examina tu corazón con esperanza, recordando que “si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”. (1 Juan 1:9)

CAPÍTULO CINCO

¡EL ES EL REY!

“Sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero” (Efesios 1.21)

¿Has sentido alguna vez como si tu cerebro fuera a explotar con un pensamiento más? Así me sentí estando en un barrio bajo de Nueva Delhi, India. Estaba allí para ver el trabajo de los líderes misioneros que había venido a entrenar. Las experiencias que tuvimos los días previos llenaron mi mente hasta el punto de sobrecargarla. El sol estaba brillando y los niños jugaban en la calle, pero esto no era como en casa. Estaba sobrecogido por la pobreza desesperante que estaba viendo; todavía tengo problemas para describirla adecuadamente. Estaba sobrecogido por la oscuridad espiritual – tan grande, tan profunda y tan abrumadora que parecía una nube sobre nosotros.

Vi madres hambrientas sosteniendo a niños enfermos, famélicos e infestados de moscas. Vi mendigo ancianos que sólo han tenido unos cuantos momentos en la vida sin sufrimiento físico y necesidad. Vi lugares llamados que llaman hogares que yo hubiera usado para guardar la podadora. Vi a un sacerdote joven, bien parecido e intelectual, arrodillarse ante un ídolo de madera. Escuché a un gurú defender sus setenta años de búsqueda de iluminación; una iluminación, que según él admitió, no había ocurrido y no parecía muy cercana. Fui movido al ver a pequeños niños de diez y once años viviendo en la calle. Fui tocado al ver a una familia que habían viajado cuatrocientas millas, mayormente a pie, para ir a un lugar santo a rendir homenaje a sus dioses.

Mi cerebro estaba lleno – no sólo lleno de las vistas y las experiencias, sino también del reconocimiento de la vasta diferencia entre las vidas que estaba viendo y la mía. Por un lado, estas personas aparentaban ser gente como yo. Se reían, lloraban, tenían esperanzas y sueños, tenían familias, amigos y casas de algún tipo. Habían cosas que creían y cosas que no. Cada día se levantaban teniendo lugares a donde ir y cosas para hacer. No obstante, al mismo tiempo nuestras vidas eran tan completamente diferentes que parecíamos como de dos universos totalmente diferentes. Entonces, cuando estaba en el barrio esa mañana soleada lo entendí. Había sólo una explicación para la vasta diferencia entre nuestras vidas – Dios. Esa era la respuesta y nada más.

No se cuando he estado más consciente de la soberanía absoluta de Dios que ese momento. No había otra explicación posible. La elección del lugar de nacimiento, la familia y las condiciones de vida había sido totalmente suya. Yo pude haber nacido en ese lugar. No fue debido a *mi* sabiduría que nací en Toledo, Ohio. Esa fue la elección de un Dios soberano. La elección de quién entenderá la verdad y quién abrazará la falsedad pertenece a Dios y sólo a Dios. Yo pude ser aquel sacerdote joven. Él no estaba allí porque era tonto. Fue Dios quien me permitió en una familia de la fe, quien planeó a la edad de nueve años me sentiría convicto por las palabras de Romanos 3, y que tendría la oportunidad de pasar mi vida, no adorando una imagen de madera, sino estudiando y enseñando la Palabra de Dios. Las palabras de Romanos 11:33-36 inundaron mi mente:

“Oh la profundidad de las riquezas, y de la sabiduría y del conocimiento de Dios! Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque: ¿Quién entendió la mente del Señor? ¿O quién llegó a ser su consejero? ¿O quién le ha dado a él primero para que sea recompensado por él? Porque de él y por medio de él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.”

Tal vez te estás preguntando qué tiene que ver todo esto con la comunicación. Mi respuesta es que una vida de comunicación piadosa está enraizada en un reconocimiento personal de la soberanía de Dios. Permíteme decirlo de esta manera: Solamente cuando me someta al gobierno de Dios, que tiene un *plan perfecto* y están en *control completo*, comenzaré a vivir y a hablar con él ha quiere. Sólo en este nivel se romperá la idolatría del corazón que llevan a las palabras idólatras. Sólo aquí serán liberadas mis palabras de ser las herramientas de *mis* planes, *mis* intentos de controlar, y *mi* búsqueda de gloria personal.

Cuando mi corazón está más controlado por un deseo por la creación (una persona, posesión, posición, o experiencia) que por un deseo por el Creador, buscaré controlar mi mundo (y a la gente en él) para conseguir lo que quiero. El adolescente le grita a sus padres quienes le han dicho no, “No les soporto a ustedes y a sus reglas”. El esposo que quiere que se haga su voluntad arrincon a su esposa con argumentos. La esposa busca motivar a su marido con el sentimiento de culpa. El manipulador usa la adulación para conseguir lo que quiere de un amigo. Ninguno de ellos descansa en la soberanía de Dios, pues no creen que él dará lo que es mejor.

Pero cuando entendemos la soberanía de Dios y nos sometemos a su reinado, podemos vivir y hablar como Dios ha diseñado. Esto es el polo opuesto de vivir y hablar *de acuerdo con nuestro plan, por nuestro control y para nuestra propia gloria*. Tal interés en nosotros mismos es lo que trae tanto problema a nuestro hablar. La guerra de las palabras es, al final de cuentas, una guerra por la soberanía.

Quizá es por esto que la fantasía es una tentación universal. Cuando fantaseo me voy a mundos de mi propia hechura donde reino como el soberano absoluto. Cada persona hace mi voluntad. Cada situación se desarrolla de acuerdo a mi voluntad. En mi mente, yo funciono como Dios y reino sin desafíos. *Este mundo existe para mi placer y funciona exactamente como yo deseo*. La fantasía puede ser un manera como satisfacemos un deseo del corazón de ser señores sobre nuestras circunstancias y relaciones.

Esta lucha por el señorío también se revela en nuestra comunicación. La voluntad de Dios es que nuestro hablar sea para la alabanza de *su* gloria – un plan emocionante muy diferente del nuestro. Por esta razón es importante entender lo que la Biblia enseña acerca de la soberanía de dios. Esto es la piedra angular para tener un nuevo plan para nuestras palabras.

Al hablar de esta doctrina, se que estoy haciendo surgir asuntos espinosos que abarcan más allá de una discusión típica acerca de la comunicación. La conexión entre esto y la manera como nos comunicamos puede no ser clara inmediatamente. Pero les pido que permanezcan conmigo, porque creo que esta es una de las razones por las que tenemos tantos problemas de comunicación. Vivimos en una cultura eclesiástica que tiende a separar los mandamientos y principios bíblicos del resto de la Escritura. Vemos un verso específico acerca de la comunicación y buscamos aplicarlo a nuestras vidas sin entender la manera en que está enraizado en la historia y la teología de la Escritura. Pasamos inadvertido el cuadro completo – es decir, la manera como el resto de la Escritura le da a este mandamiento su significado y razón de ser. Los mandamientos y principios de la Escritura fluyen de la teología de la Escritura. Más que eso, encuentran su esperanza y significado en la persona y la obra de Cristo.

Por ejemplo, la única razón por la que tiene sentido hacerle bien a tu enemigo es que Dios, quien nos dice que lo hagamos, es un Dios de justicia perfecta. El llamado a perdonar está enraizado en el hecho de que Cristo nos ha perdonado. El llamado a dar con sacrificio está enraizado en la promesa de que Dios va a proveer para todas nuestras

necesidades. Cada mandamiento y principio tiene sus raíces en las realidades redentoras – lo que Dios ha hecho y hará por nosotros en Cristo. Esto es teología – pero ciertamente no es información abstracta. La Escritura está llena de teología porque cuando entiendes la verdad acerca de dios, entiendes *por qué* y *cómo* debes cumplir los mandamientos de la Escritura. Entiendes cómo se conectan tus acciones con lo que Dios está haciendo, y cómo puedes traer, de hecho, gloria a su nombre.

Entendiendo la Soberanía de Dios

¿Qué es lo que la Biblia enseña acerca del reinado soberano de Dios? Necesitamos entender esta doctrina importante porque las raíces de la comunicación bíblica crecen en el terreno de su soberanía. Si mis palabras no fluyen de un corazón que reposa en su control, entonces salen de un corazón que busca tener el control para obtener lo que quiero. Necesito un mejor entendimiento de lo que Dios está haciendo.

Cuando la Biblia habla de la soberanía de Dios, quiere decir lo siguiente.

1. *Su reinado sin igual del universo.* Dios es el Señor de Señores y el Rey de reyes. No tiene igual; no sólo es Señor sobre todo rey de la tierra, sino también es Señor sobre los cielos. El universo entero funciona de acuerdo con su buen placer. Nadie le ha enseñado a Dios, nadie le da consejo, nadie puede legítimamente cuestionarlo, y nadie puede oponerse a su voluntad. Se sienta en el trono del universo y sólo él reina.

Esta verdad es capturada por las palabras dichas por Nabucodonozor después que Dios le devolvió la cordura.

“Alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Dan. 4:34-35).

Ahora ¿Qué significa todo esto para mi comunicación? Primero que nada, significa que nunca estaré en una situación, lugar o relación en la cual no esté reinando. Los momentos de la vida son *sus* momentos; No debe reclamarlos como míos. Cada palabra que diga debe reconocer su control. Mi función no es obtenerlo que me place, establecer poder o buscar el control. Mi función es someterme al gobierno de Dios y hacer su voluntad. En lo que respecta a la comunicación, mi función es hablar en una manera que plazca a Aquel que reina sobre el mismo momento en el que estoy hablando.

Cuando se que Dios está en control de mi vida, ya no caigo en pánico. No empiezo a pensar que la vida está fuera de control y no me desespero cuando me confunde lo que ocurre. Se que cada situación está bajo la administración cuidadosa del Rey de reyes. Al aferrarme de esta verdad por medio de la fe, puedo prestar atención a lo que Dios me ha llamado a hacer, esto es, a vivir y a hablar de una manera que le traiga gloria.

2. *Dios reina sobre todas las cosas para la Iglesia.* El reinado de Dios tiene una dirección y un propósito: es para el beneficio redentor de us pueblo. El creó todo lo que existe; ha reinado sobre cada momento de la historia humana; sopló vida al polvo para hacer al hombre a su semejanza; él ha levantado gobernantes y naciones y los ha desechado; él ha usado a las fuerzas de la naturaleza; ha levantado a sus profetas, jueces, reyes y apóstoles; se ha revelado de un millar de maneras; ha enviado a su Hijo para vivir en la tierra y morir la muerte de un criminal; nos ha dado su Palabra; él rige sobre nuestras vidas individuales; y él va a regresar. ¿Por qué? Para levantar a un pueblo que es su posesión adquirida (1 Pedro 2:9), un pueblo que ha sido llamado de las tinieblas

a su luz admirable para vivir para su gloria por la eternidad. El reina a favor de su pueblo, es decir, por nosotros.

No obstante, decir que Dios reina a nuestro favor no es decir que reina para que obtengamos lo que deseamos. ¡No! su reinado es redentor. Es decir, él controla el universo para que se cumplan su propósito redentor y sus promesas redentoras para nosotros. El reina para que la justificación, santificación y glorificación que nos promete esté garantizada. El Mesías vino para cumplir ese fin, invadió el reino de las tinieblas, y dirigió a su pueblo para vivir para su gloria en el reino de la luz (Col. 1:9-14). Para garantizar esto, Dios ha reinado sobre todas las cosas desde la eternidad y lo continuará haciendo por siempre. Pablo dice esto de Cristo:

“Sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”. (Efesios 1:20-23)

Si entendemos esta verdad ¿cómo cambiará la manera en la que nos hablamos unos a otros? Piensa en cuánto de nuestra comunicación se trata de quejas respecto a nuestras circunstancias: los pagos, los vecinos difíciles, los empleos difíciles, los niños rebeldes, un esposo distante, una esposa incomprensiva, los líderes eclesiásticos ineficientes, la podadora defectuosa, el carro descompuesto, los impuestos altos, las colegiaturas, y la inhabilidad de poder pagar unas “buenas” vacaciones.

¿Cuánto de nuestra comunicación expresa irritación hacia las personas que nos “estorban” para lograr lo que deseamos? Los miembros de la familia que nos roban nuestra paz y calma, o que despedazan el periódico antes de que podamos leerlo. El niño rebelde que nos roba nuestra comodidad y tranquilidad. El miembro de la familia que nos impide salir una noche de paseo. La persona que se rehusa a darme el respeto y la admiración que pienso merecer. La persona que bloquea mi ascenso en la compañía. La hija o hijo que está en el baño cuando yo necesito estar allí. La esposa que nunca me prepara mi comida favorita, ni me agradece cuando le entrego el dinero para los víveres. El adolescente que nunca parece estar feliz o satisfecho. El pastor que nunca me pide que yo haga algo de importancia en la Iglesia. La lista sigue y sigue.

Mucho de nuestra conversación expresa envidia hacia los demás a quienes parece irles mejor: el vecino incrédulo que usa su dinero para remodelar su casa; el amigo cristiano que parece ser el objeto particular de las bendiciones de Dios; el hijo del amigo que acaba de recibir una beca completa en una universidad prestigiosa; el hermano en Cristo quien ha tenido un empleo de primera por muchos años; el amigo que tiene una esposa feliz y avivado, o la que tiene un esposo cálido y amoroso; el amigo incrédulo que nunca tiene problemas para pagar los recibos y parece tener hijos formidables; el obrero que acaba de sacarse la lotería.

Mucho de nuestra alabanza al Señor se limita a los momentos en los que *nosotros* hemos determinado que es bueno lo que él ha hecho: los momentos de sanidad física, de provisión financiera, de mejoría en las circunstancias, de restauración de las relaciones, o de problemas resueltos. En estas situaciones alabamos a Dios por su fidelidad.

Pero ¿qué es lo que esta comunicación no está tomando en cuenta? El hecho de que Dios está activo en *cada* momento de nuestras vidas, y que él trae *todas* las cosas a nuestras vidas para nuestro bien. ¡Es muy importante que creamos esto! Cuando lo hacemos, tenemos corazones que pueden hablar con humildad y adoración. Nos damos cuenta de que Dios nos tiene justamente donde necesitamos estar para que puedan realizarse sus propósitos y promesas para nosotros.

3. *Dios rige sobre los detalles específicos de nuestras vidas.* El reinado de Dios no sólo es global o universal, sino también es individual. Podemos ver esto en las vidas de personajes conocidos en la Escritura. Él es el Señor sobre los detalles de la vida de Moisés, Jacob, Esaú, José, Ester, Rut, David, Jeremías, Daniel, Pedro y Pablo, sólo por mencionar algunos. También él rige sobre nuestras vidas. Su reinado, de hecho, incluye los detalles de las vidas de todo ser humano que ha vivido sobre la tierra. La gloria de esto es demasiado para que nuestras mentes lo entiendan. ¡Tenemos problemas organizando nuestras propias vidas! Pero Dios es tan glorioso en su soberanía que dirige los detalles específicos de cada vida humana al mismo tiempo.

Pablo habló de esto en el Areópago cuando les presentaba a los atenienses el Dios que ellos conocían como el “no conocido”. ”y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los términos de los habitación de ellos” (Hechos 17:26).

El reinado de Dios no es distante e impersonal. ¡Es justamente lo contrario! Dios reina sobre los detalles de mi vida para pueda buscarle y encontrarle (ver v.27). Nos llama a pensar, orar, planear y vivir vidas ordenadas y controladas, pero sobre un fundamento que reconoce y descansa en su reinado.

Quizá tienes problemas de comunicación sobre cosas que *tú* piensas que son problemas, pero Dios no lo piensa así. A menudo nos enfocamos en las personas y las situaciones, mientras que el enfoque de Dios está sobre nosotros. Él está usando las cosas en nuestras vidas como herramientas para completar su obra en nosotros.

4. *Dios reina sobre cada aspecto de nuestra salvación.* Este ha sido el aspecto más controversial del reinado de Dios en la iglesia, no obstante es proclamado claramente en la Escritura y es la base para la seguridad de cada creyente. Aquí se descartan los últimos vestigios de nuestra confianza en el poder humano, los logros, la bondad y la autosuficiencia. La verdadera adoración comienza cuando se entiende la gracia soberana de Dios. Nuestra salvación existe sobre la roca de su voluntad. Aun el primer respiro de nuestra fe ha sido determinado por él antes de la fundación del mundo. Sin su amor puesto sobre nosotros, estaríamos excluidos de la ciudadanía de su pueblo, separados de las promesas del pacto, sin esperanza y sin Dios en el mundo (Efesios 2:12).

Dios abre los ojos espirituales para que podamos ver y los oídos espirituales para que podamos escuchar (ver Mat. 13:11-17; Juan 10.25-30). Cada aspecto de nuestra salvación depende de él. No hay ninguna declaración más clara de esta verdad que aquella de Pablo:

“Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor; habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos por Jesucristo á sí mismo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado (Efesios 1:4-6).

¿Cuál es el propósito de Dios en su soberanía sobre nuestra salvación? Tiene dos aspecto. Primero, la gracia soberana de Dios elimina todo orgullo y pensamientos de autosuficiencia humana al enfrentar nuestra dependencia completa en él. Si hay en nuestras vidas *alguna* vida espiritual, fe, bondad, amor, esperanza, gracia, carácter, sabiduría y fruto que honra a Dios, se debe a la gracia de Dios. Somos lo que somos debido a él.

Segundo, la meta de Dios es que el orgullo que tendríamos se convierta en alabanza para él. “El que se gloria, gloriése en el Señor” (1 Cor. 1:31). Notemos la frase que se repite en Efesios 1 – “para alabanza de su gloria”. Esto es lo que tenía Dios en mente: Que su reinado sobre cada aspecto de nuestra salvación redunde en un coro eterno de alabanza.

Este es el punto de partida de la comunicación bíblica, la primera y más alta meta de toda nuestra conversación; que nuestras palabras reflejen una actitud de adoración que reconozca nuestra dependencia total en Dios para nuestra salvación. Él nos ha escogido para ser sus hijos, nos ha llamado a sí mismo, nos infundió vida para que podamos ver y creer la verdad, nos justificó y adoptó en su familia, a diario obra para santificarnos, y nos llevará a su gloria. Todo es de él. Partiendo de esa verdad vendrá una vida de comunicación que beneficie a otros y le honre.

El hecho es que nuestras palabras siempre expresan adoración, pero no siempre es adoración a Dios. Ya hemos visto que tendemos a intercambiar la adoración y servicio del Creador por la adoración y el servicio de la criatura (Rom. 1.25). Vemos esto en la esposa que dice, “No me digas cuánto me ama Dios. Yo quiero un esposo que me ame”. Lo escuchamos del adolescente que dice, “Detesto tener que seguir viviendo aquí. Nunca puedo hacer lo que quiero.” Aun es evidente en el niño pequeño que hace un berrinche en la juguetería porque su mamá se rehusa a comprarle una pelota. El pastor dice, “¿Por qué trato de ministrar a esta gente? Sólo críticas es lo que recibo”. El empleado dice, “todo lo que quiero de mi trabajo es un aumento y un poco de crédito”.

En cada caso, cada declaración es motivada más por una adoración y servicio a la creación que por una adoración y servicio al Creador. Dios desea reorientar nuestro enfoque.

5. *Dios reina sobre las circunstancias para nuestra santificación.* Probablemente no hay una perspectiva más importante para nuestra vida cotidiana que esta: Dios está obrando en cada situación para conformarnos a la imagen de su Hijo. Esta verdad está presente en todo el Nuevo Testamento (ver Rom. 8:28-29; Sant. 1:2-4; 1 Pedro 1:3-9).

Cada pasaje dice esencialmente la misma cosa: que Dios está obrando para completar la obra de salvación que comenzó desde antes que la tierra fuera hecha. Pablo dice que él está obrando todas las cosas para el bien de conformarnos a la imagen de su Hijo. Santiago dice que debemos recibir las pruebas con gozo porque Dios las usa para completarnos. Pedro dice que podemos ver las pruebas como los medios por los cuales recibimos la meta de nuestra fe, la salvación de nuestras almas. Dios es soberano sobre las circunstancias de nuestras vidas, pero la Escritura dice aún más. Nos dice que estas circunstancias son un medio principal por el cual Dios produce en la realidad lo que predestinó para nuestras vidas desde antes de la fundación del mundo; es decir, que seamos transformados a la semejanza de su Hijo, santos como él es santo.

Cuando nos quejamos de los problemas y presiones en nuestras vidas, estamos esencialmente murmurando en la cara de Dios. Nos quejamos de que hemos sido escogidos por gracia y amor, y que nos está poniendo en situaciones diseñadas para hacernos su pueblo santo. Estas relaciones y circunstancias, estos problemas y pruebas, estos tiempos de dolor y sufrimiento vienen de Su mano. Son muestras de la gracia maravillosa de Dios, que no son dadas para librarnos del poder del pecado remanente. Detrás de las circunstancias está un Dios de amor que está trabajando sin descanso para hacernos santos. La única respuesta legítima a estas circunstancias es la alabanza salida de un corazón de adoración. En vez de decirnos que Dios nos ha olvidado, nuestras circunstancias nos gritan que él se ha acordado de nosotros y no nos dejará hasta que su obra esté completa. Al entender esto realmente hará mucho para alterar la manera en la que hablamos.

Por ejemplo, yo soy una persona muy orientada al horario de actividades. Todos los días me despierto con una agenda. Trato de hacerlo todo rápidamente. Tiendo a evaluar el éxito de un día por medio de contar cuántas cosas logré completar. Así que es muy fácil para mí frustrarme cuando un día no sale como lo planeé. Me frustró bastante

con las cosas (“¡esta computadora tonta!”), con la gente (“¿Por qué no ha llegado? ¿No sabe cuán ocupado estoy?”) y con las situaciones (“¿Por qué el mundo entero decidió comprar artículos de oficina justamente cuando yo necesito un repuesto para mi pluma?”). En todo esto tiendo a olvidar que Dios no está enfocado en el “éxito” de mi día sino en la piedad de mi carácter. Tiendo a concentrarme en los resultados. Él está comprometido con el proceso de hacerme santo. En mi enojo y frustración, no sólo estoy peleando en contra de la gente y las situaciones, sino también en contra de Dios.

¿Qué es lo que sale de mi boca en los tiempos de problemas? ¿Qué es lo que tu corazón piensa y tu boca dice cuando tu plan es obstruido o simplemente no sucede? ¿Cómo respondes cuando la gente te falla o no hace su parte? ¿Qué haces en momentos de frustración o decepción? ¿Cómo respondes cuando enfrentas lo totalmente inesperado? ¿Cómo reaccionas hacia aquellos que parecen estorbar el desarrollo de tu horario o planes? ¿Cómo respondes cuando se derrumban tus ideas más brillantes y tus mejores esfuerzos? ¿Cómo reaccionas a pruebas que no parecen venir por tu culpa? ¿Reconocen tus palabras el plan soberano de Dios sobre todas tus circunstancias para tu santificación?

Los escritores del Nuevo Testamento nos dicen que no debemos sorprendernos cuando enfrentemos problemas, pruebas y sufrimiento. Nos dicen que nunca debemos llegar a la conclusión de que Dios nos ha olvidado. Nos dicen que para el creyente, lo opuesto es lo cierto: las pruebas son el resultado de Su amor derivado del pacto. Experimentamos dificultades precisamente *porque* somos los hijos de su amor. Dios no nos abandonará para que podamos experimentar la vida fácil que deseamos. ¡No! Él nos perfeccionará por medio de prueba tras prueba.

La gente siempre ha luchado con esta verdad. Cuando Israel estaba atrapado enfrente del Mar rojo con los egipcios acercándose detrás de ellos, Éxodo 13 nos dice que su situación no fue un accidente o el resultado de una planeación deficiente por parte de Moisés. Era el plan y la provisión de Dios. Israel pudo haber tomado una ruta más corta hacia Palestina, pero Dios sabía que no estaban listos espiritualmente. Moisés lo dice de esta manera: “porque dijo Dios: Que quizá no se arrepienta el pueblo cuando vieren la guerra, y se vuelvan á Egipto” (v.17). Dios los condujo por un camino diferente hasta que acamparon en el Mar Rojo. No sólo eso, sino que Dios endureció el corazón de Faraón para que él los persiguiera (Ex. 14:1-4). ¿Por qué? Moisés anota la respuesta de Dios: “Seré glorificado en Faraón y en todo su ejército; y sabrán los Egipcios que yo soy Jehová” (v.4). Dios estuvo en control de toda la circunstancia, fortaleciendo a su pueblo para las batallas que enfrentarían en la Tierra Prometida.

¿Cómo respondió la gente?

“Y cuando Faraón se hubo acercado, los hijos de Israel alzaron sus ojos, y he aquí los Egipcios que venían tras ellos; por lo que temieron en gran manera, y clamaron los hijos de Israel á Jehová. Y dijeron á Moisés: ¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto? ¿Por qué lo has hecho así con nosotros, que nos has sacado de Egipto? ¿No es esto lo que te hablamos en Egipto, diciendo: Déjanos servir á los Egipcios? Que mejor nos fuera servir á los Egipcios, que morir nosotros en el desierto. (v. 10-12).

¿No es esta una reacción humana típica? Casi puedes escuchar a los Israelitas preguntándose unos a otros, “¿Votaste tu por Moisés?” o diciendo, “Debimos imaginarnos esto; él ya era un fracaso . . . ¡era obvio que nos metería en este lío!” No parece haber la consciencia de que Israel fue puesta en esta circunstancia por Dios. Los tenía justamente donde él quería que ellos recibieran lo que él deseaba darles. Debió haber sido obvio de que esto no era la culpa de Moisés pues Israel había sido guiado por la columna de humo

de día y por la columna de fuego por la noche (Éxodo 13:20-22); es decir, este era un indicador visible de que ellos habían sido traídos al Mar Rojo por el Señor. No obstante, en su pánico, olvidaron al Señor y Su plan soberano. En lugar de esto, culparon y acusaron a su líder humano.

Notemos que esta prueba produjo *exactamente* lo que Dios había planeado para su pueblo. “Y vio Israel aquel grande hecho que Jehová ejecutó contra los Egipcios: y el pueblo temió á Jehová, y creyeron á Jehová y á Moisés su siervo.” (Ex. 14:31). Pablo dice que estos incidentes son ejemplos y advertencias para nosotros (1 Cor. 10:11). Revelan nuestros corazones y exponen nuestras reacciones a las pruebas. Nosotros también olvidamos la presencia de un Dios soberano y maldecimos nuestra situación y culpamos a la gente a nuestro alrededor. Dios quiere recordarnos la verdad de su control santificador sobre nuestras circunstancias. Esta es la única manera de edificar un modelo bíblico de comunicación.

El vecino difícil, el jefe demandante, el pariente delicado, el amigo controlador, el hijo ingrato, y el accidente inesperado son herramientas de santificación en las manos de nuestro Señor. Al igual que tú, tengo problemas para interpretar adecuadamente estas cosas. Tiendo a verlas como señales de que Dios se ha olvidado de mí, en vez de verlas como indicadores seguros de que él está cercano, controlando las cosas cuidadosamente para mi bien. Por eso me irrito y me quejo en vez de descansar y adorar.

6. *Dios reina sobre las relaciones para mí santificación.* La gente en mi vida no están allí por accidente. También ellos son instrumentos en las manos de mi redentor. A través de ellos, él continúa la obra que ha comenzado en mí. Esto es descrito poderosamente cuando Pablo habla acerca de la Iglesia (ver Ef. 2:14-16, 19-22; 4:16; 1 Cor. 12:12-13, 18-20, 27).

Dios es soberano sobre mis relaciones. Él ha colocado las piedras en el templo justamente donde él quería que estén. Ha arreglado cada parte del cuerpo como él deseaba que estuviera. Estas relaciones son un medio por el cual Dios continúa su obra. Las luchas que traen no son dificultades sin sentido o obstáculos irritantes para una vida que sería feliz sino fuera por ellas. ¡No! Están allí porque Dios está comprometido, por su pacto, a llevarnos a la madurez, “a la medida de la plenitud de Cristo” (Ef. 4:12).

Yo era un pastor joven cuando, un domingo por la mañana, un hombre me preguntó si podía hablar conmigo el lunes. Estaba emocionado. Pensé, “*Por fin alguien ha sido tocado por mi ministerio y está buscando mi consejo*”. No sabía lo que estaba enfrentando. Nos reunimos el lunes por la noche y me dijo, “Paul, no vine a hablarte de mí. Quiero hablar de ti.” (¡No era exactamente lo que había imaginado!) Durante las siguientes dos horas, derrumbó cada aspecto de mi ministerio y también mi persona. Estaba devastado. Pensé que no me podría sentir peor hasta que sugirió que fuéramos a su casa para que yo hablara con su esposa. Por hora y media ella repitió los sentimientos de su marido.

No se cuando me he sentido más agraviado o más lastimado que aquella ocasión. Le dije a Luella que no quería renunciar al ministerio, sino que quería morirme. Le llamé a mi hermano Tedd deseando que curara mis heridas. Quería que me dijera cuán buena persona soy y que no escuchara a esta pareja horrorosa. Pero él me dijo justamente lo opuesto. Tedd dijo, “Pon mucha atención, Paul. Dios te puso en ese cuarto con alguna razón. Cualquier mal que ellos planearon hacerte no es tan importante como el bien que Dios está tratando de hacer de todo esto”.

¡No quería escuchar esas palabras! Quería decirle a Tedd, “¿Estás loco?” ¿Cómo puede ser esto bueno? ¿He hecho mi mayor esfuerzo por servir a Dios y esto es lo que obtengo?” Pero sí escuché, y a medida que pasó el dolor, Dios comenzó a mostrarme

actitudes y acciones que estaban estorbando la obra que él quería hacer a través de mí. Puedo decir ahora que estoy muy agradecido por ese lunes doloroso. Dios la usó para cambiar mi vida y ministerio.

Cuán a menudo olvidamos esta verdad cuando hablamos a (y acerca de) la gente en nuestras vidas. Cuán a menudo tratamos a la gente como si fueran irritantes y obstáculos. Cuán frecuentemente los azotamos con ira porque obstaculizan nuestros planes o nuestra felicidad momentánea. Cuán a menudo nos quejamos de otros por sus acciones, reacciones y palabras. Cuántas veces nos quejamos del hecho de que nuestras vidas son afectadas por las elecciones de otros. El abrazar la soberanía de Dios sobre nuestras relaciones alterará nuestras palabras respecto a la gente que él ha puesto en nuestras vidas.

7. *Dios reina sobre todas las cosas para Su gloria.* Esto es lo más importante que la Escritura dice acerca de la soberanía de Dios. Él hace lo que hace para Su propia gloria. La Historia es Su historia. Cada momento le pertenece. Somos su posesión. Todos nuestros dones, gracias y habilidades le pertenecen. Todo viene de él y es para él, y como Pablo dice tres veces en Efesios, 1, todo es para “la alabanza de su gloria”.

Dios no está obrando para lograr nuestra felicidad personal temporal. No está obrando para que podamos sentirnos satisfechos y completos, o para que tengamos una autoimagen positiva o un estilo de vida cómodo. ¡No! Él está obrando para hacernos luces que brillen en la oscuridad, para que la gente vea nuestras buenas obras y le glorifique (Mat. 5:16). La gente que entiende esta verdad resplandece como “una ciudad asentada sobre un monte” que “no se puede esconder” (v.14).

Por esto Dios nos enseña, una y otra vez, en la Escritura que nuestras vidas están en sus manos. Toda la vanagloria humana debe hacerse a un lado para dar lugar al propósito supremo de Su propia gloria. Cuando hablamos como si tuviéramos el control, (o debiéramos tenerlo), cuando nos gloriamos a nosotros mismos, cuando nos quejamos de las cosas que Dios ha puesto en nuestras vidas, estamos rechazando Su propósito supremo para nosotros – que seamos personas que vivan (y hablen) para su gloria. Al igual que Santiago necesitamos admitir, “De la misma boca salen alabanza y maldición. Mis hermanos, esto no debe ser así” (Santiago 3:10).

A la luz de esto, toda palabra que hablemos debe cumplir dos normas. Primero, todas nuestras palabras deben traer a Dios la gloria que merece. Y segundo, nuestras palabras deben traer bienestar redentor a las vidas de las personas que Dios ha puesto a nuestro alrededor. Este es llamado supremo de nuestras palabras: adoración y redención. Pero también por esto existe una gran guerra de palabras, pues el Enemigo lucha para que no cumplamos este llamamiento. El Engañador quiere que creamos que el mundo de las palabras es *nuestro*, que hablemos por nuestra *propia* voluntad, y que hablemos con corazones egoístas comprometidos sólo con lo que nos parezca mejor para *nosotros*. De nuevo, la guerra de las palabras realmente es una guerra por la soberanía. Lo que sea o quien sea que rija nuestros corazones, también controlará las palabras que digamos. El mensaje claro de la Escritura es que somos llamados a hablar con un corazón agradecido sumiso a Dios en toda circunstancia y situación.

¿Tienes ya una mejor idea de lo que significa la soberanía de Dios para nuestras palabras? Es el cimiento de un nuevo plan. Solamente al someterme al reinado del Señor comenzaré a vivir y a hablar como él quiere. Sólo entonces seré libre para hablar con una actitud de adoración y como un instrumento de redención, dejando a Su conocimiento inescrutable, sabiduría y elección soberana aquellas cosas que no puedo entender o controlar.

Al estar escribiendo este capítulo, tuve el privilegio de ser parte de una experiencia triste, pero al mismo tiempo, poderosa. Mi suegro fue llevado al hospital con un caso avanzado de cáncer en los huesos. Estaba en la cama con dolor severo, no obstante no estaba enojado. No se quejó o preguntó: “¿Por qué a mí?” Mi esposa estuvo al borde de la cama observando a este hombre quien fue fuerte, pero ahora era frágil y débil. Al final de nuestra visita dijo que quería orar. Fue una oración que nunca olvidaremos. Lo primero que hizo fue darle gracias a Dios por sus circunstancias. Dijo que él sabía que Dios era bueno y que cada cosa que hacía en la vida de sus hijos era buena aun cuando no lo entenderíamos. Luego, le pidió a Dios ayuda para ser un buen padre y un buen ejemplo para sus hijos durante su sufrimiento. Finalmente, le agradeció a Dios la vida rica de bendiciones que le había dado.

Este hombre no era un teólogo. Hubo un tiempo en el que tenía dificultad para respetarlo, pues él no parecía entender ciertas verdades que yo pensaba haber dominado por mis estudios de seminario. Desde entonces me di cuenta que su vida demostró un entendimiento de la soberanía de Dios que yo no tenía. ¡Yo anhelo tener tal descanso en medio de los problemas! Yo anhelo que mis palabras sean tan maduras, edificantes, y adoradoras como las suyas. Ya no tengo dificultad para respetar a mi suegro. Yo estaré muy agradecido si mis hijos llegan a parecerse a él. Bert Jackson venció en la guerra de las palabras porque la guerra por la soberanía había sido vencida en su corazón. En el momento de gran sufrimiento, sus palabras animaron y fortalecieron a la gente a su alrededor y le trajeron gloria a Dios. ¿Por qué? Porque realmente creyó que en nuestras vidas Dios tiene un plan perfecto y está en completo control. Realmente quería que todo lo que hiciera y dijera trajera gloria a Dios, y no pensaba que el sufrimiento personal le excusara de tan alto llamamiento.

La guerra de las palabras realmente es una guerra por la soberanía. ¿Quién o qué rige tu corazón? Quien sea o lo que sea, también controlará tu lengua.

Algo Personal: La batalla por el control

1. ¿Cómo revela tu comunicación una frustración con la gente y las circunstancias?
2. ¿De qué manera es tu comunicación un intento de tomar el control?
3. ¿Cómo reaccionas comúnmente cuando tus planes son estorbados?
4. ¿Cómo respondes cuando Dios envía sufrimiento o decepción en tu camino?
5. ¿Animas a los que están a tu alrededor a descansar en el cuidado soberano de Dios?
¿Señalas hacia las evidencias de su mano amorosa? ¿Cómo?
6. ¿Buscas hablar de tal manera que promuevas la obra que Dios está haciendo en los demás?
7. ¿Revelan tus palabras que estás descansando en el control de Dios o estás luchando con él?

Piensa bien en estas preguntas, y pídele a Dios que te ayude a ser honesto. Sé sensible al ministerio del Espíritu Santo al estar respondiéndolas. Recuerda que Dios pone en evidencia a nuestros corazones no para desanimarnos sino para acercarnos al círculo de su amor. Él corrige a aquellos a quien ama.

CAPÍTULO SEIS

SIGUIENDO AL REY POR TODAS LAS RAZONES EQUIVOCADAS

“Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre.” (Juan 6:27)

Me senté con él en su sala, alarmado por las cosas que me estaba diciendo. No era que nunca hubiera escuchado estas cosas con anterioridad, sino que las decía con tal fuerza de sentimiento. Ocurrió al final de un día cuando los dos hijos pequeños de Josh parecían hacer un coro interminable de demandas quejumbrosas. Su trabajo parecía sólo requerir más y más de él, y él y su esposa no se estaban sintiendo exactamente apreciativos el uno del otro. Dejó caer su cuerpo sobre sofá y miró por un rato hacia el suelo. Casi podías ver cómo humeaba Josh.

Luego dijo, “¿Para qué lo hice? ¿De qué sirve? Todos los años de estudio bíblico y oración, todas las veces que he ido a la iglesia . . . me esforcé por hacer lo correcto, y ¿qué obtuve? ¡Una vida que es imposible! La gente dice: Sólo confía en Dios. ¿Para qué? No me responde, no le intereso. ¡Lo eché todo a perder! No debí casarme. Nunca debí haber tenido hijos, no puedo con mi trabajo, y Dios sólo está sentado allí y deja que todo esto pase. Así que ¡soy Cristiano! ¿Qué de bueno tiene eso? Estoy cansado, estoy abrumado con mis responsabilidades y no veo salida. Pero si dejo todo esto, soy castigado. ¿Qué es lo que pasa?”

No fui el único que escuchó hablar a Josh de esta manera. El mismo descontento se derramaba en su comunicación diaria con su esposa e hijos, en un torrente fijo de quejas, irritación, impaciencia, acusación y, algunas veces, inclusive amenazas.

Traté de responderle amablemente, pero Josh estaba enojado e indispuesto a escucharme. De todas maneras, no había estado hablando conmigo. Sencillamente, yo estaba en el cuarto. Fue un momento de honestidad brutal que yo presencié. Las palabras airadas de Josh revelaron una gran parte de los pensamientos y deseos verdaderos de su corazón. Debajo de la buena apariencia y el exterior que la gente veía el domingo en el culto, había un hombre cuyo corazón estaba en guerra con Dios. Josh había seguido al Rey, y no le había ido de la manera como él esperaba.

Como hemos notado en Lucas 6, las palabras que decimos vienen de nuestros corazones. Esto significa que de alguna manera nuestro hablar tiende a revelar los verdaderos amores de nuestro corazón. Lo que estaba mal con el habla de Josh no eran sólo las palabras particulares que dijo o el tono particular que usó. No resolveríamos sus problemas de comunicación con sólo decirle que nunca dijera esas palabras otra vez. Para ver cambio duradero en las palabras de Josh, es necesario exponer la duda y el descontento que hay por debajo de sus palabras. Necesitamos tratar con el verdadero amor del corazón de Josh. ¿Qué estaba pasando con Josh? ¿Cómo llegó su conversación a ser tan desagradable hacia Dios y tan destructiva para la gente que le rodeaba? ¿Por qué no eran sus palabras todo lo que debían ser – amorosas, amables, animadoras, y sazonadas con gracia?

La realidad que se reveló en las palabras de Josh es el foco de atención de este capítulo. Es un asunto que todos debemos enfrentar si queremos que nuestra comunicación sea lo que Dios quiere que sea. Sé honesto y pregúntate, ¿Hay un poco de Josh en mí? ¡Yo sé que sí hay en mí! Ha habido ocasiones en las que me he preguntado

si en verdad vale la pena. Durante esos momentos, es fácil refunfuñar y quejarse todo el día.

La realidad de la lucha cristiana que Josh experimentó es importante y común. Simplemente es esta: *Muchos de nosotros seguimos al Rey por todas las razones equivocadas*. No es suficiente estar emocionados con el Rey. Necesitamos estarlo por la razón correcta.

¿El sueño de quién? ¿Cuál pan?

Si tuvieras que escribir el sueño de tu vida, ¿Qué escribirías? ¿Cuál es tu “si tan sólo . . .”, “si tan sólo pudiera tener . . .”, “si Dios me diera . . . entonces sería feliz”? Tal vez una mejor manera de hacer esta pregunta es, ¿Qué tipo de Mesías quieres que Jesús sea en tu vida? Ten en mente tu respuesta a medida que vemos una de las historias más conocidas de toda la Escritura, que se encuentra en Juan 6.

En esta historia, Jesús toma el almuerzo de un niño pequeño y por medio de su poder mesiánico lo convierte en una comida para cinco mil personas, sobrando una docena de canastas de comida. Imagina tu reacción si hubieras estado allí, y considera el impacto del poder de este hombre en tu vida. La multitud está comentando, “Este es. Este es el profeta, el Mesías. Ha llegado. Rápidamente ¡hagámoslo nuestro rey! Esto es lo que hemos estado esperando todos estos años.”

Quizá pensarás que este fue un momento dorado para Jesús. ¿Acaso no había venido para ser el Rey de este pueblo? ¿Acaso no es el Profeta de profetas? Por supuesto que sí. Pero notemos lo que hace Jesús. Se retira. Se aleja. Desaparece. ¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué se comporta tan extrañamente? La multitud busca por todos lados a Jesús. Quieren coronarlo como su rey, pero tal parece que él no quiere nada de esto. ¿Por qué? ¿No para esto vino?

En Juan 6:25, Jesús ha cruzado el Mar de Galilea, y la multitud lo encuentra allí.

“Cuando le hallaron al otro lado del mar, le preguntaron: --Rabí, ¿cuándo llegaste acá? Jesús les respondió diciendo: --De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis de los panes y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que permanece para vida eterna, que el Hijo del Hombre os dará; porque en éste, Dios el Padre ha puesto su sello.

Entonces le dijeron: --¿Qué haremos para realizar las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: --Esta es la obra de Dios: que creáis en aquel que él ha enviado. Entonces le dijeron: --¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Qué obra haces?

Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer. Por tanto Jesús les dijo: --De cierto, de cierto os digo que no os ha dado Moisés el pan del cielo, sino mi Padre os da el verdadero pan del cielo.

Porque el pan de Dios es aquel que desciende del cielo y da vida al mundo.

Le dijeron: --Señor, danos siempre este pan. Jesús les dijo: --Yo soy el pan de vida. El que a mí viene nunca tendrá hambre, y el que en mí cree no tendrá sed jamás. Pero os he dicho que me habéis visto, y no creéis.” (vrs. 25-36).

¿Qué le está diciendo Jesús a estas personas acerca de sus deseos de coronarlo como su rey? ¿Está gozoso, animado, y listo para responder? ¡No! En vez de agradecerles, los amonesta. En esencia les dice, “¡No han entendido el punto clave!”

Juan, al escribir su evangelio, hace algo muy útil. No le gusta llamar *milagros* a los milagros que Jesús realiza. Le gusta llamarlos *señales*. ¿Qué es lo que hace una señal? Apunta hacia algo más, es decir, a la realidad que verdaderamente buscas o el lugar a donde realmente quieres ir. Por ejemplo, cuando tomas unas vacaciones, no te detienes

donde está el señalamiento en la carretera y le dices a tu familia, “¡Ya llegamos! ¡Ya llegamos! Saquen todas las cosas del carro”. ¡No! Sino sigues el señalamiento y conduces hasta llegar a tu destino real. La señal a un lado del camino solamente apunta hacia la realidad.

Esto es lo que estaba mal con esta gente y su reacción hacia Jesús. Habían experimentado el *milagro*, pero no vieron la *señal*. La señal física del pan tenía la intención de señalar hacia una realidad espiritual mucho más profunda, y Cristo dijo, “No lo están entendiendo”. Se estaban concentrando en el milagro del pan como si éste fuera la realidad suprema. Cristo es muy agudo en lo que dice. La terminología que usa cuando dice, “os saciasteis” podría traducirse literalmente, “Pastaron”. Lo que está diciendo es, “Pastaron hasta que se llenaron, pero aún así no lo han entendido”.

¿Qué es lo que estaba detrás de la búsqueda que esta gente hacía con respecto a Cristo? ¿Qué querían realmente? No creo que le seguían como fruto de una sumisión humilde a su calidad de Mesías, y con una disposición a seguirle a donde quiera que los guiara. Su búsqueda de Cristo nacía de un amor egoísta y la esperanza de que Cristo sería quien satisfaría sus necesidades sentidas. Estaban entusiasmados por estar siguiendo al Rey – pero por todas las razones equivocadas.

Me temo que muchos de nosotros respondemos a Jesús de la misma manera. Lo que mueve o motiva todo lo que hacemos no es una sumisión a la voluntad de Dios y un deseo ardiente por su gloria, sino nuestro propio conjunto de deseos y sueños personales. Estamos entusiasmados por el Rey porque lo vemos como el sistema más eficiente para realizar esos sueños. Te puedes dar cuenta de lo que realmente nos entusiasma cuando caemos en desánimo y murmuración, cuando él no hace realidad el “bien” que anhelábamos. Los labios que en otro tiempo alababan, ahora se quejan; y los labios que en otro tiempo animaban, ahora acusan. Para evitar esto, debemos aprender a preguntar, “¿Los sueños de quién estoy persiguiendo? ¿Qué pan deseo en realidad? De nuevo, esta lucha del corazón forjará la comunicación de nuestros labios.

Pan Físico y Engaño Espiritual

Esta lucha entre el pan físico y el pan espiritual está en el meollo de la lucha de la vida cristiana. Está en el centro de la lucha de la vida *humana*. El Engañador, que está en medio de esta lucha, quiere que creamos que la vida sólo consiste del pan físico, que las cosas espirituales son casi inconsecuentes. Somos bombardeados con este mensaje desde que nacemos. Está en todo a nuestro alrededor en revistas, periódicos, TV, en anuncios luminosos, en el centro comercial y las conversaciones en el metro o el trabajo. La vida consiste en cuánto pan físico has sido capaz de ganar, mantener y disfrutar. Se nos dice que la verdadera felicidad se encuentra en las personas, las posesiones y las posiciones. Y puesto que “sólo se vive una vez”, el anuncio cervecero nos dice que debemos hacerlo con todo el gusto que podamos.

Esta lucha por el pan se describe en muchos pasajes bíblicos. Está en el centro de la tentación que Satanás le hizo a Jesús (Mat. 4:1-11). Se muestra trágicamente cuando Judas vende al Mesías por treinta piezas de plata (Mat. 26:14-15). Es una forma muy potente de la tendencia humana de intercambiar la adoración y servicio al Creador por adoración y servicio a las criaturas (Rom. 1:21-25). Es de lo que nos advierte Juan cuando nos llama a abandonar el amor al mundo (1 Juan 2:13-15), y descrita gráficamente en la parábola de Jesús acerca del rico insensato, que engrandece sus graneros para almacenar sus bienes, sólo para morir y encontrarse con su Hacedor (Lucas 12:13-21). Pablo discute esta lucha en términos de vivir con un ojo en la eternidad, diciendo que él pone sus ojos “no en las cosas que se ven, sino en las que no se ven” (2 Cor. 4:16-18). El

Salmo 73 también revela esta lucha cuando el salmista envidia la afluencia y la tranquilidad de los malos. El mensaje del Engañador está a nuestro alrededor, haciendo de ésta, una lucha espiritual central para todo ser humano.

Hay cuatro mentiras sutiles entretejidas en el mensaje tentador del Engañador. Aparentan ofrecer vida, pero el aceptarlas conduce a la muerte. Cada mentira tiene la intención de alejarnos del mismo propósito para el cuál fuimos creados, una vida de amor y sumisión ante el Creador. Consideremos estas cuatro mentiras sutiles, pero, al mismo tiempo, persuasivas:

1. *Las cosas físicas son permanentes.* La Biblia nos dice muchas veces y de muchas maneras que el mundo está pasando. Juan dice, “El mundo pasa y sus deseos” (1 Juan 2:17). Pablo nos dice que “se va desgastando nuestro hombre exterior” (2 Cor. 4:16). El Salmista dice que la vida y la abundancia de los malos es como un sueño que rápidamente pasa cuando uno se despierta (Sal. 73:18-20). Y por esto Cristo nos ordena: “Haceos bolsas que no se envejecen, un tesoro inagotable en los cielos, donde no se acerca el ladrón, ni la polilla destruye” (Lucas 12:33).

2. *El pan físico es el único pan.* Los pecadores tienden a deificar a la creación y elevar su importancia por encima de Aquel que la hizo. Tienden a abandonar la búsqueda del Dios invisible por la acumulación de posesiones personales. Por esto, se nos anima a no hacernos tesoros en la tierra sino a buscar primero el reino de Dios (Mateo. 6:19-34). Por eso se nos dice que vivamos como peregrinos, como nómadas, no entregándonos a la acumulación de cosas materiales como si fueran el único pan que realmente importara. La persona que cree esta mentira es un insensato (Lucas 12:20).

3. *El éxito humano se define por la cantidad de pan físico que posees.* ¿Quién de nosotros no ha envidiado a los ricos? ¿Quién de nosotros no ha soñado con ganarse la lotería y con vivir la vida idílica que se tendría? ¿Quién no ha pensado en algún momento que sería más feliz si tan sólo tuviera más dinero? ¿Quién de nosotros no es movido ni siquiera un poquito con las imágenes de dinero, poder y éxito que se reflejan en la televisión? ¿Quién de nosotros no desea echar un vistazo a través de las rejas para ver cómo viven los “ricos y famosos”?

Para tales momentos la Escritura nos muestra estas palabras poderosas: “¿De qué le sirve al hombre si gana el mundo entero y pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en rescate por su alma?” (Mateo 16:26). Cristo habla directamente en contra de esta mentira diciendo, “Mirad, guardaos de toda codicia, porque la vida de uno no consiste en la abundancia de los bienes que posee.” (Lucas 12:15). Jesús define el éxito humano en términos de dos compromisos fundamentales: Amar a Dios por sobre todas las cosas y a amar al prójimo como a uno mismo (Mateo 22:37-40). Ser rico es vivir de esta manera, sin importar cuán pequeña sea tu colección de cosas terrenales.

4. *La vida se encuentra en el pan físico.* Esta es la mentira de mentiras - que de algún modo, de alguna manera, la vida puede ser encontrada fuera de una relación con Dios. Esta fue la mentira que el Engañador dijo en el Huerto, y esta es la mentira dicha un sin fin de veces todos los días. El alimentarse sólo con pan físico te lleva a tener más hambre. Puedes saciarte solamente cuando te alimentas de Jesús por medio de la fe y recibes su vida. Él es el Pan. ¡Él es vida! Todos los demás ofrecimientos de vida conducen a la gente sedienta a beber en pozos secos. Él es el Pan Verdadero. Él es el río de vida. Síguelo y de tu interior fluirán ríos de agua viva (Juan 4:13-14). Sin él estás muerto, aunque físicamente estés vivo (Efesios 2:1-10).

Es tan fácil caer ante la mentira de que la vida puede ser encontrada en la aceptación humana, las posesiones y la posición. Es tan fácil tener tu vida controlada por sueños de éxito en tu profesión. Es tan fácil creer que nada satisface como el amor

romántico. Es tan fácil caer en la búsqueda de las imágenes de la cultura occidental – Una casa grande en una zona residencial, un carro lujoso, vacaciones opulentas, etc. Cuando lo hacemos, dejamos de alimentarnos de Cristo. Nuestra vida devocional comienza a sufrir estragos. Oramos menos, y cuando lo hacemos, oramos egoístamente. Nos damos cuenta que nuestro horario no nos permite mucho tiempo para el ministerio, y pasamos más tiempo con nuestros colegas en el trabajo que con nuestros hermanos y hermanas en el cuerpo de Cristo. Funcionalmente, nos alimentamos del pan del mundo, y no de Cristo.

Nuestra vida entera será determinada dependiendo de cuál pan estamos buscando. No hay mentiras más peligrosas que aquellas que nos alejan de la esperanza amorosa y la sujeción al Creador a quien no podemos ver, y que nos llevan a la esclavitud de una búsqueda insatisfactoria e interminable de las cosas pasajeras.

¿El Sueño de Quién? . . . ¿De Cristo o tuyo?

Ahora considera tu propia vida: tu matrimonio, trabajo, hijos, amigos, hogar e Iglesia. ¿Qué quieres de Cristo? ¿El sueño de quién traes delante de él? ¿Es tu sueño tu definición personal del paraíso? Estoy seguro que todo esposo y esposa ha soñado con tener un cónyuge perfecto. Todo padre ha soñado con el hijo perfecto. Cada hijo ha soñado con los padres perfectos. Todo trabajador ha soñado con el patrón perfecto. Cada uno de nosotros ha soñado con el amigo perfecto o la iglesia perfecta con el pastor perfecto. Cada uno de nosotros ha soñado con la casa perfecta y la vida financiera perfecta donde cada cuenta es pagada fácilmente. Pero la pregunta aquí es: ¿Cuál es hoy el nivel más profundo de tu hambre? ¿Te encuentras descontento con el presente? ¿Estás luchando con lo que Dios te ha dado hoy? Pedro dice cosas importantes acerca de lo que se trata nuestro *ahora*.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su grande misericordia nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva por medio de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos; para una herencia incorruptible, incontaminable e inmarcitable, reservada en los cielos para vosotros que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para la salvación preparada para ser revelada en el tiempo final.” (1 Pedro 1:3-5)

Esto suena maravilloso ¿No es así? Pedro dice, “¿No entienden lo que tienen? Han sido salvados por la misericordia de Dios. Sus pecados han sido perdonados. Son parte de la familia de Dios. Y no sólo eso, sino que les aguarda una herencia que no se corrompe, no perece, ni se marchita”.

“¡Sí!” respondemos, “¡Esto es maravilloso!”

Pero necesitamos seguir leyendo. Pedro ha estado hablando acerca del pasado, y de nuestro perdón por la misericordia de Dios. Y ha estado hablando acerca del futuro y nuestra herencia venidera. Pero, ¿qué me dice del ahora? ¿Qué está pasando en el presente? Continuemos donde dejamos de leer.

“Que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para la salvación preparada para ser revelada en el tiempo final. En esto os alegráis, a pesar de que por ahora, si es necesario, estéis afligidos momentáneamente por diversas pruebas, para que la prueba de vuestra fe--más preciosa que el oro que perece, aunque sea probado con fuego-- sea hallada digna de alabanza, gloria y honra en la revelación de Jesucristo. A él le amáis, sin haberle visto. En él creéis; y aunque no lo veáis ahora, creyendo en él os

alegráis con gozo inefable y glorioso, obteniendo así el fin de vuestra fe, la salvación de vuestras almas”. (vrs. 5-9)

¿De qué se trata el ahora? La vida en el presente se trata de algo más profundo que levantarse en la mañana con una sonrisa, mucho más que un trabajo satisfactorio, un fin de semana romántico con tu esposa, amistades alentadoras, hijos bien portados, una casa bonita localizada en una buena comunidad. Es más que un pastor a quien realmente parecemos importarle, y más que un presupuesto que parece estar funcionando.

Pedro está señalando que Dios está dispuesto a afectar cosas como estas con tal de producir en nosotros algo más grande, pleno y profundo: una fe genuina. Esta es la intención de Dios en las experiencias que nos hacen preguntarnos si realmente nos ama, si escucha nuestras oraciones, las experiencias que nos hacen envidiar a otros creyentes, o tal vez a gente que no le conoce. ¿Para que se nos envíen tales experiencias? Porque Dios no ha concluido su obra en nosotros. El está obrando dándonos la finalidad de nuestra fe, la salvación de nuestras almas. En vez de murmurar, quejarnos y dudar de la fidelidad de Dios, debemos ser capaces de responder en Adoración. En vez de decir “Señor, ¿Por qué a mí?” debemos ser capaces de decir, “Gracias Dios. Quiero más de tu salvación. Señor, quiero todo lo que puedes darme. Se que todavía no has terminado tu obra en mí”. Las luchas no son un error. Son muestras del amor redentor. Las pruebas no deben llevarnos a *dudar* del amor del Rey; nos deben convencer de él.

En mi opinión, en el corazón de cada pecador está el deseo de que la vida sea un “lecho de rosas”. Si pagas, tienes lo que quieres cuando lo quieras. Alguien me explicó una de estas ofertas. Dijo, “Doce comidas al día” ¡Doce! “La última comida es a la media noche, y a las 2:00 A.M. puedes pedir pizza desde tu cuarto si lo deseas.” ¡Nadie te puede decir “no”! En cualquier momento puedes decidir hacer lo que desees. Si Dios hubiera querido que la vida fuera un “lecho de rosas” sería así.

Reconociendo las señales

Ahora entiende el principio. Las bendiciones que Dios da en tu familia, trabajo, hogar, iglesia, amigos y comunidad, tienen la intención de hacer algo en ti. Tienen la intención de señalarte la bendición más profunda y plena que es la presencia del Señor Jesucristo en tu vida. ¡Él es Vida! La vida abundante no es tu cónyuge, tus hijos, tu casa, tu carro, tus posesiones, tu trabajo, tus amigos o tu iglesia. ¡La vida abundante es Jesucristo! ¡La realidad asombrosa es que él es nuestro y nosotros suyos! Por este Pan sí vale la pena vivir. No por el pan de las bendiciones físicas, sino por el pan espiritual, es decir, Cristo, quien es representado por su regalo del pan terrenal. Caemos en depresión espiritual cuando retira el pan físico para que tengamos hambre nuevamente del pan que satisface verdaderamente. ¿Puedes ver más allá del pan físico para ver a Cristo y las glorias de su gracia? ¿O consumes el pan físico sin ningún deseo por las bendiciones espirituales que él da: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza?

En Juan 6, Jesús dice:, “Yo soy el pan de vida”. Hazte la pregunta: ¿De cuál pan tengo hambre? ¿De qué pan realmente deseo alimentarme? No estoy diciendo que las cosas físicas sean inconsecuentes o que no debemos buscar el mejoramiento de nuestras vidas (matrimonio, trabajo, iglesia, familia, etc.), pero pienso que podemos perder de vista el punto clave. También nosotros podemos ver los milagros y pasar inadvertida la señal. Podemos gozarnos por los empleos obtenidos, las amistades restauradas, los hogares suplidos, y las cuentas pagadas, pero fallar en anhelar las bendiciones espirituales que son representadas por las provisiones físicas. Podemos ser semejantes a la gente que buscaba a Jesús sólo para mantener llenos sus estómagos. En realidad no lo querían

como su Rey. Deseaban que él fuera su Gran Mesero, dedicado a mantenerlos satisfechos físicamente.

Muchos de nosotros venimos a Jesús hoy en día porque tenemos un sueño y queremos que Jesús nos ayude a lograrlo de alguna manera. Si fuéramos honestos, tendríamos que admitir que esto es todo lo que realmente queremos de él. Y si no lo obtenemos, entonces nos sentimos miserablemente decepcionados.

Si estamos viviendo por el pan terrenal y lo vemos como la fuente de nuestra vida, cuando no lo tengamos vamos a estar en serios problemas. Pero si estamos viviendo por el pan espiritual, por una comunión más profunda con Jesucristo, entonces nuestras vidas (con todos sus problemas) se vuelven lugares maravillosos para conocer y crecer en el compañerismo de Aquel quien es la vida. Viviremos externamente esta búsqueda del pan verdadero en la recámara, cocina, centro laboral, vecindario, y carreteras de la vida. Y esto tendrá implicaciones para nuestra comunicación.

Las palabras son afectadas cuando tienes una comunidad de gente (familia, amigos, cuerpo de Cristo) que están comprometidos con Cristo, que anhelan conocerle mejor, y quieren que sus vidas le expresen alabanza, adoración y gloria. Sus palabras animarán y fortalecerán, y experimentarán unidad y una intimidad en el compañerismo desconocida por el mundo. Cuando renunciamos a nuestros sueños y expectativas personales, podemos experimentar la unidad del Espíritu que nos ha sido dada como hijos de Dios.

En contraste, la gente que tiene sus ojos enfocados en el pan físico, se devorarán unos a otros. Su conversación será el mundo de problemas descrito en Santiago 3, pues este pan no puede satisfacer. El amor por él, causará que seas un parásito de los que te rodean, succionando su sangre, aunque ellos nunca, nunca, nunca pueden darte suficiente. Sólo existe un Pan – éste es Jesús. La vida se encuentra en alimentarse de él a través de la fe. No existe otra manera.

Discípulos Desilusionados

¿Recuerdas que ocurrió cuando Jesús proclamó este mensaje? Jesús dijo a la multitud, “A menos que no comáis la carne del Hijo del Hombre y bebáis su sangre, no tendréis vida en vosotros” (Juan 6:53). No sólo la multitud le abandonó, sino muchos de sus discípulos también le dejaron (v. 66). Ellos dijeron, “Dura es esta palabra” (v. 60). Estaban en lo cierto. El duro llamamiento del evangelio es que Dios no envió a su Hijo para que podamos realizar nuestro plan, sino para que podamos ser parte del suyo.

Te animo, como lector, a que respondas con una honestidad humilde. ¿Qué revelan tus palabras respecto a los verdaderos amores de tu corazón? ¿De qué es el hambre interna y profunda por la que vives para satisfacer? ¿Es un hambre por Cristo? Si él es lo que desea tu corazón, entonces hay oportunidades maravillosas para crecer en la gracia y el conocimiento en medio de toda clase de dificultad. Estas experiencias, Pedro nos recuerda, son enviadas a nuestro paso por un Dios que se acuerda de nosotros con un amor redentor. Está completando la obra salvadora que ha iniciado en nosotros. Seremos redefinidos a través de la prueba. La vida no es un “lecho de rosas”, sino un camino pedregoso que nos conduce a la semejanza de Cristo. Podemos encarar las piedras del camino con gozo genuino, sabiendo que cada piedra fue puesta en nuestro camino para nuestro bien por un Padre celestial amoroso.

En una ocasión conversé con una dama que había estado casada ya por muchos años. Estaba casada con una persona que, siendo honestos, tengo que decir que era un hombre malvado. Era iracundo, controlador y manipulador. Con regularidad decía y hacía cosas hirientes. Mientras tanto, ella había soñado con el marido perfecto y se había

amargado tanto por la bendición que tenían otras mujeres de la iglesia que dijo que ya no podía ir al culto. Sentía como si Dios la hubiera olvidado, tanto así que no podía leer su Biblia ni orar.

Yo quería que ella entendiera su identidad en Cristo y el amor al Señor. Quería que entendiera que Dios es un refugio y fortaleza, un pronto auxilio en los problemas, por tanto, le leí varios pasajes que hablaban del amor asombroso de Dios, cuando, a mitad de un versículo, dijo: “¡Deténgase!” Miré su rostro enojado. Aporreando el puño sobre la silla, dijo, “No me diga más eso de que Dios me ama. ¡Yo quiero un esposo que me ame!”.

Aprendí algo ese día. Al grado en que hayas basado tu vida sobre algo o alguien más que en el Señor, en ese mismo grado no hallarás consuelo en el amor de Dios y la esperanza del evangelio. No serás reconfortado porque tienes hambre por otro tipo de pan. Estás deseoso de un rey que te de el pan que desees. El pan puede ser una relación, una circunstancia o una posición. Puede ser el amor y respeto humano, el deseo de venganza, o cierto estado económico. Literalmente, puede ser cualquier cosa de la creación. Pero sólo hay dos tipos de pan: Cristo, el Pan vivo, y todo lo demás. Ponemos nuestros corazones ya sea en él o cualquier otra cosa.

Ese día aprendí algo más. Las palabras airadas de esa dama revelaban el verdadero amor de su corazón, su sueño, el pan que su corazón anhelaba. Ciertamente, ella hubiera dicho que era creyente; hubiera profesado fe en las verdades de la Escritura. Probablemente, inclusive hubiera dicho que amaba al Señor. No obstante, sus oraciones no eran una expresión de gratitud, sino una lista de demandas en forma de peticiones. Sus palabras de aquel día revelaron que, a pesar de su profesión de fe, realmente buscaba un rey que complaciera sus deseos. Esperaba que Dios cumpliera su sueño y estaba enojada porque no lo había hecho. No tenía ojos para ver que, a través del vehículo de un matrimonio difícil, su Rey deseaba darle algo mejor. Al considerar nuestras propias vidas y todo por lo cual invertimos nuestras vidas, debemos preguntarnos, ¿El sueño de quién busco? ¿Qué pan anhele?

Esta es la pregunta ante nosotros: ¿Qué nos pasa cuando no obtenemos nuestro sueño? ¿Nos revolcamos compadeciéndonos de nosotros mismos? ¿Explotamos culpando a todos a nuestro alrededor? ¿Somos absorbidos por la envidia y la codicia? ¿Comenzamos a poner en palabras dudas acerca de la bondad, fidelidad y amor de Dios? ¿Nos parece difícil adorar, alabar, leer la Biblia, orar, tener compañerismo con otros creyentes, o compartir el evangelio con aquellos que no conocen al Señor?

¿Qué nos dicen nuestras palabras? ¿Nos dicen que estamos viviendo por el pan terrenal? La bondad, amor, poder, gloria y llamamiento de Dios no cambian en la ausencia del pan terrenal. Si él es el objeto de nuestra hambre, podemos tener gozo aun en medio del sufrimiento. ¿El pan de quién estamos buscando en verdad? ¿Qué se revela a través de nuestras reacciones y palabras? Tal vez muchos de nosotros, aun cuando físicamente no hemos abandonado al Rey, hemos perdido nuestro entusiasmo por su gracia y misericordia porque el seguirle no nos ha llevado al cumplimiento de nuestros sueños. En nuestros corazones, también le hemos abandonado, como los discípulos que se alejaron tristemente cuando les desafió a tener un compromiso de fe.

¿Qué ocurre cuando el sueño se desvanece?

Un profeta del Antiguo Testamento (Habacuc) miró a su alrededor al pueblo de Dios y dijo, “Dios, no entiendo lo que está pasando aquí. Te paraste y permitiste que tu pueblo sea muy malo. ¿Por qué permites esto? ¿Por qué no haces algo con respecto al pecado de tu pueblo?” Dios respondió, “Sí haré algo. Enviaré desde el norte una nación malvada y violenta para que arrase a mi pueblo”.

¡El profeta no podía creer lo que estaba escuchando! Cuando él le pidió a Dios que hiciera algo, estaba pensando en un avivamiento – ¡el juicio no estaba en su catálogo! Entonces, protestó, “Dios ¿Cómo puedes hacer esto? ¿Cómo puedes usar a una nación más malvada que nosotros para juzgarnos? ¡Para mí esto no tiene sentido!” El profeta debatía con Dios y, en medio del debate, Dios le revelaba su poder y gloria. Habacuc concluye su libro con estas palabras preciosas:

“Aunque la higuera no florezca ni en las vides haya fruto, aunque falle el producto del olivo y los campos no produzcan alimento, aunque se acaben las ovejas del redil y no haya vacas en los establos; con todo, yo me alegraré en Jehová y me gozaré en el Dios de mi salvación. ¡Jehová, el Señor, es mi fortaleza! El hará mis pies como de venados y me hará andar sobre las alturas”. (Hab. 3:17-19).

El profeta ha descrito el daño total de una cultura agrícola. Ya no queda nada – ni plantas, árboles o animales. No hay pan físico. En medio de todo esto, Habacuc dice, “Señor, aunque todo se ha ido, de todas maneras, me regocijo porque tú, mi salvador y mi Señor, mi Vida y mi Fortaleza, aún estas aquí.

Si tu sueño colapsara, si no quedara nada, ¿te levantarías en medio de tus lágrimas y dirías: estoy lleno de gozo porque el Señor es mi señor, el Señor es mi vida, el Señor es mi fortaleza, y gloriosamente, en medio de toda esta perdida y destrucción, le tengo a él? Puedes perseguir tu sueño, o puedes perseguir el sueño del Señor para ti. Puedes pedirle que te forje a su imagen, para que cada vez más tu vida y tus palabras le traigan alabanza. O puedes desear que Cristo se adapte al ámbito y enfoque de *tu* sueño. ¿El sueño de quién estás buscando?

Que Dios nos ayude a ser personas que ven la señal detrás del milagro, que ven las bendiciones terrenales y dicen, “Estas bendiciones me apuntan a la realidad más profunda y plena de Cristo en mi vida. Aquello por lo que tengo hambre y para lo que quiero que sea mi vida es el compañerismo, amor y obediencia a mi Señor Jesucristo”. Mi oración es que tanto tú como yo seamos gente que siga a Jesús aun cuando no haya más cosecha, más animales, ni más pan. Mi oración es que seamos gente que se levante en la mañana y diga, “¡Estoy lleno de gozo! Soy un hijo del Rey. Él es mi vid y lo seguiré por fe”.

Tus Sueños y Tus Palabras

Como puedes esperar, las verdades de Juan 6 tienen ramificaciones importantes para la manera como pensamos acerca de la comunicación. Juan 6 señala el asunto central de nuestras palabras: Nuestras palabras son moldeadas por el sueño que reside en nuestros corazones. Son determinadas por el pan que buscamos.

Por ejemplo, piensa en un esposo y su esposa. Si cada uno está absorto con un sueño personal, alimentándose con pan terrenal, inevitablemente experimentarán frustración y decepción el uno del otro, y mucho conflicto al estrellarse sus sueños. Su mundo de palabras con toda seguridad será un mundo de problemas. Se encontrarán maldiciendo al cónyuge que Dios les dio, y a veces, inclusive proferirán maldiciones rencorosas hacia Dios. Sus lenguas solamente serán domadas cuando sus corazones sean controlados por el régimen del Rey, el sueño del Rey, y el pan del Rey.

Como pecadores tenemos la tendencia de emocionarnos al seguir al Rey por todas las razones equivocadas. Esto infecta nuestras palabras con el veneno del egoísmo y agota la vida de nuestra alabanza al Señor y nuestro ministerio hacia otros. Ya no encontramos gozo en ser sus discípulos, y tristemente también nosotros nos alejaremos. Cuando nuestras palabras revelen que hemos abandonado una posición de fe, confianza, y descanso en el Rey por alimentarnos de un pan que nunca, nunca satisface, necesitamos regresar a él y orar:

Señor, es tan fácil quedar absortos con nuestros propios deseos y sueños. Es tan fácil pensar en ti como el cumplidor de esos sueños. Tan a menudo nos emocionamos como la multitud y perdemos de vista la realidad espiritual detrás de los regalos que nos das.

Señor, oramos para que no persigamos nuestras propias esperanzas y sueños, sino que tengamos un hambre y sed de Jesucristo, y un deseo de conocer su voluntad en cada área de nuestras vidas. Que podamos estar delante de ti en amor y sumisión gozosa, alimentándonos de ti por fe. Que seamos fuertes en el gozo, fe, valor y obediencia aun cuando no estemos experimentando el pan físico. En medio de las pruebas que podamos decir de ti y a ti, "Gracias Señor por tu amor. Gracias porque estás ocupado en completar tu obra de salvación en nosotros". Para esto necesitamos tu ayuda y oramos para que todo esto sea para tu gloria. Amén.

Algo Personal: llegando al corazón de tus palabras

¿Cómo podemos determinar qué es lo que realmente está rigiendo nuestros corazones? Hazte estas preguntas:

1. ¿Qué pasa con mis oraciones y mi conversación acerca de Dios cuando no obtengo lo que quiero?
2. ¿Cómo le hablo a los demás cuando parecen estar estorbándome para realizar mi sueño?
3. ¿Qué ocurre con mis palabras cuando las circunstancias son difíciles y desagradables?
4. ¿Qué ocurre con mis palabras cuando veo que otros son bendecidos mientras yo estoy luchando?
5. ¿Cuánto se enfocan mis oraciones en los cambios profundos que Dios está obrando dentro de mi corazón y los intereses generales de la obra de su reino?
6. ¿Cuánto expresan mis palabras un espíritu de gratitud y contentamiento?
7. ¿Mis palabras animan a otros a poner su confianza en el Señor?
8. ¿Cuán a menudo la queja y descontento son una parte regular de mi conversación cotidiana?
9. ¿Mi conversación da evidencia de amabilidad, gentileza y paciencia?
10. ¿Está mi conversación infectada con palabras demandantes, críticas, impacientes, acusadoras y condenadoras?
11. ¿Qué ocurre con mis palabras cuando otros pecan en mi contra?
12. ¿Qué ocurre cuando mis oraciones no son contestadas como yo esperaba?
13. Al estar con humildad respondiendo estas preguntas, ¿Qué sueños de mi corazón son revelados? ¿Qué hago con ellos?

CAPÍTULO SIETE

HABLANDO POR EL REY

“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.
Por tanto, id, y haced discípulos” (Mateo 28:18)

Vivimos en la era del video omnipresente. Es como si nuestras vidas estuvieran siendo vividas en video cassettes. Las familias graban en video sus días festivos, las fiestas de cumpleaños, las vacaciones y los incidentes humorísticos. Inclusive, esconden cámaras de video en la sala para vigilar que la niñera no abuse de los niños. Hay cámaras de seguridad en las tiendas, los supermercados y en el banco. Nada notorio ocurre en nuestras comunidades – sea una celebración, desfile, persecución policiaca, elecciones, accidentes, incendios o desastres naturales - sin que una cámara de video presente el registro del evento.

Un día estaba parado en un embarcadero, observando a una persona grabar en video a los peces, cuando me vino a la mente esta pregunta: ¿Si alguien viera el video cassette de mi vida, ¿Qué conclusión sacarían con respecto a mí? ¿Para quién dirían que estoy viviendo? ¿Cuál dirían que es mi misión en la vida?

Mi mente fue más allá. ¿Cómo verían mi interacción con la gente? Por ejemplo, ¿qué dirían de la manera como trato a mi familia? ¿Qué concluirían acerca de mi matrimonio, mi paternidad y mis relaciones con los vecinos? ¿Para quién, concluirían, que estoy viviendo?

Como consejero, descubro que cuando alguien me cuenta su historia, a menudo son mucho más buenos para describir las acciones, reacciones y palabras de los demás que las propias. Y frecuentemente digo, “Sabes, hemos estado viendo el video cassette de tu vida, pero hay algo curioso acerca de él: *¡No estás en él!* Está toda la gente importante en tu vida, con sus reacciones y palabras, pero tú no estás. Giremos la cámara hacia ti para ver cómo estás lidiando con todo lo que está pasando en tu vida. Veamos qué es importante para ti y cómo lidias con las situaciones y relaciones que encuentras cada día”.

Me gustaría hacer algo similar contigo como lector. Te animo a enfocarte particularmente en tu vida de conversación. Si viera un video cassette de tu vida, poniendo atención especial en tu comunicación con la gente importante de tu mundo, ¿Qué encontraría? ¿Qué pensaría que estás tratando de lograr? ¿Qué concluiría que fue importante para ti?

Este capítulo se trata de la *misión* de Dios para nuestros labios. Comenzamos este libro diciendo que nuestras palabras pertenecen al Señor. Fueron creadas por él, existen a través de él, y deben ser usadas para él. Se nos da la habilidad de comunicarnos para que nuestras palabras nos ayuden a realizar su obra y traer gloria a él. Él es la fuente, el criterio, y la meta de todas nuestras palabras. ¡Él es el Señor de nuestras bocas! Por tanto, es vital que tengamos un sentido claro de su propósito para nosotros en esta área. Una vez que lo hagamos, necesitamos revisar nuestros videocassettes y preguntarnos, ¿Estamos hablando por el Rey?

Cuando hablamos de la misión de Dios para nuestros labios, estamos hablando de una responsabilidad que se nos ha encargado. Una misión es un conjunto particular de objetivos que da orden y propósito a lo que hace una persona o grupo. Es una tarea especial, un llamado interno, buscar la realización de una actividad particular. Nuestra

pregunta es, ¿Qué Misión tiene el Gran Orador para nuestras bocas? Necesitamos una respuesta clara a estas preguntas antes de considerar todos los pasajes bíblicos prácticos que tratan de la comunicación. También necesitamos ver cómo el Gran Engañador busca tentarnos para alejarnos de la meta de Dios para nuestras palabras.

Ningún pasaje define tan clara y sucintamente la misión de Dios para nuestras palabras como 2 Corintios 5:11-21

“Conociendo, entonces, el temor del Señor, persuadimos a los hombres; pues a Dios le es manifiesto lo que somos, y espero que también lo sea a vuestras conciencias. No nos recomendamos otra vez ante vosotros, sino que os damos ocasión de gloriaros por nosotros, con el fin de que tengáis respuesta frente a los que se glorían en las apariencias y no en el corazón. Porque si estamos fuera de nosotros, es para Dios; o si estamos en nuestro juicio, es para vosotros. Porque el amor de Cristo nos impulsa, considerando esto: que uno murió por todos; por consiguiente, todos murieron. Y él murió por todos para que los que viven ya no vivan más para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.

De manera que nosotros, de aquí en adelante, a nadie conocemos según la carne; y aun si hemos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no le conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo y nos ha dado el ministerio de la reconciliación: que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándoles en cuenta sus transgresiones y encomendándonos a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo; y como Dios os exhorta por medio nuestro, rogamos en nombre de Cristo: -Reconciliaos con Dios! Al que no conoció pecado, por nosotros Dios le hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él “.

Llamados a ser Embajadores

Un jueves por la noche fui al cuarto de mi hijo para saludarlo y discutir con él algunos arreglos que necesitábamos hacer para el fin de semana. Toqué la puerta, entré al cuarto y encontré una escena de destrucción total. No sabía cómo encontraba su ropa (creo que todo su guardarropa estaba sobre el piso en esa ocasión) o cómo encontraba su cama para dormir (una esquina de ella asomaba por debajo de los escombros). Habían libros de texto universitarios, calcetines, revistas, equipos musicales, discos compactos, partes de una patineta, y un sinnúmero de otros objetos no reconocibles. Mi ira y mi frustración fueron inmediatas. Recuerdo que pensé, *¡Está sentado en medio de este desastre y no le importa para nada!*

Me saludó con bastante naturalidad, y sentí que ya iba a explotar. Me olvidé de todo aquello de saludarlo o preguntarle acerca de su día. En vez de eso, me enfraqué en una perorata sobre la condición de su cuarto y de cómo yo estaba seguro que esto era un reflejo de la condición de su vida (lo cuál realmente no era cierto). Con enojo le recordé cuán duro trabajaba para proveerle las cosas que tenía desparramadas por todas partes. Le pregunté qué pensaría si su mamá y yo tuviéramos toda la casa de esa manera. Lo sermoneé y le hice preguntas – preguntas para las cuales no le di tiempo de responder porque en realidad no eran preguntas. Sólo me estaba desahogando. Le dije que no sabía como podía soportar estar en ese cuarto así como estaba, porque yo no podía. Le dije que más le valía limpiarlo rápidamente y me salí del cuarto.

Caminé por el pasillo sintiéndome enojado y vacío, y me dejé caer en el sofá del cuarto familiar. Entonces, me di cuenta que no había discutido nada de lo que originalmente quería discutir con él. Hice mi mejor esfuerzo por justificar mi

comportamiento: (1) El cuarto estaba hecho un desastre (muy cierto). (2) Era evidencia de una mala mayordomía de su parte (cierto). (3) Él necesita que alguien lo confrontará con respecto a este asunto (también cierto). Pero aun con todo esto, sabía que lo que había hecho no era correcto. Este encuentro no produciría cambios positivos en mi hijo, y sabía que Dios no estaba complacido. Oré pidiendo perdón, me calmé, y fui de nuevo a hablar con mi hijo de la manera correcta.

Las palabras de Pablo en 2 Corintios 5 explican al detalle lo que estuvo mal en mi “conversación” aquella noche. Si es que queremos hablar a la medida de los estándares de Dios y de acuerdo con su diseño, necesitamos entender los principios prácticos que fluyen de este pasaje.

1. *Necesitamos hablar con el entendimiento de que somos los embajadores de Dios.* Un embajador político es alguien que ha sido llamado desde su tierra natal para vivir en otro país y representar el mensaje, los métodos y el carácter de su líder (presidente, rey, primer ministro, etc.). El mensaje de Pablo aquí es radical y dramático: ¡hemos sido llamados a ser embajadores del Rey! Dios nos ha puesto justo don él quiere que lo representemos. Si es que voy a hablar como él me ha ordenado que hable, debo estar consciente de mi posición como embajador. Estoy donde estoy porque soy llamado a representar al Señor. Pablo dice que para el cristiano, se ha ido la vieja vida que estaba estructurada alrededor del interés en uno mismo. Somos una nueva creación; lo viejo ha pasado. Está muerta y enterrada la vida en la que sólo servíamos nuestros propios intereses y hacíamos casi cualquier cosa para obtener lo que deseábamos. ¡No! Pablo dice que hemos sido reconciliados con Dios y esto nos ha dado un nuevo ministerio – su obra de reconciliación.

Con nuestras palabras no somos libres para hacer avanzar nuestros propios intereses. Nuestra comunicación siempre debe tener la agenda de nuestra embajada (la misión, los métodos, y el carácter del Rey). Pero aquí necesitamos ser honestos. No hay alguna situación en la vida en la que no tengamos lucha entre nuestros propios intereses y los del Señor. Siempre hay cosas que queremos que sean de cierta manera y en cierto momento. Siempre es fácil alejarnos del propósito de Dios y dirigirnos hacia el nuestro. El cambio del uno al otro puede ser sutil y engañoso, especialmente puesto que como creyentes todavía no estamos libres del pecado del egoísmo. Este todavía es un pecado fundamental del corazón que está por debajo de nuestras palabras. Nuestra posición como embajadores está dirigida agudamente hacia esta tendencia a buscar nuestros propios intereses. No puedes ser un embajador exitoso si estás motivado primariamente por tus propios intereses. No puedes ser un embajador de medio tiempo. Siempre debes recordar que estás donde estás porque eres un representante. *Has sido enviado por Rey para hablar por él.*

Existe otra manera de pensar acerca de este llamado a ser embajadores. Hemos sido llamados a representar al Rey en una manera que él se *encarne*. Encarnar significa incorporarse en una forma humana, personificar. Esta es una posición de honor majestuoso dada a pecadores indignos. Si pudiéramos entender lo maravilloso que es todo esto, estaríamos asombrados de hacer o decir *algo* que pueda mostrar la gloria de Dios. Pero esto justamente lo que Dios ha escogido que nosotros hagamos: que demos cuerpo a su misión, métodos y carácter en la tierra. Somos sus manos, ojos, oídos y bocas. Le ponemos carne y sangre a lo que él es y lo que quiere para aquellos a nuestro alrededor. Somos llamados a hacer que su carácter y voluntad sean vistos, escuchados y conocidos. Esta era mi descripción de trabajo la noche cuando entré al cuarto de mi hijo, pero había perdido todo el sentido de mi llamamiento. Estaba allí lleno de mis propios intereses, y no tenía ninguna agenda de encarnación en mis palabras.

Cuando vivimos y hablamos de acuerdo con la encarnación, reflejamos la obra que Cristo hizo sobre la tierra: el vino a dar a conocer al Padre. Cuando Jesús estuvo aquí dijo que las obras que él hacía y las palabras que decía no eran suyas, sino que venían de su Padre (ver Juan 14:5-14). Jesús estaba comprometido con la voluntad de su Padre en las cosas que hacía y decía, porque entendía que su misión era encarnacional. Se había hecho carne con el propósito de dar a conocer a Dios. Ahora, de la misma manera como Cristo reveló al Padre, somos llamados a revelar a Cristo. Somos llamados a encarnar a Jesús, el Reconciliador y Redentor. Es por esto que nuestras palabras siempre tienen una agenda superior a nuestros propios propósitos y deseos.

Me gusta mucho la manera en la que Pablo habla acerca de esta agenda superior y encarnacional. Dice que es como “si Dios rogara por medio de nosotros” (2 Cor. 5:20). Hablar como un embajador significa que siempre estamos preguntando qué es lo que Dios quiere lograr en nuestros corazones y en los corazones de nuestros oyentes. ¿Qué súplica está haciendo Dios? Las tres palabras que he estado usando son útiles aquí: misión, métodos y carácter.

Hablar como un embajador significa hablar de una manera que represente la *misión* (es decir, la voluntad y propósitos) del Rey. Significa preguntar, ¿Capturan mis palabras aquello que es valioso para el Señor? También significa considerar los *métodos* del Rey. Esto significa, preguntarse, ¿Cómo respondería el Señor a esta persona en esta situación? Aquí vemos al Señor como nuestros modelo supremo de comportamiento. Nuestro llamamiento es responder como él respondió, a actuar como él actuó, y a hablar como él habló. Finalmente, hablar como un embajador requiere que pensemos acerca del *carácter* del Rey. La representación del Señor no sólo es un asunto de metas y métodos correctos, sino también de actitudes correctas. Aquí preguntamos, al responder a esta persona en esta situación, ¿Estoy representando fielmente el carácter del Rey? (ver Col. 3: 12-14). Si me hubiera hecho estas preguntas aquella noche en el cuarto de mi hijo, esto hubiera alterado dramáticamente mis palabras.

La Misión del Rey

2. *Los embajadores necesitan hablar basados en un entendimiento claro de la misión del Rey.* ¿Qué está haciendo él en la tierra? ¿En esta situación y en este momento? ¿Cuál es su misión? De nuevo, Pablo nos dice esto muy claramente. Nos dice que Dios está obrando para que “los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que por ellos murió y resucitó” (2 Cor. 5:15). El enfoque de Dios está en nuestros corazones y en nuestra tendencia hacia la idolatría. Como vimos antes, el ídolo más poderoso e invasor es el ídolo del “Yo”. Todos los pecadores le sirven de alguna manera. Como Adán y Eva, cada pecador tiene el deseo de ser Dios y de tener al mundo operando de acuerdo con su placer y voluntad. Jesús vivió, murió y resucitó para destruir nuestra esclavitud a este ídolo. Su meta para nosotros es que los que un día vivían para sí mismos, se conviertan, por medio de su gracia, para adorarle y servirle sólo a él. A medida que nos cambie, más y más seremos como él. Seremos capaces verdaderamente de representarlo, y como sus embajadores, seremos capaces de hablar en maneras que contribuyan con sus propósitos en las vidas de otros y en la nuestra.

Notemos que el blanco de nuestra misión es el corazón, el asiento de la adoración, ya sea a Dios o a los ídolos. Como embajadores de Dios, debemos hablar con un enfoque en el corazón. Esto no se da naturalmente en los seres humanos. La mayor parte del tiempo, hablamos de los asuntos físicos de la vida – el trabajo, la casa, el carro, la gente y las posesiones. Nuestras palabras reflejan nuestro intento de obtener lo que queremos o nuestra frustración cuando fallamos. Un esposo le grita a su esposa cuando ella está

dilatando demasiado en estar lista. Una madre le grita a su hija por su cuarto desordenado, o un hijo se queja de que su ropa le hace ver ridículo. Un niño hace una rabieta cuando no se le permite ir a visitar su juguetería favorita, o un padre explota porque no puede encontrar su periódico.

Toda esta comunicación se enfoca en el mundo físico y fluye de los corazones que adoran y sirven a la creación más que al Creador. Sutilmente deifica a la creación y se olvida de la voluntad y gloria del Creador. Puesto que estas palabras son idólatras en sí mismas, Dios nunca las usará para cumplir su misión, que es liberar a la gente de su esclavitud de todo tipo de ídolos.

La agenda de Dios en estos momentos es fundamentalmente espiritual. Él sabe que sólo cuando él es quien posee nuestros corazones sin desafíos, nos relacionamos con el mundo de la manera que ha ordenado. Por esta razón, Dios está enfocado no sólo en la solución momentánea de nuestros problemas sino en un cambio duradero del corazón. El desea capturar de nuevo los corazones de su pueblo para que le sirvan sólo a él (ver Eze. 14:1-6). Para cumplir esto, está dispuesto a sacrificar nuestra comodidad personal. Permitirá que entremos a situaciones que “nos muevan el tapete”, como a mí me lo movió el cuarto desarreglado de mi hijo. El quiere que los pecados del corazón sean revelados porque necesitamos verlos para arrepentirnos. Muy a menudo, nuestros corazones se revelan con mayor claridad a través de nuestras palabras. Cuando nuestras palabras hacen más daño que bien, lo más probable es que estamos hablando en contra del propósito del Rey. Muy probablemente, estamos satisfaciendo nuestro propio interés egoísta en lugar de Su agenda de redención. Esto le interesa a Dios ante todo.

Aquella noche en el cuarto de mi hijo, perdí completamente la consciencia de la guerra que se estaba suscitando en el corazón de mi hijo. No lo vi como un alma inmortal. No lo vi como una criatura de Dios que estaba en medio de una batalla espiritual. Olvidé que mi propia lucha no era contra carne y sangre, sino contra principados y potestades (Ef. 6:12). Me olvidé quiénes éramos ante los ojos de Dios. En lugar de esto, quedé absorto con la creación (el cuarto de mi hijo) y cómo quería que fuera tratado. Efectivamente, yo estaba en una misión – y desafortunadamente fui capaz de comunicar mi misión con bastante claridad. Pero había olvidado que Dios me tenía allí como un embajador para representar su misión. En eso fallé, y perdí una oportunidad maravillosa de ser parte de algo más alto, mejor y más maravilloso. Opté por el pan físico y olvidé la gloria del pan de vida. ¿La condición del cuarto revelaba asuntos que necesitaban atenderse? ¡Sí! Pero sólo en una manera que representara la misión liberadora del Rey.

El Método del Rey

3. Los embajadores necesitan hablar con un entendimiento de los métodos del Rey. Un embajador es llamado no sólo a decir lo que el Rey diría, sino a decirlo en la manera como él lo diría. No estamos en la libertad de cumplir la misión de Dios de la manera como creamos conveniente. La *manera* en la que hacemos lo que nos llama a hacer debe ser consistente con su carácter y propósitos. De nuevo, esto es parte de ser encarnacionales: Nuestro método de hablar debe reflejar la manera en la que Dios trata con la gente.

Regresemos a aquella noche en el cuarto de mi hijo. No sólo estuve mal con respecto a las metas que buscaba cumplir. También estaba mal en mi metodología. ¿Cómo estaba buscando producir el cambio? A través del enojo, la ira, la condenación, las amenazas y un ultimátum. Estas fueron mis “herramientas”. Pero Aquel a quien he sido llamado a representar no usaría estas herramientas; éstas no producen el cambio duradero del corazón que supuestamente es mi meta. Proverbios dice que la palabra

áspera hace subir el furor (Prov. 15:1). Hacen escalar la hostilidad y la defensiva en vez de producir la atmósfera de receptividad y apertura que produce una respuesta gentil.

¿Cómo produce Dios en nosotros cambios duraderos del corazón? O, como Pablo dice, ¿Cómo nos “constriñe” a alejarnos de una vida egoísta a una vida para él? 2 Corintios 5:11-21 enseña claramente que lo que constriñe a Pablo – y a nosotros – es el *amor de Cristo*. Al fin y al cabo, lo que nos cambia no sólo es la soberanía de Dios, su santidad, su ira en contra del pecado, o su gran poder. Sabemos por Romanos 2:4 que es la *bondad* de Dios lo que lleva a la gente al arrepentimiento. Pablo le dice la misma cosa a los Corintios – es el amor de Cristo que nos aleja del “yo” y nos motiva a vivir para él. El amor glorioso y vicario de Cristo es el argumento más contundente para el cambio – y es su medio más poderoso para lograrlo.

Piensa en esto por un momento. En cada escenario y circunstancia de la vida, hemos sido llamados a hablar en una manera que muestre el amor de Dios. ¡Qué norma tan alta y humillante! ¿Quién puede decir, “Sí, Señor, yo lo estoy haciendo”? ¿Quién de nosotros no tienen que clamar honestamente y decir, “Señor me falta tanto para cumplir tu llamado. Ven y sé mi fortaleza o nunca podré hablar de manera que sean dadas a conocer tu gloria y bondad”?

Necesitamos, humildemente, admitir que los métodos que el Señor utiliza – y nos llama a utilizar – son muy diferentes de aquellos que seleccionaríamos naturalmente. Mi primera respuesta a la persona que me maltrata no es bendecirla (Rom. 12:14). No es mi tendencia el perdonar a la persona que está pidiendo perdón siete veces al día por el mismo pecado (Lucas 17:3-4). No es mi primera elección el pelear contra el mal usando el bien (Rom. 12:21) o alejarme de la venganza para dar lugar a la paz (vv. 17-20). Encuentro difícil ser paciente, humilde y perseverante cuando me provocan (Ef. 4:2). Prefiero esperar que la persona que me ofendió se acerque a mí en lugar de yo ir a él o ella (Mateo 18:15-17). Encuentro difícil arreglar los asuntos y restaurar las relaciones antes de que se ponga el sol; quiero aferrarme a las ofensas, y repasar en mi mente la ofensa una y otra vez (Ef. 4:26-27). Deseo mover a la gente por medio de la fuerza de mi herida y enojo, en vez de por medio del perdón paciente y humilde (Sant. 1:20). Hablo demasiado rápidamente y me parece desesperante escuchar paciente y atentamente (v.19). Me dejo llevar por el calor del momento, en vez de detenerme y prepararme para contestar en una manera piadosa (Prov. 15:28).

Pero Dios no piensa como nosotros pensamos. No hace lo que haríamos con naturalidad, que es por lo que necesitamos entender y seguir su método. Como Pablo dice en 2 Corintios 10:4, “Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para derribar fortalezas”. Como embajadores, somos llamados a poner a un lado las armas nada eficientes del mundo, que son inclusive destructivas, y a tomar las herramientas del evangelio que el Rey ha puesto en nuestras manos. Las usaremos para tener cambios radicales del corazón en nuestras propias vidas y para permitirnos participar en esa misma obra con otros.

Pablo señala tres herramientas (métodos) de cambio en 2 Corintios 5: *autosacrificio*, *perdón*, y *reconciliación*. Es útil pensar que estos tres términos no son sólo métodos, sino también, límites para nuestras palabras como sus embajadores. No podemos permitirnos decir palabras que vayan más allá de estos límites. Tomemos un momento y consideremos qué significará todo esto.

Primero, es claro que la obra que hizo Cristo en nuestras vidas requirió *autosacrificio*. Nuestra salvación significó la muerte para él. También es claro en la Escritura que nos ha llamado como sus seguidores para morir a nosotros mismos con tal de servir y amar a otros como él nos ha amado. El llamado a morir a uno mismo, el

llamado a hacer un autosacrificio con propósito como su siervo, fue un tema repetido que el Señor le enseñó a sus discípulos durante su tiempo sobre la tierra (ver Mat. 10:37-38; 16:24-28; Lucas 9:23-27; 14:25-27; 31-33; Juan 12:23-26).

Cristo nos cambió a través de su propio autosacrificio. Hemos llegado a ser participantes de su naturaleza divina porque él estuvo dispuesto a dar su vida por nosotros. Si Cristo se hubiera aferrado a sus derechos y autoridad como Hijo de Dios, estaríamos atrapados sin esperanza en la esclavitud del pecado, destinados irrevocablemente a la condenación. Pero Jesús no sólo estuvo dispuesto a dejar la gloria del cielo para sufrir como un hombre en esta tierra caída; ¡también estuvo dispuesto a morir por pecados que él no cometió! Como sus embajadores nos llama a tener esta disposición para autosacrificarse, con tal de que nuestras vidas puedan avivar su obra gloriosa de cambio en los corazones de la gente. Pablo habló de esto a la iglesia de Filipos.

“Por tanto, si hay algún aliento en Cristo; si hay algún incentivo en el amor; si hay alguna comunión en el Espíritu; si hay algún afecto profundo y alguna compasión, completad mi gozo a fin de que penséis de la misma manera, teniendo el mismo amor, unánimes, pensando en una misma cosa. No hagáis nada por rivalidad ni por vanagloria, sino estimad humildemente a los demás como superiores a vosotros mismos; no considerando cada cual solamente los intereses propios, sino considerando cada uno también los intereses de los demás. Haya en vosotros esta manera de pensar que hubo también en Cristo Jesús:

Existiendo en forma de Dios, él no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y hallándose en condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, -y muerte de cruz!” (Fil. 2:1-8).

Pablo no pudo hablar con mayor fuerza acerca del llamamiento a seguir el ejemplo del amor sacrificado de Cristo. Él dice: “No hagáis nada por rivalidad ni por vanagloria”. Nuestra conversación diaria debe ser a la medida de esta norma. Personalmente, encuentro que es fácil para mí ser motivado por mis derechos y posición personales. Tengo luchas cuando se me pide que renuncie a mi tiempo, mis planes, mi horario, mis posesiones y mi control. La mayor parte de las veces que tengo problemas con mis palabras, ocurre cuando trato de aferrarme a estas cosas. Hablo con impaciencia a la hija que tiene la audacia de estar en el baño cuando necesito estar allí. Me irrito con mi esposa cuando sus planes entran en conflicto con mi horario. Me lanzo en contra del niño que inadvertidamente ha roto el botón del estéreo, o me siento tentado a enfadarme cuando la familia no piensa que mis planes para el paseo son emocionantes ni maravillosos. ¿Qué está mal con todas estas reacciones? Están enraizadas en el interés por uno mismo, por lo que la comunicación que le sigue *no da* gloria a Dios o contribuye con la obra que él está haciendo en mi familia.

El asunto del autosacrificio va directo al centro de mi lucha como pecador. Recuerda, el ídolo más poderoso de todos es el ídolo del “yo”. El deseo de ser Dios reside en el corazón de todo pecador. Esto es lo que Dios desea romper en cada uno de nosotros para que vivamos para su gloria y no para la nuestra. Como sus embajadores, somos llamados a morir a nosotros mismos para que podamos *hablar* por él.

La segunda herramienta (método) es el *perdón*. Es asombroso considerar que por razones que sólo pueden ser explicadas por su amor majestuoso, Cristo nos ha perdonado completa y totalmente. Pablo dice que Dios no cuenta los pecados de los hombres en su contra. Si nuestro Rey, nuestro Juez, Aquel que es completamente santo está dispuesto a perdonarnos, ¿Cómo podemos hacer nosotros menos que esto con

respecto a los demás? (Ve la parábola poderosa del siervo rencoroso en Mateo 18:21-35). Podemos salir de nuestro escondite, de nuestra vida de excusas, de culpar a otros, de vivir a la defensiva, de autojusticia y autoprotección, para confesar nuestros pecados, gracias a la promesa de Dios de perdonarnos total y completamente. Su perdón ha sido una herramienta poderosa de cambio en nuestras vidas, y será una herramienta poderosa de cambio cuando le representemos ante otros.

Tristemente, las palabras que dije a mi hijo aquella noche no salieron de un corazón perdonador. Había olvidado que a mí se me había perdonado pecados mucho más grandes que dejar un cuarto desordenado. Había olvidado el amor y la paciente gracia de Dios hacia mí. No tuve compasión por la vida caótica de un adolescente. No fui tardo para hablar y rápido para escuchar como debía ser alguien que es consciente de sus propios pecados y su propia necesidad del perdón. No hice preguntas que estimularan a mi hijo a examinar su corazón. No espero pacientemente sus respuestas. No ofrecí palabras de ánimo. En vez de esto, mis palabras salieron de un corazón soberbio que había olvidado que necesitaba la gracia de Dios tanto como mi hijo. En esencia no era diferente a él en ese momento. Éramos y somos iguales – pecadores en necesidad del perdón de Dios quien trae cambio radical a nuestros corazones. ¿Cómo pude olvidar el perdón que me habían dado? ¿Cómo no pude dar a mi hijo lo mismo? Dios nos llama a amar como él nos ha amado (Juan 13:34-35) y a perdonar como él nos ha perdonado (Efesios 4:32-5:2). Nuestras palabras deben alcanzar, por el poder de su Espíritu, esta medida.

La tercera herramienta (método) que el Rey usa para obrar el cambio en nosotros es la *reconciliación*. Reconciliar significa arreglar o resolver algún asunto con la finalidad de restaurar una relación. Es la obra que Dios hace para restaurar nuestro compañerismo con él, el compañerismo que fue roto por el pecado. Puedes notar esta ruptura inmediatamente después de que Adán y Eva comieron el fruto prohibido. Dios vino a caminar con ellos en la frescura del Huerto, y encontró algo que nunca había ocurrido antes. ¡Adán y Eva se estaban escondiendo de él! El pecado había roto su compañerismo. Adán y Eva ahora tenían miedo del Dios con el cual habían gozado comunión perfecta. Trataron de evadirle, y los pecadores, desde entonces, tratan de esconderse. El compañerismo con Dios, que era propósito de la existencia de Adán y Eva (y el nuestro), fue roto horriblemente por el pecado. Un reconciliador tenía que venir para mediar en el abismo que ahora había entre Dios y el hombre. Jesús vino e hizo el puente con su vida, muerte y resurrección para que nuevo podamos disfrutar el compañerismo con Dios para el cual fuimos creados.

Este es el mensaje del Evangelio – que Dios está obrando, a través de Cristo, en la reconciliación del mundo consigo mismo. El Señor usa aun más esa relación restaurada para hacer cambios en nosotros. Él puede realizar el cambio del corazón que es su meta al traernos de nuevo a un compañerismo consigo como sus hijos, como ciudadanos de su reino, y miembros de su cuerpo, la iglesia. Nos justifica con la finalidad de santificarnos. Nos reconcilia para que seamos participantes de la naturaleza divina, santos como él es santo. Como embajadores de Cristo, debemos recordar que esta es la meta que debe guiar las palabras que le decimos a la gente en nuestras vidas.

¿Qué significa esto en la práctica? Sí, queremos resolver los problemas horizontales y terrenales de nuestras vidas, pero queremos algo más que eso. Los problemas humanos son oportunidades que Dios puede usar para acercar a la gente a nuestros alrededor a un compañerismo más completo y profundo con él. Este plan superior está presente en cada relación y cada situación. Dios está obrando de una manera redentora en todos ellos. Lo que debemos desear es que nuestras palabras

contribuyan con lo que él está haciendo. Sin embargo, no seremos instrumentos de reconciliación si estamos viviendo en relaciones rotas e irreconciliables con otras personas. Somos llamados a hablar palabras de paz, palabras de restauración, y palabras que animen el compañerismo y la unidad. Hacemos esto no sólo para que seamos felices, sino para que Dios pueda obrar redentoramente en el contexto de esta unidad y compañerismo.

Somos llamados a hablar por el Rey. Dios nos ha colocado justo donde él desea para hacer su llamamiento a través de nosotros. Necesitamos estar comprometidos con su plan superior, viviendo y hablando por un amor autosacrificado, perdón humilde y un compromiso con la reconciliación.

Una de mis experiencias de aprendizaje más vívidas con respecto a este asunto, ocurrió durante los primeros años de mi ministerio pastoral. Mi familia vivió en una casa gemela, teniendo a la dueña y a su hija en la casa de junto. Por un tiempo, nuestra relación fue buena y era un placer vivir allí. Pero luego, por razones que no podíamos entender, las cosas comenzaron a cambiar. Bridget, la hija de la dueña, comenzó a respondernos con enojo cada vez que la veíamos. Le gritaba a nuestros hijos. Nos acusaba de decir y hacer cosas que no hicimos. Ya tarde en la noche, ponía su estéreo tan alto como era posible, de tal manera que despertaba a nuestros hijos. La vida pronto se tornó de placentera en intolerable.

Vivíamos con unas entradas escasas y justo después de mudarnos a esta casa, nuestro refrigerador se descompuso. Bridget nos había permitido usar el suyo. Ya era el verano y los padres de mi esposa habían venido a visitarnos. En preparación para su visita, habíamos llenado el refrigerador con comida. Pero al día siguiente de su llegada, recibimos una llamada de Bridget diciendo que quería su refrigerador de inmediato. Le pregunté que si el de su mamá se había descompuesto. Me dijo que no, pero que nuestro refrigerador le pertenecía y que lo quería de regreso. Le dije que estaba lleno de comida y le pedí si podía devolvérselo como en una semana. Me dijo que lo quería a las cinco en punto ese mismo día.

Ya estaba a punto de explotar cuando colgué el teléfono. Esto era el clímax de lo que habíamos estado soportando en los últimos meses, ¡la indignación final! Sacamos la comida del refrigerador, la pusimos sobre la mesa de la cocina en el calor de nuestra calurosa casa sin aire acondicionado, y pusimos el refrigerador en la cochera. Salí deseando encontrar a Bridget porque tenía algunas cosas que decirle. Pero Dios tenía otro plan, ¡Gracias a él!

Esa tarde Luella estaba haciendo pan, y como siempre le pedí que hiciera unos roles de canela. Al estar colocando los roles en el horno, se viró y dijo, “Sabes Paul, debemos darle unos roles a Bridget”. (¡Por supuesto! . . . ¡Lo que yo estaba pensando!) “Dios nos dice que debemos vencer el mal con el bien y que debemos buscar maneras de hacer el bien a aquellos que nos maltratan. Ya que yo estoy haciendo los roles, ¿Por qué no escribes una nota a Bridget diciéndole cuánto la amamos y deseamos tener una buena relación con ella?” (Otra idea brillante, Pensé).

Esa fue una de las notas más difíciles que he escrito. Estaba lleno con mi sentimiento de haber sido ofendido. Quería herir a Bridget de la misma manera como nos había herido. Quería que su vida fuera tan difícil como la nuestra había sido en los últimos meses. Quería que sintiera cómo se siente caminar todo el tiempo cuidándose de no enojar a la otra persona, sólo para que griten de todas maneras. Fue difícil dar lugar a la ira de Dios (Rom. 12:19) porque la mía me llenaba.

Pero por la gracia de Dios hice lo que sugirió Luella. Llevé la nota y plato de roles calientes a la casa de junto. La dueña abrió la puerta. Cuando le dije que los roles eran

para su hija, me dijo que yo debía estar loco. (Ella había estado muy apenada por el comportamiento de su hija). Le dije que yo pensaba que esto era lo que Dios quería que yo hiciera.

Ese plato de roles representaba nuestra sumisión a la misión y métodos de Dios en medio de la dificultad personal. Buscábamos todas las oportunidades de hacer el bien y de hablar amablemente a Bridget. Buscábamos amarla y servirle cada vez que podíamos. ¡Sí! El antiguo enojo mejoraba, pero continuábamos animándonos unos a otros a vencer el mal con el bien.

Era una tarde de otoño cuando escuché que alguien llamaba a la puerta. Cuando vi que se trataba de Bridget, mi corazón se hundió. Pensé ¿Qué pasa ahora? ¡Nos hemos esforzado en ser buenos! Cuando llegué a la puerta me di cuenta que Bridget estaba contrariada. Preguntó si podía entrar para hablar con nosotros. Luella y yo nos sentamos con ella mientras ríos de lágrimas corrían por su rostro. Dijo, “Se que ha sido imposible vivir conmigo y que he hecho muchas cosas para hacer su vida difícil. No se por qué he sido tan mala y he estado tan molesta. He alejado a mi familia y a todos mis amigos cercanos. Ustedes son las únicas personas que se con seguridad que me aman. He venido aquí porque necesito su ayuda”. En nuestro comedor aquella tarde, hablamos con Bridget acerca de la ayuda que sólo Cristo puede dar.

Luella había estado en lo correcto. Había visto el plan de Dios para nuestra relación con Bridget. Mis palabras de enojo y autojusticia nunca hubieran podido causar aquella escena. Si me hubiera permitido a mí mismo entrar a la guerra creciente de palabras no se hubiera producido este resultado. Me di cuenta en aquella tarde que toda esta situación no había sido un error. No habíamos pasado por esta prueba porque Dios nos hubiera olvidado. ¡No! Él había estado obrando en todo el proceso, santificándonos, y también había estado obrando *a través* de nosotros. Nos había puesto allí como sus embajadores para reconciliar a Bridget consigo. Nos llamó a hablar palabras de amor y bondad, a hablar con corazones dispuestos a morir al egoísmo, dispuestos a perdonar, dispuestos a ser parte de su obra de reconciliación. Y nos dio su Espíritu para librarnos de la esclavitud del “yo” para que nuestras palabras *puedan* ser herramientas de gracia para producir cambio.

Dios nos llama a vivir y a hablar como sus embajadores. Estamos en este trabajo las veinticuatro horas del día. Todo lo que hacemos o decimos refleja la consciencia que tenemos de Aquel a quien representamos. Dios nos ha llamado a ser parte de su plan que es superior a la necesidad horizontal del momento. Somos llamados a llevar sus palabras de redención a cada situación de la vida.

Algo Personal: Hablando como un embajador

1. ¿En dónde en tu vida encuentras irritación, enojo o frustración que revela un compromiso con tus propios planes, y no con los de Dios?
2. ¿En dónde tienes oportunidades de ser parte de lo que Dios está haciendo en otros?
3. ¿En qué situaciones tiendes a pelear usando las armas del mundo?
4. ¿De qué maneras Dios te está llamando al sacrificio personal de tal manera que seas su embajador?
5. ¿Hay gente en tu vida a quienes no has perdonado?
6. ¿Dónde te está llamando Dios a hablar como un agente de reconciliación?

CAPÍTULO OCHO

Llegando al Destino

"Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en tu debilidad." (2Cor. 12:9)

Cuando escribí este libro, estaba disfrutando mi año sabático en Clearwater, Florida. Un hermoso dique con agua en ambos lados conecta a Clearwater con la ciudad de Tampa. En una ocasión le comenté a alguien que Clearwater se veía muy hermoso desde el lado de la bahía de Tampa, y que el dique hacía que fuera tan fácil el acceso. Mi acompañante me contó acerca de un huracán que en una ocasión azotó a Florida del Este y dejó al dique de Clearwater completamente bajo el agua. Me dijo: "Podías ver Clearwater, podías describir lo que veías, pero no podías llegar porque el dique estaba inundado."

Quizá es como te has sentido con respecto a este libro hasta este momento. He descrito el lugar a donde debemos llegar, el mundo de las palabras que funciona como Dios lo planeó, pero sientes como que tu dique está inundado y no hay manera de llegar hasta ese destino. Quizá has visto claramente, ahora más que nunca, cuán lejos está tu comunicación del punto en el que Dios quiere que esté. Desafortunadamente, esto sólo te deja sintiéndote con mayor desesperanza que nunca.

El propósito de este capítulo es calmar la tormenta y proveerte de un dique transitable. Deseo darte esperanza y ayuda. Quiero ayudarte a comenzar a reconstruir tu mundo de palabras.

Pasos Prácticos para Llegar al Destino

1. *No empieces a lamentarte.* Es fácil ser tragado por el remordimiento. Es fácil quedar paralizado por los "si tan sólo . . ." y desviarse al cuestionar el tiempo de Dios. Aquí hay algunas cosas que necesitamos considerar.

Dios es un Consejero Admirable. Él es el mejor maestro del universo. Conoce exactamente cuanto de la verdad somos capaces de entender y soportar. Una de las últimas cosas que dijo Cristo a sus discípulos fue que tenía mucho más que decirles, pero que no eran capaces de entender. Prometió enviar a otro maestro que continuaría instruyéndoles. Dios siempre nos revela su verdad en el momento apropiado. Nunca hay algún error en su tiempo. En lugar de lamentarse, necesitamos descansar en su sabiduría soberana.

Segundo, la Escritura promete que Dios restituirá los "años que comieron la oruga, el pulgón, el saltón y la langosta" (Joel 2.25). Es importante que recordemos que el Dios que perdona también restaura, reconstruye y reconcilia. Al vivir a la luz de las cosas nuevas que nos ha enseñado, experimentaremos restauración en lugares que ya habíamos dado por perdidos. A través de nuestra obediencia presente a los nuevos entendimientos adquiridos, Dios obra para restaurar el daño hecho en el pasado. He visto que esto ocurra una y otra vez con padres, amigos y matrimonios que estuvieron tentados a creer que el daño del pasado no podía ser deshecho.

2. *Abraza la esperanza del Evangelio.* No debemos permitirnos ver nuestras luchas de comunicación como gigantes que no pueden ser derrotados. Pablo dijo a Timoteo, "Porque no nos ha dado Dios un espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio" (2 Tim. 1:7). Nos sentimos abrumados, temerosos y cobardes cuando nos olvidamos quiénes somos en Cristo.

Primero que nada, debemos recordar que somos receptores de la gracia que abunda cuando sobreabunda nuestro pecado. ¡Sí! Nuestro pecado nos confunde, pero no confundirá al Salvador. Su vida, muerte y resurrección garantizan la victoria. Romanos 6:14 dice, “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros, ya que no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”. Esta gracia está disponible para nosotros en cada situación y relación de nuestras vidas, ¡y se perfecciona en nuestra debilidad!

Segundo, debemos recordar que los problemas no significan que Dios nos ha abandonado. El salmista nos recuerda en el Salmo 46 que Dios es “nuestro pronto auxilio en la tribulación”. No es suficiente decir que se preocupa por nosotros en los problemas o que está dispuesto a ayudarnos en los problemas. ¡No! Él es más. Él está allí *en* los problemas como un refugio y fortaleza. Nunca estamos sin ningún lugar de protección, y nunca estamos sin una fuente de fortaleza porque Dios está siempre cerca.

Tercero, Dios sabía que nuestra condición como pecadores era tan desesperada y su llamamiento tan alto que el perdón no sería suficiente. Continúa su perdón al, literalmente, introducirse a nuestro interior en la persona de su Espíritu. Pablo capta esta realidad asombrosa con estas palabras, “Y a aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos, según el poder *que actúa en nosotros*” (Ef. 3:20). Su poder no sólo está *en* nosotros, sino que también *actúa*. ¡Sí! Él perdona, pero también habilita. No nos llamará a hacer algo sin darnos lo que necesitamos para poder realizarlo. ¡Si el Señor te llama a cruzar el Mar Rojo, enviará un barco, construirá un puente, partirá las aguas, o te ayudará a nadar!

3. *Examina tus frutos.* ¿Cuál es el fruto producido por tu comunicación? ¿Haces que otros se sientan animados, esperanzados y amados? ¿Tus palabras conducen al perdón, reconciliación y paz? ¿Imparten tus palabras sabiduría y fortaleza? ¿O tus palabras llevan al desánimo, división, condenación, amargura y necesidad?

El cambio comienza con una disposición humilde a examinar tu cosecha. Gálatas 6:7 dice, “No os engaños; Dios no puede ser burlado. Todo lo que el hombre siembre, eso mismo cosechará”. Uno de los trucos más crueles del enemigo es convencernos de que nuestra cosecha realmente pertenece a otra persona. (“¡Él me hace enojar tanto!” “Nunca tuve problemas con mis palabras sino hasta que tuve hijos”. “Si estuvieras casada con mi esposo, ¡también gritarías!” “Mi Jefe siempre hace que me convierta en otra persona”).

Aliéntate con la promesa del Señor del perdón y de su presencia poderosa; luego examina el fruto de tus palabras. Reponsabilízate de tu cosecha delante del Señor. Es aquí donde comienza el cambio perdurable.

4. *Pon al descubierto tus raíces.* Lucas 6:45 registra una de las cosas más importantes que dijo Cristo acerca de nuestra comunicación, “Porque de la abundancia del corazón habla la boca”. Los problemas con las palabras siempre señalan un problema del corazón. Examinar en dónde tenemos problemas con nuestras palabras revelará lo que está rigiendo nuestros corazones.

Cuando estaba creciendo, mis padres nos llevaban a las reuniones familiares del lado de mi madre. Todos los hermanos y hermanas de mi mamá eran incrédulos. Cuando íbamos a estas reuniones, mis padres permanecían durante la comida y luego, nos sacaban rápidamente antes de que comenzara a salir el alcohol.

En una de estas reuniones, mi madre estaba distraída conversando y no se dio cuenta que mi tío se había emborrachado en otro cuarto, donde estaba diciendo cosas sexualmente provocativas acerca de las mujeres presentes enfrente de mí y de mi hermano Mark. Cuando mi mamá se dio cuenta de lo que pasaba, corrió, tomó nuestras manos y nos llevó apresuradamente al automóvil. Camino a casa nos dijo, “No hay nada

que salga de un borracho que no estaba allí desde el principio”. Nunca olvidaré esas palabras.

Debemos comenzar admitiendo que la gente y las situaciones no son la causa de que hablemos como lo hacemos. Nuestros corazones controlan nuestras palabras. La gente y las situaciones simplemente proveen la ocasión para que el corazón se exprese abiertamente. La confesión humilde de esto abre la compuerta del perdón y el poder de Dios. “El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de todo mal” (1 Juan 1:9).

5. *Busca el perdón.* El antiguo proverbio dice que la confesión es un bien para el alma. ¡Cuán cierto es esto! Si tu corazón ha sido expuesto a la verdad y has pensado, hecho o dicho aquello que es malo, sólo tienes dos opciones. Puedes confesar tu pecado y colocarte de nuevo bajo la gracia perdonadora de Cristo, o puedes erigir algún sistema de autojustificación que haga aceptable en tu consciencia aquello que Dios llama *pecado*. ¡Cuán buenos somos para hacer esto! Reformamos los eventos en nuestra mente. (“En realidad no estaba molesto, sólo trataba de enfatizar mi opinión”). Culpamos a los demás (“¡Sólo ella tiene la habilidad de hacerme perder las casillas!”) Apelamos a nuestra debilidad física (“No me sentía bien, así que realmente no era yo mismo”). Apelamos a la situación (“¡Es que fue uno de esos días!”) Todo esto lo hacemos intentando excusarnos por lo que Dios dice que es inexcusable.

¿Cuál es fruto de esto? Proverbios lo dice bien: “El que encubre sus pecados no prosperará” (Prov. 28:13). Buscar el perdón es como desyerbar un jardín. Permite que suelo del alma esté libre para crecer una nueva vida de obediencia. Las hierbas del pecado sin confesar estrangula la vida del alma.

Una parte importante de la reconstrucción de tu mundo de conversación es hacerte la pregunta, ¿Qué pecado de comunicación específico (tanto del corazón como de la boca – ver Lucas 6:46) el Señor me está llamando a confesar a él o a otros? Al hacerte esta pregunta estas oyendo al Espíritu, quién está obrando para conformarte a la imagen del Hijo (Gal. 5:16-26). Y al hacerlo, estás limpiando el suelo del alma para que el Espíritu pueda plantar las semillas del carácter de Cristo.

La búsqueda del perdón es un punto importante. Es aquí donde renunciamos a seguir peleando en contra de lo que el Señor está tratando de hacer en nuestras vidas, y nos volvemos participantes cooperativos y sumisos. El resultado siempre es una cosecha de buen fruto. Nuestras almas se vuelven un jardín para su gloria y nuestras bocas se convierten en un vergel lleno con los dulces frutos del Espíritu (palabras de amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza).

6. *Concede gratuitamente el perdón.* Hay dos aspectos en este paso del proceso de reconstrucción. Primero, debe haber perdón *judicial*. Esta es nuestra disposición, delante de Dios, de pasar por alto las ofensas de los demás. En realidad es someter a Dios cualquier derecho o deseo de venganza. Pablo dice, “Amados, no os venguéis vosotros mismos, sino dejad lugar a la ira de Dios, porque está escrito: Mía es la venganza; yo pagaré, dice el Señor” (Rom. 12:19).

Cuando Dios dice, “deja lugar para mi ira”, en esencia está diciendo, “Hasta a un lado y permite que yo haga mi trabajo”. El perdón comienza verticalmente. Es entregar la ofensa al Señor y descansar en Su justicia.

El segundo aspecto del perdón es el perdón *relacional*. Este es la disposición de perdonar a cualquiera que venga pidiendo perdón. “Más bien, sed bondadosos y misericordiosos los unos con los otros, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Ef. 4:32).

En mi experiencia en consejería he visto que no hay mayor impedimento para el cambio que la falta de disposición para buscar y otorgar el perdón. La falta de perdón causa que peleemos con Dios, en vez de someternos a él, y causa que estemos unos contra otros.

7. *Cambia las reglas.* Un compromiso con una nueva manera de hablar debe ser lo que siga después de la dulce obediencia del perdón. Este compromiso necesita ser tan específico como el pecado que fue confesado. ¿Qué es lo que Dios te está llamando a cambiar en tu comunicación? ¿Qué nuevas maneras de hablar deben reemplazar a las pautas antiguas?

Cuando las parejas se han confesado sus pecados en esta manera, les animo a establecer nuevas metas para su comunicación. Les pido que exclamen “¡falta!” cuando uno de ellos regresa al modo antiguo por un momento. Les sugiero que acuerden levantar la mano en medio de una conversación y digan, “Acordamos no hablarnos el uno al otro de esta manera. Detengámonos y oremos y luego intentemos tener esta conversación en la manera que agrada al Señor”. He visto que esta estrategia renueva radicalmente la comunicación del esposo y su esposa.

El “despojarse” que se logra con la confesión y el arrepentimiento debe ser seguido de un “ponerse” de un compromiso práctico y específico de tener una nueva manera de hablar. Este compromiso con un cambio de las reglas está enraizado en una fe viva en la Escritura (lo que me dice es lo correcto y lo mejor) y una fe viva en la presencia del Señor (Él está conmigo a dondequiera que voy, supliendo todo lo que necesito para hacer lo que él me llama a hacer; ver 2 Ped. 1:3-9).

8. *Busca oportunidades.* Este no es tanto un cambio de dirección como un cambio de perspectiva. Aquellas situaciones que eran la fuente de dificultad, aquellos momentos en los que se decían palabras groseras, egoístas e impías, aquellas situaciones que antes temías, ahora se convierten en oportunidades para experimentar la gracia habilitadora del Señor y de ejercitar el nuevo carácter y obediencia.

Cuando dejes de lamentarte, te bañes con el evangelio, enfrentes tu pecado y busques y des perdón, obtendrás una visión para una vida de comunicación totalmente nueva. No verás la vida como una jungla peligrosa llena de animales voraces, serpientes venenosas, y arenas movedizas. ¡No! Verás la vida como un jardín de oportunidad en el cual puedes experimentar realmente las cosas maravillosas que Dios ha planeado para sus hijos.

Proverbios 28:1 dice, “Huye el impío sin que nadie lo persiga, pero los justos están confiados como un león”. Ten la osadía de un león. Rehusa el entregarte todavía al cinismo y al temor. Rehusa entregarte al temor, duda y huida. Vive osadamente. Captura las oportunidades redentoras. Aprovecha las provisiones prometidas del Señor. ¡Él te dará muchas oportunidades para hablar de una nueva manera!

9. *Escoge tus palabras.* Proverbios dice, “El corazón del justo piensa para responder, pero la boca de los impíos expresa maldades” (Prov. 15:28). Se nos dice en Proverbios que es necedad hablar sin pensar. Al comenzar a buscar oportunidades divinas para hablar en una nueva manera, debemos aprender a pensar antes de hablar. Debemos aprender a escoger nuestras palabras sabiamente. En la sección final de este libro discutiremos en detalle lo que esto significa. He escuchado a mucha gente decir con pesar, “¡Cómo deseo no haber hablado tan pronto! O “Me deje llevar” o “¡Cómo deseo borrar esas palabras!” Dios ha escogido que nuestras palabras vayan por dos sendas. La primera senda es su gloria. Las palabras de nuestra boca deben ser primero aceptables a él. La segunda senda es la edificación de nuestro prójimo. El llamado de Dios es que escojamos las palabras que viajen bien en estas dos sendas.

10. *Confiesa tu debilidad.* Una de las señales seguras de que no hemos entendido el evangelio es cuando continuamos estando temerosos, desanimados o no dispuestos a aceptar nuestra debilidad. Cristo vino precisamente porque éramos débiles. No hay alguna indicación en la Escritura de que superaremos nuestra necesidad de su gracia momento tras momento. Si le obedeciéramos por mil años, le necesitaríamos tanto como le necesitamos el primer día que creímos.

El ser consciente de la debilidad, lejos de ser una señal de inmadurez, es realmente la señal de lo opuesto. Mientras más nos acercamos al Señor, mientras más caminamos con él, y más entendemos su Palabra, más entendemos nuestra debilidad, inhabilidad y pecado. Pablo dice que de buena gana se gloriará más bien en sus debilidades (2 Cor. 12:9). No porque le gustaba ser débil, sino porque era en su debilidad que el poder de Cristo reposaba sobre él. Nuestras debilidades no estorbarán al Señor para hacer lo que quiere hacer en nosotros. ¡El engaño de que somos fuertes sí lo hará! ¡El poder de Dios es para los débiles! ¡La gracia de Dios es para los incapaces! ¡Las promesas de Dios son para los desfallecidos! ¡La sabiduría de Dios es para los insensatos!

En nuestra debilidad, incapacidad, desfallecimiento e insensatez, es sólo por su gracia que podemos correr libremente hacia él, en vez de alejarnos de él. Realmente podemos venir a él tal y como somos. Nada demuestra mejor nuestra necesidad de él que nuestra lucha constante con las palabras. Acepta tu debilidad y corre con gozo a la única fuente de fortaleza.

11. *No le des una oportunidad al Diablo.* Cuando Pablo habla de nuestra comunicación en Efesios 4, dice, “No deis lugar al Diablo”. Satanás es un mentiroso y un embustero. Él quiere dividir y destruir. Es enemigo de todo lo que es bueno y recto. Él quiere esparcir la semilla de duda, desesperación y rebelión. Odia la fe viva. Pelea en contra de la vida nueva. Busca alejarnos de Dios y ponernos en contra unos con otros. Debemos ser sabios con respecto a sus trampas y hacer cualquier cosa para evitar que se salga con la suya. No debemos darle ni un lugar para obrar.

En nuestra vida de conversación hay dos cosas que podemos hacer que mantendrán la puerta cerrada para Satanás y su obra cruel. Primero, podemos comprometernos con una *honestidad valerosa*. Un compromiso con la verdad amorosa es una protección maravillosa en contra de la obra destructiva del enemigo. Él vive en las tinieblas. Él obra en nuestro silencio. Cuando sacamos a la luz los asuntos, cuando los ponemos sobre la mesa, le damos muy poco lugar para obrar.

Segundo, necesitamos comprometernos con una *humildad receptiva*. Le cerramos la puerta en la nariz a Satanás cuando se junta un compromiso de decir la verdad con una apertura humilde para escucharla. Muchos de nuestros problemas de comunicación ocurren cuando, sin darnos cuenta, le damos una oportunidad al Diablo.

La Bendición que hay al hacerlo a la manera de Dios

Desde el principio de nuestra relación, Luella y yo nos dimos cuenta que la comunicación sería una de las áreas de dificultad. Luella provenía de una familia de buenos modales y de hablar tranquilo. La regla en su hogar era nunca decir algo que pudiera desencadenar remotamente una controversia. Si surgía algún desacuerdo, alguien cambiaba rápidamente el tema.

Yo crecí en una familia donde todos hablaban al mismo tiempo. Las conversaciones escalaban regularmente a volúmenes más elevados. La regla en nuestra familia era hablar rápidamente sin pensar o podrías perder tu oportunidad de decir algo.

Como pueden imaginarse, esta mezcla de comunicación fue venenosa para nosotros como pareja joven. Ambos luchábamos con el enojo – Luella, por un lado,

explotando mientras yo estallaba. No pasó mucho tiempo antes de que nos desanimáramos. Un principio simple trajo cambio y vida nueva a nuestra comunicación. Estábamos leyendo Efesios y encontramos este versículo, “No se ponga el sol sobre vuestro enojo” (4:26). Ambos tuvimos uno de esos momentos reveladores. ¡Por supuesto! Es una dirección simple pero elegante.

Determinamos que no nos dormiríamos sin haber lidiado con las cosas que habían sucedido durante el día. Las primeras noches, tercamente, nos acostábamos con los ojos abiertos esperando que el otro hiciera el primer movimiento. De lo que no nos habíamos dado cuenta era que para obedecer el principio no sólo tienes que lidiar con tus palabras, sino que tienes que lidiar con tu corazón también. Aquí es donde la guerra realmente está teniendo lugar. Pero comenzamos a ver el beneficio maravilloso de hacer las cosas a la manera de Dios. No pasó mucho tiempo cuando ya no esperábamos hasta la noche. Comenzamos a buscarnos para pedirnos perdón el uno al otro poco tiempo después de haber hablado groseramente. Ahora estamos en el punto en el que ya no esperamos para ir en busca de perdón para restaurar nuestra relación.

Hablando con Esperanza

Pero puedes estar pensando, *Paul, tú no sabes que mal estamos. ¡No tenemos esperanza!* Te ruego que no mires el gigante de tus problemas de comunicación como el ejército de Israel veía a Goliath, comparando su tamaño con el de él. Mira tus problemas de comunicación con los ojos de David, comparando al insignificante Goliath con la grandeza y gloria asombrosa de Dios. ¡Él puede! ¡Él es el gran autor del cambio! ¡Él es el Restaurador! ¡Hay vida en sus Palabras! ¡No te llamará para que hagas algo para lo cual no te ha habilitado!

Recuerda las perspectivas centrales de este libro:

- Dios tiene un plan maravilloso para nuestras palabras que sobrepasa todo plan que pudiéramos hacer por nuestra cuenta.
- El pecado ha alterado radicalmente el programa para nuestras palabras, resultando en tanto dolor, confusión y caos.
- En Jesucristo encontramos la gracia que provee todo lo que necesitamos para hablar como Dios quiere que hablemos.
- La Biblia nos enseña llana y simplemente cómo ir de donde estamos a donde Dios quiere que estemos.

¡Podemos llegar a Clearwater! No tenemos que conformarnos con admirar desanimados su belleza porque el dique está inundado. Dios nos ha dado todo lo que necesitamos para secar y reconstruir el camino hacia una comunicación que honre a Dios y edifique a la gente. Necesitamos caminar hacia delante con el valor de la fe, confesando nuestro pecado y debilidad, y abrazando la esperanza que se encuentra sólo en su perdón y gracia habilitadora.

Deja el lamento. Aférrate a la esperanza encontrada en la presencia y obra de Jesús. Examina el fruto de tu comunicación y encuentra la raíz del corazón que lo produce. Busca y otorga el perdón, no sólo una vez, sino como una pauta momento a momento. Deshazte de las maneras humanas antiguas; esto realmente lleva a la muerte. Retoma con gozo los mandamientos y principios maravillosos de la Palabra. Busca oportunidades para aplicar las cosas nuevas que Dios te está enseñando acerca de la comunicación a Su manera. Con gozo habla palabras que hayan sido escogidas porque son aceptables ante el Señor y son de beneficio para otros. Ponte listo y dispuesto cada día a confesar tus debilidades. Este es el secreto para experimentar Su fuerza. Finalmente, rehústate a darle una oportunidad al Diablo. Se valerosamente honesto. Sé

humildemente receptivo. No le des al Diablo ningún pasillo oscuro o cuarto silencioso en el cual pueda obrar.

Recuerda que Dios conoce tu necesidad. Si el enemigo es demasiado fuerte, Dios lo vencerá. Si estás enfrente del Mar Rojo, él partirá las aguas. Si estás sediento y sin agua, él sacará agua de la roca. Si estás hambriento, él proveerá el maná. Si has pecado, él te perdonará. Si estás débil, él te fortalecerá. ¡El Redentor ha venido! ¡Hay esperanza para la realización de nuestra labor!

Algo Personal: Reconstruyendo el Dique

1. ¿En qué aspectos has estado tentado a creer las mentiras desalentadoras de Satanás? (“¡Nunca cambiará!” “Es imposible que lo perdone después de todas las cosas horribles que me dijo”. “A Dios no le interesa realmente nuestra comunicación; él tiene cosas mejores y más importantes para hacer”. “Tu enojo realmente no es tu culpa. Si otros estuvieran pasando lo que tu estás pasando, también se enojarían”. “Al ser humilde sólo le das oportunidad a la gente de que se aproveche de ti”, etc.).
2. ¿Qué lamentos con respecto de tu comunicación debes dejar en el pasado? ¿Qué “si tan sólo . . .” se han interpuesto en el camino de cambio al cual Dios te está llamando?
3. ¿Qué pecados verbales específicos necesitas confesar? ¿A quién?
4. ¿Qué promesas de Dios necesitas recordar diariamente para que tengas esperanza en medio de la lucha?
5. ¿Dónde necesitas comenzar ahora mismo, al buscar cooperar con Dios quien está dispuesto y es capaz de restaurar tu mundo de conversación? ¿qué cambio inmediato te está llamando a realizar?

CAPÍTULO NUEVE

Ciudadanos Necesitados de Ayuda

"Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado." (Heb. 3:12-13)

¿Te han pedido alguna vez que hagas algo que realmente no quieres hacer? ¿Uno de esos trabajos que pospones una y otra vez, y que sólo lo haces cuando estás entre "la espada y la pared", no teniendo ninguna otra opción? La mayoría de nosotros nos sentimos así con respecto a la confrontación. La palabra misma nos suena ominoso. En nuestras mentes nos imaginamos una conversación tensa, ojos fijos, dedos apuntando, voces elevadas, caras enrojecidas y palabras acaloradas. Esta no es una escena que nos llene de entusiasmo.

Si te dijera que quiero ir a tu casa mañana para amonestarte, ¿te emocionarías? ¿Le dirías a tu cónyuge o amigos, "¡Tengo buenas noticias! ¡Paul viene mañana para amonestarme!" ¡No! Tratamos la confrontación y la amonestación con la misma emoción con la que esperamos una visita al dentista. No obstante, la Escritura nos dice que este ministerio es una parte esencial del plan de Dios para nuestras palabras.

¿Por qué es la confrontación tan amedrentadora?

La manera más fácil de contestar esta pregunta es que, como pecadores, pasamos mucho de nuestro tiempo escondiéndonos, excusándonos, o culpando a otros por nuestro pecado. La Escritura dice: "Los hombres amaron más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas" (Juan 3:19). Con toda seguridad, esto es verdad. Los pecadores (y eso nos incluye) no tienden a sentirse cómodos cuando sus vidas están bajo inspección. Tendemos a sentirnos mejor viendo la paja en el ojo ajeno que viendo la viga en el nuestro.

Pero algo más está pasando aquí. Sí, le tememos a la confrontación porque no nos gusta ver nuestro pecado, pero también le tememos por la manera inconveniente y antibíblica como hemos visto que se maneje. Existen razones legítimas de nuestro temor a la amonestación.

Permítanme sugerir varias maneras en las que nuestros propios planes con respecto a la confrontación son confundidos con los del Señor.

1. *La confrontación a menudo confunde la irritación y enojo personal con las perspectivas y propósitos bíblicos.* Como veremos más adelante, el propósito de la confrontación no es hacer arreglos para que nuestra opinión domine sobre la de alguien más. No se trata de darle su merecido a una persona cuando ya nos hartó. La confrontación ocurre usualmente cuando alguien ha pecado o lastimado y ofendido a otra persona. Pero las prioridades bíblicas en tal situación a menudo son desplazadas por nuestra frustración con la persona cuyo pecado nos ha afectado. El o ella ha hecho difíciles nuestras vidas. En consecuencia, nuestro enojo distorsiona el asunto que necesita ser tratado, y el mismo momento de la confrontación queda oscurecido por nuestra frustración.

2. *La poca recolección de datos puede conducirnos a adoptar suposiciones incorrectas de los hechos, lo cual descarrila la confrontación.* El primer paso importante

de la confrontación es la recolección de datos. Necesitamos asegurarnos de que vemos el asunto con exactitud. Necesitamos estar seguros que la persona es culpable del cargo que se le imputa. De otra manera, una perspectiva distorsionada oscurecerá la confrontación. Debemos ser cuidadosos de que lo que pensamos saber sea, de hecho, lo que ocurrió.

3. *La confrontación a menudo es estropeada por un juicio de los motivos.* En los momentos de amonestación, tendemos a hablar no sólo acerca de lo que la persona hizo, sino también acerca de las razones detrás de sus acciones. Desafortunadamente, esto frecuentemente tiene como resultado que la persona no sea entendida y sea acusada erróneamente. En ocasiones estamos en lo correcto al señalar áreas de error, pero luego, inapropiadamente, juzgamos a la persona por motivos que realmente no eran evidentes. En tales casos, la persona acusada pasará por alto la parte precisa del mensaje que sí necesita escuchar.

4. *El lenguaje acalorado, las palabras de condenación y los tonos emocionales frecuentemente manchan la confrontación.* En la confrontación el aire a menudo está cargado de tensión. Las cosas se dicen más como juicios airados que como las palabras amables (pero firmes) de amonestación que ordena la Escritura. En estas situaciones, la persona que es confrontada olvidará el mensaje y recordará las palabras airadas y los tonos que controlaron el momento.

5. *Las confrontaciones a menudo son encuentros entre adversarios, en vez de ser momentos de preocupación amorosa por la persona que necesita la amonestación.* Al confrontar se nos puede olvidar quienes somos. Podemos dejar de recordar que si no fuera por la gracia de Dios estaríamos en el mismo lugar que la otra persona. Tendemos a olvidar que, realmente, sólo hay un enemigo - ¡y no es la persona que estamos confrontando! El propósito de la confrontación no es ponernos en contra de la persona, sino ponernos junto a ella para señalarle las cosas que Dios quiere que vea, confiese y abandone.

6. *En la confrontación, la Escritura a menudo es usada más como una cachiporra que como un espejo de autoconsciencia y una guía hacia el cambio.* En la amonestación el uso más importante de la Escritura no es la advertencia de castigo, sino la manera poderosa en que ésta funciona es como espejo. La Escritura permite a las personas verse como son en realidad. Expone el error no sólo en el comportamiento de la persona, sino también en su corazón. La meta principal de la confrontación no es amenazar a la persona con el juicio, sino llevarlo a la confesión.

7. *La confrontación a menudo confunde la expectativa humana con la voluntad de Dios.* El propósito de la confrontación no es hacer que alguien haga lo que quieres o que viva de una manera que te complazca. La meta de la amonestación no es hacer que la persona concuerde contigo, se someta a tu interpretación o siga tu plan. La confrontación siempre debe llevar a la persona a someterse sólo a la voluntad de Dios.

8. *La confrontación a menudo se realiza en el contexto de una relación rota.* Frecuentemente ha habido un distanciamiento dañino entre las partes involucradas antes de que se realice la confrontación. Ambas partes entran al cuarto alimentando sus heridas y sintiéndose un poco negativos hacia la otra persona. Esto pone a la confrontación en una dirección equivocada inclusive antes de comenzar. La confrontación es más efectiva en el contexto de una relación en las que se presuponen el amor y la confianza. De esta manera, la confrontación puede ser, en verdad, las “heridas fieles causadas por un amigo”.

9. *La confrontación a menudo demanda que el cambio sea un evento inmediato en vez de un proceso.* Muchas veces en la confrontación no damos espacio al Espíritu para que obre. No hay nada en la Escritura que nos diga que debemos esperar que una

persona experimente un cambio completo de corazón y comportamiento después de una reunión. De hecho, la Biblia describe el cambio más como un proceso que como un evento. Nuestra labor es llamar a la persona a que se someta al Señor y obedezca su Palabra, sin aplica presión impropia, como si pudiéramos hacer el trabajo del Espíritu.

El Fruto de la Confrontación yendo por mal camino

Todos hemos sido afectados negativamente por estos errores. Estas tienden a ser las cosas que producen un sentimiento de temor cuando se menciona la confrontación. Como sucede con las citas con el dentista, tendemos a imaginarnos en nuestras mentes las peores escenas, y tratamos de planear qué hacer si tal o cual cosa acontece. No sólo tememos ser los que reciben la confrontación, sino la mayoría de nosotros teme ser el que confronta. Nos tortura el pensar si tendremos las palabras correctas para decir, si encontraremos el momento y lugar apropiados, cómo serán recibidas nuestras palabras, y qué quedara de nuestra relación cuando haya terminado la confrontación. La mayoría de nosotros encuentra que estos momentos son tensos, incómodos y nada naturales. Es así que, como ciudadanos del Reino de Dios, tendemos a evitar la confrontación cuando sea posible y a como de lugar.

Recuerdo una vez que un pastor me pidió que asistiera a una reunión en la que él iba a confrontar a un miembro de su congregación. (Yo había sido previamente el consejero de este hombre). La noche tenía un toque surrealista. La primera cosa que me sacudió fueron los saludos afligidos y no naturales entre el pastor, los ancianos y este hombre. Todos estos hombres habían tenido en el pasado una relación cercana. Intentaron ser amables y cálidos, pero se vio como algo artificial y difícil. Cuando todas las cosas “seguras” se habían dicho, nos sentamos en el cuarto en silencio por lo que me pareció una eternidad. Nadie se veía relajado, nadie tenía una sonrisa, ni siquiera una expresión agradable en el rostro, y nadie hacía contacto visual con los demás. Quería pararme y gritar, “¿Qué es lo que está pasando aquí? ¡Esta no es la manera como se supone que debe ser!” Pero me contuve.

El pastor sugirió que comenzáramos con una oración y nos dirigió. No se veía más cómodo al orar que lo que estuvo durante esos saludos iniciales. Luego dijo, “Bob, ya sabes para que estamos aquí. Estamos aquí para hablar contigo de algunas cosas que nos han estado preocupando por mucho tiempo”. Bob estaba sentado allí, sin duda deseando estar en el dentista en vez de estar allí. El pastor luego sacó de su portafolio seis páginas tecleadas de cargos en contra de este hombre y comenzó a leer textualmente la lista.

No hubo discusión, no hubo interacción. Bob sólo estuvo sentado allí, retorciéndose a medida que se leían todos los cargos. Cuando la última página fue leída, se le preguntó a Bob si ya estaba listo para confesar y arrepentirse de estas cosas. Bob parecía confundido, lastimado y enojado. El pastor le miró como un juez desde su tribunal.

En ese momento ya no pude contenerme más. Me aventé y pregunté si podía hacer algunas sugerencias (usando algunos principios básicos de confrontación que más adelante consideraremos en este capítulo). Tenía la esperanza de que, de alguna manera, podríamos sacar algo de beneficio perdurable de ese momento horriblemente incómodo.

Una Manera muy Diferente

He pensado en esa noche muchas, muchas veces. No es de asombrarse que haya una respuesta tan negativa a la sola mención de las palabras confrontación y

amonestación. El pecado es difícil de admitir y de hablar al respecto, pero nuestro acercamiento a él ha hecho que sea aún más difícil. Consecuentemente, muchas cosas que necesitan salir a la luz nunca ven la luz del día hasta que han crecido a un punto tan serio que ya no puede ser ignorado. Los asuntos que eran pequeños y sencillos, ahora son enormes y complicados, y el proceso de confrontación es mucho más difícil.

Cuando pienso en confrontación, mi mente se dirige hacia a Natán (2 Sam. 12). ¡Qué trabajo tenía que realizar! Natán fue llamado por Dios para confrontar al Rey David. Esta historia es instructiva para nosotros. Primero, debemos estar impresionados de que David necesitara ser confrontado. No era como si los asuntos que Natán fue llamado a confrontar fueran sutiles como el orgullo o el egoísmo, cosas que fueran difíciles de notar. ¡David había cometido adulterio y homicidio!

También nos debe impresionar que Natán estaba confrontando a *David*, el rey ungido de Israel. Este era un hombre que había sido enseñado en las cosas de Dios desde su nacimiento. Con toda seguridad, David conocía la ley de Dios. ¿Por qué su conciencia no estaba agobiada? ¿Por qué no estaba consumido con una convicción de pecado? ¿Para qué necesitaba que alguien se pusiera enfrente de él y señalara lo que debió haber sido tan ruidosamente obvio?

En esto radica la importancia de esta historia. Nos provee de una ventana hacia el corazón del hombre, y el compromiso del pacto que Dios tiene para intervenir con su gracia redentora en nuestra ceguera y rebelión. David había tomado para sí la mujer de otro, había asesinado a su esposo, y había regresado sin arrepentimiento a sus labores como el líder designado por Dios. No fue sino hasta que Natán le contó la historia maravillosa del hombre pobre y su única oveja, que David vio la naturaleza atroz de su pecado en contra de Dios, Urías, Betsabé y el pueblo de Israel. ¡Qué ejemplo tan evidente de lo engañoso que es el corazón! ¡Qué recordatorio tan poderoso de nuestra necesidad de intervención! También nosotros somos capaces de vivir con pecado en contra de Dios y otros. También nosotros somos capaces de continuar como si nada hubiera pasado y sentirnos bien. También nosotros necesitamos que Dios levante gente que esté dispuesta a aceptar la difícil tarea de ayudarnos a ver las cosas como Dios las ve. De esto trata este capítulo – examinar de nuevo la naturaleza de la intervención que Dios nos está llamando a tener en las vidas de unos y otros. ¿Cuál es la naturaleza de nuestras necesidad y qué tipo de ayuda nos ha llamado a darnos los unos a los otros?

Aunque hemos sido transportados del dominio de las tinieblas al reino de la luz, como creyentes todavía somos *ciudadanos necesitados de ayuda*. No queremos minimizar la importancia de nuestro rescate del dominio de las tinieblas al reino del Hijo de Dios, pero esta redención no es el *final* de la obra de salvación de Cristo; es el *principio*. Una vez que ha roto el dominio que las tinieblas tienen *sobre* nosotros, comienza a remover todas las tinieblas *dentro* de nosotros para que seamos santos como él es santo. Este es la obra continua del régimen de su reino – nuestra santificación. Todos los escritores de las Epístolas reconocen la gloria de nuestra justificación, pero también reconocen la necesidad absoluta de nuestra santificación continua. (Ver Rom. 8 y 1 Pedro 1 para considerar dos ejemplos clásicos de este balance).

Al considerar el enfoque primario de la obra del Reino de Dios (nuestra santificación), obtenemos un entendimiento aun más detallado del llamado de Dios con respecto a nuestra comunicación. De nuevo, encontramos las barreras protectoras bíblicas para todo lo que nos decimos unos a otros. Nuestras palabras deben tener la obra principal del Reino de Dios. La batalla no ha terminado aún. El dominio del pecado ha sido roto, pero las tinieblas del interior deben ser puestas al descubierto y destroncadas de dondequiera que existan. Nuestra conversación los unos con los otros ha sido

ordenada por Dios para ser parte vital de esa labor. La posición radical del Nuevo Testamento es que la intervención no se limita a los momentos ocasionales de confrontación. En vez de eso, es un estilo de vida, un compromiso que da forma a todas nuestras interacciones como miembros del cuerpo de Cristo. Este es el nuevo y más elevado plan que convierte nuestra conversación en algo muy diferente a la del mundo. De alguna manera, nuestra conversación siempre debe tener como propósito la redención en proceso. Siempre va más allá de la superficie, de los asuntos horizontales del momento. Siempre tiene una dimensión vertical.

Quizá te preguntes, *¿Se supone que nunca lidiemos con los asuntos reales de la vida – el comentario obsceno, la deuda sin pagar, la promesa rota, la disputa familiar, el esposo desatento, la esposa fastidiosa, el carro dejado sin gasolina otra vez, la música rock escandalosa, el anciano dominante, la pelea por el baño, etc.? ¿Somos llamados a ministrar todo el tiempo?* El asunto no es si hay lidiar con estas cosas – sí debemos. El asunto es *cómo* lidiamos con estas cosas. Debido al pecado interno y la obra en proceso de la santificación, somos llamados a tener una comunicación que tenga una meta más alta que sólo resolver los problemas del momento. Debemos ver nuestras palabras como Sus herramientas. De tal manera que resolvemos el problema del momento de una manera que impulse la obra que Dios está haciendo a través de él. El reconocimiento de la realidad del pecado interior es el elemento clave para tener una vida de conversación que honre a Dios.

Tus palabras y el Engaño del pecado

Permítanme mostrarles un pasaje poderoso que muestra lo que ocurre con nuestra comunicación cuando reconocemos el pecado interior.

“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros un corazón malo de incredulidad que os aparte del Dios vivo. Más bien, exhortaos los unos a los otros cada día, mientras aún se dice: “Hoy”, para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque hemos llegado a ser participantes de Cristo, si de veras retenemos el principio de nuestra confianza hasta el fin, entre tanto se dice: Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación” (Heb. 3:12-15).

Este pasaje hace algo más que sólo causar que nos sentemos y lo notemos. También nos da una guía real de lo que significa, en la práctica, hablar como un embajador del Señor. Reconoce las realidades difíciles de la vida en el reino de Dios. La batalla aún no termina; la obra no está terminada. Todos somos ciudadanos necesitados de ayuda y somos llamados a proveerla. Cualquier otra perspectiva sobre la vida cristiana no toma en serio este pasaje.

Notemos la manera en la que este pasaje advierte en contra del peligro de alejarse del Señor. El himno antiguo conocido dice:

“¡Oh a la gracia, un gran deudor diariamente soy obligado a ser!
Que tu bondad, como cadenas, aten mi corazón errante a ti:
Propenso a extraviarme, Señor me siento,
Propenso a dejar al Dios a quien amo;
Aquí está mi corazón, Oh tómallo y séllalo;
Séllalo para tu corte celestial”.

Este himno hace eco de la advertencia dada con tanta fuerza en el pasaje de Hebreos. Hemos sido rescatados, pero todavía somos propensos a extraviarnos de nuestro rescatador. Aunque somos ciudadanos del reino del Hijo, nuestros días de nómadas todavía no terminan.

Nos alejamos cuando expresamos el enojo que sentimos hacia nuestro cónyuge o hijos. Nos alejamos cuando codiciamos la bendición que tiene un amigo. Nos alejamos cuando transigimos en nuestras convicciones bíblicas por ser aceptados, por las posesiones o por alguna posición. Nos alejamos cuando nos entregamos a un momento de lascivia. Nos alejamos cuando dudamos de Dios y su bondad. Nos alejamos cuando tenemos la oportunidad de ser sal y luz, pero permanecemos silenciosos e inactivos, cuando las preocupaciones de este mundo desplazan nuestra búsqueda diligente de Dios. El alejarse no sólo se refiere a una franca apostasía. Mucho de nuestro alejamiento es sutil e inadvertido. Por esto nos necesitamos unos a otros.

Notemos también que este pasaje le habla a los creyentes, a los “hermanos”. En este pasaje se usan cuatro palabras para describir este alejamiento de los creyentes: un corazón malo, incrédulo, apartado, y endurecido. El escritor está describiendo algo más fundamental que la comisión de pecados específicos. Nos está advirtiendo en contra de un alejamiento sutil del corazón con respecto a Dios, el cual resulta en un cambio en la manera en la que vemos a Dios y a nosotros mismos. Esto, a su vez, tiene como resultado un diferencia radical en la manera en la que vivimos nuestras vidas.

Esta cadena de palabras que describen el alejamiento del creyente tiene un carácter progresivo. El corazón *malo*, no queriendo vivir bajo la luz verdadera, vive en las sombras y se vuelve débil e *incrédulo*. El corazón incrédulo, habiendo perdido su confianza en Dios, no tiene ninguna razón para perseverar y comienza a *apartarse*. Y el corazón que se ha apartado, no siendo ya sensible a la verdad de Dios, comienza a estar más y más *endurecido* hacia las cosas de Dios. Lo que el pasaje describe es una aceptación sutil de pautas de pecado, una aceptación que crece hasta convertirse en una separación endurecida del Dios vivo. ¡Qué advertencia tan aterradora!

Quizá te estés preguntando, ¿Cómo puede pasarle esto a un creyente? Después de todo lo que Cristo ha hecho por él, ¿Cómo puede quedar tan endurecido un creyente? Esta pregunta va directo al corazón de la advertencia y del pasaje. Cuando respondamos esta pregunta, también nosotros tendremos un sentido del plan práctico y cotidiano de Dios para nuestras palabras.

Esta progresión horrorosa en la vida de un creyente es explicada por una frase pequeña que probablemente sea la frase clave en este pasaje. El pasaje dice que podemos endurecernos “por el engaño del pecado”. Hay todo un mundo de teología escondido dentro de esta pequeña frase. El pecado, por su propia naturaleza, es engañoso. El corazón, por su propia naturaleza, es engañoso (ver Jer. 17:9). El escritor de Hebreos nos está alertando acerca de la realidad de la ceguera espiritual que existe, hasta cierto grado, en la vida de todo pecador. No nos vemos a nosotros mismos como debieramos. El pecado es engañoso - ¿y adivina a quién engaña primero? No tengo ningún problema en ver los pecados de mi esposa y mis hijos; sus pecados son muy obvios para mí. No obstante, regularmente me sorprende cuando me señalan los míos. Y muy a menudo, cuando mi pecado ha sido confrontado, soy tentado a llegar a la conclusión de que no he pecado. Sino que, una vez más, mis motivos han sido mal entendidos. Amigos míos, esto se llama ceguera espiritual, y todos sufrimos de ella hasta cierto punto.

Si aceptas esta realidad, cambiará tu manera de ver la vida cristiana y tus relaciones. Ser cristiano no significa que somos libres de la ceguera espiritual o de la posibilidad de ser autoengañados. Mientras haya pecado interno, existirá la ceguera y autoengaño espiritual. Por esta realidad es que el escritor dice que nos necesitamos unos a otros diariamente. Ustedes me ven en maneras en las que yo nunca me veré. Al caminar en la verdad, ustedes me pueden traer cierto grado de claridad que yo no tendría

por mí mismo. Necesito su ánimo diario para que el pecado interno no me ciegue. El ánimo que me dan es un medio principal que Dios usa para guardarme de pecado e incredulidad.

Una tarde, Siendo un pastor joven, recibí una llamada de una pareja que había asistido a nuestra iglesia. Estaban desesperadamente buscando ayuda y querían que cambiara la situación. No obstante, al mismo tiempo, eran víctimas de su propia ceguera. Aquella noche me senté en su sala y escuché su triste historia; ella había caído en una depresión paralizante, él tenía una adicción creciente hacia las drogas y el alcohol, y sus cuatro hijos que estaban más y más fuera de control. Lo que me impresionó aquella noche fue que, desde su perspectiva, la vida les daba muy pocas razones para continuar. Eran ciegos a dos realidades fundamentales que formarían la substancia de mi ministerio hacia ellos.

Primero, eran ciegos con respecto a sí mismos. No veían que estaban cosechando ahora las semillas que habían plantado. Así que parecía que no había salida. Segundo, eran ciegos a la poderosa presencia del Señor. Por lo que se sentían impotentes y desesperanzados. Mi llamado fue para ser usado por Dios para abrir sus ojos con respecto a estas dos realidades, y al hacerlo, darles razones poderosas y sólidas para continuar. Todos necesitamos este ministerio para que no le demos cabida al pecado y la incredulidad.

¿Qué significa esto en la práctica? Significa que ninguno de nosotros, que vivimos en este lado del cielo, podemos decir que no necesitamos ayuda. Aun los ciudadanos del reino de la luz necesitamos la intervención diaria de nuestros conciudadanos. Notemos, también, que no somos llamados a exhortarnos y animarnos unos a otros diariamente por algún pecado particular que hayamos visto que alguien cometa. No somos llamados a ser detectives espirituales, tratando de “pescarnos” unos a otros. No se nos llama a atrapar a alguien cometiendo pecado. ¡No! La razón de este ministerio diario no es un acto específico de pecado, sino una *condición* general de ceguera espiritual que viene como resultado del engaño del pecado. Sufrimos de esta condición aun cuando no estamos cometiendo pecados que sean obvios y visibles para los demás. Esto significa que, en este lado de la eternidad, nunca hay un momento en el que no necesite su ayuda. Necesitaré su ministerio diario hacia mí en tanto que el pecado permanezca dentro de mí.

La Presencia y el poder del Pecado Interior

Yo creo que la Iglesia de Jesucristo desestima el poder y la presencia del pecado interior y sus efectos en nuestra vida espiritual. Recuerda, aunque hemos sido rescatados del reino de las tinieblas, Dios todavía está obrando para remover las tinieblas dentro de nosotros. (Ver Rom. 7:14-25 para considerar un cuadro del pecado interior y la guerra interna que tiene como resultado).

Cuando batallamos con el pecado en otros y en nosotros, nuestra intervención no debe ser en son de crítica o condenación. Tiene la intención de señalarnos el camino hacia Cristo y las glorias de su gracia para que seamos animados a seguir con mayor humildad, cuidado y fidelidad.

Cada uno un ayudante, cada uno necesitando ayuda

¿Notaste que en este pasaje de Hebreos no hay ningún “ustedes tienen que...”? En vez de esto, se describe un ministerio humilde, mutuo, interdependiente entre coetáneos. Cada creyente es llamado a reconocer humildemente su necesidad diaria de ayuda, y cada creyente es llamado diariamente a ser uno de los ayudantes de Dios. ¡Somos ayudantes en necesidad de ayuda! Cada uno es llamado a servir y a estar dispuesto a ser

servido. De hecho, este reconocimiento humilde de nuestra propia necesidad es lo que nos habilita para ser los instrumentos de Dios para animar a otros. Venimos reconociendo que necesitamos todo lo que hemos venido a dar.

El ministerio descrito en este pasaje no puede ser circunscrito al clero profesional. De ninguna manera habrán suficientes hombres entrenados y ordenados para satisfacer la demanda de este llamamiento. Es un llamado que incluye a cada miembro del cuerpo de Cristo. El plan de Dios es que el clero profesional se concentre en el entrenamiento y equipamiento de cada miembro del cuerpo de Cristo para este ministerio esencial. También es claro que este ministerio no se llevará a efecto principalmente en las reuniones regulares y formales de la Iglesia. Es más necesitado (y más exitoso) en los momentos cotidianos de la vida. Necesito su ánimo en el camino, cuando estoy cumpliendo lo que Dios me ha llamado a hacer en mi vida personal, familiar, eclesiástica y comunitaria. Les necesito para que me animen a estar firme y perseverar.

Hay algo más que decir de este pasaje importante. No sólo es una *advertencia*, es también un *llamamiento*. El punto crítico de este pasaje es un mandamiento – el mandamiento de comunicarse unos con otros con cierta *frecuencia, espíritu y mensaje*. Si comprendemos estos tres elementos, comenzaremos a entender el plan de Dios para nuestras palabras. Consideremos cada uno por turno.

Frecuencia: Una prontitud diaria

Cuándo piensas en el ministerio – cómo se hace y quién lo hace - ¿Qué es lo que viene a tu mente? Quizá inmediatamente piensas en los ministros “profesionales”, es decir, los pastores, consejeros, evangelistas y misioneros entrenados profesionalmente (y con sueldo). Quizá tu mente se dirige a todas las oportunidades de ministerio programadas en tu iglesia local: El culto de adoración, la Escuela Dominical, la clase de catecúmenos, la clase de discipulado, los grupos pequeños en las casas, los equipos de evangelización, los ministerios de servicios de salud, los viajes misioneros cortos, los grupos femeniles, varoniles y juveniles. Con toda seguridad debemos estar agradecidos por todos estos programas, pero el escritor de Hebreos ve el ministerio del cuerpo de Cristo con términos mucho más robustos y globales. Su punto de vista no es nada menos que *¡todos ministrando todos los días!*

Este llamado sobresaliente a ministrar diariamente es necesario por aquello con lo que estamos tratando. Refleja la lucha espiritual universal de todos los pecadores. Mientras el pecado permanezca en nosotros, habrá cierto grado de engaño en nuestros corazones, que tendrá como resultado ceguera espiritual. Llevamos esto a dondequiera que vayamos. Esto significa que en cada situación y toda persona, es necesario el ministerio diario. Este llamado se extiende mucho más allá que las reuniones programadas del cuerpo de Cristo.

Por tanto, reconocemos que nuestras palabras deben ser una herramienta por medio de la cual Dios nos protege, no sólo de la tentación del mal externo, sino nos protege, literalmente, ¡de nosotros mismos! Cuando una madre está en la cocina hablando con su hijo acerca del día en la escuela, ella está haciendo algo más que recibiendo un reporte de noticias. Ella está buscando esos momentos espontáneos y dados por Dios que dan pie para que anime a su hijo a tener un compromiso con Cristo. Hay un amigo en la cafetería con su compañero, pero él está haciendo algo más que hablar acerca de noticias, el clima, los deportes, y el campo de trabajo. Él se ha sometido al llamado de Dios: ha aceptado la dura realidad de la vida Cristiana, y está buscando oportunidades de fomentar la esperanza en Cristo. Un esposo y su esposa salieron juntos, pero

permanecen abiertos con respecto a este llamado superior porque reconocen su necesidad espiritual mutua.

Lo que toda esta gente tiene en común es una actitud de prontitud. Todos ven el ministerio en términos mucho más amplios que las oportunidades formales que los programas eclesíásticos pueden proporcionar. Y están preparados para sacar el mayor provecho de las oportunidades que Dios les da cada día. Realmente creen que cada día es un día para el ministerio. Entienden las implicaciones de ser pecadores; adoptan el hecho de que Dios los coloca justamente donde él quiere usarlos como sus instrumentos; y ven su propia necesidad y están listos para también ser ministrados. Tienen un punto de vista del ministerio de tipo *todos – todos los días*. Se regocijan en el hecho de que son ciudadanos del reino de luz, pero reconocen, al mismo tiempo, que todavía somos ciudadanos necesitados de ayuda.

Espíritu: la humildad del evangelio

El espíritu que sirve de base al plan de Dios para nuestras palabras es el espíritu de *humildad*. Esa es la única respuesta apropiada a las realidades del evangelio reveladas en este pasaje. En el evangelio, la magnitud de nuestro pecado y la grandeza de la gracia de Dios son reveladas. Estas realidades no dejan lugar alguno para la jactancia (ver Rom. 3:23-24, 27-28; 1 Cor. 1:26-31; Gal. 6:15; Ef. 2:8-9).

Esta humildad es un eco del espíritu de Pablo, que se veía a sí mismo como el peor de los pecadores (1 Tim. 1:15-17). No sólo reconoce la gracia dada en la conversión, sino también la gracia que fluye hacia dentro de nuestras vidas para que podamos vivir y hablar como Dios ha planeado.

Un ministerio diario de intervención no nace del orgullo del logro, la experiencia, la sabiduría o éxito personal. Tampoco nace de la creencia sutil de que el ministerio de dar y recibir son esencialmente diferentes uno del otro. En vez de esto, se admite que no hay nada que pueda dar a otro que yo mismo no necesite. Puedo haber conocido al Señor ya por muchos años, pero necesito hoy su gracia tanto como el primer día que creí. Si es que hay en mi vida alguna verdad, vida, gracia, y bien, es por Su obra. Lo único que yo aportó es mi debilidad y mi pecado. Así que no me acerco al ministerio desde una posición de confianza en mi propia fortaleza y sabiduría, animándote a ser como yo. ¡No! Vengo en debilidad y pecado, para guiarte hacia el único que tiene fuerza y ofrece liberación.

Cuando Pablo describe la comunicación del cuerpo de Cristo, siempre tiene este espíritu en mente:

“Por eso yo, prisionero en el Señor, os exhorto a que andéis como es digno del llamamiento con que fuisteis llamados: con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos los unos a los otros en amor.” (Ef. 4:1-2)

La humildad significa reconocer que yo puedo ofrecer sólo una cosa que puede ayudar: Jesucristo. Hay una bondad, compasión y gentileza que fluye al reconocer que somos hermanos y hermanas en una lucha, y que Su gracia es nuestra única esperanza.

El Mensaje: ánimo para perseverar

El mensaje que somos llamados a traer a estas oportunidades diarias es este: *¡No te des por vencido! ¡Hay razón para continuar! ¡Anímate! ¡No te apartes! ¡Cree en las promesas de Dios! ¡Sé tierno de corazón y mantén-te siguiendo al Señor!* El mensaje no sólo es de confrontación. No es un mensaje de juicio, criticismo o condenación. Se nos

llama a hacer algo más que señalar los pecados de los demás. Somos llamados a fomentar la fidelidad en batalla hasta que se logre la victoria.

Cada uno de los soldados de Dios necesitan este ministerio de ánimo. Todos, a veces, somos como el niño pequeño embarcado en un viaje familiar largo que pregunta cada tres millas en la carretera: “¿Ya casi llegamos, papi?” Todos tenemos que enfrentar la desalentadora realidad de que el viaje a penas ha comenzado. La vida es un viaje largo. La vida cristiana es una guerra larga. Todos perdemos de vista nuestra meta. Todos pasamos por períodos en los que todo parece ser demasiado grande y difícil. Todos atravesamos períodos en los que simplemente queremos renunciar. Todos tenemos corazones que tienden a apartarse.

En una ocasión me senté en mi oficina con un padre y su hijo adolescente. Había presenciado la escena ya muchas veces con anterioridad. Tampoco quería estar allí. El padre no pensaba que necesitaba ayuda; sólo había venido para hacer que su hijo viniera. El hijo, por su lado, se sentó cabizbajo en su silla y clavó la mirada en el piso. No daba ninguna indicación de que estaba listo para participar. Casi podía sentir el enojo entre ellos. No había calidez, ni amistad, tampoco amor familiar. Estaban atrapados en esa relación y ninguno estaba a gusto.

El padre habló primero. No tardó mucho su rostro en enrojarse y alzar su voz. Aunque le había hecho una pregunta, él le hablaba directamente a su hijo. “Te he alimentado y vestido. Te he llevado de vacaciones. Te acompañé en tus partidos de béisbol y natación. Te enseñé a conducir y te compré un carro. ¿Y cómo me pagas? Sólo una pila de dolor. ¡Mírate! Sólo de verte uno dice: “¡Mediocre!” No tienes trabajo, estás perdiendo el tiempo – ni siquiera puedes mantener limpio tu propio cuarto. Todo lo que es, ¡es tu depósito personal de basura!”

“Cuando tenía tu edad, yo participaba en deportes, tenía dos trabajos, era líder en mi grupo juvenil, y tenía un promedio de 9 en la escuela. Respetaba a mis padres, y podías caminar por mi cuarto sin tropezar con la basura del día anterior. No sé cuál es tu problema, pero es mejor que lo resuelvas rápidamente o ¡te vas de aquí! Algunas veces me pregunto de dónde saliste. No me puedo relacionar con lo que eres y lo que haces. ¿Por qué no le dices a Paul cuán bueno eres y cuanto se te maltrata en casa?”

Supongo que, en el sentido más suelto de la palabra, podrías referirte a esto como una confrontación o exhortación. Ciertamente cumplía con la definición que el padre tenía, pero no cumplía con la definición de Dios. ¿Es esta una pesadilla de confrontación? No es extrañarse que tratemos de evitar algo tan cruel e improductivo. Este tipo de conversación no reúne los requisitos de la comunicación según Dios, particularmente en su mensaje. Lo que el padre le estaba comunicando sin darse cuenta era esto: “Eres esencialmente diferente a mí. Eres un mediocre; yo soy un hombre de éxito. Tú eres irresponsable; Yo siempre he sido responsable. Yo tengo esperanza; para ti ya no queda. Yo soy recto; tú estás trágicamente atado al pecado, y el juicio vendrá muy pronto”.

Estoy seguro que no era esto lo que “oficialmente” creía el padre. Pero en el calor de la batalla, saludó el corazón pecaminoso, incrédulo, apartado y endurecido de su hijo con una condenación impaciente y engreída. No le ofreció lo que realmente necesitaba: un mensaje humilde y compasivo de la gracia de Dios para lidiar con la lucha. Por favor entiende esto: la gracia de Dios *nunca* minimiza nuestro pecado, pero nos provee de una razón para enfrentarlo, confesarlo y abandonarlo. La gracia es la única razón por la que tenemos esperanza de continuar nuestra lucha en contra del pecado. Es todo lo que tenemos para ofrecer a aquellos quienes, ciegamente, están comenzando a alejarse.

Este padre no se daba cuenta que él y su hijo eran iguales – no en el sentido de que habían cometido pecados idénticos y que expresaban actitudes idénticas, sino en que

ambos necesitaban, momento a momento, la gracia de Dios. Ambos necesitaban ver la mano de Dios obrando en sus vidas diarias. Y eran iguales en su necesidad de seguirle por fe, amándolo por sobre todas las cosas.

Pero ninguno de los dos veía estas cosas. Ambos se sentaron allí a su propia manera ya cansados, desanimados, dudosos, rebeldes, engañados, autojustificados y confundidos. El papá pensó, “Yo soy mucho mejor padre que tú como hijo, y tengo el derecho de *tirar la toalla* contigo”. Joe, su hijo, pensó, “Yo soy mucho mejor hijo que tú como padre, y tengo el derecho de *tirar la toalla* contigo”. Ambos estaban autoengañados y listos para renunciar. Ambos necesitaban una razón para continuar. Necesitaban que alguien que, amorosamente, les ayudara a ver sus pecados, tal y como el rey David en una ocasión necesitó que Natán lo ayudara de esta manera. Pero también necesitaban ver la poderosa presencia del redentor amoroso y su gracia gloriosa obrando en sus vidas. Necesitaban, compelidos por Su amor, dejar de vivir para ellos mismo, y comenzar a vivir para Él. Este es el ministerio de ánimo diario que debe colorear nuestra conversación de los unos con los otros. Al encontrar creyentes desanimados en la batalla y ciegos por el pecado, ¿les damos alguna razón para permanecer firmes, para estar confiados, y para continuar luchando?

Un Modelo de Confrontación Bíblica

¿Qué debía haber hecho diferente el padre de Joe? ¿Cuáles son los elementos de la confrontación bíblica apropiada? ¿Qué debemos hacer para evitar los peligros que hemos discutido en este capítulo? Para responder estas preguntas, permítanme presentarles el siguiente modelo de confrontación.

Examina tu corazón. La confrontación siempre comienza contigo. Debido a que todos luchamos con el pecado, debemos comenzar con nosotros mismos. Debemos estar seguros que hemos lidiado ya con nuestro enojo, impaciencia, autojusticia y amargura. Cuando comenzamos con nuestra propia confesión, estamos en una mejor posición para llevar a otro a confesar.

Toma en cuenta tu llamamiento. Recuerda que la confrontación no está basada en tu opinión respecto a la persona. Estás allí como un embajador y tu trabajo es representar fielmente el mensaje del Rey. En otras palabras, tu meta es ayudar a la gente a ver y aceptar la perspectiva de Dios.

Checa tu actitud. Cuando hablas, ¿son tus palabras dichas con amabilidad, humildad, gentileza, paciencia, perdón, tolerancia, compasión y amor? Si fallas en esto, se estorbará la confrontación que honra a Dios y produce cambios. Necesitamos examinar tanto nuestro mensaje como nuestra actitud al hablar.

Responsabilízate de tus propias faltas. Es vital entrar a un momento de confrontación con un reconocimiento humilde de lo que somos en realidad. Al admitir nuestra propia necesidad del perdón del Señor, seremos capaces de ser pacientes y perdonadores con aquel a quien Dios nos ha llamado a ministrar.

Usa las palabras sabiamente. La confrontación efectiva demanda preparación, particularmente de nuestras palabras. Necesitamos pedir ayuda a Dios para usar las palabras que lleven su mensaje, y que no se interpongan en su camino.

Reflexiona en la Escritura. El contenido de la confrontación *siempre* es la Biblia. Debe guiar lo que decimos y cómo lo decimos. Debemos entrar a los momentos de confrontación con un entendimiento específico de lo que la Escritura dice acerca del asunto que nos ocupa. Esto significa más que citar versículos como evidencia; significa entender cómo los temas, principios, perspectivas y mandamientos de la Escritura forjan la manera en que pensamos del asunto ante nosotros.

Siempre prepárate para escuchar. La confrontación mejor y efectiva es interactiva. Necesitamos dar a la persona una oportunidad para hablar porque no podemos mirar dentro de su corazón o leer su mente. Necesitamos escuchar sus preguntas y buscar señales de que está viendo las cosas que necesita ver. Necesitamos escuchar las confesiones verdaderas y el compromiso de hacer acciones específicas de arrepentimiento. Al escuchar, sabremos dónde estamos en el proceso de la confrontación.

Concede tiempo para una respuesta. Debemos dar tiempo al Espíritu Santo para obrar. No hay nada en la Escritura que prometa que si nuestra confrontación funcionó bien, la persona confesará y se arrepentirá en el mismo evento. En lugar de esto, la Biblia nos enseña que el cambio, usualmente, es un proceso. Necesitamos imitar la misma paciencia que Dios tiene para con nosotros. Esta paciencia no pone en entredicho la obra transformadora de Dios, sino que fluye de un compromiso con ella.

Ánima a la persona con el evangelio. Es la gracia sublime de Dios, su amor sin límites, y su ayuda incesante lo que nos da una razón para alejarnos de nuestro pecado. La Escritura dice que es la bondad de Dios lo que lleva a la gente al arrepentimiento (Rom. 2:4). Las verdades del evangelio – tanto en su desafío como en su consuelo – deben colorear nuestra confrontación.

¿Recuerdas la escena tensa e incómoda entre el hombre que aconsejaba y su pastor y ancianos? ¡Qué diferente hubiera sido su interacción si el pastor hubiera seguido este modelo! ¡Imagínate cuán diferentes hubieran sido los resultados si el padre de Joe hubiera actuado de esta manera! ¡Imagínate el bien que puede resultar cuando la confrontación no es un garrote, sino una luz, no es una sentencia de juicio, sino un llamado amoroso para cambiar, no es un anuncio de desesperanza, sino ánimo para continuar peleando en contra del pecado hasta que la batalla finalmente sea ganada!

Todos, a nuestra manera, batallamos con cansancio, desánimo, duda, rebelión, engaño, autojusticia y confusión. Todos necesitamos más que alguien que señale todos nuestros pecados. Necesitamos a alguien que nos señale hacia Cristo, recordándonos de la confianza que una vez tuvimos en él y llamándonos de vuelta a tener un corazón de fe. Necesitamos que nuestra ceguera sea removida – no sólo la ceguera que evita que veamos nuestro pecado, sino también la ceguera que evita que veamos a Cristo. Sólo a la luz de su gracia podemos encontrar una razón para confesar y abandonar el pecado. Este es el ánimo que necesitamos cada día.

¡No te rindas! ¡Sí hay razón para continuar! Abre tus ojos a la verdad de Dios, abre tu corazón a su convencimiento, abre tu vida a su gracia, y síguele por fe. ¡Hay ayuda y hay esperanza!

“Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por eso no temeremos aunque la tierra tiemble, aunque los montes se derrumben en el corazón del mar, aunque sus aguas rujan y echen espuma, y se estremezcan los montes por su braveza.” (Salmo 46:1-3)

Algo Personal: Examina tu estilo de confrontación

1. Critica la última vez que confrontaste a alguien (ya sea a tu cónyuge, hijos o amigos) usando como una guía el modelo presentado en este capítulo. ¿De qué manera seguiste el modelo bíblico? ¿De qué manera necesitas cambiar la forma en la que confrontas a los demás?
2. ¿Dónde has evitado la confrontación, dejando ciertos asuntos sin resolver y relaciones sin reconciliar?
3. ¿Estás albergando enojo o amargura hacia alguien de tal manera que puede perjudicar las oportunidades de tener una confrontación constructiva?

4. ¿Qué pecados recientemente te ha mostrado Dios para recordarte de tu necesidad constante de su gracia? ¿Te mantiene esto humilde al considerar las fallas de los demás?
5. ¿Qué pasajes de la Escritura te ayudan a enfrentar tu pecado y a continuar tu lucha contra él? ¿Cuáles son tus oportunidades dadas por Dios para compartir esto con otros?

CAPÍTULO DIEZ

En la Misión del Rey

"Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo. . . y encomendándonos a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo". (2 Cor. 5:19-20)

Mientras él me relataba la historia, supe que sería una esas historias difíciles de olvidar. Tenía todos los ingredientes de una confrontación fea entre un padre y su hijo mayor. Se trataba de la rebelión de su hijo, un engaño intencional usando el equipo de su padre para realizarlo – todo aquello que saca de sus casillas a los padres. Pero esta vez las cosas fueron diferentes. La escena fea no se llevó a efecto. El resultado de aquel evento que comenzó siendo algo feo fue mucho más bueno de lo que uno hubiera podido imaginar. ¿Qué es lo que causó esa diferencia? Permítanme contarles la historia.

Era final de un día de trabajo inusualmente complicado. Frank anhelaba con vehemencia llegar a casa, deseaba comer algo caliente, y relajarse por un par de horas antes de contactar más tarde a algunos clientes por medio del correo electrónico. Al conducir rumbo a casa musitó para sí mismo: "¡Estoy exhausto!". Pero al entrar a la casa, lo saludó el aroma de una gran cena. Tuvo tiempo para leer el periódico antes de la cena y, después, un momento breve para relajarse. Estaba refrescado cuando se sentó a la computadora de la oficina de su casa. Pero cuando revisó los correos electrónicos en la bandeja de entrada, encontró algo que alteraría completamente su noche.

Había llegado un correo electrónico para su hijo. Usualmente no leía las cartas de Ryan, pero al estarla imprimiendo para entregársela, Frank miró y vio lenguaje obsceno escrito con mayúsculas por toda la pantalla de la computadora. Se detuvo y leyó la carta. Al estar haciéndolo, su corazón comenzó a quebrarse. Era sexualmente desagradable, irrespetuosa, e insinuaba eventos que, de ser ciertos, le hacían preguntarse si realmente conocía a su propio hijo.

Inmediatamente comenzó a buscar en la computadora los correos electrónicos que Ryan había enviado a sus amigos. No demoró mucho en encontrar la carta más reciente. Consternado notó que la carta de su hijo era peor. Era tan mala que Frank, literalmente, lloró por su contenido. Se sentó pasmado ante la computadora. "¿Esta inmundicia fue escrita por mi hijo quien dice ser un cristiano comprometido? ¿Cómo pudo escribir esto? ¿Cómo se atrevió a escribir esto en la computadora de la empresa? ¿Cómo puede poner esta basura allí para que cualquiera lo lea?" La tristeza muy pronto se convirtió en enojo. Se dirigió a ver a Ryan con el rostro enrojecido y la carta en la mano.

Por la gracia de Dios, su hijo no estaba en casa. Dios tenía algo bueno en mente para ambos. Frank llamó a su esposa, Ellen, para que viniera al cuarto. Le puso la carta frente a su rostro y dijo, "¡Mira lo que nuestro dulce hijito ha estado haciendo!" Al igual que Frank, Ellen lloró al leer lo que su hijo había escrito. "¿Dónde está? ¡Quiero hablar con él ahora!" demandó Frank, sólo para enterarse que Ryan estaba estudiando con unos amigos. Llegaría a casa bastante tarde. Frank explotó diciendo: "¡No puedo creerlo! ¡El preciso momento en que tenemos que hablar con él y no está aquí!". Ellen respondió: "Tal vez es lo mejor, mi amor. Nos dará tiempo para pensar". Nunca se habían dicho palabras más ciertas que esas.

Al conversar, su perspectiva comenzó a cambiar. En una conversación que consumió la mayor parte de la noche, Frank comenzó a ver el asunto no como una afrenta

personal, sino como una oportunidad para ministrar a su hijo, quien estaba claramente en las garras de una gran tentación y pecado. Ellen fue capaz de ir más allá de la meta de calmar la ira de Frank y comenzó a dar un vistazo más cuidadoso a la situación.

Juntos se impresionaron con el hecho de que Dios amaba a su hijo lo suficiente como para exponer su pecado. El hecho de que Frank tuvo que utilizar la computadora esa noche, el hecho de que los correos “casualmente” llegaron para Ryan, y el hecho de que él no estaba en casa cuando las cosas se descubrieron, todo era parte del plan de Dios para rescatarlo.

Dios, el Redentor, quería detener a Ryan de continuar en la senda que había comenzado. Y Dios estaba llamando a Frank y a Ellen para ser parte de lo que *él* estaba haciendo en la vida de Ryan en ese momento.

Este entendimiento llenó a Frank y Ellen de gozo y esperanza en medio de su dolor y tristeza. Estas perspectivas les proveyeron de todo un conjunto de cosas nuevas para decirle a Ryan, y de una manera completamente diferente para decir las. Se imaginaban lo que hubiera pasado si Ryan hubiera estado en casa cuando Frank descubrió los correos electrónicos. Frank hubiera explotado de ira, Ryan hubiera explotado también o se hubiera retraído en un silencio defensivo, y nada de lo bueno que Dios había planeado hubiera ocurrido.

La mañana siguiente Frank despertó y se sentó al borde de la cama al hablarle a Ellen: “Ya lo entendí, mi amor. Nada de esto se trata de nosotros. Este es el momento de Dios; nosotros somos sólo sus instrumentos. Estaba pensando al estar acostado que Ryan en realidad no es nuestro. Le pertenece a Dios. Dios lo ha puesto en nuestras manos para ser los instrumentos de Dios en su vida. Estoy herido y sé que tú también, pero esta es una oportunidad maravillosa de hablar con Ryan acerca de las cosas más importantes de la vida. Quizá suene chistoso, pero he entendido que este es un momento *redentor*. Eso es lo que Dios está haciendo en la vida de Ryan. Está obrando para rescatar a Ryan del pecado y la muerte, por lo que no le permitió a Ryan tener éxito en su pecado. Él permitió que fuera expuesto. Dios puso esto en nuestras manos, no para que nos deprimiéramos y nos desanimáramos, sino para que seamos sus instrumentos redentores en la vida de Ryan. Es muy importante que manejemos las cosas como Dios quiere. No podemos permitir que nuestro dolor y enojo se interpongan en lo que Dios está haciendo. Estoy tan agradecido de que tuvimos tiempo para pensar y orar antes de hablar con Ryan”.

Aquella noche hablaron con Ryan. Y no comenzó la conversación embarrándole el correo a Ryan en la cara y diciéndole: “¡Cómo te atreves a hacerme esto, hijo ingrato!” En vez de eso, Frank comenzó pidiéndole a Ryan que oraran antes de hablar. Inmediatamente Frank tuvo la atención de Ryan. ¡Nunca había hecho esto antes! Luego, Frank le dijo a Ryan lo que había descubierto. Luego, con mucha calma, le dijo a Ryan las dos cosas que estaba sintiendo esa noche. La primera era tristeza por el hecho del engaño y pecado de Ryan. La segunda era gozo, porque toda la situación señalaba tan claramente cuánto amaba Dios a Ryan y cuán activamente estaba obrando para rescatarlo del pecado. Le dijo a Ryan, que al final de todo esto, él esperaba que Ryan quedara sobrecogido por el amor de Dios. Fue una conversación muy larga y ya era tarde, pero ocurrió un verdadero cambio en el corazón de Ryan aquella noche. Y no sólo en el corazón de Ryan – también lo hubo en el de Frank.

Cuando Frank me relató la historia, señaló muy bien el cambio ocurrido en él. “Por primera vez, comencé a pensar redentoramente acerca de las relaciones a mi alrededor. Entendí que si Dios estaba usando esta situación para realizar su obra en Ryan, entonces estaba haciendo lo mismo en Ellen y en nuestros otros hijos – y en mí. Me ha dado una

perspectiva totalmente nueva de mi familia – y no sólo de mi familia, sino también de mis amistades. Me di cuenta que es muy importante cómo manejo las situaciones (las cosas que digo). Pues ya sea que tomo el control y manejo las cosas como mejor me parezca, o respondo de una manera que me haga parte de lo que Dios quiere hacer a través de las circunstancias”.

¡Qué buena manera de resumir el asunto! Necesitamos tener *una perspectiva redentora* de nuestras relaciones. Antes de hablar, necesitamos preguntarnos qué es lo que el Redentor quiere lograr en esta situación, y necesitamos estar comprometidos para ser parte de ello. Fuimos hechos para estar en *Su* misión. Es precisamente en el taller de la vida diaria en donde Dios edifica hijos fieles, piadosos y maduros, y nosotros somos herramientas que él usa. Cuando Frank y Ellen entendieron esta perspectiva, fue transformada completamente la manera como lidiaron con el pecado de su hijo.

La lección que Frank aprendió es el tema de este capítulo. Para hablar como embajadores de Cristo, debemos entender la misión de Dios y cómo nos ofrece dirección práctica para las cosas que enfrentamos en la familia, las amistades y el cuerpo de Cristo.

Ha sido Su misión desde el principio

Desde el primer momento de la existencia del pecado sobre la tierra, la respuesta de Dios ha sido la redención. Esto es claro en sus palabras a la serpiente después de la caída.

“Entonces Jehová Dios dijo a la serpiente: --Porque hiciste esto, serás maldita entre todos los animales domésticos y entre todos los animales del campo. Te arrastrarás sobre tu vientre y comerás polvo todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón”. (Gen. 3:14-15)

En otras palabras, Dios le dice a la serpiente, “No voy a dejar las cosas como están. A través de la mujer traeré un redentor que te aplastará a ti y a tu obra por medio de su sufrimiento”. La respuesta de Dios a las mentiras de Satanás y a la rebelión de Adán y Eva no sólo es el juicio, sino también la redención. Aquí Dios presenta el plan que se desarrolla en todo el resto de la Escritura. La Biblia es la historia de la obra de Dios para redimir a su pueblo, quienes vivirán para siempre para su gloria. Somos llamados a ser parte de esta gran obra, lo cual significa que debemos pensar acerca de los eventos y la gente que encontramos de una manera que los incluya (y a nosotros) en la historia divina de redención. La única esperanza para *nuestra* historia es que seamos parte de *su* historia de redención. La única manera correcta de acercarnos a los eventos de nuestras vidas es acercarnos redentoramente.

Esta misión y nuestro llamado a ser parte de ella es claramente establecida en el llamamiento de Dios a Abraham.

“Entonces Jehová dijo a Abram: "Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Yo haré de ti una gran nación. Te bendeciré y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré. Y en ti serán benditas todas las familias de la tierra” (Gen. 12:1-3).

Se han escrito volúmenes enteros acerca del pacto de Dios con Abram, y mi propósito aquí no es agregar algo más a ese cuerpo de literatura. Pero quiero hacer una observación muy importante acerca de estas palabras: son tanto un *consuelo* como un *llamamiento*. ¡Qué más grande consuelo puede haber que el ser escogido como el objeto de las bendiciones de Dios! Pero Dios nunca tuvo la intención de que Abram sólo fuera el objeto de su bendición. Desde el principio la intención de Dios fue que Abram fuera

también el *canal* de sus bendiciones para otros. A través de Abram todas las naciones de la tierra serían bendecidas.

Desde el principio, Abram fue llamado a ver más allá de sí mismo y ver su vida redentoramente. Fue llamado a ser parte de lo que Dios iba a hacer no sólo *en* él y *por* él, sino también *a través* de él. Aquí está la semilla de todo llamamiento al ministerio encontrado en el resto de la Escritura. Lo que ocurre en toda la Escritura es que Dios riega y nutre la semilla de la misión plantada aquí hasta que es el árbol totalmente maduro del ministerio revelado en las epístolas del Nuevo Testamento. Lo que vemos claramente en esta declaración del pacto es que Dios, quien está comprometido a redimir a un pueblo para sí mismo, llama a su pueblo para comprometerse con la misma misión. Nunca debemos pensar en nosotros como *objetos* de su amor del pacto sin, al mismo tiempo, pensar que somos *canales* de ese amor para otros.

La redención no sólo es para nuestro beneficio o bienestar. Siempre ha sido de acuerdo con el propósito de Dios y para su gloria. No podemos tratar la salvación como una fiesta en la que nosotros somos los invitados homenajeados. Es una celebración para el rey a la que hemos sido invitados por gracia. Lo que celebramos no es sólo nuestra invitación; lo celebramos a él, y demostramos nuestro agradecimiento al ayudar a otros a venir a conocerle, servirle y celebrarle también. ¡Esta es *su* fiesta! Él es el invitado de honor. Todo lo que decimos o hacemos debe reflejar un deseo de ser parte de lo que él está haciendo, de traerle, en alguna manera, la gloria que le es debida.

La Misión en un Enfoque más Agudo

El Señor tenía esta misión en mente, aun cuando le estaba dando a su pueblo la ley en el Antiguo Testamento. Los hijos de Israel fueron llamados a tener un compromiso real con la obra redentora de Dios, lo cual les conduciría a tener una compenetración radical en las vidas de unos y otros. Fueron llamados a hablar en una manera que promoviera la obra que Dios estaba haciendo en las vidas de otros. Nuestra parte en la misión del Rey hoy en día no podría ser más clara que lo que está en Levítico 19, un pasaje al cuál Cristo se refirió cuando resumió la ley en Mateo 22.

""No harás injusticia en el juicio. No favorecerás al pobre, ni tratarás con deferencia al poderoso. Juzgarás a tu prójimo con justicia. No andarás calumniando en medio de tu pueblo. No atentarás contra la vida de tu prójimo. Yo, Jehová. No aborrecerás en tu corazón a tu hermano. Ciertamente amonestarás a tu prójimo, para que no cargues con pecado a causa de él. No te vengarás ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo. Más bien, amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo, Jehová". (Lev. 19:15-18)

¿Qué es lo que dice este pasaje acerca de nuestras relaciones? Dios nos está diciendo que es imposible para nosotros vivir como si el pecado no existiera. Debido a que somos pecadores y vivimos en relación con otros pecadores, el pecado siempre será un problema. Es una realidad ineludible de la vida humana. La pregunta es si estamos tratando con el pecado a la manera de Dios (redentoramente) o de acuerdo con los deseos y propósitos de nuestro propio corazón pecaminoso.

Ama a tu prójimo como a ti mismo

Quizá la primera cosa más fundamental que debemos notar en este pasaje es que el mandamiento para lidiar con los pecados de otros como Dios quiere está directamente conectado con el mandamiento de amar a tu prójimo como a ti mismo. Amar a tu prójimo como a ti mismo significa muchas cosas, pero de una cosa podemos estar seguros: significa tratar con su pecado de una manera disciplinada y distintivamente bíblica. Significa reconocer que hemos sido llamados por Dios para ser parte de lo que él está

haciendo en sus vidas. No somos libres de tratar con las dificultades de la manera que mejor nos parezca. Cuando alguien nos agravia, la cosa de mayor importancia no es que nos sintamos satisfechos o vengados, sino que respondamos de acuerdo con el plan de Dios y para su gloria.

Al reconocer su llamamiento, no nos entregamos a muchos de los pecados del corazón y los labios que son detallados en este pasaje, aunque sean una gran tentación cuando alguien peca en nuestra contra. Recuerda, todo el tiempo estamos lidiando con el pecado de los demás. Así será hasta que el Señor regrese. Hasta entonces, el amor al prójimo como a uno mismo tiene esta característica redentora. Significa que debes tratar con el pecado no simplemente como una víctima, sino como un siervo de Aquel quien redime.

¡Reconozcámoslo! Es difícil para nosotros amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos aun cuando no han pecado en nuestra contra. Todos tendemos a ser egocéntricos, a querer que se haga nuestra voluntad, y a vivir para nuestra propia satisfacción y comodidad. Es tan fácil caer en irritación e impaciencia cuando de alguna manera no se hace nuestra voluntad. No me refiero a situaciones en las que encontramos pecado serio. ¡No! ¡Tenemos problemas en amar a las personas quienes únicamente son culpables de no complacernos!

Permítanme darles un ejemplo de mi propia vida. Una de las cosas que disfruto es irme a la cama aproximadamente al mismo tiempo que Luella. Ella es mi compañera más cercana y mi mejor amiga, y disfruto esos momentos finales de calidez entre nosotros al final del día. Luella tiene una voz muy melódica y me encanta que su voz sea lo último que escuche antes de dormirme. Esos momentos que paso recostado junto a ella platicando quietamente son muy preciosos.

Una noche como a las diez, vine del cuarto familiar en dirección a la recámara, suponiendo que Luella también se dirigiría en esa dirección. ¡Cuando entré a la cocina, no pude creer lo que vi! Allí estaba Luella, con una cubeta y un cepillo, arrodillada sobre el piso de la cocina, preparándose para limpiarlo. Inmediatamente me llené de irritación. ¡No podía creer que me estuviera haciendo esto! ¿Acaso no sabía que este era nuestro momento especial? ¿Tenía que limpiar el piso *ahora*? Me parecía que ella estaba más comprometida con un piso limpio que con su propio esposo.

Afortunadamente, no dije todas las cosas que estaba pensando. Pero sí dije, al dirigirme a la recámara, con una voz filosa, “¡No puedo creer que estés haciendo esto ahora! Desde entonces he pensado muchas veces en esa escena. Lo que me ha sorprendido no sólo es mi impaciencia, sino también el egoísmo extremo que había detrás. Al ver a Luella, no vi a una mujer amorosa y dedicada que también quería ir a la cama, pero que había visto que algo se tenía que hacer. Sé lo que ella pensó. Ese piso la vuelve loca. Con seis personas viviendo en la casa, parece estar siempre sucio. Por fin tenía la oportunidad de limpiarlo porque ya era tarde y el tráfico por la cocina era poco. Por su dedicación amorosa a su familia, aprovechó la oportunidad sin quejarse ni rezongar.

Pero cuando vi a Luella aquella noche, no fue lo que yo vi. Vi a una esposa quien se *suponía* que debía ir a la cama ¡conmigo! No había gratitud en mi corazón ni para Luella ni para Dios. Subí las escaleras irritado de estar yendo a la cama a solas porque Luella había preferido limpiar el piso que estar conmigo. ¿Ridículo? ¿vergonzoso? ¡Sí! Pero quizá esa es la fuerza de este ejemplo. Tenemos lucha con los *pequeños* eventos de la vida. Tenemos lucha para comunicarnos en medio de ellos de una manera piadosa, aun cuando nadie haya pecado en nuestra contra. Azotamos a los demás con palabras airadas y nada amables cuando el baño está ocupado, o cuando el carro no está a nuestra

disposición, o cuando alguien nos ha ganado el control remoto o la última dona, o cuando el periódico no está allí cuando queremos leerlo, o cuando alguien está retrasándonos, o cuando no obtenemos el reconocimiento que pensamos merecer, o cuando alguien se introduce a la fila delante de nosotros, o nos empuja en el pasillo, o se olvida de poner seguro a la puerta, o no le pone gasolina al auto, o tarda mucho en el teléfono . . . ¡la lista puede continuar y continuar!

Aquí es donde vivimos todos los días. Si respondemos egoístamente al “toma y daca” normal de las relaciones, ¿Cómo podremos responder redentoramente al enfrentar pecado *verdadero*? Si no estamos amando a nuestro prójimo en el curso normal de las cosas, ¿Cómo lo haremos cuando lo que esté en juego sea algo mucho más serio? De nuevo, necesitamos ser dominados por la grandeza de nuestro llamamiento y las demandas que impone sobre nuestra conversación diaria. Necesitamos permanecer firmes en la verdad de que Dios nos ha dado todo lo que necesitamos para hacer lo que él nos ha llamado a hacer (2 Pedro. 1:3-4).

¿Cómo lidiaremos con el Pecado?

Todos los días lidiamos con el pecado, puesto que todos somos afectados, de alguna manera, con el pecado de unos y otros. El asunto que Levítico pone delante de nosotros es este: ¿Estamos tratando con el pecado a nuestra manera o a la manera de Dios? No cometes ningún error, existe un contraste evidente entre las dos.

Levítico establece para nosotros las maneras en las que podemos responder al pecado a nuestro alrededor. En el centro está el camino conciliador del amor, el sendero que Dios nos ha llamado a llevar en nuestras relaciones unos con otros. En cualquiera de los lados están los valles del odio: de un lado las formas pasivas de odio y en el otro, las activas. Se nos ordena permanecer en el camino central del amor y no permitarnos caer a ninguno de los dos valles.

El valle del odio pasivo incluye las actitudes internas de favoritismo y parcialidad (Lev. 19:15), llevando odio en tu corazón (v. 17), guardando rencor (v.18), y los deseos ocultos de venganza (v.18). Claramente, ninguna de estas actitudes es consistente con el llamado de Dios de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Cada una refleja respuestas de un corazón egoísta y enojado en contra de aquellos que no complacieron o satisficieron nuestros deseos. Aquí nuestras reacciones son forjadas por nuestras expectativas egoístas, y no por la gloria de participar en la obra de Dios en la tierra. No hay otro llamamiento superior a este, no obstante es uno que fácilmente olvidamos en medio de las presiones de la vida.

En el lado activo del odio están las cosas tales como tratar a la gente con favoritismo y parcialidad (v.15), juzgar a otros injustamente (v.15), esparcir la calumnia (v.16), y buscar venganza (v.18). De nuevo, estas reacciones son el polo opuesto de lo que Dios nos pide.

Dios no quiere que nos caigamos del sendero del amor por ningún lado. El rumiar el pecado de alguien es una ofensa en contra del llamado que Dios nos hace. Desear ver a otro herido de la manera como hemos sido heridos es una ofensa en contra de su llamamiento. Llevar un registro de los errores de los demás es una ofensa en contra de su llamamiento. Igualmente lo es chismear acerca del pecado del alguien. El ejecutar cualquier forma de venganza es una ofensa en contra de su llamado. No obstante si examinamos nuestras vidas, encontraremos presentes muchas de estas reacciones (Ver Mateo 18:15-19).

La esposa que aplica la “ley del hielo” cuando su esposo ha hecho algo que la lastima, ha respondido vengativamente, y al hacerlo, se ha alejado de su llamamiento redentor. La hija que ha sido herida por sus padres y se retira a su cuarto, aporrea la puerta, y hace un recuento gráficamente detallado de las maneras en las que su familia le ha fallado, ha abandonado su llamamiento. El hermano cristiano que comparte una pieza jugosa de chisme disfrazada como un motivo de oración ha caído del sendero del amor y ha abandonado su llamamiento. El esposo que se va enojado a trabajar porque su familia lo retrasó y piensa cuán fácil sería la vida sin ellos, ha ofendido el llamamiento de Dios.

¡Cuán fácil es caer hacia cualquier lado del camino! ¡Cuán difícil y cuán alto es el llamamiento divino del amor! Seamos humildes y honestos con respecto a nuestra lucha de amarnos unos a otros de la manera en la que lo describe Levítico. Admitamos las diversas formas en las que caemos del sendero al que nos ha llamado a caminar. Confesemos nuestras faltas a Dios y a los demás, comprometiéndonos a realizar actos específicos de arrepentimiento.

El Camino del Amor

El camino del amor no se trata de ser “buena gente” o benignamente tolerante con aquellos a quienes vemos haciendo el mal. ¡El amor es activo! Dios quiere que seamos sus agentes de rescate cuando veamos el pecado de otro. Nos llama a juzgar rectamente a nuestro prójimo y a amonestarnos unos a otros de una manera que sea franca y clara.

Habiendo dicho esto, por favor reconozcamos que *no* se nos dice que condenemos soberbiamente a los demás, o que actuemos como detectives, cazando todos los pecados que podamos poner al descubierto en las vidas de otras personas. Ni tampoco se nos llama a abusar verbalmente, coloreando la confrontación con ofensas y otro tipo de caracterizaciones desagradables. En vez de eso, Dios está diciendo que cuando él/escoge mostrarnos el pecado de otra persona, debemos reaccionar con amor sacrificado y redentor. Vamos a nuestro prójimo, y con honestidad y claridad lo confrontamos con su pecado – no para que se someta a nuestro juicio, sino para que se someta a Dios y busque su misericordia y gracia. Lo que deseamos es que Dios, su voluntad y misericordia sea más grande en la conversación, y no nosotros.

Hay algo más radical en este pasaje. Dice que si no lo hacemos así, que si nos amamos más a nosotros mismos que a Dios y a los demás, si nos dejamos caer en los valles del odio, ¡compartiremos la culpa del pecado de nuestro prójimo! ¡Sí, Caín! ¡Somos guardas de nuestro hermano! (Gen. 4:9). El llamamiento de Dios no podía ser más fuerte. Al no responder al pecado de otro con un amor redentor nos hacemos participantes de su culpa. Así lo dice Dios a través del profeta Ezequiel, si el atalaya ve al enemigo venir y no advierte a la gente, su sangre está en sus manos (Eze. 33:1-9). Ser parte del rescate redentor de Dios no sólo es un llamamiento superior, sino una obligación moral.

Necesitamos los corazones de los atalayas dedicados. El trabajo del atalaya no es forzar a la gente para que responda a sus advertencias; simplemente es proveer una advertencia amplia y oportuna. Debe asegurarse que su advertencia es entendida y que pide a la gente que actúe en correspondencia. Su misión se cumple una vez que ha hecho estas cosas. Ha cumplido su llamamiento.

Nuestro llamamiento es advertir a otros a buscar el cuidado protector y salvador del redentor. Frank y Ellen no se alejaron de su llamamiento. Entraron al cuarto de Ryan como atalayas, y su exhortación fue como una advertencia amorosa que el Señor usó para cambiar el corazón de Ryan. Todo lo que dijeron fluyó de un deseo sincero de ser parte de lo que Dios estaba haciendo. No dejes de notar el hecho de que antes que Dios

podiera usar sus palabras para trabajar en el corazón de Ryan, primero tuvo que obrar en las de ellos. De igual modo hará con nosotros.

Finalmente, notemos que este pasaje es puntualizado dos veces con las palabras, “Yo Jehová”. Dios está diciendo, “El Rey está hablando y esta es *mi* voluntad para ustedes. Yo soy el Señor, y les estoy llamando a amarse de esta manera. No se permite el debate, las excusas o los cuestionamientos. Yo soy el Señor. Ahora vayan y sean mis instrumentos de advertencia y rescate para aquellos a quienes he puesto cerca de ustedes”.

La Gran Comisión

En Mateo 28 encontramos uno de los llamamientos más claros para ser parte de la misión del Rey en la tierra. Después de la resurrección, Cristo le pidió a sus discípulos que se reunieran con él en una montaña en Galilea. Allí les dio palabras de comisión con las cuales todo creyente está familiarizado, no obstante me pregunto si Frank y Ellen hubieran pensado que esta comisión se aplicaba a lo que estaban haciendo con Ryan. Me pregunto si vemos sus aplicaciones para nuestras vidas diarias. Estoy persuadido de que estas palabras han perdido mucho de su poder por la manera en la que típicamente se interpretan.

Considera la gran comisión que Cristo dio a sus discípulos y su iglesia, y pregúntate, ¿En qué consiste este ministerio? ¿Qué impacto tiene en nuestras conversaciones diarias? ¿Qué demandas hace para el mundo de las palabras?

“Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaban. Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.” (Mat. 28:16-20)

Cristo se para ante sus discípulos como el Rey vencedor. Habiendo cumplido su misión en la tierra y pronto para ser sentado a la diestra del Padre, declara su autoridad y llama a sus seguidores a llevar su mensaje a todas las naciones de la tierra. Todos hemos oído invitaciones apelantes para ser parte de las misiones mundiales con base en este pasaje. Esas invitaciones son apropiadas y necesarias. Pero, por favor, nota que si sólo interpretamos este pasaje de esa manera, dejamos a la mayor parte de iglesia de Jesucristo sin una comisión. Eso simplemente no hace justicia a lo que se registra aquí.

Cuando el pueblo de Dios limita este pasaje al mundo de las misiones extranjeras, está perdiendo mucho de su significado. Lo mismo ocurre cuando limitamos el pasaje al contexto del ministerio profesional. Se convierte un pasaje acerca del misionero profesional, que va al extranjero, quien ha aceptado esta gran comisión. Ciertamente este pasaje *incluye* estas aplicaciones, pero aquí encontramos mucho más que eso.

Creo que la iglesia se ha debilitado por su tendencia a descuidar la segunda mitad de esta comisión. Jesús nos llama no sólo a ir y hacer discípulos, sino también a enseñarles lo que significa vivir vidas obedientes a cada mandamiento de Cristo. Es un llamamiento a exhortar, animar y enseñar para que progresivamente sean liberados de sus pautas pasadas de pecado y sean conformados a la imagen de Cristo. La gran comisión no sólo es llamamiento a traer gente *adentro* del Reino de la luz, sino también es un llamamiento para enseñarles a *vivir* como hijos de luz una vez que ya estén allí. Cuando perdemos de vista la segunda mitad de la Gran Comisión (“enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”), perdemos de vista sus implicaciones para nuestras palabras cotidianas.

La Gran Comisión como un Estilo de Vida

Ahora, es importante preguntarnos de quién es este ministerio, y cuando y dónde debe realizarse. La respuesta de todo el Nuevo Testamento es que este es un ministerio de todo creyente, que debe ser realizado donde sea y cuando sea necesario. No sólo es un llamado al ministerio profesional, sino más fundamentalmente al ministerio como un estilo de vida. Esta comisión nos previene de divorciar el ministerio de nuestras vidas normales y cotidianas. ¿Dónde enseñamos y aprendemos a vivir como hijos obedientes de Dios? No sólo en los programas formales de la Iglesia, sino en todas las experiencias diarias, cuando luchamos con las tentaciones del enemigo y los deseos de nuestra naturaleza pecaminosa. Así que la relación esposo-esposa se convierte en un foro para el ministerio de la Gran Comisión. La relación padre-hijo se convierte en un foro para el ministerio de la Gran Comisión. Las relaciones dentro del cuerpo de Cristo se convierten en un foro para el ministerio de la Gran Comisión, una comisión que no sólo es acerca de la justificación, sino también de la santificación progresiva.

Esto significa que cuando hablo con mi esposa acerca de las dificultades y decepciones en nuestra relación, lo debo hacer teniendo la mentalidad de la “segunda parte de la Gran Comisión”. Reconozco que la meta más importante de la conversación es que nuestras palabras animen la obra que Dios está haciendo en nosotros. El hecho mismo de que necesitamos hablar indica que esta obra todavía no se completa. Aun las ofensas menores revelan que todavía no estamos obedeciendo todos los mandamientos de Cristo. Así que al estar tratando de entendernos y resolver nuestros problemas juntos, queremos promover la obra que Dios está haciendo para ayudarnos a vivir más plenamente como hijos de luz. De nuevo, el asunto no es si es que estamos lidiando con problemas, sino *cómo* lo estamos haciendo. ¿Es nuestro acercamiento forjado por un deseo de ministrar su verdad unos a otros hasta que este ministerio ya no sea necesario?

Una actitud del ministerio como estilo de vida debe gobernar todas las palabras que decimos. No *salimos* de la vida para *introducirnos* al ministerio. ¡El llamamiento de Dios se extiende a cada momento de la vida! Nuestra respuesta debe ser un sometimiento a la obligación moral de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, motivados por algo más que nuestra propia felicidad, satisfacción y comodidad. Deseamos ser parte de lo que el Rey está haciendo en las vidas de los que nos rodean.

Estas oportunidades pueden no verse como las esperamos. Raras veces alguien dirá, ¿Qué dice la Biblia acerca de . . . ?” o “He reconocido que hay áreas de mi vida que están fuera de la voluntad de Dios y necesito tu ayuda” o “Papá, ¿Hay algunos mandamientos de la Escritura que necesito aplicar a mi vida?” ¡No! los momentos más poderosos del ministerio vienen en tiempos de dificultad, sea grande o pequeña. Sabemos que el Señor utiliza la dificultad para avanzar su obra en nuestras vidas. Y si somos uno de sus instrumentos principales de cambio, lo más probable es que algunas de nuestras oportunidades de ministerio más maravillosas vendrán en momentos que preferiríamos evitar.

A menudo en tales momentos estamos tan ocupados en nuestras propias emociones (heridas, temor, decepción, enojo, vergüenza, desánimo, etc.) o tan ocupados en nuestros propios deseos (de una solución rápida, de estar en lo correcto, ser apreciados, escapar, ganar, de salirse con el menor daño posible, de comodidad y entendimiento, etc.) que perdemos de vista la oportunidad que Dios nos ha dado para hablar palabras que promuevan su misión redentora. Cuando Frank leyó el correo de Ryan por primera vez, no pensó, *¡Qué maravillosa oportunidad para ministrar! ¡Gracias Señor!* ¡No! su corazón se llenó del pesar de un padre, y que es apropiado. Pero esas

palabras dolorosas, escritas en blanco y negro de tal forma que Ryan no las podía negar, fueron lo que Dios usó para movilizar a Frank y a Ellen para rescatar a Ryan. Ese momento de pesar no fue el momento de Frank y Ellen, fue el momento de Dios. Él los llamó a compartir el sufrimiento para que pudieran compartir la gloria de su obra de transformación.

Frank y Ellen necesitaban ir más allá de una conversación que es dirigida por emociones efervescentes y deseos temerarios. (“¿Cómo pudiste hacernos esto?” “¿Nosotros hacemos todo por ti y así es como nos pagas?” “Ese correo sólo demuestra que tienes los *amigos* correctos – ¡un mediocre rodeado de mediocres!” “¡Ni se te ocurra que volverás a usar la computadora algún día!” “¡Es difícil creer que seas mi hijo!” “¿Por qué? En mis días ni siquiera se me hubiera ocurrido hacer semejante cosa” “Tan siquiera por una vez quisiéramos que hicieras una cosa digna de respeto”) Ellos debían hablar a Ryan con el amor redentor de Dios. Ese amor era la razón de esta oportunidad. Les permitía rechazar la arrogancia, las palabras soberbias y ofrecerle palabras humildes de gracia. Se acercaron a Ryan conscientes que eran pecadores que habían experimentado la intervención del redentor, y quienes deseaban que él también experimentara la misma gracia poderosa y liberadora.

Una amonestación no es una condenación, sino un llamamiento. Las palabras de exhortación no son un juicio, sino un llamado a seguir al Señor. La confrontación no es una sentencia, sino una advertencia. Compartimos la Palabra de Dios unos con otros, no porque seamos superiores o mejores, ni porque seamos capaces de componer a la gente. ¡No! Enseñamos, animamos, amonestamos, corregimos y exhortamos porque Dios nos ha comisionado para hacerlo. Este llamamiento no es un sector de nuestras vidas ya demasiadas ocupadas, sino que es un estilo de vida. Es lo que debemos estar haciendo quienquiera que seamos y dondequiera que estemos.

El ministerio vendrá inesperadamente, a menudo envuelto en dificultades. En medio de estas oportunidades, deseamos que nuestras palabras sean consistentes con el llamamiento de Dios, pues hemos aceptado el hecho de que hemos sido escogidos para estar en la misión del Rey.

Algo Personal: La misión de quién, ¿del Rey o la tuya?

1. ¿Cómo respondes típicamente ante los problemas? (¿Te autocompadeces? ¿Cuestionas a Dios? ¿Culpas a otros? ¿Maldices la situación? ¿Buscas la mano de Dios? ¿Buscas servir?)
2. ¿En dónde tiendes a convertir los momentos de ministerio en momentos de frustración, irritación y enojo?
3. ¿Qué significa la idea de ver las relaciones de una manera redentora? ¿Tienes alguna relación que no ves de esta manera?
4. ¿Ha causado el temor que no digas la verdad, evites los asuntos de conflicto o excuses el pecado de alguien en lugar de confrontarlo?
5. ¿En dónde has tendido a tomar muy a pecho las cosas que no eran para tanto y al hacerlo perdiste oportunidades de hablar redentoramente?
6. ¿Qué dificultad te está dando alguna oportunidad que Dios te da para cumplir la Gran Comisión?
7. En tus relaciones, ¿Dónde tiendes a olvidar las promesas del evangelio y a sentirte abrumado por las oportunidades dadas por Dios?
8. Confiesa a Dios y a las personas correspondientes cualquier pecado que hayas descubierto a través de estas preguntas. Abraza la promesa de 1 Juan 1:8-9.

CAPÍTULO ONCE

Lo Primero es lo Primero

"El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón, presenta lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón, presenta lo malo. Porque de la abundancia del corazón habla la boca" (Lucas 6:45)

Al estarte acercando al final de este libro, quizá te preguntes, *Paul, entiendo el llamamiento de Dios con respecto a mis palabras. Se que no he estado hablando redentoramente. Mis palabras han sido dirigidas por mis propios deseos, y puedo ver el fruto de mi pecado y fracaso por todos lados. ¡Pero no se qué hacer!*

Este capítulo es para ti. Es un capítulo acerca del cambio. Queremos mirar hacia el camino divino del arrepentimiento. Al dar la espalda a la vieja manera de hablar, es importante atender primero lo primero y comenzar con tu corazón. El arrepentimiento se describe en la Escritura como un cambio radical *en tu corazón* que te lleva a un cambio radical *en tu vida*. Cuando Dios llamaba al arrepentimiento a Israel le decía, "Desgarrad vuestro corazón y no vuestros vestidos. Volved a Jehová, vuestro Dios" (Joel 2:13). En el Antiguo Testamento un símbolo de remordimiento era el desgarramiento de las vestiduras, así que esencialmente Dios les estaba diciendo, "Deseo más que actos simbólicos de arrepentimiento. Deseo corazones que realmente hayan cambiado".

El fundamento del Arrepentimiento: Corazones que abrazan el Evangelio

Es difícil entender, pero no obstante es cierto, que Dios nos muestra nuestro pecado y fracaso no como un acto de condenación, sino como un acto de amor redentor. Como Padre, disciplina a sus hijos con el propósito de hacernos *santos*. Su intención nunca es aplastar, destruir o abandonar. Aunque la disciplina puede ser dolorosa, su propósito es producir en nosotros una cosecha de justicia y paz (Heb. 12:1-13).

Por lo tanto, no te desalientes. No permitas que el enemigo te engañe diciéndote que es demasiado tarde y que nunca podrás hacerlo bien. No permitas que tu sentido de fracaso cause que te alejes del Señor por la culpa y la vergüenza. Vuélvete a él y ve en su rostro la aceptación amorosa de un padre, un padre que hace que te veas a ti mismo tal y como eres *porque* te ama profunda y completamente.

Quizá tus ojos hayan sido abiertos a través de este libro, y hayas visto cosas acerca de tu comunicación que no habías visto anteriormente. Ven al Señor en tu imperfección. Busca su perdón y ayuda. Si Dios te ha convencido, este puede ser un momento de regreso o un momento de endurecimiento. ¡Sé valiente y arrepíentete! ¡Eres amado!

El verdadero arrepentimiento comienza con el corazón que descansa en la obra de Cristo y las muchas promesas que fluyen de su victoria sobre el pecado. Quiero resaltar seis de estas promesas porque ellas son las que me animan a salir de las tinieblas en búsqueda de la luz de la verdad. El pecado produce, culpa, vergüenza y temor, pero sólo el amor perfecto del Señor lo echa todo afuera. En sus grandes y preciosas promesas realmente encuentro todo lo que necesito para cumplir lo que me ha llamado a hacer (2 Ped. 1:3-4).

La primera promesa del Evangelio que necesitamos abrazar es la promesa del *perdón*. La promesa del amor de Dios es total y completa. Él dice que nunca más se acordará de nuestros pecados y nos separará de ellos tan lejos como está el este del oeste. ¡Qué promesa tan asombrosa! No tengo que cargar mis pecados por todos lados

como una bolsa de remordimiento que lastima mis hombros espirituales y quiebra la espalda de mi fe. Jesús tomó el peso de mi pecado sobre él mismo para que yo ya no tuviera que cargarlo.

¡Cuánta libertad hay aquí! No tiene sentido que el creyente viva aprisionado por el temor, la obscuridad de la culpa y la vergüenza. ¡Jesús ha pagado la deuda! Así que aunque vengo manchado y sucio, puedo venir a Cristo lleno de fe y esperanza, y recibir el perdón que es mío como un hijo de Dios.

La segunda promesa del Evangelio es la *liberación*. Cristo vino no sólo a perdonar nuestros pecados, sino también a liberarnos de ellos. En la cruz rompió el poder del señorío del pecado sobre mí (ver Rom. 6:1-14). Ya no tengo por qué entregarme a los pecados de la lengua. Las cosas *pueden* ser diferentes. *Puedo* hablar en una nueva manera.

En el evangelio encuentro no sólo el perdón y la liberación, sino también la *fuerza*. Como el Señor le prometió a Pablo, “Bástate mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Cor. 12:9). ¡Sí! No logramos llenar la medida del estándar de Dios. Por nosotros mismos, no podemos hacer alguna cosa buena. Pero el Señor no nos ha dejado allí. Él viene en su poder y nos llena con su Espíritu para que podamos hablar en una manera que beneficiemos a los demás y le glorifiquemos. El mismo poder que resucitó a Cristo de entre los muertos está viviendo dentro de nosotros (Ef. 1:19-20). Así que ya no tenemos que sucumbir ante las debilidades. Podemos hablar basados en la fuerza que es nuestra en Cristo.

Otra promesa preciosa del evangelio es la *restauración*. Es tan fácil mirar atrás en nuestras vidas y ver las ruinas que han quedado de las oportunidades perdidas. Es toda una tentación desear recoger las palabras dichas y decir lo correcto en esta ocasión. Es tan fácil cuestionar a Dios por haber tardado tanto en mostrarnos cuán mal estaban nuestras palabras.

Aquí la promesa del Señor de restauración es tan dulce. “Yo os restituiré los años que comieron la oruga, el pulgón, el saltón y la langosta; mi gran ejército que envié contra vosotros. Comeréis hasta saciaros y alabaréis el nombre de Jehová vuestro Dios, quien ha hecho maravillas con vosotros. Y nunca más será avergonzado mi pueblo” (Joel 2:25-26). Dios es restaurador. Los años no han sido desperdiciados. En su amor soberano, Dios nos ha estado trayendo hasta este punto de entendimiento y convencimiento justo en el momento correcto. Su tiempo siempre es el correcto. El proceso ha sido hecho a la medida para lograr lo que prometió – una cosecha de justicia. Y maravillosamente, Dios promete restaurar lo que se había perdido en el proceso para que nosotros, su pueblo, no seamos avergonzados (Joel 2:27).

En el Evangelio también encontramos la promesa de la *reconciliación*. El corazón del Evangelio es la venida del Príncipe de Paz. En él, encontramos la reconciliación no sólo con Dios, sino también del uno con el otro. Él es el único que puede destruir las paredes que separan a la gente (Ef. 2:14-18). Sólo Él puede poner amor en los corazones en los que una vez hubo odio. Él hace de las personas negligentes y egoístas, personas tiernas y compasivas. De las cenizas del pecado y fracaso humano, él produce la joya de la piedad. Él vino para que los corazones de los padres se dirigieran de nuevo hacia sus hijos, y los corazones de los hijos hacia los padres (Mal. 4:6). Él vino para que su iglesia sea una comunidad de amor y unidad (Juan 17:20-23). Él vino para que los esposos y esposas vivieran como una sola carne. Así que hay esperanza de que las relaciones que hayan sido dañadas, o aun destruidas, puedan experimentar sanidad y reconciliación verdadera. ¡Tu Salvador es el Príncipe de Paz!

Además, el evangelio trae la promesa de *sabiduría*. Santiago habla de esto directamente: “Y si a alguno de vosotros le falta sabiduría, pídala a Dios, quien da a todos con liberalidad y sin reprochar; y le será dada” (Sant. 1:5). ¡Cuán sencillo, pero al mismo cuán alentador! Puedes estar pensando, *yo se que necesito cambiar en mi comunicación, pero no se donde empezar o qué hacer*. Lo que necesitas es sabiduría, y Dios no sólo da sabiduría, sino que la da *generosamente y sin reproches*. No tenemos razón para desesperarnos por nuestra ignorancia cuando “todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento” están escondidos en Cristo (Col. 2:3). Su invitación es sencilla: “¡Ven, pide, y recibirás!”

Finalmente, el Evangelio nos promete *misericordia*. El escritor de Hebreos nos recuerda que Jesús fue tentado como nosotros en cada punto, por eso nos entiende y se identifica con nosotros en nuestras debilidades. Podemos venir a él y encontrar misericordia y gracia para socorrernos en el momento de necesidad (Heb. 4:14-16). En las situaciones más difíciles, en las relaciones más tensas, nunca estamos solos con nuestras habilidades personales para ayudarnos. Estamos en Cristo, y en él, podemos hacer lo que sería imposible de otra manera.

No puedo amar a mis enemigos. No puedo hacer bien a aquellos que me maltratan. No puedo ser paciente ante la provocación. No puedo honrar cuando soy deshonorado. No puedo dejar la venganza al Señor. No puedo encontrar deleite en el servicio sacrificado. No puedo hablar con suavidad ante el enojo de otro. No soy naturalmente amable, compasivo, gentil, o perdonador. El estándar es demasiado alto y mi llamamiento es demasiado grande para que yo pueda cumplirlo. Pero por eso vino Jesús. ¡En él, realmente, encontramos *todo* lo que necesitamos!

El Evangelio es la tierra en la que crece el arrepentimiento. Sus promesas me hacen estar dispuesto a enfrentar mi pecado y me fortalecen para dejarlo. ¡La esperanza verdadera para el cambio se encuentra en Cristo! El arrepentimiento está edificado sobre ese fundamento.

La siguiente pregunta es, ¿qué apariencia tiene el verdadero arrepentimiento? ¿Cómo se revelaría un verdadero cambio de corazón en tu comunicación? Esto nos lleva a considerar los pasos del verdadero arrepentimiento, el tipo de cambio del corazón que lleva al cambio de vida.

Consideración: El primer paso del Arrepentimiento

El primer paso del proceso del arrepentimiento es confesar que tendemos a ser ciegos espiritualmente. Vemos el pecado y fracaso de otros con mucha más claridad de lo que vemos el nuestro. Todos nosotros fácilmente ponemos excusas y echamos la culpa a otro, quedándonos con una imagen distorsionada de quiénes somos y lo que hemos hecho.

El remedio es bastante sencillo. Necesitamos ver con toda intención el espejo de la Palabra de Dios para vernos tal y como somos, y para ver en dónde necesitamos cambios (Sant. 1:22-25). Al vernos en el espejo de Dios necesitamos preguntarnos, ¿Qué me quiere mostrar Dios que aun no he visto respecto a mis palabras?

Al leer la Escritura, veremos que el énfasis de la Biblia respecto a la comunicación no es tanto un enfoque en nuevas técnicas, sino en un plan para el corazón que transforma las palabras de ser un mundo indomable de maldad a ser un mundo bondadoso dador de gracia. De este plan surgen principios bíblicos prácticos de comunicación que definen lo que significa hablar *redentoramente*. Nuestras palabras ya no dejarán un rastro de desánimo, destrucción y división. En vez de eso, serán palabras

de amor, verdad, gracia, esperanza, fe, perdón y paz, que produzcan una cosecha de justicia.

El corazón detrás de la lucha

Una pareja a quienes aconsejé hace varios años ilustran nuestra necesidad desesperante de *considerar* los corazones que controlan nuestras palabras. Había estado aconsejando a Bob y a Mary por un tiempo. Una de las luchas constantes de Bob con Mary era la frecuencia e intensidad del enojo de ella hacia sus tres hijos. Había animado a Bob a no tan sólo quejarse acerca del enojo de Mary, sino a comprometerse a hablar la verdad con Mary.

Los tres nos habíamos vuelto a reunir y Bob estaba resumiendo lo eventos de la semana. “Oh, por cierto,” dijo, “apliqué su consejo y confronté a Mary respecto a su enojo. Le dije que necesitaba examinar cuán destructiva era la manera en la que interfería con lo que Dios quiere hacer en las vidas de nuestros hijos”. Al escuchar a Bob, tuve dos reacciones en conflicto. La primera era que lo que Bob comunicaba sonaba bien y correcto. La segunda reacción vino al observar a Mary a medida que Bob hablaba. Ella no estaba aceptando para nada ese resumen. De hecho, estaba, a todas luces, enojada por cuan bien quedó Bob delante de mí de acuerdo con su propio resumen.

Dije, “Mary parece estar contrariada por lo que Bob ha dicho. ¿Por qué no me dices lo que estás pensando?” Mary describió la escena de esta manera. “Había decidido preparar para todos una buena comida casera. Ha sido difícil con un niño de cinco años y gemelos de tres años. La tarde había sido increíble. Los niños parecían haber tramado no permitirme preparar una comida decente para poner sobre la mesa. Por fin logré terminar la cena, pero cuando nos sentamos a la mesa, estaba totalmente alterada. Como siempre, la cena comenzó con uno de los gemelos derramando su bebida sobre todo lo demás. Entonces, salí de mis casillas. No sólo le grité a él, sino a los otros dos por pensar que fue algo gracioso”.

“En ese momento vi a Bob y noté que estaba a punto de explotar. Primero, sólo se me quedó viendo. Luego, comenzó a hablar, justo frente a los niños. Él dijo, “¿Cuándo vas a aprender? ¿Estás tan enfocada en ti y en tus pequeños problemas que no te das cuenta de lo que está pasando? ¿Estás tan ciega que no te das cuenta de lo que te has vuelto? Tú eres la cosa más destructiva en la vida de nuestros hijos. Me pregunto si algún día se recuperarán de lo que les has hecho. ¡Algunas veces me pregunto si no hubiera sido mejor que nunca te hubieran conocido! ¡Y yo he renunciado a cualquier esperanza de que cambies! Por supuesto, dices que lo sientes, pero te das la vuelta y lo vuelves a hacer. ¡Necesitas componer tu vida y alejarte de los niños! Tú nunca me has visto explotar en ira en contra de ellos como tú lo haces. ¡Sólo quisiera que pudieras verte y ver lo que yo veo! Miré alrededor de la mesa y vi a nuestros tres hijos escuchando con atención mientras Bob me hacía pedazos”.

Hay muchas cosas que se podrían decir acerca de la lucha de esta familia, pero para nuestros propósitos quiero enfocarme en Bob en su papel como el portavoz de Dios. Como marido, padre y creyente, él ha sido llamado por Dios para ser su embajador. Ha sido llamado para ser un atalaya. Ha sido llamado para estimular la perseverancia y para ser un agente de rescate y restauración. Mary estaba en medio de una lucha espiritual importante. Estaba ciega con respecto a sí misma y a la presencia y poder de Dios. Con toda claridad, ella necesitaba ayuda, y asimismo Bob había sido colocado por Dios como la ayuda para la vida de Mary. No obstante, cuando Bob vio a Mary, no fue esto lo que vio. El vio a alguien que estaba estropeando su vida ordenada. Vio a alguien de quien quería librarse, en vez de a alguien en necesidad de rescate. Lo que Bob dijo ni fue de

ayuda, ni fue productivo. Sus palabras no produjeron una cosecha de justicia. Sólo hicieron que Mary se pusiera más a la defensiva. En vez de abrir sus ojos espirituales, las palabras de Bob sólo agravaron su ceguera.

Podrías argüir, en un sentido muy laxo, que lo que Bob dijo era verdadero. El enojo de Mary es dañino para sus hijos. Está ciega con respecto a lo que está haciendo. Confiesa su falta, pero no se trata de un arrepentimiento duradero. No obstante, la verdad de las palabras de Bob está tan distorsionada por sus propias actitudes pecaminosas que lo que dice deja de ser la verdad. En vez de eso, estamos escuchando la opinión airada de un hombre que está tan ciego como Mary. Bob fue negligente por no poner primero lo primero. No separó tiempo para tratar con sus propias actitudes del corazón, por lo que sus palabras no ofrecieron solución ni consuelo. En vez de eso, se convirtieron en otra parte del problema.

Imagínate la diferencia si Bob no profería bruscamente sus palabras aquella noche en la mesa. Imagínate si él hubiera esperado, tomado tiempo para luchar con la guerra en su propio corazón. Imagínate si hubiera confesado su enojo en contra de Mary y se hubiera enfocado en lo que Dios quería lograr. Imagínate si él hubiera visto el momento como el momento de Dios para redención y restauración. ¡Cuán diferente hubiera sido todo si hubiera hablado la verdad con paciencia, gentileza, humildad y amor!

Mary no tuvo gratitud por la manera en la que Dios había usado a Bob en su vida. No estaba testificando de su franqueza amorosa. En vez de eso, estaba enojada con Bob por su las cosas “horribles” que él había dicho. Se sentía ultrajada por cómo y dónde las había dicho. Los ojos de Mary estaban fijos sobre Bob, tal y como los de Bob habían estado sobre Mary. No se estaba realizando ningún cambio redentor; el problema sólo había agregado una capa más de complicación.

Separa tiempo para mirarte en el espejo de la Palabra de Dios. ¿Has hablado con otros sin antes examinar tu propio corazón? ¿Trajeron tus palabras esperanza, ayuda, y consuelo a aquellos que batallan con el pecado? O ¿tu comunicación sólo agregó capas de dificultad a los problemas ya existentes? Separa tiempo para considerar la voz amable del Redentor cuando te hable a través de su Palabra.

Confesión: El Segundo Paso del Arrepentimiento

El arrepentimiento verdadero siempre involucra la confesión. Aceptamos la responsabilidad ante Dios y los hombres por lo que hayamos dicho o hecho. La confesión significa aceptar humildemente lo que Dios ha dicho acerca de nosotros – que somos pecadores por naturaleza y nuestro pecado se expresa en nuestros pensamientos, palabras y acciones. No podemos confesar los pecados de la comunicación sin confesar las actitudes pecaminosas que han dado forma a nuestras palabras. Aquí es donde la historia de Bob y Mary nos puede ayudar. ¿Qué actitudes del corazón se encuentran debajo de las palabras de Bob y Mary? Recuerda, Mary no era la única que estaba en medio de la batalla espiritual; Bob también lo estaba. Recuerda también que la guerra de las palabras siempre revela una guerra más profunda. Tanto Bob como Mary estaban en contra de un enemigo que quería dividir y destruir a toda su familia. Él estaba estimulando varias actitudes en el corazón de Bob. ¿Necesitas confesar estas actitudes también?

1. *Duda.* El enojo de Mary fue la ocasión para que Bob tuviera muchas dudas. Primero, se preguntaba si había estado totalmente “fuera de la voluntad de Dios” cuando se casó con Mary. ¿Se había entusiasmado demasiado con su belleza que no se dio tiempo para conocerla? También tenía dudas respecto a Dios. Decía, “No puedo entender porqué Dios permitió que me casara con tal tipo de persona. Nada me ha sacudido más mi fe en la sabiduría de Dios que mi matrimonio”.

2. *Temor*. Bob lo expresaba así: “Miro a mis hijos y me pregunto en qué tipo de monstruos se convertirán. Los puedo ver algún día hablando con un consejero acerca de cuán horrible fue su hogar. Tal parece que en cada cuarto que voy está Mary y está contrariada por algo. La mayor parte del tiempo trato de no pensar hacia donde nos está llevando todo esto”.

3. *Enojo*. “No pido mucho”, decía Bob, “Sólo quiero un poquito de orden y amor en mi hogar. ¿Es mucho lo que pido? Estoy poniendo de mi parte; lo único que estoy pidiendo que Mary ponga de la suya”.

4. *Venganza*. Le parecía a Bob que Mary pecaba día tras día y nada pasaba. Bob se preguntaba “¿Por qué Dios permite que esto continúe?” “¿Por qué no hace algo? Me gustaría que Mary fuera lastimada tan sólo una vez de la manera en la que ella lastima a los niños y a mí”.

5. *Autojusticia*. “No entiendo el enojo de Mary, creo que simplemente somos diferentes. Nunca he sentido el enojo que siente Mary ni nunca lo he expresado así. Nunca se me ocurriría decir las cosas crueles que le dice a los niños. A veces me pregunto si en verdad será cristiana. Si sí lo es, no puedo entender ese tipo de cristianismo”.

6. *Egoísmo*. “Un hombre necesita un lugar para descansar. No tengo ningún sitio así. Cuando llego a casa me gustaría que la parte difícil de mi día ya haya terminado. No quiero un hogar más estresante que mi trabajo. No debo estar en el trabajo veinticuatro horas al día. ¿Cuándo podré descansar?”

7. *Desesperanza*. Bob se sentía atrapado y completamente impotente para efectuar un cambio. Decía, “Así lo veo, no puedo cambiar a Mary, no obstante soy forzado por Dios para permanecer con ella. Si me quedo, pierdo porque mi vida es tragada por su enojo. Si me voy, pierdo porque enfrentaré el juicio de Dios. Oro por esto todos los días, pero Dios no parece estar escuchando. Voy a la iglesia y veo a todas esas familias felices sentadas juntas y me da náuseas. ¡Estoy atrapado y no sé qué hacer!”.

Es muy tentador empezar a responder a cada actitud de Bob, pero no deseo perder de vista el punto principal que estamos considerando: De ninguna manera Bob podrá hablar redentoramente - no podrá funcionar como el embajador y atalaya de Dios – sin que primero atienda la guerra en su propio corazón, la guerra que revelan sus palabras. Bob veía la guerra que ocurría en Mary, y reconocía cómo ésta daba forma a su comunicación. No obstante, no se percataba de la presencia de la misma guerra en él mismo y la manera en la que esa guerra daba forma a sus palabras para Mary.

Bob no sólo perdió la oportunidad de ser parte de lo que Dios estaba haciendo en la vida de Mary, sino que su comportamiento hizo que las cosas empeoraran. Mary se puso más y más a la defensiva, más y más renuente a escuchar a Bob. Se enfocó más y más en el pecado de Bob y no en el de ella. Bob no había sido usado por Dios para ayudarla con su ceguera; había sido una herramienta del enemigo para intensificarla. ¿Por qué? Porque había fallado en no hacer primero lo primero, y enfrentar los problemas de su propio corazón. Así que no estaba preparado para “hablar la verdad en amor”.

Compromiso: El tercer paso del Arrepentimiento

Todos tendemos a compartir la lucha de Bob. Somos propensos a hablar sin haber preparado el corazón apropiadamente. Y así es que necesitamos comprometernos a comenzar primero con nuestro propio corazón. Santiago dice que debemos ser lentos para hablar (Sant. 1:19-21). Proverbios dice que el corazón de justo piensa antes de responder (Prov. 15:28). Pero tenemos la inclinación de repasar los pecados de otros en vez de examinar nuestros propios corazones. Cuando nos entregamos a estas tendencias, nos volvemos parte del problema en lugar de ser instrumentos para el cambio.

En ningún otro lugar hay un llamamiento más claro para preparar el corazón que en las palabras de Pablo a la Iglesia de Colosas.

“ Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.” (Col. 3:12-17)

Este pasaje es uno de los llamados más directos de la Biblia para el ministerio personal. Pablo nos llama a hacer cosas los unos hacia los otros que a menudo se asignan a los ministros profesionales y formales. Nos llama a cada uno a ser personas que amonesten. Nos llama a todos a cantarnos la verdad los unos a los otros. Todos debemos aprovechar las oportunidades únicas que Dios nos da de ser parte de lo que él está haciendo como Redentor. Pero aunque este llamado para el ministerio personal es tan notorio, la mayor parte del pasaje no trata acerca de lo que hemos sido llamados a hacer. La mayor parte trata acerca de la *preparación* para hacerlo, acerca de la postura del corazón que hace posible el ministerio.

Todos somos personas de influencia. Todos estamos tratando de entender la vida y compartir nuestras interpretaciones con otros. Este mundo de influencia y “ministerio” es inevitable. El dar y recibir consejo es la materia prima de las relaciones humanas. La pregunta es esta: ¿Estamos comprometidos con el ministerio, y a realizarlo como Dios quiere? ¿Estamos dispuestos a funcionar como sus embajadores? ¿Nos estamos preparando para que él pueda hacer su llamamiento a través de nosotros?

En el versículo 12, cuando Pablo describe la preparación del corazón necesaria para el ministerio, él usa una metáfora común que no debemos pasar por alto. Pablo dice que debemos “vestirnos” con ciertas actitudes. Está diciendo esencialmente, “Si van a ministrar el uno al otro, ¡Deben vestirse para esa labor! Aquí está la vestidura que Dios provee para que podamos hablar redentoramente”.

1. *Compasión*: La compasión no sólo es una consciencia de la necesidad de los demás; es un deseo de hacer algo para aliviarla. Somos hijos de Aquel que es “Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (2 Cor. 1:3-4). No tiene sentido recibir tal compasión sorprendente y responder a los demás dura e insensiblemente.

2. *Bondad*. Ser bondadoso es ser generoso, tierno y cálido de corazón. Significa hablar y actuar compresiva y consideradamente. No obstante, ¿No es cierto que a menudo los tiempos de amonestación en el matrimonio, la educación de los hijos, y la iglesia están faltos de ternura? Hazte esta pregunta: cuando confrontas, exhortas, amonestas o enseñas ¿te caracteriza un espíritu cálido y considerado?

3. *Humildad*. Frecuentemente, los tiempos de ministerio personal carecen de un espíritu que admite “yo estoy en las mismas condiciones”. Sin embargo, *somos* fundamentalmente semejantes a aquellos a quienes ministramos. Por ejemplo, si soy un padre, no hay algún pecado que mi hijo cometa que no haya estado presente en vida de

alguna manera. Estamos en la misma posición de aquellos a quienes servimos, somos personas que momento a momento necesitamos el perdón, la liberación y la gracia habilitadora del Señor. La humildad simplemente significa que hacemos una autoevaluación bíblica y precisa al trabajar para el Señor. Esto nos llevará a hablar con un sentido humilde de nuestra necesidad de Cristo que compartimos con los demás (ver Heb. 2:10-18 y el ejemplo de Cristo).

4. *Gentileza*. Cuando mi hijo Darnay tenía como tres años, recogió algunas flores para su mamá. ¡Al menos eran semejantes a las flores! Cuando el buqué llegó a la casa, los tallos estaban torcidos, doblados y débiles, los pétalos estaban aplastados y arrancados. Luella decidió que la única manera de exhibir las flores era haciendo flotar los restos que no estaban totalmente dañados en un plato de cristal. No había nada malo en lo que Darnay trató de hacer. Su problema fue que le faltó gentileza. Afortunadamente, la respuesta gentil y de gracia de Luella salvó la situación.

La gentileza trata a los demás con ternura, hablando de una forma que es suave y moderada. Proverbios dice que la palabra áspera crea problemas en vez de remediarlos (Prov. 15:1). Ser gentil implica no dañar a la misma persona que estoy tratando de ayudar. La gentileza no significa que tengo transigir en la verdad. En vez de eso, significa evitar que la verdad se vea comprometida por la aspereza y la insensibilidad.

5. *Paciencia*. Una de las cosas más difíciles a las que Dios nos llama en nuestras relaciones con él y los demás es a esperar. No nos gusta esperar la cosecha. Queremos plantar las semillas en la mañana y cosechar frutos maduros por la tarde. Pero obra de cambio que Dios realiza en nosotros y los demás es un proceso.

Deseamos que el cambio se dé en un sólo evento, así que hablamos de prisa y aplicamos presión humana en la forma de culpa y ultimátum. De esta manera, complicamos los problemas y cualquier solución que gocemos resulta ser temporal y superficial. La paciencia es estar dispuesto a esperar aun cuando esto implique soportar dificultades. Y la paciencia significa no sólo esperar, sino esperar *tranquilamente*. La impaciencia se revela por el enojo que crece cada minuto. La paciencia espera sin caer en palabras y acciones impulsivas.

6. *Tolerancia*. La tolerancia es tener paciencia aun bajo presión. Los momentos más difíciles para ejercitar la paciencia son cuando somos provocados. La tolerancia significa abstenerse de la venganza, mantenerse tranquilo aun ante la provocación. Pedro dice esto de Cristo: "Quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente" (1 Pedro 2:23) ¡Qué ejemplo! Notemos que la tolerancia de Cristo creció en la tierra de la confianza activa en la justicia del Padre.

7. *Perdón*. Cuando alguien ha pecado contra mí, debo renunciar a mis sentimientos de enojo y amargura, y a mi deseo de venganza. Esto me prepara para perdonar cuando la persona confiese su pecado y pida perdón. En este encuentro cara a cara, libro a la persona de culpa y de cualquier necesidad de pago. Como pecadores, no debemos atrevernos a recibir el perdón de los otros, cuando nosotros mismos luchamos para perdonar. (Ver la parábola de los dos deudores, Mateo 18:21-35).

8. *Amor*. Esta es la cualidad fundamental, la virtud que mantiene juntas a todas las demás. Es el ingrediente fundamental de la redención, y debe ser el carácter fundamental de nuestro ministerio el uno al otro. El amor significa estar dispuesto a sacrificar la posición, posesión, deseo y necesidad personal por el bien de otra persona. Es la disposición para esperar, trabajar, sufrir y dar para el beneficio de otra persona. El amor significa estar dispuesto a dar mi vida por otro.

9. *Paz*. La paz no es la ausencia de conflicto o lucha, sino una posición del corazón que da forma al ministerio. La paz a que somos llamados es la paz de Cristo. Esto es lo que debe gobernar nuestros corazones en vez de los “que tal si...” que a menudo nos controlan.

A menudo, cuando los padres descubren que su adolescente les ha mentado, ha ido a algún lugar prohibido, o se fue de pinta, dejan que sus mentes vayan muy lejos concibiendo lo peor de lo peor. (¿Qué más estará haciendo que todavía no me he enterado? ¿Estará drogándose? ¿Qué otras mentiras me habrá dicho? ¿Cuán frecuentemente se ha ido de pinta?) En vez de reconocer que el descubrimiento del pecado de su hijo es el resultado de la presencia y amor de Dios, sus palabras son forjadas por el temor, son dichas como acusaciones, y no dirigen hacia el cambio que se necesita. El error fue permitir que la comunicación fluyera por el temor de las circunstancias en vez que de la paz de Cristo.

La paz es un descanso, contentamiento, seguridad y esperanza interna que surge de una confianza activa en la presencia, poder, gobierno y gracia de Cristo. Es el hábito de reposar diariamente en Cristo. Viene de mirar la vida desde el punto de vista de quién es Dios y qué es lo que está haciendo como el Señor y Redentor.

10. *Gratitud*. Vivimos en una época de derechos y prerrogativas, una época del “yo merezco . . .” Pero si recordamos lo que el evangelio dice acerca de quienes somos y lo que realmente merecemos, no debe ser difícil vivir y hablar con un corazón agradecido. El agradecimiento es un espíritu de gratitud por los regalos y las gracias que no podríamos alcanzar o merecer. Refleja una consciencia de la misericordia increíble que continuo recibiendo de la mano del Señor. Soy llamado a hablar con este tipo de corazón.

Estas cualidades del carácter son la “vestidura” que debemos ponernos como instrumentos de Dios para la redención. Hay dos cosas que decir acerca de esta lista. Primero, debemos confesar humildemente que la no alcanzamos el estándar establecido. Simplemente no es posible alcanzarlo humanamente. Debemos clamar por la misericordia y fortaleza de Dios, quien está dentro de nosotros inclusive cuando oramos.

Segundo, es vital entender lo que Pablo realmente está diciéndonos que nos “pongamos”. Está diciendo, “¡Vístanse de Cristo!” La lista describe a Cristo. Pablo está diciendo, “Vístanse del carácter de Cristo al hablar los unos con los otros. Encarnen a Cristo en sus ministerios de la misma manera en la que él encarnó al Padre en la tierra. Traigan con ustedes la gloria de Cristo al ministrar. Él es su única esperanza de cambio. Confróntense unos a otros no sólo con palabras humanas, sabiduría humana y argumentos humanos. Confróntense unos a otros con la presencia y la gloria de Cristo. Refuercen la realidad de que él está aquí y está activo. ¡Sean una ventana de su gloria!”

Esto significa que debemos abandonar cualquier esperanza de que *nosotros* podemos producir el cambio. Tú y yo *no podemos* producir cambios en otros; siempre es el resultado del poder y la gracia de Dios en acción. Así que renunciemos a las demandas humanas. No tratamos de impresionar a las personas con todo lo que sabemos o cuánta experiencia tenemos. No tratamos de forzar el cambio por medio de la manipulación. No buscamos obtener resultados con una voz ruidosa o con palabras candentes. No sobornamos, regateamos, o llegamos a arreglos. No buscamos que la gente reaccione a través de la culpabilidad, condenación o juicio. No confiamos en nuestros argumentos sofisticados. Reconocemos que si estas cosas pudieran producir cambio duradero en el corazón humano, Cristo nunca hubiera venido a sufrir y a morir. El encuentro más importante en el ministerio personal no es el encuentro de la gente con nosotros, sino su encuentro con Él. Nosotros somos simplemente llamados a hacer los preparativos para ese encuentro.

Así es que nosotros nos preparamos para el ministerio personal vistiéndonos con Cristo y armándonos con las verdades de la Escritura. Cuando estas cosas están en su lugar, estamos listos para hablar redentoramente.

Cambio: El último paso del Arrepentimiento

Hay un principio sencillo del arrepentimiento que debe ser recordado: El cambio no ha ocurrido hasta que el cambio ha ocurrido. El arrepentimiento es un cambio del corazón que lleva a un cambio radical en tu vida, en sus relaciones y situaciones diarias. Puesto que de la abundancia del corazón habla la boca, el cambio del corazón siempre llevará a un cambio en la comunicación. Un corazón sometido a Cristo producirá una comunicación semejante a la de Cristo. El arrepentimiento no sólo se trata de decir “no” a la impiedad, sino también de vivir vidas de dominio propio, rectas y piadosas. El arrepentimiento siempre involucra “Despojarse” y “Vestirse” (Ef. 4:22-24).

¿Qué es lo que hace que una persona busque tener el carácter de Cristo? ¿Qué es lo que hace que anhelemos ser conformados a su imagen? Al aconsejar a muchos esposos y esposas en problemas, me ha impresionado ver cuántos de ellos tienen un entendimiento firme de la enseñanza bíblica acerca del matrimonio, no obstante, tienen problemas maritales serios porque carecen del carácter de Cristo. Su conocimiento bíblico no es suficiente porque sus corazones no están conformados a la imagen de Cristo. De hecho, en muchas de estas relaciones, el conocimiento bíblico es usado como un arma en la guerra marital. ¿Por qué faltan las actitudes semejantes a las de Cristo en personas que profesan ser creyentes y son activas en sus iglesias locales?

Pedro se refiere a este asunto en su segunda epístola:

“Su divino poder nos ha concedido todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad por medio del conocimiento de aquel que nos llamó por su propia gloria y excelencia. Mediante ellas nos han sido dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas seáis hechos participantes de la naturaleza divina, después de haber huido de la corrupción que hay en el mundo debido a las bajas pasiones. Y por esto mismo, poniendo todo empeño, añadid a vuestra fe, virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, perseverancia; a la perseverancia, devoción; a la devoción, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque cuando estas cosas están en vosotros y abundan, no os dejarán estar ociosos ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pues el que no tiene estas cosas es ciego y tiene la vista corta, habiendo olvidado la purificación de sus pecados pasados” (2 Pedro 1:3-9)

Pedro nos dice que habrán personas que conocen al Señor, pero cuyas vidas son “ociosas y estériles”. Sus vidas no producen la cosecha del buen fruto que esperarías de la vida de un creyente. ¿Qué está yendo mal? Bueno, Pedro dice que a estas personas les faltan las cualidades esenciales del carácter que produce una buena cosecha (fe, bondad, conocimiento, dominio propio, perseverancia, piedad, amor fraternal y amor). Esto nos deja con otra pregunta: ¿Por qué un creyente no busca estas cosas con diligencia? Pedro responde, “Pues el que no tiene estas cosas es ciego y tiene la vista corta, habiendo olvidado la purificación de sus pecados pasados”.

Pedro dice que cuando tú y yo olvidamos quiénes somos, cuando olvidamos la magnitud de nuestro pecado y las glorias del perdón de Dios, dejamos de buscar todo lo que hemos encontrado en Cristo. Cuando te olvidas de tu pecado y su perdón, pierdes de vista el hecho de que sin él, no hay nada bueno en ti. Comienzas a pensar que no eres tan malo, quizá aun que eres bastante bueno en términos generales. Los pecados de tus

palabras comienzan a verse insignificantes. No te ves a ti mismo como Pablo lo hacía casi al final de su ministerio, como el “peor” de los pecadores (1 Tim. 1:15). Pierdes el sentido de la identidad del evangelio, y al hacerlo, pierdes cualquier urgencia de buscar a Cristo.

Al principio de este pasaje, Pedro dice dos cosas importantes acerca de nuestra identidad como hijos de Dios. Primero, quiere que sepamos que nuestro mayor problema no es el mal externo, sino el mal interno. Cristo vino a salvarnos, no sólo de las tentaciones de este mundo caído, sino de ¡nosotros mismos! Él vino para que podamos participar de la naturaleza divina y escapar de la corrupción en el mundo causada por los deseos malos. Necesitábamos ser rescatados no sólo de la corrupción del mundo, sino también de los deseos malos *de nuestros propios corazones* que nos hacen susceptibles a (y ser parte de) esta corrupción. ¡Necesitábamos ser salvados de nosotros mismos! El camino que nos parecía correcto era un camino de muerte. Éramos esclavos de los deseos de la naturaleza pecaminosa. Nuestra condición era tan desesperante, de hecho, que la Escritura dice que nada bueno podía ser encontrado en nosotros.

Estoy convencido que muchos creyentes pierden esto de vista. Se ven a sí mismos como básicamente buenos y esta percepción afecta radicalmente su búsqueda de Cristo, al igual que la manera en la responden al pecado de los demás. (Ver Lucas 18:9-14, la parábola de Cristo del Fariseo y el publicano).

También afecta poderosamente cómo ven su problema con la lengua. La lengua que Santiago llama “un mundo de maldad” simplemente no parece ser tan mala. Sin embargo, la gente que entiende el evangelio no sólo se goza en la liberación de los malos deseos que ya han experimentado, sino también sienten su necesidad constante de liberación para poder seguir viviendo para él y para ellos mismos. No están satisfechos sólo con ser salvos; anhelan estar delante de Dios, santos e intachables para alabanza de Su gloria. Cuando esta identidad del evangelio atrape tu corazón, ya no minimizarás tus fracasos en la comunicación. Tendrás un hambre por hablar de una manera que honre a Cristo.

El segundo punto de Pedro pone en balance el mensaje. El evangelio no sólo se trata de la magnitud de nuestro pecado, sino también de las provisiones sobrecogedoras de la gracia encontrada en Cristo. Pedro dice que nos han sido dadas “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad”. La piedad significa tener el carácter del Señor en mi vida y relaciones diarias. Pedro dice, “¿Acaso no saben que la pobreza de su pecado ha sido vencida por las gloriosas riquezas de su gracia?” ¡Tienes *todo* lo que necesitas para vivir como Dios desea!

Esto es lo que produce un corazón para Cristo. Acepto la magnitud de mi necesidad, pero también la abundancia de su provisión. Deseo todo lo que Cristo tiene para ofrecermelo. No estoy satisfecho con una fe pequeña o un poco de piedad. No me siento contento con tener momentos ocasionales de amor. No quiero seguir teniendo luchas con el dominio propio. No me siento contento con haberme limitado a chismear dos veces este mes. No me siento relajado porque ya no irrumpo en ira tan seguido como lo solía hacer. No me siento tranquilo con el hecho de que todavía tiendo a hablar con un corazón egoísta, amargado o soberbio. ¡No! ¡Anhele más de lo que me ha sido provisto en Cristo!

Esta es la tierra en la cual crece el ministerio personal efectivo. Desde aquí puedo hablar con base en un sentido de mi propia necesidad y una apreciación profunda de la obra de Cristo. No me consideraré a mi mismo como esencialmente diferente a ti. Reconoceré que Dios no sólo está obrando en ti, sino que también está obrando en mí.

Esta es la manera en la que un corazón arrepentido se reflejará en tu conversación. ¡Tus palabras *pueden* ser diferentes! ¡Tus palabras *pueden* beneficiar a otros! Tu

comunicación *puede* ser la herramienta divina de redención y cambio. Así que vuelve a él arrepentido. Separa un tiempo para reflexionar. Sé humilde en tu confesión. Haz nuevos compromisos concretos. Aplica esos compromisos a tu vida y relaciones diarias, y observa al Señor bendecirte con una cosecha de buen fruto.

Algo Personal: Tomando tiempo para examinar tu corazón

El salmista oró: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos. Ve si hay en mí camino de perversidad y guíame por el camino eterno” (Sal. 139:23-24). Toma este momento como una oportunidad dada por Dios para descubrir cualquier “camino ofensivo” en tu comunicación. Pide a Dios que te muestre el corazón que está detrás de tus palabras. Pídele que te revele donde has hablado por el temor, el enojo, la duda, la venganza o el egoísmo. Pide a Dios que te muestre de qué manera tus palabras estorban lo que él está haciendo. Pregúntale qué actitudes nuevas deben llenar tu corazón y dirigir tus palabras. Busca el perdón de Dios por culpar a las circunstancias (¡No estuviera molesto si no tuviera tanto para hacer hoy!), a otros (¡Él me saca de mis casillas!”), o inclusive a Dios (“Si tan sólo hubiera conocido esto antes, hubiera podido . . .”). ¡Confía en las promesas de perdón y liberación que encontramos en el evangelio!

Finalmente, comprométete a tener una vida de arrepentimiento. Está listo para pasar diariamente por el ciclo del arrepentimiento: (1) *Considera*. ¿Qué cosas quiere Dios que veas en tu comunicación? (2) *Confiesa*. ¿En dónde te está llamando Dios a aceptar la responsabilidad por tus palabras y sus consecuencias? ¿Qué necesitas confesar delante de Dios y los demás? (3) *Comprométete*. ¿Qué actitudes nuevas del corazón te está llamando Dios a tomar? ¿A qué nuevas maneras de hablar te está llamado? (4) *Cambia*. ¿Cómo deben expresarse en tu vida diaria estas nuevas actitudes y acciones? ¿Dónde debes hablar de una manera completamente nueva? Recuerda, Dios ya te ha dado todo lo que necesitas para la vida y la piedad (2 Pedro 1:3).

CAPÍTULO DOCE

Ganando la Guerra de las Palabras

"Así también vosotros, considerad que estáis muertos para el pecado, pero que estáis vivos para Dios en Cristo Jesús. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus malos deseos. Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado, como instrumentos de injusticia; sino más bien presentaos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. " (Rom. 6:11-13)

Hemos identificado la batalla. No sólo es una guerra de vocabulario y técnicas. Es una guerra por el control de nuestros corazones. ¿Nos someteremos al Rey, descansaremos en su control amoroso, y buscaremos representarle en nuestras relaciones? Para la mayoría de nosotros esto significa arrepentirnos de un egocentrismo que causa que nuestras palabras estorben la obra de Dios. Significa comprometernos a una perspectiva en la que el ministerio no es un aspecto pequeño de nuestras vidas, sino un estilo de vida. Este estilo de vida refleja nuestro llamamiento por Dios a ser sus embajadores en las situaciones cotidianas de la vida.

Nuestras palabras son la herramienta principal que Dios usa en la obra que él hace a través de nosotros. Así que confesamos nuestros corazones egoístas y errantes ("despojarse" Ef. 4:23-25) y nos comprometemos ("vestirse") a tener una manera nueva de hablar, una manera que sí tome en serio nuestro llamamiento.

Hay un punto más que debemos considerar. ¿Cómo podemos tú y yo lograr una victoria duradera en la guerra de las palabras?

Las Palabras importan; Las Palabras pueden Destruir

Siendo un estudiante de preparatoria estaba trabajando en mi primer empleo y tenía que lidiar con un problema grande por primera vez. Mis compañeros de trabajo estaban robando y dañando la propiedad ajena. Sabía quien era el culpable, pero el jefe no lo sabía. No quería ser partícipe de lo que estaba pasando, ni tampoco quería ser culpado por algo que no había hecho. Sabía que necesitaba hablar con mi jefe y posiblemente con mis compañeros, pero tenía miedo. Me armé de valor y le platiqué a mi padre lo que estaba ocurriendo. Él estuvo de acuerdo en que debía hablar con los que estaban involucrados, y luego me dijo, "Hijo, ten el cuidado de escoger bien tus palabras". Esa fue una manera buena de resumir todo lo que significa comunicarse con propósito y dominio propio. Mi padre estaba diciendo, "Paul, las palabras son importantes. Contribuirán para resolver el problema o causarán mayores dificultades. Habla con prudencia y cuidado".

La victoria en la guerra de las palabras involucra escoger cuidadosamente nuestras palabras. No se trata sólo de las palabras que decimos, sino también de las palabras que elegimos no decir. La victoria en la guerra se trata de estar preparado para decir lo correcto en el momento correcto, ejerciendo dominio propio. Es rehusarnos a permitir que nuestras palabras sean dirigidas por la pasión y los deseos personales, y en vez de eso, comunicarse conscientes del propósito de Dios. Es ejercitar la fe necesaria para ser parte de lo que Dios está haciendo en ese momento.

¿Qué aspecto tiene la victoria?

Gálatas 5 explica en detalle lo que significa obtener una victoria duradera en la guerra de las palabras.

“Vosotros fuisteis llamados a la libertad, hermanos; solamente que no uséis la libertad como pretexto para la carnalidad. Más bien, servíos los unos a los otros por medio del amor, porque toda la ley se ha resumido en un solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si os mordéis y os coméis los unos a los otros, mirad que no seáis consumidos los unos por los otros.

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y así jamás satisfaceréis los malos deseos de la carne. Porque la carne desea lo que es contrario al Espíritu, y el Espíritu lo que es contrario a la carne. Ambos se oponen mutuamente, para que no hagáis lo que quisierais. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Ahora bien, las obras de la carne son evidentes. Estas son: fornicación, impureza, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, ira, contiendas, disensiones, partidismos, envidia, borracheras, orgías y cosas semejantes a éstas, de las cuales os advierto, como ya lo hice antes, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios.

Pero el fruto del Espíritu es: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio. Contra tales cosas no hay ley, porque los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Ahora que vivimos en el Espíritu, andemos en el Espíritu. No seamos vanidosos, irritándonos unos a otros y envidiándonos unos a otros.

Hermanos, en caso de que alguien se encuentre enredado en alguna transgresión, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros y de esta manera cumpliréis la ley de Cristo”.

1. *La victoria en la guerra de las palabras involucra el reconocimiento del poder destructor de las palabras* (Gal. 5:15). Pablo nos advierte, “Tengan cuidado o se destruirán unos a otros”. En el Huerto del Edén notamos el poder de las palabras cuando la Serpiente convenció a Eva para que comiera del fruto. En toda la Escritura se describe la importancia de lo que decimos y cómo lo decimos. Nunca tendremos victoria en la guerra de las palabras si seguimos minimizando la seriedad de la batalla.

Dios nos ha hecho para ser gente de influencia. El esposo influye a la esposa y viceversa. Los padres influyen a sus hijos. Los amigos influyen a sus amigos. El pastor influye a su grey, etc. Y la manera más poderosa de influirnos unos a otros es a través de las palabras que animan, reprenden, explican, enseñan, definen, condenan, aman, cuestionan, dividen, unen, venden, aconsejan, juzgan, reconcilian, pelean, adoran, calumnian, y edifican. La gente tiene influencia y las palabras tienen poder. Así es como quiso Dios que fueran las cosas.

Así es que nunca debemos minimizar nuestros pecados de comunicación. (“En verdad, no lo dije intencionalmente”. “Su ladrido es peor que su mordida”. “No estaba pensando”. “Ella sabe lo que realmente pienso de ella”). Pablo nos recuerda que lo que decimos tiene consecuencias. Siempre estamos representando al Señor. Nunca está bien comunicarse en maneras que contradigan su mensaje, método y carácter.

Al estar escribiendo esto, me entristece pensar acerca de la cantidad de conversaciones en mi familia en las que no somos conscientes de la seriedad del asunto del que habla Pablo. ¡No! No tenemos batallas campales, pero hay mucha conversación descuidada, nada amable, irritada, y querelosa que se escabulle cada día. Pienso que somos como muchas familias cristianas – minimizamos esos pecados “pequeños” de la comunicación porque nuestro hogar está libre de abuso físico y verbal, y en verdad nos

amamos unos a otros. Pero las palabras de Pablo nos dan, de nuevo, un tirón hacia la realidad. Las palabras que “muerden y devoran” son palabras que destruyen. No están bien. Así que debemos hacer todo lo que podamos para dar a las palabras la importancia que la Escritura les da, recordando que Dios dice que daremos cuenta de “toda palabra ociosa” (Mat. 12:36).

2. *Tener victoria en la guerra de las palabras significa afirmar nuestra libertad en Cristo* (Gal. 5:13). Es correcto gloriarse en el hecho de que la gracia de Dios nos libra del insoportable peso de la ley (v. 1-6). Somos aceptados en la familia de Dios solamente sobre la base de la justicia, vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Su justicia ha sido asignada a nuestro favor. De esta manera somos felizmente libres de la ley.

Pero no debemos detenernos aquí. La afirmación de nuestra libertad en Cristo no sólo tiene un aspecto “*de*”, sino tiene también un aspecto “*para*”. Pablo lo dice de esta forma: “no uséis la libertad como pretexto para la carnalidad”. *Nunca* es bíblico decir, “Puesto que Cristo me ha liberado de la ley, puedo vivir como me dé la gana”. Una idea como esa mal entiende completamente el propósito de la gracia. Pablo quiere que afirmemos que nuestra libertad hace posible que vivamos como no podíamos anteriormente. Realmente podemos vivir y hablar de una manera que agrade al Señor.

No sólo hemos sido librados de los requerimientos de la ley para la salvación, sino también de la esclavitud al pecado en la vida diaria. Hemos sido liberados *del* peso de la ley *para* poder vivir una vida piadosa. No podemos gloriarnos en aquello de lo que nos libera la gracia, sin aceptar también, aquello a lo que nos llama (Ver Rom. 6:1-14; Tito 2:11-14).

La conversación que satisface al “yo” y participa del pecado contradice nuestra identidad como hijos de la gracia. Nos lleva de nuevo hacia el yugo del cual hemos sido liberados. Nos hace olvidar la posición que nos ha dado Cristo y el poder que él nos dio a través del Espíritu Santo. Esto nos lleva al siguiente punto de Pablo.

3, *La victoria en la guerra significa decir no a la naturaleza pecaminosa* (Gal. 5:13, 24). Este pasaje es muy honesto acerca de lo que es vivir en un mundo caído como personas que todavía pecan. ¡Esto incluye a los miembros de las familias cristianas!

Cuando tenía quince años, mis padres habían salido un fin de semana, y mi hermano y yo concordamos en que nuestra recámara se veía aburrida. Necesitaba un poco de decoración. Revisamos la bodega de mi padre para ver qué tipo de pintura estaba disponible y encontramos, para nuestro deleite, que tenía más colores de los que pudiéramos haber imaginado. Decidimos que la mejor manera de aplicar la pintura era ponerla en vasos pequeños de papel y arrojarla hacia la pared. Por media hora, “pintamos” nuestro cuarto con tiros poderosos desde varias distancias. Pensamos que era una obra de arte. Nos sentíamos muy orgullosos . . . hasta que llegaron nuestros padres.

¡Nunca olvidaré el rostro de mi padre cuando vio nuestra pared “hermosa”! Pareció como si un torrente de emoción hubiera comenzado en sus pies y explotado por su boca. Sus ojos centelleaban y sus venas resaltaban. Nos gritó que debíamos tirar los muebles por la ventana y vivir como “hippies”. Uno de nosotros musitó que no pensábamos que el cuarto sería adecuado. Y entonces, él explotó. De su boca salió una diatriba que nunca olvidaré.

¿Qué padre no ha tenido que lidiar con un hijo que ha hecho algo imprudente e irresponsable? ¿Qué esposa no ha sido desilusionada por su esposo? ¿Qué esposo no ha pensado que su esposa no le ha dado lo que él merece? ¿Qué hijo no ha sentido que sus padres no lo entienden o lo maltratan? ¿Quién no ha sido herido por su hermano o hermana? ¿A qué amigo no le han fallado sus amigos?

¿Quién de nosotros no ha sido provocado? ¿Quién de nosotros no ha sido tentado por el egoísmo, el enojo, los celos y el orgullo? ¿Quién de nosotros no ha abandonado el amor por pelear por una parte de la creación que deseamos poseer desesperadamente? Gálatas 5 es un pasaje que habla de los pecadores en un mundo de pecado. Pero también algo más. Esta pasaje declara que tenemos el poder en Cristo para enfrentar la provocación.

Al exhortarnos a no gratificar la naturaleza pecaminosa, Pablo resume una realidad poderosa del evangelio que no debemos pasar inadvertida. Él dice, “Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (v.24).

Una pasión es una emoción ferviente o intensa. Un deseo es algo que anhela el corazón. Pablo dice que, como pecadores en un mundo pecaminoso, experimentaremos ambas cosas. Parecerán ser tan poderosas que no podremos actuar en su contra. Esta experiencia es exactamente de lo que Pablo está hablando. ¿Qué nos ha dado Cristo para ayudarnos a lidiar con tales tentaciones intensas? ¿Debemos ser controlados por lo que sentimos y anhelamos? Estas preguntas dirigen a Pablo hacia la obra de Cristo.

Cuando Cristo fue a la cruz, no compró para nosotros la *posibilidad* o la *oportunidad* de ser salvos. ¡No! Su obra fue específica, efectiva y completa. Cumplió su cometido; No hizo que la salvación estuviese disponible como una opción simplemente. Jesús fue a la cruz llevando con él los nombres de sus hijos. Cuando Cristo murió, nosotros morimos. Cuando fue enterrado, fuimos enterrados. Cuando resucitó a novedad de vida, nosotros resucitamos con él. Esta es una verdad que debemos comprender si es que pretendemos ganar una victoria duradera en la guerra de las palabras. ¡Cuando Cristo fue crucificado, mi naturaleza pecaminosa (*con* sus pasiones y deseos) fue crucificada con él! Ya no vivo esclavizado al pecado. Ya no tengo que someterme a las emociones intensas y a los deseos poderosos de mi naturaleza pecaminosa.

El dominio de mi naturaleza pecaminosa sobre mí ha sido roto para siempre en Cristo. Por primera vez, puedo ofrecer las partes de mi cuerpo como un instrumento de justicia – incluyendo a mi boca (ver Rom. 6:1-14). Así es que Pablo dice, en efecto (Gal. 5:13) “No gratifiquen la naturaleza pecaminosa. No alimenten sus pasiones y deseos. No permitan que sus palabras sean dictadas por los sentimientos y los deseos poderosos. Recuerden, por lo que Cristo ha hecho, tienen el poder para decir *no*”.

Sólo algunas verdades son más importantes que ésta para ganar la guerra por el corazón. Como pecadores en un mundo pecaminoso, seremos tentados y provocados, y en esos momentos nos asirán emociones y deseos poderosos. Pero debido a nuestra identificación con Cristo, tenemos el poder para decir “*no*”. Podemos hablar como embajadores aun en medio de tentación y provocación real. Si estamos viviendo bajo el mando de la emoción o el mando del deseo, estamos negando la obra de gracia de nuestro Salvador.

Hay situaciones pequeñas. Luella y yo estamos en la cama ya por dormirnos y el suena el teléfono. Es nuestro hijo Justin desde la estación del tren. Necesita que lo vayamos a recoger. Luella me dice, “¿Vas tú, por favor?” Inmediatamente me golpean emociones y deseos poderosos. Estoy frustrado porque la llamada llegó tan tarde. Estoy irritado porque resulta que es la noche más fría del año. Siento que yo soy el que siempre tiene que ir. ¡Quiero estar en la cama! ¡Quiero que alguien más sea el chofer!

Si permito que mi corazón sea gobernado por estas emociones y deseos, no hay posibilidad alguna de comunicarme como debiera. Mis palabras serían egoístas, irritadas, acusadoras, y llenas de autoconmiseración. Pero para este momento, Cristo me ha sido dado. Por supuesto, esta es una situación pequeña, pero todos vivimos en momentos pequeños como este. Realmente determinará el carácter de nuestras palabras.

También hay situaciones más grandes. Juan estaba impresionado cuando llegó a casa un día y la encontró vacía, excepto por una cama, una lámpara y un comedor. Por meses, su esposa había estado planeando dejarlo. El camión de mudanzas vino mientras él estaba en el trabajo. En la mesa había una nota con el número telefónico de su abogado. En unas cuantas semanas ella ya había asegurado la custodia permanente de los niños.

Sería difícil describir el temor, la ira, las heridas y la tristeza que embargaron a Juan al encontrar esa casa vacía. En un momento, su mundo había cambiado. Quería retroceder el tiempo y darle a su esposa lo que realmente merecía. Al estar allí parado, sus emociones se dispararon y su mente fue de pensamiento en pensamiento y de deseo en deseo. En este momento, la única esperanza para Juan estaba en Cristo. Él *podía* elevarse por encima de sus pasiones. Él *podía* decir no a sus deseos. Aun en esta situación, podía hablar como embajador de Cristo. Ese hombre herido se convirtió en un pacificador. Habló la verdad en amor. Venció el mal con el bien.

Muchos de nosotros somos bastante hábiles para vivir bajo el dominio de las pasiones y deseos del pecado. Cuando nos entregamos a él, nuestras palabras agregan capas de dificultad al problema original. Al satisfacer la naturaleza pecaminosa tendemos a tomar como algo personal lo que no lo era, y a convertir los momentos de ministerio en momentos de irritación y enojo. Para satisfacernos a nosotros mismos, golpeamos a aquellos a quienes supuestamente debemos servir. La conversación egocéntrica nunca cumple el propósito de Dios. Se olvida de las verdades del evangelio y de nuestra identidad como embajadores de Cristo. Pablo nos recuerda que debido a la obra de Cristo, nosotros podemos hacer mejor las cosas.

La victoria en la guerra de las palabras también significa negarse a racionalizar, echar la culpa a otro, o argumentar egoístamente, de tal manera que se excusen las palabras que salen de las pasiones y deseos de la naturaleza pecaminosa.

Recuerdo los días cuando era un pastor joven de una congregación pequeña que tenía necesidades enormes de consejería. Parecía que no podía tener un momento tranquilo en la casa sin que alguien llamara para hablarme de la crisis más reciente y grande. Temía cada vez que sonaba el teléfono en la noche y mucho más cuando me decían, “Paul, es para ti”. Aunque no me daba cuenta, más y más veía a ciertas personas de la congregación como obstáculos para obtener lo que quería, en vez de verlas como objetos del ministerio que gustoso había aceptado del Señor. Recuerdo que a veces recibía llamadas y le decía enojado a Luella, “¿Y ahora quién es?”, pero luego, le decía al interlocutor un “¡Hola!” amistoso y pastoral.

Un sábado en la tarde me estaba relajando en la casa con mi esposa y mis dos hijos cuando recibí una llamada desesperada de un varón joven. Había estado desesperado ya por mucho tiempo, y parecía que tenía el don de llamarme en todos los momentos inapropiados. Siempre estaba desanimado, siempre pidiendo ayuda, no obstante, siempre se resistía a la ayuda que se le prestaba. Nada parecía funcionar en su caso. Profesaba que había intentado todo sin resultados positivos. Estaba en uno de los moteles locales, diciendo que iba a terminar con su vida, una vez por todas. Decía que a menos que él tuviera una razón para vivir, se mataría antes del final de ese día. Averigüé donde se encontraba, le pedí a mi esposa que orara, y fui a encontrarle.

En el camino oraba, y se que mi esposa también lo hacía, pero había una guerra dentro de mí. ¡Yo era ese catálogo de deseos en conflicto! En realidad me desagradaba este hombre. Me desagradaba su postura encorvada. Me desagradaba su voz quejumbrosa. Me desagradaba su necesidad de ser el centro de atención de alguien. Odiaba la manera en la que rechazaba cada consejo que le daba. Le tenía resentimiento

por el tiempo que me había robado para estar con mi familia y otros aspectos del ministerio. Y estaba molesto porque tenía que ir de nuevo a ayudarlo a recobrar la cordura. Al ir conduciendo, mis pensamientos iban y venían en la guerra entre el interés pastoral y el resentimiento personal.

Llegué al motel y me senté en el cuarto sucio que olía a cigarro y sudor. Me dio su letanía normal de quejas. Comencé a responder con verdades del evangelio cuando me interrumpió y dijo, “¿No me va a venir con eso otra vez, verdad? ¿No tiene nada nuevo que decir?” No podía creer lo que estaba escuchando. Había dejado a mi familia por preocuparme por él, y se estaba burlando de mis esfuerzos en ayudarlo sin mostrar ninguna evidencia de apreciación. Me salí de mis casillas, entregándome al enojo que había estado acumulando por semanas. Lo despedacé verbalmente pedazo a pedazo. Le dije exactamente lo que la congregación y yo pensábamos de él. Puse sobre él tanta culpa como era posible, le dije que dejara de jugar e hiciera algo correcto para cambiar, oré por él y me fui. Camino a casa iba hirviendo por dentro.

No tardé mucho en sentir que no había hecho bien las cosas. Tampoco tardé mucho en racionalizar y en pensar en argumentos para defenderme. Al llegar a casa, estaba convencido de que había hablado como uno de los profetas antiguos, proclamando un “así dice el Señor” en un lugar pecaminoso y rebelde. Me había convencido a mí mismo de que Dios usaría este momento dramático de verdad para producir un cambio duradero en la vida de este hombre.

Llegué a la casa y Luella (que había estado orando) me preguntó cómo me había ido. Le dije que le había hablado con mayor fuerza que la que jamás había usado con alguien en mi ministerio, siendo cuidados de comentarle la analogía del profeta. Inmediatamente dijo, “Me parece que te enojaste y lo arruinaste todo”. En el momento en que dijo esas palabras, vi la verdad de mis excusas. Me sentí lleno de remordimiento. Lo que pasó fue que la confesión subsecuente de mi propio pecado y lucha que le hice a este hombre, fue lo que Dios usó para comenzar a cambiarlo.

4. *La victoria en la guerra significa hablar para servir a los demás en amor* (Gal. 5:13-14). Le decimos “no” a la tiranía de las pasiones y deseos no sólo porque Cristo nos da el poder para hacerlo, sino también porque hemos sido llamados a servir. Lo opuesto a entregarnos a la naturaleza pecaminosa no es decir, “No debo, no debo, no debo”. Somos llamados a *despojarnos* de las palabras pecaminosas para *vestirnos* de palabras que fluyan del amor por los demás.

Pablo no pudo haber hecho más fuerte este llamamiento. Él dice que “toda la ley” se resume en este mandamiento: Ama a tu prójimo como a ti mismo. En el corazón de la voluntad de Dios está una conversación que sirve a las necesidades de los demás, y su gracia habilitadora hace esto posible.

El cuadro en este pasaje es el de un Dios que inexorablemente está obrando a través de su Espíritu, conformando a su pueblo a la imagen de su Hijo. Él desea usarnos para lograr ese propósito. Esto es parte de mi llamamiento cada vez que hablo.

Servir en amor no significa que me vuelvo un esclavo de la agenda de los que me rodean. No significa ser un tapete que todos pisan. En vez de eso, significa vivir con un propósito redentor. El amor desea el supremo bien para los demás. El bien supremo que puedo desear para cualquier persona es que sea semejante a Cristo, es decir, que tenga el fruto del Espíritu. Dios realiza esta obra en los eventos y relaciones normales de todos los días. El obra con este fin en cada situación (ver Rom. 8:28-30).

Efesios 4:29 describe lo que significa hablar por amor: “Ninguna palabra obscena salga de vuestra boca, sino la que sea buena para edificación según sea necesaria, para que imparta gracia a los que oyen”. La conversación nociva se olvida de la otra persona y

se concentra en lo que yo siento o quiero. Pero Pablo nos llama a hablar orientados hacia los demás.

Pablo dice que hay tres cosas para considerar si es que voy a servir a otros con mis palabras: (1) Debo considerar a la *persona* (“sólo aquello que sea para la edificación del oyente”). ¿Qué conozco de este individuo que pueda dar forma a lo que digo? (2) Debo considerar el *problema* (“según sea necesaria”). ¿Cuál es la necesidad real de esta persona en esta situación, y cómo debe dirigir lo que digo? (3) Debo considerar el *proceso* (“que imparta gracia a los que oyen”). No sólo debo estar declamando. Mi comunicación debe tener un propósito redentor; debe beneficiar al oyente.

Francamente, en nuestras propias fuerzas, ninguno de nosotros es así de buena gente. El pecado nos vuelve personas intensamente egoístas. Instintivamente pensamos en nuestras propias necesidades y deseos. Estamos comprometidos, en primer lugar, con nuestro propio bienestar. Pero al admitir humildemente nuestro egoísmo, podemos comenzar a apreciar y apoyarnos en la gracia habilitadora de Cristo. Él ha roto el dominio de nuestras pasiones y deseos pecaminosos. Él nos equipa por medio del Espíritu Santo para hablar como sus embajadores. Podemos tener una comunicación que sirva a los demás en amor.

La victoria en la guerra de las palabras viene del servicio a los demás. La victoria viene del amor, de una conversación que está libre de la esclavitud a mi mismo (mis pasiones y deseos), y por lo tanto, libre para ministrar a los demás.

5. *La victoria en la guerra significa que hablemos “andando en el espíritu”* (Gal. 5.25). Andar en el Espíritu significa hablar de una manera que refleje su obra en mí y que aliente su obra en ti. En este pasaje la obra del Espíritu es presentada con bastante claridad. Él está obrando para producir en nosotros una cosecha que esté de acuerdo con el carácter de Cristo: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza. Como un acto de fe y sumisión, mantengo mis palabras a la medida del estándar de este fruto. Veo las situaciones difíciles como oportunidades dadas por Dios para ver este fruto madurar en mí. Los problemas no son obstáculos para el desarrollo de este fruto, sino oportunidades para verlo crecer.

Hace años, había un hombre en nuestra congregación que era particularmente crítico de mi ministerio (¡No estoy diciendo que mi ministerio era perfecto!). Tenía una lucha interna cada vez que veía o pensaba en este hombre. Recuerdo que sentía alivio cuando llegaba a algún evento de la iglesia y no se encontraba. También era consciente de que él no reservaba su opinión para él mismo, sino que había comenzado a reunir un grupo de personas descontentas que compartían sus puntos de vista. Nuestra congregación no era grande y el descontento comenzó a ser más y más obvio.

Decidí que ya era hora para pedir a este hombre que habláramos. Le dije a mi esposa acerca de mi plan, e inmediatamente me preguntó qué era lo que iba decir. Al compartir mis pensamientos con ella, pude percibir que estaba reaccionando negativamente, así que le pregunté qué ocurría. Ella dijo, “Antes de que puedas lidiar con él, tienes que lidiar contigo mismo. Me parece que tú odias a este hombre. No creo que nada bueno pueda ocurrir al confrontarlo con sus errores hasta que tú hayas lidiado con tus propias actitudes”.

Quería creer que Luella sólo era otra persona que me había mal entendido y juzgado equivocadamente, pero no era así. En realidad odiaba a este hombre. Odiaba el efecto controlador que tenía sobre mí. Odiaba el hecho de que hubiera puesto a otros en mi contra. Odiaba la manera en la que sus críticas habían causado que yo pensara dos veces todo lo que hacía como pastor. Odiaba cómo había destruido mi sueño para mi

ministerio y nuestra congregación. Odiaba su sonrisa arrogante. ¡En realidad no quería tratar con él! ¡Sólo quería que se saliera de mi vida!

Luella estaba en lo cierto. No estaba en condiciones para ser un instrumento del Espíritu en mi vida. No estaba en posición para ganar la guerra de las palabras. Estaba totalmente fuera del andar del Espíritu con respecto a esta relación. Necesitaba trabajar primero en mí. Necesitaba examinar mi corazón, confesar el pecado allí presente, y hacer la determinación de hablar en una manera que reflejara el fruto del Espíritu obrando en mí.

Al examinar mi corazón, me di cuenta de que necesitaba cambiar más de lo que había pensado. Mi problema no sólo se trataba de odio y enojo, sino tenía pecados del corazón aun más profundos. Lo que me había estado motivando para realizar mi ministerio no era la obra de Dios, sino mis sueños personales. Había soñado en participar en áreas difíciles del ministerio y tener éxito sin precedentes. Soñaba con ser altamente respetado por una congregación creciente, y no mucho tiempo después, por la comunidad cristiana entera. Había soñado con tener gran crecimiento numérico, construir unas instalaciones grandes y modernas, y dirigir la iglesia más vigorosa de la región. Más que nada, había soñado con ser conocido como el que estaba en el centro de todo esto.

Odiaba a este hombre porque sí tenía razón. No había sido correcta la manera en la que había manejado sus inquietudes con respecto a mi ministerio, pero sí estaba en lo cierto en cuanto a mi orgullo. Yo sí disfrutaba ser el centro de una reunión. Yo sí tenía la opinión final sobre cualquier tema. Me sentía frustrado cuando la gente estorbaba mis planes innovadores. Odiaba lo lento que se movían las cosas y lo negativa que era la gente. Y luchaba con Dios por haberme puesto en ese lugar difícil.

El mismo hombre al que odiaba, ahora lo comenzaba a ver como un instrumento de rescate en las manos de Dios. Fue a través de él que fueron expuestos y comenzaron a morir mis sueños egoístas y arrogantes. Bajo el calor de esta prueba, Dios me mostró el pecado de mi corazón en una nueva manera. Al tomar varios días para examinar esta situación y mi propio corazón, comencé a estar agradecido por este hombre al que había odiado. No estaba agradecido por su pecado, pero sí agradecido por la manera en la que Dios lo usó en mi vida. Al estar agradecido, comencé a escuchar lo él había dicho acerca de mí y cómo lo había dicho. Al escuchar el contenido de sus palabras me di cuenta de que habían cosas que Dios quería que yo aprendiera – sí, aun de este mensajero severo. Al escuchar la manera en la comunicaba sus pensamientos, descubrí que él y yo éramos muy parecidos. Él era orgulloso, obstinado, verbal e impaciente. Había odiado todas esas cosas, pero estaban presentes también en mí.

Durante esos días Dios me dio un amor genuino y pastoral hacia él. Cuando finalmente conversamos, fui capaz de comunicarme con él de una manera paciente, amable, gentil pacífica y controlada. Inclusive fui capaz de entrar a esta conversación difícil con gozo al pensar acerca del bien que el Espíritu Santo había hecho en mí a través de él.

Hablar estando en los pasos del Espíritu no sólo significa hablar de una manera que se refleje lo que el Espíritu está haciendo en mí, sino también significa estimular el fruto del Espíritu en ti. Francamente, al principio, no me importaba si Dios me usaría o no en la vida de este hermano. Sólo habían dos cosas que me interesaban: Deseaba probar que él estaba equivocado, y quería que me dejara en paz a mí y a la iglesia. Había caído al pensar que mi lucha era contra “carne y sangre” (ver Efesios 6:10-12). Vi a este hermano como el enemigo y perdí de vista la guerra espiritual que estaba ocurriendo por debajo de las dificultades de esta relación. No quería servir a mi hermano; quería que él apoyara mi sueño. Aun como su pastor, la última cosa que tenía en mente era ser un instrumento de

redención en su vida. De hecho, nunca había pensado cómo podría ser el instrumento del Espíritu en su vida, hasta mi plática con Luella.

Cuando finalmente me reuní con él, tenía un plan radicalmente diferente del que discutí inicialmente con mi esposa. Ya no quería “ganar”. Ya no quería que se callara y apoyara mi sueño. Realmente quería ser usado por Dios para alentar el fruto del Espíritu en su vida.

Él vino a nuestro encuentro listo para la batalla. Era evidente que había preparado sus armas y ensayado su defensa. Pero no hubo batalla. Le dije que estaba agradecido por sus observaciones; que a través de él el Espíritu realmente había desnudado mi corazón, y le pedí perdón. Antes de comenzar a hablar acerca de él, me dijo, “Paul, yo también he estado mal. Creo que si somos honestos tengo que decir que te he odiado, y que he buscado toda oportunidad para criticarte ante los demás. He estado molesto contigo y con Dios por habernos puesto en esta congregación. Necesito tu perdón”.

Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, él y yo hablamos andando en el Espíritu, y el Espíritu produjo nuevo crecimiento en cada uno de nosotros. Pero no olvides el punto clave: todo comenzó cuando alguien me confrontó y me animó a examinar mi propio corazón antes de confrontar a alguien más. Hablar de acuerdo con el Espíritu implica tomar tiempo para escuchar, examinar, reflexionar y prepararse. Significa comunicarse en una manera que promueva la obra de gracia del Espíritu en nuestras vidas y en las de otros.

6. *La victoria en la guerra significa hablar con el propósito de restaurar* (Gal. 6:1-2). Pablo dice, “Hermanos, en caso de que alguien se encuentre enredado en alguna transgresión, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con espíritu de mansedumbre”. Cerciorémonos de que entendemos estas palabras. Notemos que Pablo no dice “*Si atrapan a alguien en pecado. . .*” ¡No está hablando acerca de estar vigilando a alguien para atraparlo infraganti! En lugar de eso, está hablando acerca de cómo nosotros como pecadores quedamos atrapados – es decir, enredados y apresados en el pecado.

El pecado es engañoso. El diablo es un maquinador quien susurrará “falsos argumentos persuasivos” a nuestros oídos (Col. 2:4) para convencernos que lo que hacemos está bien. El pecado es un lazo que nos aprieta cada vez más a medida que creemos esos “argumentos persuasivos” y los usamos para racionalizar y justificar lo que hemos hecho. Antes de que nos percatemos, nos encontramos en una servidumbre al pecado como jamás pensamos que fuera posible. ¡Y ni siquiera sabemos como llegamos hasta ese punto!

En este lado de la eternidad, todos somos propensos al pecado. Somos “atrapados” en el enojo, orgullo, autoconmiseración, envidia, venganza, autojusticia, amargura, codicia, egoísmo, temor, incredulidad, etc. Y ni siquiera sabemos que estamos atrapados ni cómo desenredarnos. De una u otra manera, vivimos “atrapados” todo el tiempo en algún aspecto de nuestras vidas. Hay áreas de pecado a las que somos ciegos, aquellos pecados que son nuestro tema particular de lucha. Llegará un día cuando el último lazo caiga y estaremos con Cristo y seremos como él para siempre. Pero hasta que llegue ese momento, necesitamos reconocer que, como pecadores, somos vulnerables a ser atrapados, y por lo tanto, nos necesitamos unos a otros.

Luego, Pablo dice, “vosotros que sois espirituales restauradle con espíritu de mansedumbre” ¿Se está refiriendo a algún cuerpo elitista de restauradores sobrenaturales? ¡No! ¡Para nada! Esta palabra “espirituales” no se está usando para referirse sólo a una persona madura bíblicamente. Realmente incluye a *todo creyente*. Hace referencia a Gálatas 5:25 en donde Pablo dice que debemos “andar en el espíritu”, es decir, ser sensible a lo que Espíritu está haciendo en nosotros y en los demás. Cuando

estamos andando en el Espíritu estamos en una posición para funcionar como restauradores. Todos nosotros, si estamos viviendo vidas dignas de nuestro llamamiento, nos ponemos en la posición de ser los agentes de Dios para el rescate y la restauración.

Ganar la guerra de las palabras significa permitir que este plan de restauración dé forma y dirija nuestras relaciones. La tentación para todos nosotros es creer equivocadamente que nuestras relaciones nos pertenecen. Tendemos a ver a las demás personas como nuestras posesiones. Los padres caen en esto con sus hijos. Luego, en los años de la adolescencia, cuando el hijo fracasa, los padres no pueden ver más allá de su propio enojo y heridas para convertirse en agentes de restauración para su propia descendencia.

Tendemos a pensar que los demás existen para nuestra propia felicidad. Los esposos y esposas comienzan a creer que su felicidad es responsabilidad de sus cónyuges. Miran a sus cónyuges con ojos vigilantes y expectantes. La vida se convierte en una serie de exámenes finales, y no obstante, nunca llega la felicidad que buscan. Tendemos a ver a la gente que nos rodea, observando cómo nos responden, cómo nos están afectando. Buscamos el respeto, amor, apreciación, aceptación y honor apropiado, y encontramos muy difícil continuar en una relación en la que esto no existe.

Pablo nos está llamando a algo radicalmente diferente. Nos está llamando a seguir el nuevo y más alto plan para nuestras relaciones que describe este libro. Este nuevo plan está enraizado en el reconocimiento fundamental de que nuestras relaciones (y las personas en ellas) no nos pertenecen, sino a Dios. Él nos posee como Creador y nos ha declarado suyos como Salvador. Cristo ha comprado la casa condenada (¡a nosotros!). Se ha mudado y ahora está obrando para realizar una restauración completa. Este es el fundamento del evangelio para las relaciones en el cuerpo de Cristo. Es vital que entendamos nuestra posición. Nosotros nunca seremos dueños de estas relaciones. Somos herramientas en las manos del verdadero dueño, quien está ocupado en la obra de restauración.

Una vez que ya vemos nuestras relaciones de esta manera, comenzaremos a ver la necesidad de restauración de todo a nuestro alrededor. Cuando estás de vacaciones y los niños están peleando en el asiento trasero, está ocurriendo algo más que la ruina de tus vacaciones costosas. La necesidad de restauración se está mostrando evidentemente. Puedes responder a esta situación como un padre irritado o como un restaurador que quiere ser usado por el gran Restaurador. Cuando estás tomando café con un amigo y se está quejando una vez más de su jefe, preguntándose por qué Dios no ha hecho algo, está algo ocurriendo que es más que una noche agradable que es arruinada. Aquí de nuevo, Dios te está llamado a que hagas algo más que autocompadecerte. Te ha puesto para que seas un restaurador.

Cuando los esposos y las esposas no concuerdan sobre el mismo asunto una y otra vez, necesitan hacer algo más que echar pestes por el hecho de que su matrimonio no está funcionando, o que la otra persona parece estar muy confundida. La necesidad de la restauración es mostrada claramente por estos temas de lucha. Necesitan ver en donde han sido “atrapados”, y necesitan responder uno al otro, no con demandas, sino con el plan de restauración.

Cuando tu relación con tu adolescente se ha vuelto fría, distante y hostil, no es momento para revolvarte en autocompasión, repasando todas las cosas que has hecho por él en todos los años teniendo a cambio poco respeto y gratitud. No es tiempo para entrar en una guerra verbal o de edificar las paredes gélidas de la amargura. Es tiempo de ver la necesidad de la restauración. Tu adolescente está “atrapado” (quizá tú también lo estás), y está en una necesidad desesperante de restauración. Pero no serás una

herramienta de restauración en tanto demandas que él llene tus expectativas de lo que es una felicidad relacional.

Cuando la mesa del comedor se vuelve un campo de batalla de competencia y conflictos triviales, no es tiempo para explotar en ira o retirar tu plato y comer en otro lugar. Tus hijos están demostrando que están “atrapados” y Dios te ha colocado a ti para ser usado en la obra de restauración de esa noche.

Ganar la guerra de las palabras significa hablar redentoramente, y las palabras redentoras están enraizadas en una perspectiva restauradora de las relaciones. El propósito de las relaciones humanas no es la felicidad humana. Es la obra de reconciliar a la gente con Dios y restaurarles a la imagen de su Hijo.

La victoria en la guerra de las palabras significa nunca olvidar quienes somos. Cuando recordamos que somos lo que somos por la misericordia de Dios, hablamos gentil y humildemente como los restauradores de Dios. Cuán a menudo nuestra conversación del uno con el otro está falta de esta gentileza y humildad. Fallamos en hablar redentoramente porque hemos olvidado quién es Él y qué está haciendo en nuestras relaciones. Fallamos en hablar con gentileza y humildad porque hemos olvidado quiénes somos y nuestra propia dependencia en su gracia.

La Victoria es un Viaje

Gálatas 5 describe a personas que están en un viaje que no sólo están enfocadas en lo que tienen que llevar consigo, sino también en quién más necesita ayuda. Así es como termina el pasaje (6:2). Con las palabras “sobrellevad los unos las cargas de los otros”, Pablo amplía el llamamiento que nos hace. La victoria en la guerra de las palabras no sólo se trata de rescatar al que está enredado en el pecado, sino de estar atento a todos los lugares donde puedas estar batallando. En el viaje de la vida, no sólo estoy enfocado en llevar mi propia carga apropiadamente, sino que mis ojos están también sobre ti. Cuando veo a una persona luchando al llevar su carga, soy llamado a compartir el peso. Este es el amor del que habló Cristo en Juan 13:34, la “ley real” de Santiago 2:8. La vida según Cristo nunca es egoísta, nunca es ensimismada. El amor de Cristo está dirigido a los demás, enfocado en los demás, y es autosacrificado.

Así que somos llamados a apoyarnos unos a otros al pasar por este mundo caído. Somos llamados a hablar entre nosotros con esta mentalidad de llevar las cargas de los demás. Cuando veo a personas luchando con su debilidad, les señalo hacia la fortaleza disponible en Cristo. Cuando alguien es ignorante, le hablamos con palabras verdaderas proveedoras de sabiduría. Cuando alguien está temeroso, le hablamos de Dios, quien es nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Cuando la gente sufre, tratamos de consolarlos. Cuando están desanimados, les traemos palabras de esperanza. Cuando se sienten solos, les recordamos del amor y la presencia de Cristo. Cuando están enojados, les señalamos hacia el Dios de rectitud, venganza y justicia. En medio del conflicto, hablamos como pacificadores y reconciliadores. Cuando la gente está ansiosa, les señalamos hacia el reposo que Cristo ha dado a sus hijos.

La victoria en la guerra de las palabras significa vivir con los ojos abiertos, conscientes no sólo de nuestra propia lucha, sino de la de los otros peregrinos que viajan con nosotros. Al hacer esto, todos nos damos cuenta que no estamos solos. Cristo ha planeado que su pueblo una sus manos para sobrellevar la carga, que de otra manera sería imposible de llevar. No necesitamos desesperarnos, renunciar, o correr en la dirección contraria. En vez de eso, continuamos el camino fortalecidos y animados.

La victoria de la guerra significa escoger cuidadosamente nuestras palabras. No queremos dar lugar alguno en nuestra conversación a las pasiones y deseos de la

naturaleza pecaminosa. En nuestro propio envanecimiento y envidia, no queremos provocar el pecado en los demás. No queremos mordernos y devorarnos unos a otros con palabras. En vez de eso, estamos comprometidos a hablar de acuerdo con lo que el Espíritu está produciendo en nosotros y en los demás. Queremos hablar de una manera que estimule el crecimiento de ese fruto. Finalmente, queremos hablar como agentes de restauración gentiles y humildes, como “llevadores de cargas” comprometidos a vivir de acuerdo con la ley del amor de Cristo.

¡Qué avivamiento, reconciliación y restauración radical ocurriría si practicáramos este llamamiento en cada relación de nuestras vidas! ¡Cuán diferentes serían las cosas si fuéramos constantes en este tipo de comunicación! ¡Cuán transformadas estarían nuestras relaciones si nos habláramos unos a otros con palabras redentoras! El compromiso de ganar la guerra de las palabras nos llama a escoger bien nuestras palabras.

Algo Personal: Estrategias de Guerra

1. ¿En dónde en tu comunicación tiendes a olvidar tu libertad en Cristo y te entregas a tu naturaleza pecaminosa? (¿Con tu cónyuge, jefe, padres, hermanos, vecinos, familiares, cuerpo de Cristo?) Toma tiempo para identificar tus campos de batalla.
2. Haz una lista de las emociones y deseos poderosos a los que necesitas decir no. (Ejemplos de emociones: enojo, desánimos, temor. Ejemplos de deseos: venganza, respeto, apreciación, control, éxito, amor).
3. ¿En qué áreas específicas Dios te está llamando a hablar con un compromiso de servir a otros en amor?
4. ¿Qué fruto del Espíritu necesitas crecer en ti y que influya constantemente la manera en la que hablas con los demás? (paciencia, dominio propio, amabilidad, gozo)
5. ¿Dónde vez a tu alrededor que se necesita hacer trabajo de restauración? ¿Cómo pueden ayudar tus palabras? ¿Qué oportunidades diarias tienes de ser parte de lo que Dios está haciendo en otros?

Recuerda, debido a lo que Cristo ha hecho, *podemos* decir no a las pasiones y deseos de la naturaleza pecaminosa. *Podemos* servirnos unos a otros en amor aun en medio de una provocación.

CAPÍTULO TRECE

Escogiendo tus Palabras

" Sabed, mis amados hermanos: Todo hombre sea pronto para oír, lento para hablar y lento para la ira" (Santiago 1:19)

Me senté en el cuarto familiar y estaba ¡a punto de explotar! No podía creer que después de todos estos años de amor, todos nuestros esfuerzos para entendernos, y todas lo que habíamos invertido para edificar una relación de confianza mutua, él estaba dispuesto a desecharlo todo por una noche de diversión con sus amigos. No podía entender como esa noche era tan importante para él.

Mi hijo me había visto a la cara y me había mentido. ¡Yo estaba tan enojado! Quería que se sintiera lastimado como yo me sentía. Quería darle lo que merecía. En mi mente practiqué una confrontación cara a cara con él. (Por supuesto, ¡todo en el "nombre" del Señor!). Pensaba en ponerle una serie de castigos que alterarían su vida indefinidamente. Sólo anhelaba que hubiera estado en casa para terminar con el asunto. Le dije a Luella, "¡Se arrepentirá del día en que pensó hacerme esto!"

Me senté allí echando humo, pero no sólo porque mi hijo me había mentido y no estaba en casa para que lo castigara. También estaba contrariado porque Luella se oponía completamente a la manera en la que yo quería manejar la situación. Razonaba en silencio, *"Es que ella es muy suave. Es para momentos como este que Dios me llamó para ser el líder espiritual de esta familia. Alguien tiene que defender la verdad. Alguien tiene que confrontar el mal que se ha perpetrado aquí"*.

Sin embargo, mientras más trataba de defender mi enojo y practicaba lo que haría a mi hijo, se debilitaba cada vez más mi resolución de hacerlo. Dios, en su sabiduría asombrosa, había ordenado que mi hijo no estuviera en casa en ese momento. Dios fue el que envió a mi esposa como un agente de intervención. Dios tenía que lidiar conmigo antes de que pudiera usarme en la vida de mi hijo.

No pasó mucho tiempo y ya no estaba pensando en mi hijo sino en mí. Me entristeció lo que vi. Después de todos estos años de estudio y ministerio, todos los años de consejería y enseñanza, todos los años de estudio bíblico personal y oración, ¿cómo era posible que estuviera aquí otra vez comiendo mi propio enojo, habiendo sido lastimado y listo para devolver el golpe?

Esa tarde, a solas en el cuarto familiar, fui confrontado de nuevo con algo que tendemos a olvidar o a minimizar seriamente – la presencia y el poder del pecado interno. Me di cuenta de nuevo de que el proceso de santificación no había terminado para mí. Pero también me di cuenta de que Dios estaba obrando poderosamente, controlando la escena y trayendo a mi esposa para darme tiempo para examinar mis pensamientos, motivos y comportamiento. Vi que necesitaba al Señor ese día tanto como el primer día que creí.

Quizá estaba experimentando la única mezcla de emociones verdaderamente honestas en la vida cristiana. La tristeza mezclada con el gozo, el lamento mezclado con el regocijo, y la impotencia mezclada con una gloriosa esperanza. Todo esto describe la verdad de que cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia. La consciencia de mi pecado personal debe ser abrumada por mi reconocimiento de la actividad, perdón y liberación de la gracia de Dios. Toda apreciación real de las glorias de la gracia vendrá sólo cuando entiendo la profundidad y el poder del pecado interno.

¡La guerra se encrespa! Por esto debemos escoger cuidadosamente nuestras palabras. Somos propensos a alejarnos. Somos controlados por nuestras pasiones intensas. Todavía somos presa fácil de los deseos pecaminosos. Caemos una y otra vez en las trampas del mal que nos tientan a soltarnos del amarradero del evangelio.

Preparándose Para Escoger las Palabras Correctas

Cuando mi hijo llegó a casa aquella noche, yo ya estaba en una posición diferente. Había hecho cuatro cosas que me prepararon para manejar la situación. Esto es lo que hice:

1. *Confesé mi necesidad a Dios.* Era importante que yo viera que estas situaciones no sólo revelan la necesidad espiritual del otro, sino también la mía. Tenemos que comenzar por reconocer nuestra propia necesidad de la gracia de Dios, si es que queremos ser instrumentos de Dios para el cambio. En nuestras propias fuerzas no seremos lo que él quiere que seamos, ni haremos lo que nos llama para hacer. Sólo por su gracia es que tenemos esperanza de tener una conversación edificante en tiempos de provocación. Necesitamos comenzar por confesar a Dios las actitudes que estorban lo que él quiere hacer a través de nosotros.

2. *Reconocí la gracia de Dios para mí.* No debemos entregarnos a los pensamientos de que el cambio real es imposible. Esta es una negación del evangelio que decimos creer. El reconocimiento apropiado de los recursos de la gracia de Dios siempre tendrá como resultado una fe animada. Esto a su vez, tendrá como resultado acciones decisivas de fe. Cuando perdemos de vista que somos receptores de la gracia de Dios, nos volvemos ociosos y estériles (2 Pedro 1:8-9), huyendo de los Goliats de nuestra vida en lugar de matarlos. Pero reconocer la gracia significa que vivo como si realmente creyera que él me ha dado en Cristo todo lo que necesito – no sólo para la vida eterna, sino para vivir piadosamente en este mundo caído (2 Ped. 1:3-4). Necesitaba reconocer su gracia aquella noche.

3. *Dije “¡No!”.* Si hemos reconocido nuestra necesidad de la provisión de la gracia de Cristo, entonces sabemos que podemos decir “no” a los deseos y pasiones de la naturaleza pecaminosa (Gal. 5:13-15, 24-25). Ya no vivimos bajo el control del pecado. Ya no es nuestro amo (Rom. 6:1-14), así que podemos “hacer morir” sus deseos y acciones (Rom. 8:1-17). Necesitamos identificar las pasiones y deseos específicos que nos alejan de lo que Dios nos ha llamado a hacer y decir. Necesitamos comprometernos una vez más con él, para que no permitamos que estas cosas sean nuestros amos funcionales. Mi esposa estaba en lo cierto. Antes de hablar con nuestro hijo, necesitaba decirle “no” a las actitudes y deseos impíos.

4. *Dije, “¡Gracias!”* Al decir “gracias” a Dios, estamos reconociendo nuestro llamamiento y reconocemos la oportunidad que nos ha dado de ser parte de lo que está haciendo en las vidas de los demás. Un espíritu agradecido recuerda que estos no son nuestros momentos, sino los de Él; Dios nos ha escogido de entre toda la humanidad para ser sus embajadores. Este es un gran privilegio. Nuestras vidas tienen un significado y propósito eterno. ¡Tenemos una razón para levantarnos en la mañana! Tenemos la oportunidad de ser una parte estratégica de este gran plan de redención. ¡Qué identidad! La única respuesta apropiada es la adoración.

Al prepararnos para hablar los unos a los otros, la tormenta de las emociones humanas necesitan ser calmadas por el descanso y la esperanza de la adoración. ¡Él está aquí! ¡Él ya está obrando! ¡Su gracia es suficiente! ¡El pecado ya no está en el control! Me ha llamado y colocado estratégicamente aquí, y en su fortaleza puedo hacer lo que él me está llamado a hacer. ¡Sí! Los mares rugen con braveza, pero el Mesías ¡está en el barco

conmigo! ¡Hay esperanza para mí y para ti! Este descanso y esta esperanza nos permitirán escoger sabiamente nuestras palabras.

Escogiendo tus Palabras

Quizá estás pensando, *Paul, no estoy seguro de qué quieres decir cuando dices que necesitamos escoger nuestras palabras. ¿Debemos ensayar con anticipación todas las cosas específicas que vamos a decir? Eso parece un poco irreal.* Yo también estoy de acuerdo. Escoger tus palabras no significa que vas a escribir un libreto para cada conversación. En vez de esto, significa *tener una intención redentora*. Si mi propósito (intención) es funcionar como representante de Dios, entonces necesito sacar tiempo para considerar lo que esto significa en la práctica en estas circunstancias con esta persona. Mucho del daño que causamos al hablar ocurre porque no nos preparamos de esta manera.

Efesios 4 es una guía sencilla y práctica de lo que significa escoger sabiamente nuestras palabras. Puede guiar las palabras que estimularán la obra de Dios en otros. ¿Cuáles son las palabras que debemos escoger?

Escogiendo Palabras de Verdad

Cuando Pablo les recuerda a los cristianos de Éfeso de su llamado a ministrar diariamente, los llama a hablar la verdad en amor. Estoy persuadido que frecuentemente pasamos inadvertido el punto principal que Pablo está diciendo aquí. Típicamente lo vemos como un llamado para que dos personas sean amorosamente honestas la una con la otra. Ciertamente esto es muy importante, pero no es lo que está enseñando el pasaje. Consideremos el contenido de este mandamiento.

“Esto, para que ya no seamos niños, sacudidos a la deriva y llevados a dondequiera por todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar, emplean con astucia las artimañas del error; sino que, siguiendo la verdad con amor, crezcamos en todo hacia aquel que es la cabeza: Cristo” (Efesios 4:14-15).

Notemos que Pablo no se está enfocando en el peligro de la *deshonestidad*, sino en el peligro de la *falsedad*. Desea que la iglesia de Éfeso tengan una estabilidad funcional que sólo la verdad puede dar. Pablo reconoce que el enemigo es un maquinador que trabaja para perturbar al pueblo de Dios con los vientos de falsedad conflictivos y siempre cambiantes. Su llamamiento aquí no es a tener una clase formal de teología, sino a que las doctrinas de la Escritura forjen la manera en la pensamos acerca de los eventos cotidianos. Su interés está en que seamos lo suficientemente maduros para escoger palabras de verdad, y que seamos más celosos en comunicar la verdad bíblica en vez de nuestras propias perspectivas y opiniones.

Dios nos ha dado su verdad para que la vida tenga sentido. Él sabía que nunca íbamos a entender apropiadamente la vida por nuestra cuenta. También sabía que en este mundo caído, habría un estruendo de voces, todas compitiendo por nuestros corazones, todas considerando el mismo conjunto de datos, no obstante, cada una dando un significado diferente. La Palabra de Dios fue dada para terminar con toda la confusión y para interpretar la vida para nosotros. Es vital que nos digamos la verdad bíblica uno al otro diariamente. Al hacerlo, maduraremos en Cristo.

Si este es nuestro compromiso, hay varias preguntas que necesitamos hacernos con regularidad.

1. *¿Qué verdades de la Escritura (doctrinas, temas, mandamientos, principios, perspectivas, metáforas, etc.) interpretan y explican esta situación?* Esta primera pregunta es importante, porque hemos visto que no respondemos a la vida basados en los datos

que nos da la situación, sino basados en nuestra interpretación de esos datos. Por lo tanto, debemos ser cuidadosos en interpretar las cosas bíblicamente y ayudar a otros a hacer lo mismo. En mis labor como consejero, esto es lo que hago más que todo lo demás. A menudo me aflijo por ver cuán difícil es para la gente hacer esto por su cuenta. Tristemente, los resultados son evidentes en sus vidas.

2. *¿Qué es lo que Dios quiere mostrar a esta persona acerca de sí mismo, su amor y gracia, su voluntad y su verdad?* Si Dios está en cada situación como el redentor siempre presente, entonces, las situaciones revelan cosas acerca de él. El problema en cualquier situación no es que Dios está ausente o inactivo sino que tendemos a ser ciegos a su presencia y obra. Frecuentemente somos como el siervo de Eliseo que estaba aterrado por los enemigos que lo rodeaban. Me encanta la manera en la que Eliseo ministró a su temor. El dijo, “Son más lo que están con nosotros que los que están con ellos”. Luego oró, “Oh Señor, abre sus ojos para que pueda ver”. Cuando el siervo miró de nuevo, vio las colinas llenas de caballos y carros de fuego celestiales (2 Reyes 6:8-23).

A menudo la gente me dice, “No entiendo porqué Dios no está obrando en mi vida. ¿Por qué no responde a mis oraciones? ¿Por qué no me ayuda? Estas preguntas reflejan una ceguera a la presencia y obra del Señor. Necesitamos ayudar a los demás a ver al Señor y sus circunstancias con ojos bíblicos. Y necesitamos hacer esto en humildad, con una consciencia de nuestra propia ceguera espiritual y necesidad semejante.

3. *¿Qué quiere Dios mostrar a esta persona de él mismo?* Las situaciones de la vida no sólo nos revelan al Señor, sino que también revelan mucho de nosotros. Dios usa estos momentos para no ser engañados por el ardid del pecado, sino que nos veamos con claridad bíblica. La verdad de la evaluación bíblica es un regalo doloroso que todos necesitamos. Es el tipo de “herida” que haría un fiel amigo (Prov. 27:6). Para ayudar a la gente a verse con claridad, necesitamos sostener ante ellos el espejo de la Palabra de Dios. Lo que *nosotros* pensamos de ellos no es importante, lo que la Escritura revela acerca de ellos es verdadero y esencial. Queremos ser usados por Dios para tirar unos cuantos ladrillos más de su pared de autoengaño, reconociendo que este es un proceso y no un evento único. Podemos estar agradecidos por la oportunidad de tener un poco más de progreso.

4. *¿Qué le quiere mostrar Dios a esta persona acerca de los demás?* Nuestra perspectiva de los demás también se distorsiona por el pecado. Necesitamos ayudar a la gente a traer la claridad bíblica a la manera en la que piensan acerca de los demás.

5. *¿Qué quiere Dios que haga esta persona?* Queremos guiar a esta persona a hacer gozosamente Su voluntad en su situación específica. ¿Cuál es el plan de Dios para esta persona? ¿Qué quiere él que esta persona piense, desee y haga?

6. *¿Cuál es la mejor manera de ayudar a esta persona a entender estas cosas?* Cuando pensamos prácticamente, pensamos metodológicamente. Sermonear a la gente resulta contraproducente. Así también resulta la recitación de trivialidades bíblicas sin explicar ni aplicar. La mayor parte de la conversación del ti “Si yo fuera tu . . .” resulta contraproducente. Lo que queremos hacer primero es encarnar el maravilloso amor del Señor a quien representamos (ver Col. 3:12-14). Queremos que la gente le vea para descansar en él y seguirle.

Seguidamente, queremos construir un puente de entendimiento entre las verdades de la Escritura y las realidades de la situación particular. ¿Cómo podemos construir mejor ese puente? ¿Qué preguntas podemos hacer? ¿Qué pasajes serían útiles? ¿Qué historias podemos contar? ¿Qué ejemplos (metáforas) ayudarían a comprender mejor? ¿Qué conocemos acerca de esta persona que nos ayudaría a tomar decisiones sabias aquí? (Jesús era un experto en esto).

Queremos escoger las palabras de verdad, pero esto significa más que ser honestos. Significa ser distintivamente bíblicos en la manera en la que respondemos a los demás.

Escogiendo Palabras de Amor

Pablo clarifica el llamamiento de hablar palabras de verdad (perspectiva bíblica) al recordarnos que esta verdad debe ser dicha en amor. Ninguna otra aclaración podría ser más importante. La verdad que no es dicha en amor deja de ser verdad porque se distorsiona por la impaciencia, amargura y enojo humano.

Estar comprometido a hablar la verdad en amor significa estar comprometido a cuidar que la verdad no sea contaminada por las pasiones y deseos de la naturaleza pecaminosa. Significa estar comprometido a ser parte de lo que el Espíritu está queriendo hacer en la vida de otra persona. Es estar más comprometido con su obra que con mis propios deseos. Es estar dispuesto a morir a mi mismo para que en mis palabras viva para él.

No hay dirección más práctica para escoger palabras de amor que la definición de Pablo de amor en 1 Corintios 13.

“El amor tiene paciencia y es bondadoso. El amor no es celoso. El amor no es ostentoso, ni se hace arrogante. No es indecoroso, ni busca lo suyo propio. No se irrita, ni lleva cuentas del mal. No se goza de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (vrs. 4-7).

El llamamiento para cumplir esta norma lo encontramos por todo el Nuevo Testamento. Antes de su muerte, las palabras finales de Jesús a sus discípulos fueron un “nuevo mandamiento” de amarse unos a otros como él los había amado (Juan 13.34-35). Este amor los iba a identificar como sus discípulos. Puede ser encontrado en Romanos 12:9-21, en el llamado a tener amor sincero aun en medio del mal. Lo vemos en Efesios 4:2 donde Pablo nos exhorta a ser completamente humildes y amables; pacientes y soportarnos unos a otros en amor. Esta norma se nos muestra en Filipenses 2:1-4, donde se nos dice que no hagamos nada por vanagloria o por contienda, sino que en humildad consideremos a los demás como mejores que nosotros mismos; y también en Colosenses 3:12-13, donde Pablo dice que nos vistamos con compasión, amabilidad, humildad, gentileza y paciencia; soportándonos unos a otros y perdonándonos unos a otros.

Escucha la conversación que se da en tu hogar. ¿Cuánto de ella es impaciente y cruel? ¿Cuán a menudo las palabras se dicen por egoísmo y deseo personal? ¿Cuán fácilmente ocurren los arranques de enojo? ¿Cuán a menudo se recuerdan heridas del pasado? ¿Cómo fallamos en comunicar esperanza? ¿Cómo fallamos en proteger a los demás? ¿Cuán a menudo nuestras palabras conllevan amenazas de que ya nos hastiamos y que estamos listos a renunciar? Detente y escucha, y verás cuánto necesitamos llevar nuestra conversación a esta norma de amor, y cuán a menudo la verdad que profesamos ha sido distorsionada por nuestro pecado.

Es tiempo para muchos de nosotros que confesemos que no hemos conocido el camino del amor. Nuestras palabras han estorbado en lugar de apoyar lo que el Señor quiere hacer. Hemos sido controlados por las pasiones y deseos de la naturaleza pecaminosa y hemos fallado al representar el carácter de Cristo. Necesitamos clamar por gracia para hablar palabras amorosas como sus embajadores.

Al prepararme para hablar con mi hijo, oré para que mis palabras cumplieran la norma bíblica del amor. Confesé enojó, impaciencia y orgullo. Al hacerlo, mis sentimientos cambiaron radicalmente. Entré a su cuarto con esperanza, y con el sentimiento de que había sido liberado de una gran carga. Todavía estaba contrariado y

preocupado por lo que había hecho, pero fui capaz de hablar tranquilamente y sin enojo. Esa noche, la verdad fue escuchada más fuertemente que mi enojo. Por eso estaba muy agradecido – ¡y mi hijo también!

Escogiendo Palabras de dominio propio

El dominio propio es una de las características bíblicas más importantes, y no obstante, muy descuidadas. Gran parte de nuestro problema con las palabras tiene que ver con nuestro fracaso en esta área. Se dicen palabras que nunca debieron decirse. Se dicen en el momento equivocado, en el lugar equivocado, o con las emociones que se salen de control. Se dicen palabras cuando el silencio hubiera sido la opción más piadosa y amorosa. Son dichas más por el deseo y las demandas personales que por el propósito de Dios o las necesidades de los demás. ¿Cuál es el problema? Una falta de dominio propio, el sistema interno de contención que refleja la presencia del Espíritu Santo. Pablo lo dice de esta manera: “Sin embargo, vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros” (Rom. 8:9). El dominio propio es el fruto de Su obra. Ya no tenemos que ir por allí siendo guiados por los apetitos de la naturaleza pecaminosa. ¡Con toda seguridad esto incluye a nuestras palabras!

Como un acto práctico de fe en la obra interior del Espíritu, necesitamos estar comprometidos no sólo con las palabras de verdad y amor, sino también con las palabras de dominio propio. Tales palabras fluyen del dominio propio que el Espíritu nos da. Pablo tiene cosas importantes para decir acerca de las palabras de dominio propio en Efesios 4.

“Por lo tanto, habiendo dejado la mentira, hablad la verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros. Enojaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo” (vrs. 25-27).

Pablo está diciendo, “Cuando hablen, ejerciten el dominio propio que les pertenece como hijos de Dios. No se rindan ante los tirones de las pasiones y deseos de la naturaleza pecaminosa. Han sido hechos nuevos en Cristo. Este es un lugar en el que se debe vivir esa nueva vida. Digan palabras de dominio propio en medio de la provocación”. De acuerdo con Pablo, ¿qué apariencia tiene este dominio propio?

1. Las palabras de dominio propio son honestas. Pablo lo dice claramente, “desecha la mentira y habla la verdad”. Este es el único camino del amor. Cuando soy deshonesto o “arreglo” o ensombrezco la verdad, estoy amándome a mi mismo más que a Dios y otros. “Arreglar” la verdad es decir menos de lo que se necesita decir. La deshonestidad ocurre cuando buscamos primariamente nuestra conveniencia. Quiero tu respeto y aceptación, así que “arreglo” la verdad para esconder mis faltas. Quiero tu confianza y confidencia, así que soy deshonesto en cuanto mis fallas. No me agrada la confrontación, así que evito tocar los asuntos que conducen al conflicto. Hay ciertas cosas que quiero de ti, así que disimulo un poco los detalles a mi favor. No quiero pasar la pena de confesar mis errores ante ti, así que pongo los eventos del pasado en un contexto que me favorezca. No quiero que sepas que te fallé, así que invento una excusa aceptable. La verdad es la víctima cuando me amo más a mi que a ti.

Necesitamos reconocer cuán poderosos son nuestros deseos de autoprotegernos, de pasarla fácil y bien, de vindicación, de aceptación y aprobación, de amor. Cuánto deseamos ser el centro de atención, vivir sin conflictos, y ver cumplidos nuestros deseos y sueños.

Pero hablar la verdad significa ejercer dominio propio sobre este impulso poderoso hacia el amor egocéntrico. Significa que no voy a sacrificar la verdad con tal de pasarla tranquilo. No voy a comprar lo que quiera con la moneda de la falsedad. En vez de eso, ejercitaré el regalo del dominio propio sobre los deseos de mi naturaleza pecaminosa,

colocándome en las manos hábiles de Dios, hablando palabras honestas, sin importar las consecuencias. Las palabras de dominio propio son honestas.

Debo agregar que tal honestidad en la relación debe también cumplir las demandas del amor previamente considerado. A menudo, las palabras “honestas” se alejan de las palabras controladas de amor. En vez, son armas de venganza en una guerra destructiva de palabras. Nunca edifican porque fueron hechas para destruir. Son arrojadas al que se considera el enemigo. Su meta nunca es ayudar sino ganar la guerra relacional. Este tipo de “honestidad” no podría estar más lejos de lo que Pablo está diciendo aquí.

2. *Las palabras de dominio propio no son controladas por el enojo.* En ningún lugar es más obvia la confianza de Pablo en el poder interior de Cristo que en esta área. ¡En realidad él cree que podemos ejercer dominio propio en los momentos de enojo! En el lugar en el que a menudo se le da un lugar a diablo, Pablo cree que su obra malvada puede ser frustrada, y la obra del Señor puede ser hecha. Pablo asume que es posible enojarse sin pecar. No todo enojo es pecaminoso, pero el consejo de Pablo es este: “En estos momentos de emoción poderosa, cuando sientes como si has perdido el control, ejerce el dominio interno que se te ha dado como hijo de Dios”.

¡Cuán tentador es caer en pensamientos de desesperanza, olvidando la presencia interna del Espíritu! Considera a la madre cristiana que está en una discusión acalorada con su hijo adolescente cuando suena el teléfono. Ella da la vuelta dejando lo que parecía un bombardeo verbal fuera de control y contesta el teléfono con un suave “Holaaa”. Ella escogió, por razones egoístas, ejercer el dominio propio *que había sido posible tener desde el principio*. También ha escogido, antes de que el teléfono sonará, entregarse a las pasiones y deseos de la naturaleza pecaminosa en la discusión con su hijo. Somos confrontados aquí con el poder que Cristo nos ha dado para hablar como él nos ha llamado a hablar. ¡Aférrate a él! El dominio propio que necesitamos se encuentra en él; no es una técnica que se aprende en un curso de comunicación.

Pablo alude a las reacciones típicas, aunque opuestas, de enojo que requieren del dominio propio. Primero, algunos de nosotros tendemos a estallar cuando estamos enojados, ventilando emociones tormentosas y permitiendo que las palabras vuelen sin control. Esta es mi tendencia. ¡Nunca he lastimado a alguien con mi silencio! Al contrario, soy una persona verbal y la mayoría de mis luchas de pecado en mis relaciones han sido luchas con mis palabras.

Pero estoy aprendiendo la importancia de alejarme, de esperar, y de prepararme. He aprendido, a través del ejemplo de mi esposa, que soy capaz de ejercer dominio interno aun cuando esté bastante contrariado.

Una tarde nosotros dos estábamos teniendo una conversación en la cocina que comenzó a enojarme. Luella sugirió que tomáramos un tiempo para recobrar el control. Salió de la cocina y se fue a la sala. Yo la seguí y continuaba hablando. Ella se disculpó y subió a la recámara. ¡Sí! ¡Adivinaste! La seguí hasta la recámara, hablando ahora con una energía aumentada. Luella, se dirigió al baño y, de nuevo, la seguí. Ella me miró y me dijo con una media sonrisa, “¿No lo entiendes, verdad? Estoy tratando de alejarme de ti para que no pequemos más de lo que ya lo hicimos. Por favor, no me sigas. Ambos necesitamos tiempo para pensar, orar y recobrar el control antes de que podamos tener una conversación productiva”. En ese momento, decidí dejar de seguirla. Ella estaba en lo correcto al recordarme que como hijo de Dios, el dominio propio no era una mera opción. No debemos olvidar el poder del Espíritu o ignorar el daño que causamos cuando no ejercemos el control que tenemos en él.

He visto cuanto tiempo duran las heridas causadas por las palabras hirientes. He aprendido a confesar que no soy libre de luchas con la impaciencia, egoísmo y orgullo.

Para mí, y para algunos de ustedes, esta tentación de dejar que las palabras vuelen en los momentos de enojo, permanecerán, en cierta medida, hasta que Cristo regrese. Una y otra vez necesito decirme a mí mismo, “¡No! ¡Detente! Espera. Ora. Piensa. Habla” – ejerciendo así el dominio propio que Cristo me ha dado.

La tendencia opuesta es *quedarse callado como un muerto*. A algunos de ustedes les es más natural y cómodo huir que pelear. Algunos de ustedes tienden a aferrarse a su enojo. Tienden a agitar y repasar en su videocassetera mental la grabación de la escena que les lastimó una y otra vez, enojándose y amargándose más con cada repetición. Algunos de ustedes son habilidosos para castigar a los demás con su silencio. También ustedes han dado lugar a las pasiones y deseos de la naturaleza pecaminosa. Ustedes, también, han fallado al no ejercer el dominio propio que es suyo en Cristo. Necesitan resistir la urgencia de escaparse. Necesitan permanecer en la escena. Necesitan hablar palabras amorosas de verdad a su prójimo. Antes de caer en la tentación de huir, necesitan decir, “¡No! ¡Detente! Espera. Ora. Piensa. Habla”.

Pablo les dice a ustedes, “No se ponga el sol sobre vuestro enojo”. Ya he mencionado que un compromiso “guardián del matrimonio” que Luella y yo hicimos al principio de nuestra relación fue que no nos dormiríamos sin habernos reconciliado. Este compromiso nos condujo a algunas escenas bastante humorísticas al principio de nuestro matrimonio. Ambos solíamos estar enojados y ser muy orgullosos como para pedir perdón, no obstante estábamos muy conscientes del compromiso que habíamos hecho. Nos acostábamos en la cama, tratando de permanecer despiertos, mientras esperábamos que la otra persona se rindiera y admitiera que había estado equivocada. Algunas veces teníamos que casi sostener físicamente nuestros ojos antes de que alguno de los dos dijera, “¿Estás todavía despierta? Siento mucho que . . .”

Al permanecer fieles a este compromiso, comenzamos a aprender el valor de mantener cuentas en ceros. Actualmente, los momentos de conflicto en nuestra relación son de corta duración. Usualmente, en unos cuantos minutos, uno de los dos ya está buscando el perdón del otro. Puesto que tratamos los problemas cuando todavía están pequeños, las soluciones vienen con mayor facilidad. Pero cuando permitimos que las emociones negativas crezcan y crezcan, le estamos dando al diablo una oportunidad para hacer su trabajo.

¿Cuál es el trabajo del diablo? Es engaño, división y destrucción. Está al acecho, esperando poder aprovechar una oportunidad para convertir nuestro enojo en algo más destructivo y mortal. El obra para convertir nuestro enojo en rencor, en una amargura venenosa, en una negativa empeñada a perdonar al prójimo, y en pensamientos feos de venganza. Él alimenta estas semillas hasta hacerlas espinas de relaciones rotas, cinismo, y duda. Por eso Pablo dice, “Sean conscientes de la obra del diablo antes de decir la primera palabra. Arreglen rápidamente los problemas. No le den ningún lugar para que se pare. Hagan cualquier cosa para frustrar su obra”.

¿La manera como manejamos nuestro enojo le da lugar al diablo? ¿Cuál es nuestra tendencia? ¿Explotamos o huimos? ¿Qué cambios necesitamos hacer en la manera en la que manejamos nuestro enojo? ¿Qué tipo de cosas nos enojan? ¿Qué revelan acerca de los verdaderos tesoros de nuestro corazón? ¿Algo de la creación ha llegado a ser para ti más importante que el Creador (Rom. 1:25)?

¡Alabado sea Dios por la presencia habilitadora del Espíritu Santo (Ef. 3:14-20)! Gracias a él podemos ejercer dominio propio sobre cosas que antes nos dominaban.

Escogiendo Palabras de Gracia

Quizá esta es la meta suprema para nuestras palabras dentro del cuerpo de Cristo – que nuestras palabras sean canales de gracia vivificante del Señor Jesucristo. Aquí en verdad nos enfocamos en ser parte de lo que Dios está haciendo en la vida de los demás. Aquí morimos a las esperanzas, sueños y deseos del “yo” para que reinen Sus propósitos. Aquí vemos nuestras relaciones desde el punto de vista de los *embajadores*. ¿Qué significa esto? Significa que reconocemos que nuestras relaciones no nos pertenecen. La gente no existe para nuestra felicidad y contentamiento; en vez de eso, Dios nos ha puesto para comunicarles fielmente su amor poderoso (ver el Capítulo 7 para encontrar una discusión detallada sobre 2 Cor. 5:11-21).

Consideremos las palabras de Pablo cuando nos llama a hablar de una manera que de gracia.

“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”. (Ef. 4:29-30).

Pablo enfatiza cinco elementos de las palabras llenas de gracia.

1. *Estar comprometido sin vacilación a hablar sanamente*. Cuando Pablo dice “Prohibe cualquier palabra corrompida en tu conversación”, no sólo se refiere a insultos, maldiciones o palabras vulgares de cuatro letras. De hecho, pensar de esta manera acerca de este pasaje minimiza grandemente su propósito. Pablo tiene en mente algo mucho más revolucionario redentoramente. Para Pablo, las palabras corrompidas son una conversación centrada en el “yo” que no tiene otro propósito mayor que mis propios anhelos, deseos, sueños, y demandas. Las palabras corrompidas fluyen de un corazón controlado por los deseos presentes, personales y terrenales. Las decimos porque nos complacen y logran nuestras metas. Son un intento de lograr lo que quiero, sin hacer referencia al Señorío de Cristo o mi llamamiento para hablar como su embajador.

He aconsejado a muchos esposos y esposas que tienen matrimonios tristemente rotos quienes nunca hubieran llegado a ese punto si hubieran hecho caso a este principio. Si la comunicación egocéntrica hubiera sido reemplazada desde el principio con la comunicación de un embajador (¿Qué es importante para el Señor en esta situación, y cómo puedo hablar de una manera que lo promueva?), su matrimonio nunca hubiera llegado al trágico punto de la desintegración.

Cada uno de nosotros necesita enfrentar el hecho de que la guerra de los deseos es poderosa en nuestros corazones – cuán fácil es permitir que nuestras palabras sean forjadas por ningún otro propósito que nuestro propio placer. Necesitamos reconocer cuán a menudo hablamos como si estuviéramos totalmente inconscientes de la presencia del Señor, de su obra y su llamado a ser instrumentos de su gracia.

¿Qué es, entonces, la conversación edificante? Es una comunicación orientada hacia los demás que está enraizada en la existencia, amor, misericordia, gracia y llamamiento del Señor. Se somete a su plan, habla a la medida de su estándar, y usa las palabras sin egoísmo. Encuentra significado y gozo al ser usado por Dios cuando Él obra en los demás.

La conversación edificante está orientada hacia los demás en el sentido de que su enfoque son las necesidades de las otras personas. Las palabras son dichas específicamente para el beneficio de aquellos que escuchan. La conversación edificante fluye de un corazón que ama a Dios por encima de todo lo demás y al prójimo como a sí mismo. Nunca hablaremos de esta manera si nuestros corazones están llenos de nuestros propios deseos, metas, demandas y necesidades.

Podemos hablar de esta manera solamente cuando nos encomendamos al cuidado soberano del Señor. En nuestro propio egoísmo, duda y temor, queremos controlar

nuestras palabras, cerciorándonos de que obtengamos las cosas sobre las que está nuestro corazón. (“Necesito su respeto”. “¡Tengo que tener ese trabajo!”. “¡Le enseñaré a respetarme aunque sea lo último que haga en esta vida!” “Si no gano esta discusión, las cosas sólo empeorarán”. “¡Tengo que tratarla con guantes de cabritilla!” “Tengo que demostrarle que no es la primera vez que me hace esto”). La conversación edificante se somete tanto al llamamiento de Dios como a la necesidad de nuestro prójimo.

2. *Considera a la persona con la que estás hablando* (“... la que sea buena para la necesaria edificación”). Como vimos en el capítulo 12, Pablo está diciendo aquí algo revolucionario: sólo debemos hablar las cosas que sean el resultado de considerar lo que necesitan nuestros oyentes para ser edificados.

¿Con quién estamos hablando? ¿Es un hombre, mujer, niño o niña? ¿Es de nuestra misma edad, es mayor o menor? ¿Es un amigo antiguo, un conocido casual o un extraño? ¿Es un miembro de la familia, un pariente lejano, o un vecino? ¿Es creyente, simpatizante o incrédulo? ¿Cuál es su conocimiento de las verdades de la Escritura? ¿Cuán receptiva es la persona a mi ministerio? ¿Cómo me guían las respuestas a estas preguntas con respecto a lo que debo decir?

3. *Considera el problema que has sido llamado a atender*. (“... para la necesaria edificación”). Considerar el problema significa preguntarse, ¿Cuál es la necesidad del momento? ¿Qué don de gracia se necesita? ¿Cómo puedo hablar como un instrumento de esa gracia?

¿Hay algún pecado específico que necesite ser confrontado amorosamente? ¿Se requiere el trabajo de un pacificador porque no hay desintegración y división? ¿Hay ceguera espiritual? ¿Se han perdido las esperanzas? ¿Hay indicios de duda con respecto a Dios? ¿Hay confusión por los muchos consejeros y opiniones en conflicto? ¿Hay temor, ansiedad y desesperación? ¿Hay enojo, malicia, amargura y venganza? ¿Hay una falta de conocimiento bíblico, sabiduría y entendimiento? ¿Hay pautas de rebelión directa en contra de Dios? ¿Hay egoísmo, orgullo, o autojusticia que necesita ser confrontada? ¿Está tratando de evadir su responsabilidad? ¿Hay necesidad de dar gracias, alabanza y adoración?

El plan correcto marca una diferencia importante en la comunicación. Por ejemplo, muy a menudo, los padres entran al cuarto de sus hijos con un plan *punitivo* en lugar de uno *ministerial*. Hacen un poco más que señalar lo malo (usualmente infectado con su propio enojo y dolor) y anunciar el castigo. Se olvidan de la pregunta esencial, ¿Qué es lo que Dios quiere hacer en el corazón de mi hijo a través de mí? ¡Resultarían cambios radicales en nuestras relaciones si se le pusiera atención a este principio!

4. *Considera el proceso* (“... a fin de dar gracia a los oyentes). Pablo lo dice de esta manera en Colosenses 4:6: “Vuestra palabra sea siempre agradable, sazónada con sal, para que sepáis cómo os conviene responder a cada uno”. La meta de Dios para nuestra comunicación es la gracia; es decir, que nuestras palabras sean de beneficio espiritual específico para los que escuchan. Este no es sólo un pasaje del tipo “no hagas”, sino aun más poderosamente, es un pasaje del tipo “haz”. Dios no quiere que nos quedemos parados cobardemente, con temor a decir algo mal. ¡No! Somos llamados a ejercer el valor de la fe, a pensar y a hablar con decisión como agentes del Dios que reina sobre toda relación y situación. Siempre debemos estar conscientes del mundo invisible de las realidades espirituales y hablar de tal manera que se produzca una cosecha de frutos espirituales en aquellos que nos escuchan.

Cuando nos hemos enfocado en la meta divina de gracia (beneficio espiritual), necesitamos preguntarnos cuál es la mejor manera de alcanzarla. ¿Cuál es la mejor

manera, el mejor lugar, y el mejor momento para decir lo que se necesita decir para que esta persona se beneficie como Dios lo ha planeado?

Permítanme usar nuevamente un ejemplo relacionado con los padres. A menudo los padres sermonean a sus hijos intentando hacer que ellos vean el mal que han cometido. El problema es que este es el proceso incorrecto. Cuando el padre está sermoneando, el hijo está haciendo dos cosas: (1) Defendiéndose, excusándose y argumentando silenciosamente en su interior, y (2) esperando ansiosamente a que se termine la “conversación”. Quizá has escuchado que tu hijo diga al final de uno de tus sermones, “¿Ya terminaste?” ¡Estas no son exactamente palabras de arrepentimiento! Si me he preparado considerando el mejor proceso de comunicación, entraré al cuarto sabiendo que mi adolescente necesita la gracia para convencerse de pecado y confesarlo. Lo que quiero es hablarle a mi hijo de tal manera que lo conduzca a la confesión. En lugar de decirle al muchacho lo que debe pensar, quizá sea mejor hacerle preguntas abiertas que le permitan examinar la situación, sus pensamientos, motivos y conducta. No sólo deseo que esté de acuerdo conmigo, sino que se vea a sí mismo con precisión en el espejo de la Palabra de Dios. Lo que quiero no es que trate conmigo, sino con Dios.

En cada situación necesito preguntarme, ¿Cuál es la mejor manera de que mis palabras cumplan la meta divina de gracia? Esta respuesta será diferente de acuerdo con la situación y las personas involucradas.

5. *No permitas que tus palabras estorben la obra del Espíritu Santo.* (“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”). ¿Cuál es la obra principal del Espíritu Santo? Hacernos santos. Esta obra progresiva y constante de la santificación está ocurriendo en cada situación y relación. Él está obrando en “todas las cosas” para nuestro bien para que seamos conformados a la imagen de su Hijo (Rom. 8:28-30). Es algo terrible cuando nuestras palabras egoístas y corrompidas están estorbando.

Por esto Pablo nos recuerda que Dios nos ha sellado para el día de la redención. Un sello es una señal de propiedad. Desde el momento de nuestro nuevo nacimiento, ya no nos pertenecemos a nosotros mismos. Tampoco nuestras palabras. Pablo repite este principio en 1 Corintios 6:19-20: “¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que mora en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Pues habéis sido comprados por precio. Por tanto, glorificad a Dios en vuestro cuerpo”. Y pudiéramos agregar, “y también en vuestras palabras”.

Dios está diciendo, “Eres mío y te he escogido para ser parte de mi obra de santificación en la vida de los demás. No te interpongas en mi camino.” Para evitar esto, necesitamos quitar de nuestras palabras toda amargura, ira, enojo, alboroto, calumnia y malicia. Todas estas cosas son evidencia de un corazón controlado por los deseos y demandas personales, de un corazón que se ha apropiado de nuestras vidas y nos ha alejado de Dios. Cuando actuamos de esta manera, necesitamos recordar que hemos sido comprados y sellados por Dios.

Escogiendo Palabras de Perdón

No hay llamamiento de Cristo más difícil que el llamamiento a perdonar a los demás como Él nos ha perdonado. Pablo dice:

“Más bien, sed bondadosos y misericordiosos los unos con los otros, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo. Por tanto, sed imitadores de Dios como hijos amados, y andad en amor, como Cristo también nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio en olor fragante a Dios”. (Efesios 4:32-5:2)

Las palabras de perdón involucran varias cosas.

1. *Recibe el pecado de los demás con perdón judicial.* El perdón judicial es un paso de la preparación del corazón. Hago un pacto con Dios de dejar pasar la ofensa que la persona ha cometido en mi contra y le encomiendo la obra de convencimiento de pecado y justicia. Pedro dice acerca de Cristo, “Cuando le maldecían, él no respondía con maldición. Cuando padecía, no amenazaba, sino que se encomendaba al que juzga con justicia” (1 Ped. 2:23). Cristo no se vengó (verbal o de cualquier forma) porque tenía una confianza viva y práctica en su Padre. Esto me enseña que el perdón a otras personas que han pecado en mi contra siempre es un fruto de la fe en Dios. La confianza en Dios lleva mi corazón de tener pensamientos de venganza a tener pensamientos de reconciliación, de tener planes de juicio a tener propósitos de amor. Todo esto me prepara para el siguiente paso del perdón.

2. *Recibe el pecado de los demás con perdón relacional.* El perdón relacional difiere del perdón judicial en que no puede ser concedido sino hasta que la persona lo solicita. El problema para muchos de nosotros es que, debido a que no hemos lidiado con el asunto del perdón judicial, estamos totalmente sin preparación para ofrecer el perdón relacional cuando alguien viene a solicitarlo. Todavía estamos enojados y albergando pensamientos de venganza. La última cosa que queremos hacer es perdonar a la persona que pensamos que necesita ser castigada.

Estos dos aspectos del perdón son muy importantes en la vida cristiana. Los pecadores estarán a nuestro alrededor hasta el día que dejemos este mundo. Raras veces habrá un día en el que no hayan pecado en nuestra contra. Los pecadores pecan unos contra otros, desde la herida causada por la negligencia de alguien hasta las heridas profundas y serias del abuso horrible. Pero hay otra cosa que es cierta. Los pecadores tienden a responder pecaminosamente cuando se peca contra ellos. Por esto es tan importante el perdón. No sólo es para el bien de la otra persona, sino también para el nuestro. De lo contrario, nuestros corazones serán controlados por el enojo, la amargura, la venganza, dando al diablo la oportunidad de hacer su obra cruel.

La Escritura deja claro que no tiene sentido regocijarse en el perdón sorprendente que hemos recibido en Cristo si nos rehusamos a perdonar a los demás (ver Mat. 18:21-35). La Escritura es clara cuando dice que al comprometerme a perdonar debo estar dispuesto a hacerlo una y otra vez – quizá, inclusive, hasta varias veces al día a la misma persona (ver Lucas 17:1-6). Finalmente, la Palabra de Dios enfatiza que el perdón no debe darse por sentado, sino que debemos *decirnos* palabras inequívocas de perdón unos a otros. Nuestro modelo de perdón es el Señor, quien no asume que entenderemos que él nos ha perdonado, sino que lo declara una y otra vez en su Palabra. El perdón relacional siempre significa *decir* palabras de perdón al ofensor.

No es útil decir “Está bien” o “No hay problema” a una persona que ha sido convencida de pecado por el Espíritu Santo y ha venido buscando nuestro perdón. El Señor ya ha convencido a tal persona que lo que hizo *no* está bien. Necesita el regalo de tu perdón para descansar en su corazón. En esta situación necesitamos decir, “Te perdono y me comprometo a nunca mencionar este asunto en mi mente, a ti o a los demás”. Estas palabras logran dos cosas: bloquean la obra del enemigo y promueven la obra de santificación y reconciliación que el Espíritu Santo ha comenzado.

La manera más común en la que estorbamos la obra del Espíritu y le damos al diablo una oportunidad es no decir palabras claras de perdón a las personas que nos han ofendido. Las palabras de perdón logran más que sólo sanar las relaciones humanas; promueven la obra de Dios de conformarnos a la imagen de Cristo.

3. *Recibe el pecado de otros con palabras de bendición.* Perdonar no significa que estoy dispuesto otra vez a tolerar a penas tu presencia en mi vida. El perdón es activo. Reemplaza odio con amor. Reemplaza la malicia con la compasión, la amargura con el gozo, el deseo de vengarse con el deseo de bendecir. Cuando el Señor perdona, no simplemente tolera apenas que volvamos a tener un compañerismo con él. ¡No! Nos colma de bendiciones. Nos ofrece misericordias nuevas cada mañana. Llena nuestra copa hasta rebosar. Las palabras de perdón genuino llevarán siempre hacia las palabras de bendición.

Aquí, una vez más, somos llamados a seguir el ejemplo del Señor. Dios no sólo nos acepta en su familia, sino al estar obrando en nosotros y a través de nosotros, nos *motiva* con palabras de bendición amorosas y abundantes. Nos bendice con palabras que acarician nuestra alma como bálsamo sobre una herida. Cuando alguien nos ofende, necesitamos buscar oportunidades de hablar palabras de bendición unos a otros. Estas son palabras de amor, consuelo, gracia, paciencia, gentileza, bondad, palabras de paz y ánimo. Éstas derraman agua sobre el fuego del enojo. Son usadas por Dios para calmar las tormentas del conflicto. Se someten a Su llamado de bendecir a los que nos maltratan, a los que nos han hecho mal (Lucas 6:27). Reconocen que vencemos al mal no guerreando contra las pasiones y deseos de la naturaleza pecaminosa, sino venciendo el mal con bondad en las acciones y las palabras (Rom. 12:9-21). Nos hacen ponernos de rodillas al admitir, de nuevo, que sólo en la fortaleza del Señor podemos hablar de esta manera. Considera cuántas oportunidades le hemos dado al enemigo al responder al pecado de los otros con irritación, impaciencia, acusaciones y amenazas. No es ninguna sorpresa que no estemos listos para responder piadosamente cuando nos llegan ofensas más serias.

Este fue el caso de Shirley y Jim. Cuando Jim cometió un acto de infidelidad sexual, Shirley hizo todo lo que pudo por herirlo. Le llamó a todos los que se le ocurrió con tal de dañar su reputación. Trató de destruir cualquier respeto que sus hijos tuvieran hacia él. ¿Por qué respondió así Shirley? En este momento de crisis mayor, Shirley simplemente estaba haciendo lo que solía hacer con las ofensas menores cotidianas. En estas situaciones, Shirley raras veces respondía con palabras de perdón y bendición. En vez de eso, procuraba decir a Jim las cosas más lastimosas. Se aferraba a la ofensa, y contaba a los que estaban a su alrededor los pecados menores de Jim.

Quizá estamos hablando aquí del principio “fiel en lo poco, fiel en lo mucho”. Las ofensas menores son nuestro campo de entrenamiento, para que podamos lidiar con el pecado a la manera de Dios. Entonces estaremos preparados para hacer y decir lo correcto cuando llegue alguna ofensa mayor. Nuestras palabras promoverán la obra del Espíritu y no dejarán ningún lugar para que el diablo haga su obra de engaño y destrucción.

¿Mundo de maldad o Instrumento para el bien?

Hemos llegado al fin de nuestra consideración de la gran guerra de las palabras. Todo comenzó con una mentira en el Huerto y aun ruge hoy en día. El daño puede ser visto en nuestras oficinas, cocinas, salas y automóviles, pero la batalla en realidad no se pelea allí. Las batallas de la lengua realmente son batallas del corazón. Lo que controla el corazón controlará la lengua. La lengua puede encender un gran fuego, o puede ser usada para dar gracia a los oyentes. Puede destruir salvajemente o edificar amorosamente. Puede condenar o dar vida. Puede tratar al pecador con amor y perdón, o con odio y venganza. Se puede someter al Señorío de Cristo o vivir bajo el control de las pasiones y deseos de la naturaleza pecaminosa. Puede procurar un estilo de vida de

servicio o un estilo de vida de egoísmo, manipulando a los demás para satisfacer los deseos y expectativas personales. Puede ser una fuente de verdad o un torrente contaminado de falsedad. Puede crear la paz o causar la guerra. Puede maldecir o bendecir.

En todo esto, la lengua servirá al amo a quien sea leal el corazón. Es tiempo de que nos sometamos al señorío de Cristo sobre nuestras lenguas como nuestro Rey y Redentor. Mucho más que antes, necesitamos comprometernos a hablar por él.

Al hacerlo, aprenderemos a escoger las palabras de verdad, amor, dominio propio, gracia y perdón, aun en frente de la provocación. Nos emocionaremos por la grandeza de nuestro llamamiento como hijos de Dios. Es asombroso que Dios nos haya escogido para ser miembros de su familia. Es más que asombroso que nos llame para ser sus embajadores, a representarlo en la tierra, a comunicar su llamado amoroso en un mundo esclavizado al yo.

La guerra de las palabras sólo se gana cuando Dios reina en nuestros corazones, y de esta manera nosotros hablamos por él agradecida y constantemente. Que Dios nos ayude, para que este mundo de maldad sea transformado en un mundo de bondad redentora. Que el gane la guerra por nuestros corazones para que el campo de batalla de las palabras se convierta en un jardín de buen fruto, donde las semillas de paz produzcan una cosecha duradera de justicia (Sant. 3:18).

Algo Personal: Una Evaluación Final

1. Al leer este libro, ¿Qué has aprendido acerca de los pensamientos y motivos de tu corazón?
 2. ¿Qué has aprendido acerca de tus luchas de comunicación? (matrimoniales, paternas, entre amigos, familia y el cuerpo de Cristo, etc.)
 3. ¿En qué áreas Dios te está llamando al arrepentimiento?
- Despojarse:

Vestirse:

4. ¿Qué oportunidades específicas te está dando Dios para ser parte de lo que él está haciendo en las vidas de los demás?
5. ¿Qué promesas del evangelio te animan al responder al llamado que Dios te hace para el cambio en tu vida?